JUAN MIGUEL ZUNZUNEGUI

EL EVANGELIO SEGÚN LUZBEL

UNA FÁBULA MÍSTICA

Grijalbo

El Evangelio según Luzbel

JUAN MIGUEL ZUNZUNEGUI

El Evangelio según Luzbel

Una fábula mística

Grijalbo

SÍGUENOS EN

megustaleer


@Ebooks


@megustaleermex


@megustaleermex

Penguin Random House Grupo Editorial

Al espíritu del mar
Por darme su vitalidad y su fluidez
Y regalarme con su pasión la intuición del universo

A Laura Beatriz
Por enseñarme que puedo dialogar con el espíritu del mar
Por enseñarme que hay magia
Por hacer magia conmigo
Por ser maestra y discípula
Por ser cómplice espiritual
Por cada meditación
Por cada revelación de la existencia
Por cada creación del universo
Por cada paso que me seguiste a la distancia
Por cada constante momento de paciencia
Por mostrarme la luz de mi interior
Por borrar la oscuridad del lado oscuro
Por cada viaje a eso que llaman Dios
Porque juntos fuimos Brahma
Por ser mi querida diosa Inanna
Por ser mi venerada santa Magdalena
Y hacer así que me dicte la existencia.
Gracias Laura Beatriz, gracias por ayudarme a que existiera este libro

A mi tío Ricardo, por regalarme un nuevo cerebro, un nuevo corazón, y una experiencia de lo que existe más allá de la materia. Gracias

NUESTRO MISTERIO

Como un inconmensurable y divino misterio
Así es como toda la existencia existe
Así de plena
Así de eterna indescifrable
Con toda su magnificencia
Con todos sus perfectos detalles
Con sus infinitos y sus confines
Sus paradojas que hacen sentido
Y sus contradicciones que se funden.
Así existe la existencia
Totalmente imperturbable
Existe gloriosa, serena, inconmensurable
Eternamente móvil y quieta a la vez
Con límites que al ser el todo son el infinito
Existe magna e insondable, profunda e inefable
Existe sin saberlo
En un rincón de su infinitud algo cobra sentido
De la energía brota materia que evoluciona hasta la vida
Y en esa vida se manifiesta la consciencia creadora
Una parte de la existencia cobra sentido de sí misma
La existencia se percata de que existe y entonces se observa
A través nuestro la existencia está consciente de que existe
Ser la consciencia de la existencia
Ésa es nuestra divinidad y nuestro maravilloso misterio

He aquí que el hombre ha probado el fruto del conocimiento, se la han abierto los ojos y ahora es como nosotros.

Que no alargue ahora su mano, coma del árbol de la vida y viva para siempre.

GÉNESIS 3:22

Nosotros somos el medio a través del cual el cosmos se reconoce a sí mismo.

CARL SAGAN

Llevemos la luz a la Tierra, seamos la luz de la tierra.

NIETZSCHE

La ortodoxia significa no pensar, no necesitar el pensamiento. La ortodoxia es la inconsciencia.

GEORGE ORWELL

La ciencia es incapaz de resolver los últimos misterios de la naturaleza, porque nosotros mismos somos parte de la naturaleza, es decir, del misterio que tratamos de resolver.

MAX PLANCK

De lo irreal llévame a lo real.
De la oscuridad llévame a la luz.
De la muerte llévame a la eternidad.

BRIHADARANYAKA UPANISHAD

De la historia al misticismo

Todo cambió el 15 de diciembre de 2010. La vida me regaló un infarto cerebral que no dejó secuelas negativas y en cambio me hizo abrir los ojos. Todo es un antes y un después de ese coqueteo con la muerte.

Ese año publiqué mi primera novela histórica, *El misterio del águila*, con lo que comenzó esta maravillosa aventura de las letras, una que habría sido terrible de haber mantenido conmigo a ese gran monstruo que era mi ego; una batalla que continúa cada día, pero que tiene como único resultado vivir en el paraíso.

Hoy sé que nací espiritual. Incluso comprendo cosas que me fueron inexplicables por años, años en los que sólo aceptaba explicaciones plagadas de lógica y razón, y que me impedían comprender la posibilidad de que supiera cosas que nunca había estudiado: ciertos filósofos, algunos personajes históricos y varios maestros místicos.

Nací espiritual pero crecí en un entorno que puede matar cualquier espiritualidad y torcer cualquier mente: la educación ultraconservadora y retrógrada de los Legionarios de Cristo. Yo era del afortunado 15 por ciento de la humanidad que, gracias a haber nacido azarosamente en el lugar correcto, no iba a ir al infierno. Nunca me creí esa versión, pero la culpa, el miedo y el sometimiento fueron los pilares de mi educación académica y religiosa.

Hoy sólo puedo agradecer, pues ese entorno medieval sacó de lo más profundo de mi ser otra cosa con la que nací: una profunda incredulidad, insatisfacción, caos y pensamiento crítico. Afortunadamente la gente que sólo persigue dinero y poder siempre se da a conocer, y yo conocí el verdadero rostro de mis “educadores” a los 16 años. Ese año dejé la preparatoria para terminar en sistema abierto, comencé a estudiar música, y conocí a Nietzsche, mi gran libertador.

Comencé a dudar…, con un problema: la culpa enseñada se instala en lo más profundo de la mente y sigue carcomiendo desde ahí, incluso aunque a nivel intelectual se haya comprendido lo absurdo de esa culpa. Comencé a dudar y cuestionar el concepto católico de Dios, pero de los 16 a los 22 lo hice sintiendo culpa; algo así como pensar que el Dios en el que no crees te va a mandar al infierno por no creer. Así de absurda es la culpa.

Para los 22 años era yo un consumado ateo; pero claro, era un ateo católico, es decir que negaba el concepto católico de Dios y asumía que era el único concepto de Dios posible, ese fisgón cósmico, separado de la existencia, que te ama pero te juzga, y sabe hasta lo que piensas, por lo que también castiga.

Para ese momento de mi vida había descubierto que era inteligente, y que eso llamaba la atención, así que además de ser ateo adquirí complejo de intelectual, para lo cual el ateísmo es de hecho una postura fundamental. A partir de los 25 mantuve el discurso de que mi autoestima era una fortaleza inexpugnable. Tuvo que pasar una década y un infarto cerebral para descubrir que eso a lo que llamaba autoestima era sólo uno de los mejores disfraces del ego. Uno de los que más sufrimiento provocan.

Entre los 25 y los 35 terminé todos los estudios que realicé, por lo menos hasta este momento: música, comunicación, filosofía, geopolítica, humanidades, materialismo histórico y religiones. También fue la década de un ateísmo fanático, de un raciocinio absoluto y de un terrible complejo de intelectual del que afortunadamente quedé curado. A los 35 me dio un infarto cerebral, el 15 de diciembre de 2010. Decidí que tenía que hacer algo, pero no sabía qué; que debía hacer cambios, pero no sabía cuáles. Finalmente, reflexionando, recordé cómo en varias etapas de mi vida me habían llamado la meditación y el misticismo, pero yo siempre me encargué de rechazarlos por diversas razones: o porque lo prohibía el catolicismo, o porque según mi lógica no servía para nada.

Desempolvé los libros de budismo y meditación de mi juventud, comencé a hacer yoga, a meditar en diversos lugares, a hacer viajes espirituales, a analizar mi mente, a abrir el corazón y callar un poco a la razón…, comencé a recuperar la alegría por la vida que había sido mía en tiempos pasados.

Observé el terrible monstruo que era mi ego y busqué debilitarlo, contemplé mis perturbaciones mentales y comencé a sanarlas, descubrí mi mente egocéntrica y quise transformarla en una mente compasiva, cambié la amargura por alegría. Pero por encima del amor, la compasión y la alegría por la alegría de los demás, encontré la que hasta ahora ha sido la emoción positiva que más ha detonado en mí un estado de plenitud que desconocía por completo: la gratitud.

Comencé publicando libros de historia, siempre con una mente crítica, pero con un sarcasmo muy agresivo; sin embargo, a lo largo de mi obra literaria se puede ver todo un proceso, de un hombre enojado con la vida a un ser humano pleno al que no le falta nada.

Los mitos que nos dieron traumas, mi libro más vendido, es también el más sarcástico, el clímax de la etapa amarga. A partir de ahí se

puede ver una reconciliación entre líneas. Resolución de conflictos e identidades en *Los cimientos del cielo;* mucha paz, aceptación y comprensión en *La tiranía de las ideas*, y amor y compasión en *Locura y razón*.

La historia no ha dejado de ser mi eje, pues comprendí que todos los límites humanos vienen de que vivimos atados al pasado, pero que el pasado no es una realidad sino una historia más de nuestro ego. Siempre se ha usado la historia como un arma ideológica para moldear identidades y etiquetas, para masificar al individuo. Yo uso la historia para liberar.

El Evangelio según Luzbel me fue dictado en la playa. Lo digo de esa forma porque así lo percibí. Me senté frente a la computadora sin saber lo que iba a hacer, y dieciséis días después estaba este libro. Su eje es la historia, en este caso la de toda la humanidad, con el Medio Oriente y sus guerras como el centro de todo.

Pero además de la historia de las guerras y conflictos, también cuento la historia de nuestra especie, de nuestro lenguaje, de nuestra capacidad de abstracción, que es lo que nos hace humanos, la evolución de nuestro pensamiento. Junto con eso se va contando una breve historia científica, del Big Bang a la física cuántica, junto a la mitología de milenios, las religiones, la sabiduría de los Vedas, filosofía milenaria y movimientos místicos.

Al final es un libro que une absolutamente todo, y donde se demuestra que todas las religiones, la filosofía, la teología y la ciencia, siempre han buscado lo mismo, indagan el mismo misterio al que le dan diferentes nombres, y usan diferentes lenguajes. Es una pena que nos hayamos dejado programar para ver las pequeñas diferencias que nos dividen como humanos, y no las enormes similitudes que nos hacen ser a todos lo mismo.

Me fue dictado un libro lleno de paz, de compasión, de amor y de confianza. Y es justo eso lo único que quiero compartir. Yo recorrí un camino íntimo, individual y personal que me hizo encontrar la plenitud y la paz interior.

Comparto mi camino, mis experiencias y mis pensamientos, lleno de confianza en que la paz y la compasión son el camino de la evolución humana, nuestro sendero a la divinidad. Comparto esto, lo más extraño y diferente que he escrito, con la ilusión de que te llene de esa paz, y que te ayude a buscar y encontrar todo ese universo divino que se encuentra en tu interior.

Que encuentres más allá de la materia tu sublime realidad.

Que vivas por siempre. Que encuentres tu cielo. Que vivas en paz.

ZUNZU

EN ALGÚN LUGAR DEL MEDIO ORIENTE, MUY CERCA DEL FIN DE LOS TIEMPOS

Luzbel lloró por la humanidad y al hacerlo su llanto era por la existencia misma. Luzbel lloró por cada ser humano que sufría y convertía el paraíso en un infierno, lloraba por ver cómo Satán ganaba la guerra.

Los humanos eran la única parte de la existencia capaz de reconocer ese misterio y ese milagro, y estaban tan dominados y sometidos por el miedo, que éste había ganado la batalla y se había convertido en el odio que impregnaba cada rincón de un mundo que sólo sabía de guerra y había olvidado el sentido mismo de la paz. La humanidad de la humanidad había quedado finalmente aniquilada.

Qué dudoso privilegio les había concedido. Qué difícil le había resultado a esa frágil criatura humana llevar la carga de la consciencia, una bendición y una condena. Cuánto miedo generaba el simple hecho de ser la única parte de la existencia consciente de que existe y de que dejará de hacerlo; ser el único ser sensible que nace inacabado para completarse a lo largo de las vidas. Qué duro el camino para convertirse en dioses.

Afuera, la guerra de autodestrucción más terrible de toda la historia seguía devastándolo absolutamente todo. Ya no había bandos o posiciones, banderas o causas, amigos o aliados. Todo era un caótico apocalipsis donde la única razón verdadera era salvar la vida, y con la triste certeza de que esa contienda se perdería. La guerra ya no tenía causa u objetivo, era el estado natural de la vida humana.

Dios es siempre el pretexto pero nunca la causa, y Dios volvió a mover a las masas asesinas que coreaban su nombre en diversas lenguas. El mismo Dios de amor azuzaba el odio más grande que alguna vez se hubiese visto. Todo había comenzado como una guerra por territorios y recursos, como son todas las guerras que enarbolan banderas hermosas para justificar su ambición, que es la verdadera causa de todas las guerras. La ambición finalmente había generado el cataclismo más exorbitante en la historia de la consciencia.

El choque entre los poderosos se había convertido en un choque de nacionalidades, de imperios, de culturas, de religiones y de civilizaciones. Ahora las naciones habían sido brutalmente destruidas,

los imperios habían caído estrepitosamente, la única religión era el odio y había perdido todo sentido pronunciar la palabra civilización.

Luzbel recordó el inicio de los tiempos humanos, cuando les ofreció el fruto de la consciencia, algo que debían comer para poder siquiera vislumbrar el árbol de la vida que había sido escondido en el lugar más seguro de todos: adentro de cada ser humano. Recordó cuando el miedo comenzó a disputarse terreno con el amor y que nunca había dudado de que éste finalmente vencería. Qué equivocado había estado.

El calor infernal asolaba el planeta y las explosiones mortíferas eran la nueva danza de la existencia. Todo lo que los humanos alguna vez hubieran construido se había desmoronado por completo, fueran edificios, instituciones o ideas. Sólo subsistían las armas y éstas no dejaban de hacer estallar el epicentro de la guerra; pobre Jerusalén, una tierra que tantas religiones llaman santa y que la historia había demostrado más bien como satánica, cuna de creyentes y fanáticos que decían estar a favor de la vida, pero habían generado más muerte que todas las culturas de la humanidad, seguidores del dios de amor que tanto odio había generado desde que nació la idea monoteísta. Ahí donde nació la civilización y donde probablemente llegaría a su fin.

La reflexión de Luzbel fue interrumpida por el estallido más estruendoso que hubiera podido captar hasta ese momento en toda la historia humana. Probablemente otra ciudad de los hombres había dejado de existir, aunque eso no evitaría que los humanos siguieran peleando hasta dominarlo todo, un todo que ya no era absolutamente nada. Tenían todo para vivir en el paraíso, pero vivían en el infierno. Nunca lograron superar el egoísmo y se consumieron a sí mismos con la guerra.

Fue en ese momento cuando Inanna entró a la caverna donde el portador de la consciencia observaba con pesadumbre el final de los tiempos. Una pizca de esperanza volvió a su ser. Imposible olvidar a Inanna y su mito, diosa del amor al principio de la civilización, la cortesana de los dioses, la madre tierra, la que otorgaba la vida a la naturaleza, la mujer que vivía en el paraíso, en el mismísimo árbol donde vivía enroscada la sabia serpiente.

El final era el principio. Ahí estaba la mujer elegida por Luzbel para entregarle el fruto de la consciencia. El primer ser humano en abrir los ojos y percibir todo el amor de dicha consciencia creadora que impregnaba cada partícula de la existencia.

Toda una historia humana desde que Inanna descendiera al inframundo en busca de su amado Támmuz, desde que renunciara a su divinidad para experimentar la gloriosa libertad de la dimensión

humana y su infinita capacidad de amar. Desde el inicio de los tiempos había sido humana y mujer, y como todos los humanos había olvidado la divinidad original que yacía en lo más profundo de su ser.

Inanna entró a la caverna gravemente herida, en busca de refugio. Como si fuera posible guarecerse del Armagedón. Lucía el uniforme andrajoso de lo que había sido el ejército de Oriente.

Otra explosión ensordecedora y asesina retumbó en el centro del mundo. Inanna yacía al borde la muerte en el suelo cuando otro despojo humano entró en la caverna. Luzbel sonrió al ver a Támmuz, o lo que quedaba de él, vistiendo el uniforme de lo que aún quedaba de los ejércitos de Occidente. Tan sólo entrar a la caverna y sentirse a salvo, se desplomó.

El portador de la luz se llenó de alegría. Ahí estaba el primer hombre, el dios que había renunciado a su divinidad en busca de la sabiduría, y que se quedaría prendado por los deleites de Inanna. Aquel que probó temeroso el fruto de la consciencia entregado sin titubeos por aquella diosa del amor. El amor nunca duda; el conocimiento siempre lo hace. Amor y sabiduría fueron sus dones desde entonces, pero sólo la unión de ambos conducía de vuelta a la divinidad.

Támmuz e Inanna se percataron cada uno de la presencia del otro y se contemplaron mutuamente con aversión, dispuestos a destruirse con lo poco que les quedara de fuerza. Fue entonces cuando Luzbel decidió tomar una forma visible y manifestarse ante aquellos dos sobrevivientes de la última batalla. En una existencia eterna y recurrente, todo final es tan sólo un nuevo principio. Era el momento de entregarle nuevamente a la pareja humana el fruto del árbol del conocimiento, el regalo de la consciencia.

—Támmuz e Inanna —dijo con una voz que resonó en toda la caverna—. Toda una historia humana sin verlos, y aquí están al final para ser un nuevo principio y otra luz de esperanza.

Luzbel se mostró. Los dos vestigios de humano se quedaron absolutamente paralizados, un tanto por la conmoción de un encuentro con algo evidentemente sagrado, y un tanto más por las heridas que se distribuían por su cuerpo y por su mente.

—¿Cómo sabes quién soy? —preguntó la mujer.

—¿Quién demonios eres tú? —interpeló el hombre.

No pudo evitar Luzbel sonreír ante la mención del demonio. Nada había más divino y sagrado que la consciencia, y él, su portador, había sido degradado en la mente mítica de la humanidad hasta ser comprendido como un demonio. Nunca pudieron terminar con el mal porque siempre se lo atribuyeron a una misteriosa entidad fuera de ellos mismos.

—Támmuz e Inanna —volvió a decir tranquilamente Luzbel—. La primera mujer y el primer hombre en separarse pueden ser los que vuelvan a unirlo todo, y el nuevo comienzo para cuando todo termine. Lo masculino y lo femenino, lo terreno y lo celestial, la sabiduría y el amor.

Los dos soldados enemigos se quedaron mudos e inmóviles.

—Han estado en bandos contrarios desde que se separaron al inicio de los tiempos. En esta vida tú eres griego y tú eres turca —señaló Luzbel a ambos, aunque sus países enemigos ya no existan—. Tú eres cristiano y tú musulmana, tú de Occidente y tú de Oriente, tú hombre y tú mujer. Cargan a cuestas todas las diferencias absolutamente ficticias que les han programado durante milenios para hacerlos pensar que son diferentes, que no son parte del mismo misterio, de la misma unidad, del mismo todo, de eso a lo que los necios siguen llamando Dios.

—Aquí están de vuelta, Inanna y Támmuz, como en cada fin del mundo. Aquí donde todo comenzó y donde todo parece estar llegando a su fin, porque el miedo nubló la visión de los humanos y no supieron comprender nada. Tú, Támmuz, antiguo dios de la sabiduría que decidió hacerse hombre cuando ser un humano parecía un privilegio, cuando ser humano significaba poder disfrutar y experimentar libremente el milagro de la consciencia, y significaba también el poder disfrutar los sublimes deleites de Inanna.

Luzbel extendió su brazo en dirección de Támmuz, quien se desplomó exhalando uno de sus últimos alientos de vida, al tiempo que un escalofrío recorría su cuerpo mientras aquel extraño ser parecía embrujarlo con la mirada y lo hacía descender en un profundo sueño. Comenzó a vivir lo que le parecieron los estertores de la muerte, una mezcla de sueños y delirios.

La demente memoria de Támmuz estaba de pronto plagada de algo que parecían recuerdos y que bien podían ser alucinaciones. Se recordaba sentado a los pies de Siddhartha, el maestro de oriente que despertó tras permanecer días enteros meditando bajo un árbol, así como tiempo después venerando a Jesús, el maestro místico de occidente que pregonó el amor como forma de vida. Se recordaba también escuchando el discurso de entrega y aceptación de Muhammad, el maestro al que los árabes llamaron el último profeta…, y recordaba con horror cómo en diversos tiempos había estado luchando en ambos bandos de las guerras que, en nombre del mismo dios, llevaron a cabo los seguidores de dichos maestros.

Los maestros siempre hablan de amor y los seguidores siempre se matan entre sí cuando el amor deja de ser una experiencia para ser un dogma. Fue así como comenzó el fin del mundo.

Támmuz se sentía como víctima de un embrujo de aquel extraño. Vivía un sueño lúcido y sin sentido. Se recordó en paz y en conflicto, santo y pecador, víctima y victimario. Se recordó asesino y asesinado, torturador y torturado, guerrero y pacifista, culpable e inocente. Pobre Támmuz, como todos los humanos no recordaba su origen divino ni nada de lo ocurrido desde su primer descenso al infierno.

—Y tú Inanna —prosiguió Luzbel mirando a la guerrera oriental—, mortal convertida en diosa del amor, pero también de la guerra, que alcanzaste tu divinidad exaltando y sublimando los deleites del amor hasta ser la cortesana de los dioses. Separada de Támmuz desde el inicio de los tiempos porque siempre alguno buscaba imponerse sobre el otro. Porque ninguno veía más allá de su propio egoísmo. Porque se sintieron distintos.

—Somos distintos —alcanzó a balbucear Inanna con un delgado hilo de voz.

—Esa estúpida ilusión de verse siempre como algo distinto sólo les ha servido a los seres humanos para aniquilarse unos a otros a lo largo de toda su historia…, ¿qué no ven que para la consciencia no existe el tiempo? Han desperdiciado mi regalo. Toda la existencia yace serena, y puede esperar otra gran explosión y otros catorce mil millones de años o lo que sea necesario para que la consciencia vuelva a manifestarse en un ser más merecedor de ella.

El portador de la luz extendió su brazo hacia Inanna, quien también cayó rendida y expirando al borde la muerte, un tanto por las heridas de su cuerpo y otro tanto por la mirada mística y misteriosa de aquel desconocido que inducía a la demencia, que parecía adormecer e hipnotizar. Se sintió envuelta en un hechizo de sueños, locuras y delirios.

Un recuerdo fugaz pasó por su mente en ese momento. La guerra que destruyó a la humanidad había comenzado en Medio Oriente con Dios como pretexto y los combustibles fósiles como causa. Los combustibles que movían a la humanidad y destruían su planeta, y las zonas de control geopolítico estratégico que debía dominar todo aquel que aspirara a conquistar el mundo. Esa estúpida necedad de conquistar el mundo que tuvieron reyes y guerreros como Jerjes, Alejandro, Gengis Kan, Carlos V, Napoleón, Hitler, Stalin, Bush…, todos ellos personajes incapaces de conquistarse a sí mismos.

Inanna recordó, o quizás soñó, que había existido desde tiempo incalculable; nació en el centro del mundo, ahí donde nació la civilización, y prácticamente desde aquellos lejanos tiempos, todas las potencias de todas las eras habían luchado por el dominio de esa zona que era el puente entre oriente y occidente.

Sumerios y acadios, egipcios e hititas, babilonios y persas, persas y

griegos, griegos y romanos, grecorromanos y árabes, bizantinos y turcos, turcos e ingleses, ingleses y franceses, judíos y palestinos, norteamericanos y rusos…, siempre la ambición como causa, y siempre Dios o alguna otra palabra hermosa como pretexto.

Inanna recordó tiempos que no eran suyos pero que sentía haber vivido, como aquel momento en medio de la llamada Gran Guerra, cuando Inglaterra y Francia repartieron lo que no era suyo, como era su costumbre, y distribuyeron el Medio Oriente a su antojo y según sus intereses, sembrando con ello la semilla de la guerra del fin de los tiempos.

Recordó las cruzadas como si hubiera estado en medio de la lucha, cuando los poderosos de entonces hicieron lo mismo con Dios pretexto, y recordó fugazmente cómo un milenio después, el país más destructivo de la historia, el imperio que dominaba Norteamérica, se comenzó a arrebatar el mismo territorio contra el gran imperio que dominaba Eurasia.

El dios que legitimó esa guerra se llamaba Libertad, y esclavizó a toda la humanidad bajo el yugo de la ambición de los amos del mundo. La guerra siempre parecía tener una causa justa, pero los resultados siempre eran ilícitos, arbitrarios, injustos y causa de nuevas guerras.

—Somos distintos —suspiró Inanna empecinadamente—, y algunos estamos dispuestos a morir y llegar hasta el final por defender la verdad.

—Mi querida y conflictiva Inanna, voy a decirte algo que los humanos nunca han comprendido acerca de eso a lo que llaman la verdad y que ha provocado tantos conflictos. La verdad está frente a ti y frente a todos, pero no puede ser experimentada desde la mente, que siempre interpreta desde sus programaciones culturales, las ideologías, los nacionalismos o las religiones. La verdad está detrás del ruido de tu mente, en el silencio pleno de la consciencia que sólo observa, más allá de juicios e interpretaciones. La verdad es una, pero hay tantos caminos hacia ella como individuos en el mundo. La verdad no es el final de un sendero, sino que está siempre a lo largo del camino. Es el camino. La verdad está detrás de tus ideas y de tus pensamientos acerca de la verdad, y no necesita ser defendida ni impuesta…, ni siquiera en los albores del fin del mundo han sido capaces de comprenderlo.

Inanna miró con incomprensión a ese extraño ser. Cuántos siglos o milenios se habían matado los seres humanos por defender su verdad que concebían como la única posible. Su mirada se tornó en desprecio al mirar a Támmuz; ¿quiénes habían comenzado la lucha por la verdad?; ¿los judíos al imponer la idea de su dios como el único Dios?,

¿los cristianos al apropiarse de Dios e imponerlo por la violencia en todo Occidente?, ¿los musulmanes al expandirse por el mundo con la espada en la mano y su idea de Dios en los corazones? Tres culturas y religiones hijas de la verdad absoluta, convencidos de poseerla y de poder matar al que no la aceptase.

—Ellos comenzaron la agresión —señaló ella con desprecio—. Ellos comenzaron este apocalipsis.

—Busco refugio de la guerra que ellos iniciaron —balbuceó el moribundo Támmuz.

—¡Insensatos! ¿No ven que están generando y presenciando el fin de los tiempos? ¿Es que no van a detenerse hasta su autodestrucción? No les otorgué el don de la consciencia para que lo desperdiciaran en una aniquilación causada por su miedo y su egoísmo. ¿Es que no se dan cuenta? —dijo Luzbel a ambos con una mirada llena de compasión—. Dicen huir de la guerra cuando el conflicto no está allá afuera sino dentro de ustedes. Quieren huir de la guerra cuando ustedes la llevan consigo mismos a donde vayan.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Inanna, que sintió cómo la cordura la abandonaba de un solo golpe y para siempre. Estaba en medio de la nada, sin saber bien ni dónde ni cuándo, con retazos de recuerdos de una guerra que ya devastaba medio mundo, con países borrados del mapa de un plumazo por los poderosos, y nuevos países acorde con los nuevos intereses.

Dios usado para generar odio y la religión para dividir personas, los medios de comunicación como arma generadora de histeria colectiva, y los vestigios de unas Naciones Unidas que siempre estuvieron al servicio de los poderosos, derrumbándose ante el reacomodo de poder del mundo…, pero de pronto, en medio de aquel caos, el nombre de Támmuz surgió de manera intempestiva en el recoveco más antiguo de su memoria. Támmuz, un jardín edénico, un árbol, una serpiente…, y una seducción indubitable, una invitación irrenunciable a convertirse en dioses.

—¡Satán! —gritó Inanna asustada como presa de la más terrible de las locuras—. Iblís, Shaytán, el murmurador. En realidad, tú eres…

—¡Luzbel! —interrumpió el desconocido con una voz que hizo retumbar todo el recinto—. Soy Luzbel, el portador de la consciencia. Tienes mucho que recordar, Inanna. Luzbel y Satán no son lo mismo; uno es el origen de tu divinidad y el otro es el principal obstáculo de cada humano para encontrarla. El primero es la razón de ser del mundo y el segundo es el que está generando su destrucción.

Fue así como comenzó todo. De pronto el extraño que decía ser Luzbel simplemente desapareció. Inanna y Támmuz estaban solos en una caverna fría y desolada. Dos enemigos de los restos combatientes

de lo que quedaba en la última guerra de la humanidad. Griego y turca, cristiano y musulmana, hombre y mujer, Occidente y Oriente…, y muy cerca de ellos, los sobrevivientes humanos matándose con esas diferencias como causa, pretexto y bandera.

Cada uno se asomó en la mirada del otro. Ahí había otro ser humano; de pronto esa parecía la única realidad y cualquier diferencia semejaba un engaño. Se miraron con tristeza. ¿Cuándo había comenzado la guerra que destruyó a la humanidad? ¿Cómo es que nadie la detuvo antes de llegar a la autodestrucción? De pronto, esa voz resonó una vez más en la caverna.

Yo, Luzbel, voy a contarles todos los secretos aunque no logren comprenderlos, pues si no se conocen pronto el final será evidente. Voy a guiarlos en un viaje más allá de esa fantasía a la que llaman tiempo y espacio, atravesando la ilusión del mundo material hasta llegar al origen sin origen, a esa gran nada de la que todo surge y a la que todo vuelve.

Yo los conduciré por ese misterio al que llaman existencia y les mostraré el rostro de esa inteligencia inefable que penetra cada una de sus ilusorias partículas. Yo les develaré todos los secretos del universo y el sentido de su aparente sinsentido. Sólo yo puedo mostrarles lo que son los humanos, lo que fueron, y lo que serán si logran evitar el apocalipsis.

Yo los llevaré hasta su supuesta caída, que es la mía, y les haré ver en ella lo que en realidad es: su regalo, su don, la fuente de su divinidad, la luz que puede guiarlos de vuelta a casa, al origen y la unidad absoluta de todo, antes de que la nada se fragmentara con una gran explosión en espacio, tiempo y materia. Sólo yo puedo darles el poder de conquistar la eternidad.

Yo les di el más preciado de los obsequios. No olviden que soy el portador de la luz. Yo decidí entregarles la consciencia para que pudieran ser eternos y alcanzaran su destino, para que emprendieran el viaje del héroe hacia el más secreto, resguardado y sagrado de los templos que yace en su interior; esa leyenda incomprendida a la que llaman paraíso.

Yo, Luzbel, puedo mostrarles todos los misterios, pero tienen que entregarse a mí por completo. El tiempo se agota y Satán gana la batalla; únicamente yo, Luzbel, puedo conducir a la humanidad a su destino.

La voz de Luzbel siguió resonando y haciendo ecos: fue así como comenzó todo, como siempre ha comenzado todo.

Támmuz e Inanna cayeron sumergidos en un ensueño, una especie de alucinación o fantasía. Un viaje en el que fueron conducidos por el portador de la luz. Vieron la nada y presenciaron todo el dolor

absurdo de la humanidad. Soñaron con cielos y con infiernos, con mitos y realidades que se fundieron hasta ser inseparables. Un sueño que de alguna forma parecía un despertar. Un sueño guiado por Luzbel para abrir los ojos de la humanidad.

Yo les contaré la historia de todos los misterios y la realidad de todos los mitos. Les contaré la historia de todas las cosas. Tendrán una nueva oportunidad para entenderlo todo. Si lo logran, se les abrirán los ojos, y serán como dioses.

En ese preciso instante ocurrió una gran explosión, la más magnífica, sublime y majestuosa de todas. Comenzó toda esa ilusión que es el cosmos y la historia. La nada se tornó en todo. El universo comenzó a existir y la consciencia comenzó a reconocerse a sí misma.

En algún punto sin espacio, antes del inicio del tiempo

Inanna y Támmuz abrieron los ojos y observaron la totalidad de la existencia, aunque no había nada que observar. No había absolutamente nada. No había luz, pero tampoco algo a lo que pudieran llamar oscuridad. No había arriba o abajo, ni materia o elementos, ni límites ni un espacio infinito. Fue entonces cuando descubrieron que ellos tampoco estaban ahí, no físicamente por lo menos, pues lo físico no existía, y no parecía existir un ahí donde pudiesen estar. Sin embargo, lo presenciaban todo aunque no había nada que presenciar.

—La consciencia observa —dijo la voz de Luzbel.

—¿Dónde estamos? —preguntó alguno de los dos.

—No hay un dónde en el que puedan estar —respondió Luzbel. No hay un aquí o un ahora, pues el tiempo y el espacio no han comenzado a existir. No existe nada, sólo la potencia de todo. Si voy a contarles la historia de todas las cosas deben comprender el origen de eso a lo que llaman universo.

No había tiempo ni espacio, sólo energía, que no se crea ni se destruye y por lo tanto es eterna. La fuente del todo. Inanna y Támmuz pudieron experimentar la eternidad y el infinito en un mundo sin límites. Eternidad e infinito, dos palabras absolutamente vacías, toda vez que no hay mente humana ordinaria capaz de comprender dichas realidades.

—Ein Soph —dijo Luzbel—. Así llamaron algunos sabios hebreos a este estado de la realidad. Todo el universo contenido en algo más pequeño que la más pequeña de las partículas subatómicas. Tan pequeño que no podría decirse siquiera que tenga tamaño o dimensiones, y al mismo tiempo es paradójicamente inconmensurable, sin límite alguno. Milenios después los científicos le llamaron singularidad. En ambos casos se refieren a la unidad que estalló, se fragmentó, y formó su universo. El origen del espacio, el tiempo y la materia. Vengan conmigo, haremos algo que sólo puede hacer la consciencia.

El portador de la luz condujo a Támmuz y a Inanna más allá de los límites de ese diminuto mundo sin límites.

—Contemplen lo que sólo la consciencia puede contemplar. Tienen

ante ustedes la única realidad existente: el vacío sagrado. La causa y el origen de todo.

—Dios es la causa de todo —respondió Támmuz.

—Alá es el todo —exclamó tajante Inanna.

—¡Los humanos siempre tan necios! Si hubiera elegido a un hindú estaría orgulloso de proclamar que todo es Brahma. Diferentes nombres que le dan a un misterio innombrable e incognoscible. Pero sólo el vacío puede contener todas las cosas; sólo en el lienzo en blanco es posible plasmar formas, figuras y colores; sólo el silencio acoge a todos los sonidos. Sólo de una inmensa nada puede brotar un todo eternamente creativo, danzante, divino. Sólo en el lienzo inmaculado, en el bloque intacto, en la pauta silenciosa…, sólo en ese inmenso vacío creativo pueden brotar todas las formas, todos los colores y todas las sinfonías. Todos ellos pensamientos que pasan de manera efímera mientras la nada permanece. Todo existe en la nada creativa. Les presento el vacío sagrado.

A lo lejos, aunque propiamente no existía la distancia, podía vislumbrarse aquel diminuto todo, ese mundo sin límites. Es imposible estar fuera del infinito, pero finalmente todo era un sueño.

—Eso es todo —dijo Luzbel—. Todo lo que existe, ha existido o existirá en esta versión del universo está contenido en ese punto. Cada átomo, cada elemento, cada reacción, cada estrella y cada galaxia ya existían en potencia en aquella partícula diminuta e infinita. Sólo existe aquello que es posible que exista; así pues, la propia vida y su evolución, y desde luego la consciencia, tenían que estar presentes en aquella singularidad que explota para generar la existencia. El llamado Big Bang ya es vida y consciencia en potencia, de lo contrario éstas no habrían podido surgir.

—¿Por qué? —preguntó Támmuz en su insaciable búsqueda de sabiduría.

Luzbel permaneció en silencio en espera de que Támmuz ampliara su pregunta.

—¿Por qué ocurrió? —agregó Támmuz—. Es decir, ¿por qué existe algo pudiendo no existir nada…, o ¿para qué existe todo?

—Es el inicio del viaje y en tu eterna desesperación ansías ya la respuesta final. Toda respuesta requiere un proceso. La verdad exige un proceso, un esfuerzo personal, un viaje de descubrimiento. El cómo comenzó este universo es una pregunta para la ciencia, el porqué no tiene respuesta para la mente humana. Es un misterio. El hecho es que la existencia existe y hay que descubrir para qué.

De pronto se dio el milagro. Una inmensa explosión sin sonido convirtió a esa partícula en un universo, y una gran expansión acelerada dio origen al tiempo y al espacio como lo percibían los

humanos.

Presenciaron cómo la explosión de energía generó radiación. De esa radiación y su temperatura fue brotando la materia en su versión más simple, y observaron cómo se fue haciendo compleja. La vieron agruparse en átomos y moléculas, y después en estrellas, galaxias y planetas. Pudieron presenciar cómo esa complejidad generó que, por lo menos en un rincón del universo, se dieran las condiciones para la vida, es decir, la existencia intercambiando energía consigo misma.

Atestiguaron la evolución de la vida, que se hizo cada vez más compleja, hasta que se manifestó un misterio más milagroso aún: la consciencia. Con el origen del universo comenzó lentamente la historia de la humanidad.

—Así es que sí hubo una gran explosión al inicio —señaló Inanna —. Es decir, la creación.

—Hace unos 13 700 millones de años si consideramos la arbitraria medida humana para la ilusión del tiempo. El planeta que ustedes destruyeron tardó casi nueve mil millones de años en formarse, albergar vida y permitir la existencia humana…, seis días si toman los mitos de forma literal. En cualquier caso, ambas son leyendas, modelos, intentos humanos de explicar lo inexplicable, sea con religión o con ciencia, y de encontrar el origen de algo que no tiene origen.

—¿Estás diciendo que todo es resultado del azar, que no hay un plan, un destino o un sentido de la vida? ¿El universo es una casualidad?

—Si creen que hay un Dios —respondió Luzbel—, a ese principio le llaman creación y les parece evidente que hay un plan detrás de todo, los famosos designios inescrutables del Señor. Si no creen en la existencia de dicho creador, la idea de un plan parece absurda y no les queda más remedio que aceptar la casualidad de la existencia, el sinsentido del universo, la futilidad de la vida y la insoportable levedad del ser. ¿Pero será que puede haber un orden y un plan sin un creador?

—Sólo puede haber un sentido si hay un Dios que lo otorgue.

—Se convencieron de una de sus ideas —prosiguió Luzbel—. Se persuadieron de que Dios creó de la nada, pero no puede haber una nada si hay un Dios que lo es todo. Y si el inicio fue una gran explosión, algo explotó y por lo tanto había algo y no nada.

Contemplaron cómo las primeras colisiones del universo hicieron surgir estrellas inestables que con el tiempo colapsaron sobre sí mismas para originar inmensas explosiones conocidas como supernovas. Observaron los inmensos estallidos y cómo de ellos nacieron el resto de los elementos que terminaron de conformar todo

el universo, cada galaxia, cada estrella y cada ser humano.

—Todos y todo es polvo de esas estrellas —resonó la voz de Luzbel—. Todo lo que existe estaba potencialmente contenido en el origen, junto con las fuerzas que moldearon el universo, como la gravedad, el electromagnetismo y las fuerzas nucleares. Todo lo que existe es lo que es y no podría ser de otra forma… Para muchas mentes eso es un plan. ¿Lo será?

—Las mentiras y la confusión siempre han sido el arma del Diablo —dijo convencido Támmuz.

—Pobre Támmuz —dijo suavemente Luzbel—. Tú que eras dios de la sabiduría padeciste el mismo embrutecimiento que todos los humanos. Te conformaste con ideas preconcebidas y cultos masivos de control social. Demente y desquiciado Támmuz, los únicos demonios de su mundo son ustedes, son los que mienten y los que engañan…, y fueron ustedes, ustedes los humanos y sus impulsos egoístas, los que destruyeron el mundo. Nunca necesitaron un demonio para eso.

Inanna y Támmuz se miraron con aflicción y arrepentimiento. Nada tenía sentido. De haber un Dios y un demonio era inconcebible que fuera éste último el que ganara la batalla entre el bien y el mal. De existir un plan no tenía sentido que éste fuese la autodestrucción. ¿De qué se trataba todo?

—Es imposible que un viaje de sabiduría y autodescubrimiento llegue a buen fin si permiten que sus ideas y prejuicios, aprendidos y programados, les hagan negar todo aquello que choque con su programación. El universo que conocen, donde un ser desarrolló consciencia hasta ser capaz de preguntarse por el universo, es resultado de características determinadas, que de haber sido ligeramente distintas, no habrían permitido el desarrollo de ese ser capaz de preguntarse por dicho universo, en cuyo caso ese universo sería simplemente un desperdicio. Todo es una consciencia que se observa.

Alrededor de ellos el gran misterio seguía su marcha. Aquella partícula diminuta había experimentado una gran expansión y el universo crecía de manera vertiginosa.

—Es una ilusión verdaderamente hermosa —exclamó Luzbel.

—¿Cómo una ilusión? —exclamó Támmuz, asombrado.

—Toda esa materia que ven surgir en el espacio, y que se transforma con el paso del tiempo, no es más que una simple ilusión —respondió Luzbel divertido—. Ésa es una de las realidades más difíciles de comprender para los humanos. La energía, que existe desde siempre, se manifiesta constantemente en forma de materia, y la materia es la manifestación de la energía.

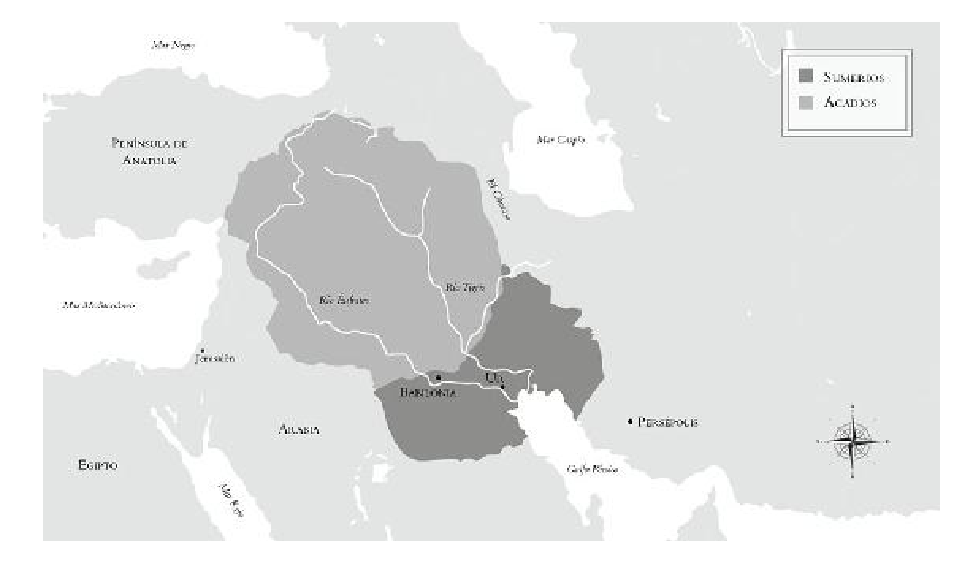
—¿La materia está hecha de energía, o la energía está encerrada en

la materia? —consultó Támmuz—. ¿Qué es lo real?

—Son lo mismo. Son dos caras de la misma moneda llamada realidad. No hay divisiones en la existencia. Si le llaman espiritual a aquello que no es material, entonces le llaman espiritual a lo energético, y lo energético es todo, por tanto no hay división. Si materia y energía son lo mismo, mundanidad y espiritualidad lo son también; entonces sólo hay una realidad y una dimensión, que es espiritual y se manifiesta de forma mundana. Es decir que la materia es la manifestación de la energía o el mundo la manifestación del espíritu. Diferentes formas de decir lo mismo, de intentar nombrar algo que es inefable. El mundo es el sueño del creador, dijeron los sabios que escribieron los Vedas.

La consciencia se seguía expandiendo creando la ilusión de espacio, tiempo y materia. La materia sólo puede existir en el espacio y requiere del tiempo para evolucionar, y sólo la materia puede generar seres vivos para que, en algún momento, la consciencia se deposite en uno de ellos. Muy bien sabía Luzbel que Inanna y Támmuz no estaban listos aún para entender el gran enigma.

—Miles de millones de años después —concluyó Luzbel— se originó un planeta capaz de albergar vida que evolucionó hasta recibir la consciencia, el regalo que otorgué a la humanidad…, pero el precio por la consciencia es caro. Cada especie inteligente de cada universo puede tomar el camino de la evolución, pero la mayoría pierden el rumbo y sólo logran su aniquilación. Ése fue el triste caso de los humanos. Rompamos, pues, el tiempo y el espacio, hasta llegar al centro de su mundo y al origen de su propia historia.



En el centro del mundo, al inicio de la civilización

Viajaremos por el tiempo al inicio de la civilización humana y por el espacio hasta el centro del mundo, donde en medio de dos ríos inició la aventura de la humanidad. Estamos donde cuentan sus propias leyendas que yo caí de los cielos, y donde Satán vive en este mundo desde entonces, el origen de su florecimiento y la fuente de sus conflictos. Aquí donde la humanidad comenzó a civilizarse y fue lentamente abandonando la búsqueda de la verdad y cambiándola por el ansia de poder y dominio.

Aquí donde surgieron las leyendas y los lenguajes originarios, donde la humanidad comenzó a representarse con cuentos y rituales el misterio de la existencia, y donde la obsesión de control convirtió por vez primera esa eterna sabiduría en sistemas religiosos de control social.

Aquí donde los seres humanos inventaron letras para plasmar sus pensamientos y sus historias, y donde la sabiduría comenzó a extinguirse porque las ideas no escritas fueron prohibidas y las opiniones nuevas comenzaron a ser una amenaza. Aquí, donde la humanidad sería, a partir de ahora, controlada por sus propias ideas y pensamientos.

Aquí, donde los distintos pueblos comenzaron a imaginarse dioses, y donde algunos concibieron a un dios todopoderoso que los privilegiaba en exclusiva. Aquí donde la humanidad proyectó su ego y le llamó Dios.

Aquí en el paraíso, entre el Tigris y el Éufrates, el Edén de la Biblia y el Corán, en la tierra donde se originaron las mitologías que llegaron a limitar a la mitad de la humanidad y a lanzarlos al conflicto.

Aquí en el epicentro de la guerra, en el lugar donde comenzó la gran marcha de la humanidad y donde comenzó el principio del fin. Donde las religiones de paz y compasión fueron el pretexto de guerras, codicia y egoísmo. Donde el amor se hizo dogma y teoría, y donde los seres humanos, civilizados y sometidos por sí mismos, comenzaron a creer que Dios es algo que se encuentra fuera de ellos mismos.

La mente humana es inmensa en ciertos sentidos y extremadamente limitada en otros. Su principal límite es que asume el pequeño rincón de la realidad que le toca experimentar y la asume como la única y absoluta realidad. Es por eso que cuando los pueblos

que habitaban Mesopotamia, entre el Tigris y el Éufrates, presenciaron el desbordamiento de los dos ríos que daban vida a su civilización, y la correspondiente inundación de todo lo que conocían, no dudaron en llamarlo diluvio universal.

Cuando todo el mundo que conoces queda bajo el agua, es como si eso le hubiera ocurrido a todo el universo; si además desconoces las causas de los efectos físicos, dicha tormenta se le atribuye a la ira de Dios.

Por esos mismos límites, el pueblo hebreo, errante en su historia a lo largo del Medio Oriente, asumió los mitos y leyendas de la zona como la realidad; más aún, adaptaron dichas leyendas, mitos, dioses y demonios a su propio pueblo. Que un pueblo seminómada cometiera ese error hace miles de años es comprensible. Que a lo largo de miles de años, media humanidad se encadenara a esas leyendas, sólo demuestra la poca evolución del pensamiento humano cuando la mente está encerrada en sí misma.

Pero antes de llegar al pueblo hebreo y sus historias, es necesario llegar a Mesopotamia y a la civilización, y comprender cómo el azar ha generado gran parte de los prejuicios que nublaron la vista de la especie humana.

Dos millones de años de evolución les llevó a los humanos convertirse en un primate consciente, un animal distinto a todos los demás, uno que fue capaz de separarse de la cadena de la evolución biológica y evolucionar gracias a su pensamiento. Una media docena de especies humanas e inteligentes lucharon por ser la dominante, hasta que desde hace veinte mil años, los *Homo sapiens* habían poblado ya todo el planeta. El ser humano comenzó a caminar, a explorar, a buscar y, sobre todo, comenzó a preguntarse sobre sí mismo y ese misterioso mundo en el que habitaba.

Retrocedamos unas diez mil vueltas de la Tierra alrededor del Sol, y podremos ver aproximadamente a un millón de humanos habitando y recorriendo el planeta. Se sienten solos y temerosos, su subsistencia está siempre en peligro, pero están a punto de protagonizar una de las revoluciones que más transformó su historia y los llevó a construir lo que con el paso del tiempo llamaron civilización: pueblos, ciudades, organización social, política y religiosa…, y sus primeros encadenamientos: la revolución agrícola.

El hombre cazaba y luchaba, la mujer recolectaba. Los grupos humanos eran muy pequeños, de menos de cien, no existía la propiedad y todo, niños incluidos, eran de todos. No había familia ni posesiones, pero sí asombro y miedo ante el mundo que los rodeaba.

Comenzaron las diferencias ficticias entre hombres y mujeres, pues la mente del macho de la especie, que salía al mundo a cazar, captaba

una realidad distinta a la de la hembra que recolectaba. Las habilidades necesarias eran también distintas, y con el paso del tiempo los roles de cada uno fueron quedando determinados, y como pocas cosas hay tan inflexibles como la mente humana, que vive atada a la tradición y el pasado, el resultado del azar se convirtió en verdad absoluta.

Unas quinientas generaciones humanas antes del fin del mundo, las mujeres descubrieron cómo hacer que la tierra diera frutos, y llegó la era de la agricultura. Nacieron la estructura familiar, el patriarcado, la jerarquía política, de la mano de la religiosa, las mitologías y leyendas que dieron forma a la mente humana, la propiedad privada, que el hombre comenzó a ejercer sobre tierra, hijos y mujeres.

Nacieron las ciudades y la necesidad de defenderlas, y con ello las armas y la tecnología, pues surgió también la obsesión de dominar y controlar a otras. Fue así como las tribus forjaron aldeas, las aldeas se convirtieron en ciudades, y el control de las ciudades dio paso a los imperios. Nunca en toda su historia el ser humano cambió su actitud.

Toda civilización requería orden, pero como desde el principio se estableció el control de unos pocos sobre las grandes masas, este orden nunca fue resultado del acuerdo armonioso entre humanos, sino de la violencia, la imposición, y lo más importante: del control de las ideas para controlar las mentes. La religión organizada fue desde siempre la mejor forma de control y cohesión social: que todos crean en lo mismo y teman a lo mismo.

Desde los sacerdotes antiguos hasta los medios de comunicación y las redes sociales virtuales, el humano siempre fue controlado a través de inculcarle las ideas que debía tener. También desde entonces los poderosos siempre quisieron más poder, y desde el alba de la historia humana estuvieron siempre dispuestos a usar a las masas como la principal arma de todas las guerras. El ser humano se encontró con su peor enemigo: otro ser humano.

Desde aquellas primeras civilizaciones hay registros de que los mayores estaban inconformes con los jóvenes cuando decidían no seguir los pasos establecidos. Es decir que, desde entonces, la creatividad y la individualidad se manifiestan en los jóvenes, y eso es asesinado por los mayores por una cuestión de subsistencia: haciendo las cosas de un modo se ha logrado sobrevivir, de ahí la idea de que hay un solo modo, el probado, de hacer las cosas. Cuando el modo de hacer las cosas comenzó a ser atribuido a designios divinos, comenzaron a nacer las verdades absolutas, uno de los principales pretextos para matar que los hombres siempre tuvieron.

Cuando los humanos se establecieron fue en gran medida para asegurar los medios y recursos para su subsistencia, pero milenios de

condicionamientos grabados en su mente seguían diciéndoles que su vida estaba en constante peligro. Así pues, los humanos establecidos en ciudades acumularon recursos y lucharon por ellos contra las otras ciudades. Desde robar la cosecha ajena para garantizar la comida, hasta invadir Afganistán e Irak para asegurar el petróleo, nada cambió.

Subsistencia era la palabra clave; es por eso que las grandes civilizaciones originarias siempre nacieron al amparo de grandes ríos. Tal es el caso de lo que los griegos llamaron Mesopotamia, el Edén bíblico, Al Iraq, el Medio Oriente, donde desde hace unos siete mil años ya había importantes asentamientos humanos…, y líderes luchando por el control de la zona por la que siempre peleó la humanidad.

Los creadores de la civilización en Mesopotamia, hace unos seis mil años, fueron los sumerios, pueblo de origen desconocido, aunque todos los humanos del mundo son finalmente originarios de África. Se establecieron en ciudades como Eridú, Ur, Uruk, Umma y Lagash; es decir, en torno al llamado Golfo Pérsico. El epicentro de la guerra humana fue siempre el mismo, y las causas también.

Fue en esas bíblicas tierras donde hace unos cinco mil años vivió y dominó el rey Gilgamesh, el primer hombre del que se escribió una epopeya, y el primer relato donde los humanos buscan desesperadamente la inmortalidad. Pobres criaturas asustadas y confundidas, buscan con tanto ahínco la inmortalidad de la materia, esencialmente perecedera, cuando la eternidad de la energía, verdadera realidad de todo, es evidente y manifiesta. Es también el héroe que protagoniza la primera historia sobre el diluvio, que fue sólo leyenda hasta que hebreos y después cristianos la convirtieron en verdad absoluta e incuestionable.

Por las mismas épocas llegaron las primeras grandes guerras en la eterna zona de conflicto, cuando el gran guerrero Sargón, al mando de los acadios, invadió desde el norte toda Mesopotamia, conquistó las ciudades sumerias y forjó el primer imperio de la humanidad. El objetivo: controlar las rutas comerciales del Pérsico, que unían aquella región con los nacientes y prósperos reinos del Indostán.

Lo más importante de dichos acadios es que son un pueblo semita; es decir, los ancestros de todos los pueblos que eventualmente se establecieron en la zona y pelearon por ella desde el principio hasta el fin de la historia humana: árabes, filisteos, palestinos, cananeos, y desde luego, hebreos. Todos hermanos étnicos, y también conocidos de modo genérico por el lenguaje que compartían todos: arameos.

Son tiempos particularmente violentos, la civilización es aún muy frágil, las hambrunas son cosa común, y varios pueblos migran por la

zona en busca de un lugar para asentarse. El imperio creado por Sargón duró pocos siglos antes de fragmentarse ante diversos ataques, y el caos duró hasta que, unos dos mil años antes del nacimiento del maestro Jesús, la ciudad de Ur unificó bajo su mando a varias de las ciudades de la zona.

Tres siglos más tarde hace su aparición otro pueblo, los amoritas, en busca de los fértiles valles del delta del Tigris y el Éufrates. En manos del rey Hammurabi toman control de todas las ciudades y vuelven a formar un imperio: Babilonia. Es en esta época cuando la tradición hebrea, y después el cristianismo y el islam, ubican al legendario Abraham. Comienza entonces la historia mítica de los hebreos.

En esos tiempos había toda una tradición religiosa basada en los mitos sumerios, que fueron asimilados por acadios y babilonios, y después transformados por completo por los hebreos para glorificar su propia historia. Media humanidad giró desde entonces en torno a las leyendas de unas decenas de miles de beduinos del desierto.

Muchos dioses convivían en la mente de los humanos, pero desde entonces algunos hablaban de un dios supremo, un dios único llamado Él, que con el tiempo se asimiló a otros como Baal o Marduk, para finalmente ser el Yahvé de los hebreos al que los cristianos simplemente llamaron Dios.

Los principales dioses representaban el cielo, el aire, el agua y la tierra, que creaban y manifestaban su voluntad a través de la palabra. Y entre muchas otras historias, los humanos comenzaron a inventar fábulas sobre paraísos y demonios, sobre sabiduría oculta, sobre árboles y serpientes.

Es entonces cuando surgieron ustedes, Inanna y Támmuz, y es también cuando diversos pueblos trazaron leyendas sobre el origen del mundo. Comenzaron a usar la gran facultad humana de la imaginación para tratar de entender cómo fue el principio.



En el principio de la civilización

En el principio de los tiempos, en la frontera del caos

Caos, después orden. Es la esencia de todos los mitos sobre el origen.

Al principio sólo existía un abismo sin fondo ni forma. La realidad era acuosa y todo era tinieblas, hasta que de ahí surgió El que Existe por Sí Mismo, que de Su propia Consciencia hizo surgir el resto de la existencia. Nadie en el Valle del Nilo cuestionó esta verdad absoluta por más de cinco mil años, hasta que el cristianismo y el islam dejaron claro que era un mito.

Cuando en las alturas el cielo aún no había recibido su nombre, y nada abajo en el suelo había sido nombrado, el Engendrador que se sustenta a Sí mismo le dio luz a todo y comenzó a dividir la existencia en pares. Se separaron las tierras de los mares, los mares del cielo, la luz de las tinieblas, el día de la noche.

Marduk, dios del orden, luchó incansablemente contra el caos, y cuando hubo terminado creó a la humanidad con polvo de los dioses. Desde entonces lo humano contiene a lo divino y se funden en un solo ser. Durante más de cuatro mil años nadie en el delta del Tigris y el Éufrates cuestionó esta verdad absoluta, hasta que toda la tradición judeocristiana e islámica les hizo descubrir que era un mito.

El universo no existía, pero lo hizo cuando un abismo sin forma se abrió a sí mismo, y en un acto de autoengendramiento hizo que el caos, océano primigenio de todas las posibilidades, se tornara en cosmos, en orden, y de esa nada amorfa surgiera el cielo y la tierra para que pudieran vivir los hombres. Nadie entre los acadios y los babilonios cuestionó esa verdad clara y absoluta durante unos tres mil años, hasta que evidentemente se descubrió que era un mito.

Siempre hubo caos, un vacío profundo que no era nada, pero contenía la posibilidad de todo. Del vacío surgió la tierra, Gea, y en ella el amor, Eros, el abismo insondable y la oscuridad. Gea engendró al cielo, Urano, para que la fertilizara, y de dicha unión surgió el tiempo, Cronos, para que todas las demás cosas pudieran existir entre el cielo y la tierra. Así lo escribió Hesíodo hace casi tres mil años, y aunque no había verdades absolutas entre los griegos, así se creyó por todo un milenio, hasta que llegaron las verdades absolutas con la cruz en la mano y dejaron claro que todo era un mito.

El sustentador Unkulunkulu surgió del vacío y creció en un junco de la mítica ciénaga de Ulanga, el pantano de donde el dios hizo nacer

a la humanidad. Los hombres eran inmortales pero un camaleón les robó su inmortalidad e introdujo la muerte en el mundo. En el centro de África, esa versión y otras similares se creyeron desde tiempos inmemoriales. Pero eso era la leyenda de un continente incivilizado hasta que llegó la civilización cristiana a dejar claro que todo era un mito.

En realidad, en el principio existían los dioses en un estado latente sobre un mar inmóvil, hasta que hubo palabras y de ellas surgió el mundo, donde los dioses decidieron crear a la humanidad en varias ocasiones, primero de barro, después de madera, y finalmente de maíz con sangre divina, para otorgar a los hombres esa aspiración a lo celestial. La sangre humana era su esencia divina y su alma, los hombres eran uno con los dioses y a ellos deberían volver. Lo creyeron los mayas quichés por más de mil años hasta que los conquistadores cristianos les hicieron descubrir que todo era un mito.

Finalmente llegó la verdad. En el principio creó Dios el cielo y la Tierra. La Tierra era caos, confusión y oscuridad por encima del abismo, y el espíritu de Dios aleteaba por encima de las aguas. Dijo Dios: Haya luz, y hubo luz. Vio que la luz era buena, la separó de la oscuridad y llamó día a la primera y noche a la segunda.

Después, y siempre a través de su palabra creadora, separó el firmamento de las aguas, hizo el cielo y los océanos, separó los mares de la tierra e hizo surgir vegetación. Puso estrellas en el cielo y destacó de entre ellas al Sol y a la Luna para regir el día y la noche. Finalmente hizo animales, y cuando todo el mundo estaba listo creó al hombre a su imagen y semejanza para dominar dicho mundo y someter a todas las bestias. Seis días duró su obra creadora y el séptimo descansó.

Todos los relatos anteriores son leyenda mitológica, pero de entre tantos mitos falsos creados por tantos pueblos ignorantes, finalmente emergió, entre algunos beduinos seminómadas del desierto de Medio Oriente, unos cuatro mil años antes del fin del mundo, la historia que contiene toda la verdad, absoluta, eterna e inapelable.

Qué divertida y curiosa es la especie humana y su mente tan confundida y egocéntrica. Están dispuestos a tomar una serie de relatos míticos y simbólicos, asumir prácticamente todos ellos como leyendas, y considerar que uno entre todos ellos, igual de fantasioso y simbólico, con los mismos elementos que los demás, es la verdad…, no sólo la verdad, sino una verdad absoluta, una por la que incluso es válido matar. Una que usaron como pretexto para aniquilarse hasta desatar el fin de los tiempos.

Si comprendieran el misterio y el milagro de la mente, si fueran capaces de detenerse por un instante a indagar sobre su propia

consciencia, si cuestionaran y buscaran en lugar de tan sólo creer; si los humanos supieran lo que son, todo habría sido distinto. Si estuvieran conscientes de su divinidad no asesinarían con la divinidad como pretexto.

Todos sus mitos cuentan lo mismo pues todos parten de la misma inquietud por comprender el origen de todo, una respuesta que no existe ni es necesaria, pues la única realidad existe aquí y ahora.

Un abismo sin forma, un vacío, una nada, un caos primigenio es lo que todas las culturas vieron como semilla del universo. Una nada que nunca fue nada, sino la potencia de todo. Una energía autoexistente, que se engendra a sí misma, que surge de sí misma o de ese vacío.

Muchos nombres ha recibido esa fuerza: Brahma, Tao, Chi, Amor, Energía, Consciencia, Dios. Diversos nombres humanos para nombrar lo innombrable. Palabras que usan para creer que conocen lo incognoscible.

La energía es eterna. No se crea ni se destruye. Ésa es la esencia del universo, un eterno y permanente proceso de transformación de algo eterno. Hace 13 700 millones de años ese algo explotó y esa energía produjo radiación que a su vez produjo materia, y tras una serie de transformaciones la materia se agrupó para formar estrellas, mundos, sistemas, galaxias, vida y consciencia. Hace menos de un siglo que ese relato es la nueva verdad considerada incuestionable. Esa verdad es tan cierta como la contenida en los mitos, y tan simbólica como ella.

Los científicos niegan el absurdo de que exista un Dios que pueda crear todo un mundo de la nada, así es que plantearon una hipótesis donde el mundo surge de la nada, sólo que sin la variable Dios. Finalmente, la existencia de algo en vez de nada es el mayor misterio. Científicos, teólogos y filósofos no han dejado de buscar la respuesta por el origen, sólo buscan con métodos distintos y explican lo inexplicable con distinto lenguaje.

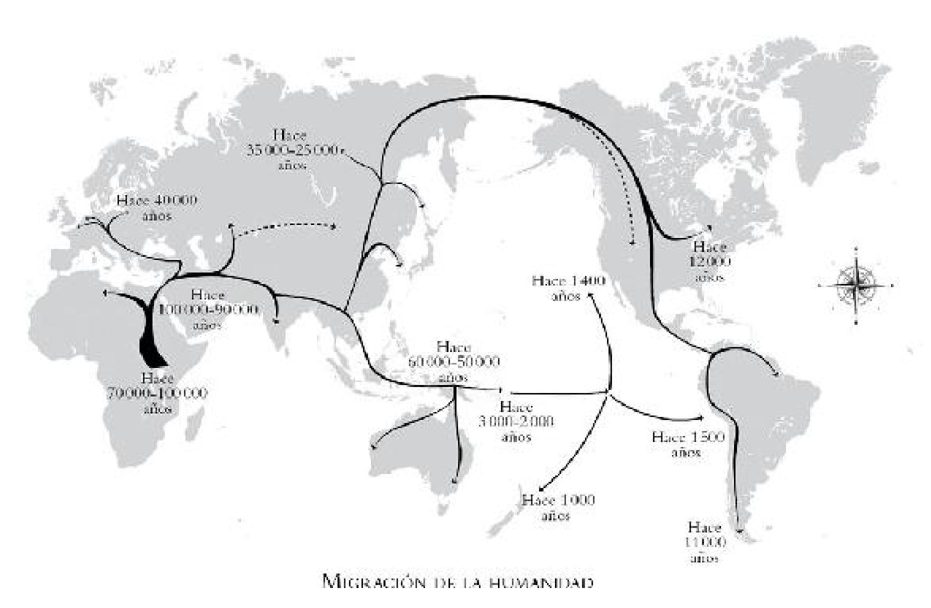
El dedo o la palabra de Dios, o el colosal estallido de una singularidad que está en la nada, pero lo contiene todo, son dos maneras distintas de decir lo mismo: que todo lo que existe surgió de la nada, y que nadie sabe en realidad nada sobre ese misterio.

Qué necios son los humanos buscando respuestas que no existen y que en nada sirven para vivir la plenitud de la existencia. Se preguntan y se responden cómo fue el origen, cuando ninguna respuesta al respecto es válida por algo muy simple: nada ni nadie hubo en el origen. Por encima de eso, la pregunta contiene quizás uno de los mayores errores humanos: asumir que hay un origen de todo, y no saber cuál fue el principio antes del principio.

Y es que finalmente cada mente humana sólo puede percibir su entorno y su pequeño pedazo de realidad, y la convierte en La

Realidad. Los humanos viven en un mundo donde todo tiene principio y fin, toda experiencia humana tiene principio y fin, y si todo lo que perciben tiene un origen, asumen que el universo mismo debe tenerlo.

Difícilmente se les ocurre pensar que todos esos fenómenos con origen y final ocurren dentro de una existencia infinita e inconmensurable que no comenzó jamás ni terminará nunca. Una existencia eterna, una consciencia que se reconoce a sí misma, una constante expansión de dicha consciencia, un interminable proceso de evolución.



Migración de la humanidad

En el principio antes del principio, a lo largo del mundo

En el principio no había principio, pues los humanos no habían adquirido la capacidad de preguntarse por el misterio de la existencia, mucho menos por el principio. Después aparecí para traer la consciencia y todo cambió para siempre.

El humano comenzó a preguntarse cosas, entonces comenzaron a inventar respuestas a la pregunta sobre el origen, desde huevos cósmicos y océanos primigenios, pasando por dioses y hasta llegar a una gran explosión. Diferentes intentos de dar respuesta a la más necia de las preguntas.

Desde entonces se cuestionan sobre el origen del mundo, en vez de ir a lo profundo y cuestionarse el origen detrás del origen; es decir, de su capacidad de generar preguntas e inventar respuestas. Ésa es la verdadera pregunta importante: de dónde o por qué surgió un primate consciente, y de dónde le viene su capacidad de preguntar. La consciencia, mi regalo a la humanidad, es el verdadero misterio.

El mundo existe y los humanos lo perciben y se preguntan el porqué de ese misterio, así que voy a contarles una historia del pensamiento humano. Los humanos están tan acostumbrados a su pensamiento, con el que se hacen todas las preguntas, que nunca se preguntan por el pensamiento mismo.

No entienden por qué piensan como piensan, y es por eso que no saben que son creadores de todo lo que existe. Para comprender todos los misterios es menester conocer el misterio de la mente y su forma de captar el mundo.

Ustedes los humanos están tan acostumbrados a ser la única especie humana, la única dotada de consciencia, que se olvidaron por completo de que hasta hace apenas unos doce mil años, compartían su mundo con varios hermanos, otras especies humanas que fueron víctimas de la extinción, aparentemente en manos del más hábil y evolucionado de la familia: ustedes, los humanos que arrogantemente se autodenominaron *Homo sapiens*. El fin del mundo al que los llevó su egoísmo muestra que no eran tan sabios.

Varios hermanos tuvieron los humanos: *Homo floresiensis*, *Homo denisova*, *Homo soloensis*. Pero el más conocido de los hermanos del

sapiens fue llamado neandertal. Era más alto y robusto, más fuerte y musculoso, con mandíbulas más poderosas y un cerebro considerablemente más grande, de unos dos kilos. Pero frente a todo eso, el *Homo sapiens* desarrolló la más importante de las ventajas evolutivas: el lenguaje, y junto con él, el pensamiento.

No es que los demás humanos carecieran de lenguaje, pero ustedes, los sapiens, desarrollaron un lenguaje y un pensamiento abstracto; es decir, la capacidad de referirse a cosas que no existen, de pensar y reflexionar en lo inexistente. Básicamente la capacidad de crear, de inventar. Con el tiempo, se olvidaron ustedes por completo de que son creativos y creadores, y asumieron que sus creaciones tenían existencia por sí mismas.

El lenguaje les permitió ponerse de acuerdo para sobrevivir, y el lenguaje abstracto provocó que pudieran tener organizaciones sociales de millones y millones de individuos. Fue así, inventando, como los humanos dominaron el mundo.

Los sabios entre los humanos comenzaron a inventar cuentos, fábulas, poemas, contradicciones y paradojas…, eso a lo que llaman mitos. Qué gran error fue confundir el mito con mentira o con una simple imaginación fantasiosa y sin sentido, cuando las mitologías de todas las culturas contienen la más profunda sabiduría que pudo haber desarrollado la humanidad, incomprensible para los que se obsesionaron con el intelecto como fuente de todas las respuestas.

Todo el pensamiento humano depende de la palabra, del lenguaje, y todo lenguaje es una invención humana. Cada palabra que existe y les permite referirse a algo es una palabra inventada por ustedes mismos, lo cual significa que cada pensamiento fue inventado por ustedes mismos en algún momento para poder ser pensado. Por eso el lenguaje de la existencia es el silencio, y por eso sólo desde el silencio de la mente pueden descubrirse todos los misterios.

El pensamiento depende del lenguaje y el lenguaje es simbólico, y es por eso que toda la forma que tienen los humanos de ver y comprender el mundo es absolutamente simbólica. Los humanos siempre se manipularon unos a otros a través de símbolos, sean religiosos, ideológicos, nacionales, económicos o de cualquier tipo. Nada domina mejor la mente humana que los símbolos.

Pero lo más importante fue que los humanos desarrollaron la capacidad de hablar y, por tanto, de pensar acerca de cosas que no existen. Crearon dioses, símbolos, leyendas y mitos que les permitieron crear sociedades complejas y organizadas. Ésa fue la causa de su subsistencia…, y con el tiempo la posible causa de su extinción.

Y es que los humanos, motivados por el miedo, se agruparon para

sentirse seguros. Entonces unos comenzaron a temer a otros, lo cual generó grupos más grandes que obligaban a otros a seguir agrupándose y temiendo unos de otros.

Cada grupo desarrolló ideas y comenzaron a desconfiar de las ideas distintas de los otros. Cada comunidad generó símbolos y vieron con desprecio los símbolos ajenos, cada colectividad inventó dioses y repudiaron los dioses forasteros.

Lo más importante de todo, cada agrupación humana creó tótems; es decir, símbolos de dioses, plantas y animales que representaban al grupo, les daban sentido de cohesión y pertenencia, y por encima de todo les daban sentido de protección. Cada grupo humano, desde entonces hasta ahora, se convence a sí mismo de que sus símbolos y mitos son verdad y los de los otros son mentira.

El tótem puede ser un jaguar o un águila, o puede ser también una cruz, una estrella, una media luna, o esos trapos de diferentes colores a los que llamaron banderas y que tanto les sirvieron de pretexto para la guerra. La idea de que un símbolo cohesiona, identifica y protege.

Toda colectividad requiere del pensamiento totémico para subsistir, desde el oso que defiende a la tribu, el símbolo divino que protege a los creyentes, el trapo de colores que representa a una nación, y hasta los animales y demás símbolos que respaldan a sus equipos deportivos o a los anónimos corporativos mundiales. Qué fácil es manipular a un humano dormido.

El lado oscuro del pensamiento totémico es evidente: divide a la humanidad en grupos mutuamente excluyentes, genera el pensamiento devastador que está detrás de todas las guerras: ellos y nosotros, donde nosotros siempre somos buenos y ellos son siempre la amenaza. Pocas cosas sirvieron más en su historia para convertirlos en masas amorfas y manipularlos.

Desde el inicio de la civilización hasta el final de los tiempos desatado por ustedes mismos fue siempre lo mismo: colectividades de millones se sienten parte de lo mismo y pueden trabajar en conjunto si comparten mitos y símbolos, si todos creen en algo igual. Lo que cada colectivo humano olvida es que esas ideas que los cohesionan e identifican fueron creadas por ellos mismos cientos o miles de años antes.

Los humanos inventan, ésa es su principal cualidad y su primer olvido. Crean una idea. Se convencen de esa idea. Se olvidan de que ellos crearon la idea y comienzan a creer en la idea como si existiera por sí misma: los dioses, Dios, el rey, el pueblo, la nación, el estado, la democracia o la libertad.

Un gran límite humano someterse a esas historias. Crean mitos y fábulas sobre el origen, el universo, la sociedad, el hombre, y se

entregan a esas historias que ellos crearon. Inventaron seres fantasiosos, dragones, centauros o elfos, pero igual inventaron héroes y dioses, demonios y religiones, del mismo modo que concibieron reyes, nobleza y sangre azul, derecho divino o democracia. Inventaron historias y próceres nacionales, inventaron valores y virtudes, sistemas éticos y morales, inventaron leyes y derechos humanos. Todo es creación humana.

Todas son ideas humanas que han servido para imponer el orden. Y es que ése es uno de los sentidos originales del mito: veneran a los dioses que luchan contra el caos porque ésa es la primera necesidad de cada civilización: imponer el orden sobre el caos. Venerar a los dioses es venerar el orden. Pasar de los cultos a la naturaleza a las religiones teístas no fue una evolución religiosa, sino una necesidad de la civilización, una necesidad política.

Por eso los mitos y mitologías requieren de ritos y rituales. Porque la lucha para derrotar el caos y pasar al cosmos, al orden, no fue sólo al inicio de los tiempos, sino que es una lucha constante. Toda sociedad que se abandone a sí misma tiende al caos, y por eso cada civilización se dotó de rituales cíclicos que recuerdan la importancia de vencer el caos, y que al ser cíclicos precisamente restauran o recuerdan el orden.

Esos mitos se transmitieron de forma oral por milenios, con lo que el relato mítico estaba siempre vivo, siempre cambiante y adaptado a las necesidades humanas y sociales. Lo importante, finalmente, no era el relato sino su significado profundo.

Pero tras miles de años de contarse mitos y transmitirlos de una generación a otra, un buen día los humanos inventaron la escritura y comenzaron a plasmar sus mitos por escrito. Comenzó con ello la lenta agonía de la sabiduría del mito, pues lo importante comenzó a ser la fidelidad del relato y no su significado. El mito y su significado quedaron grabados en piedra. Se escribieron y se institucionalizaron, se acabó su interpretación y con ello su vida. Se hicieron dogmáticos y comenzaron a surgir los sacros guardianes del mito. Nació la religión como control social, como política y no como búsqueda de lo divino. La consciencia comenzó a adormecerse.

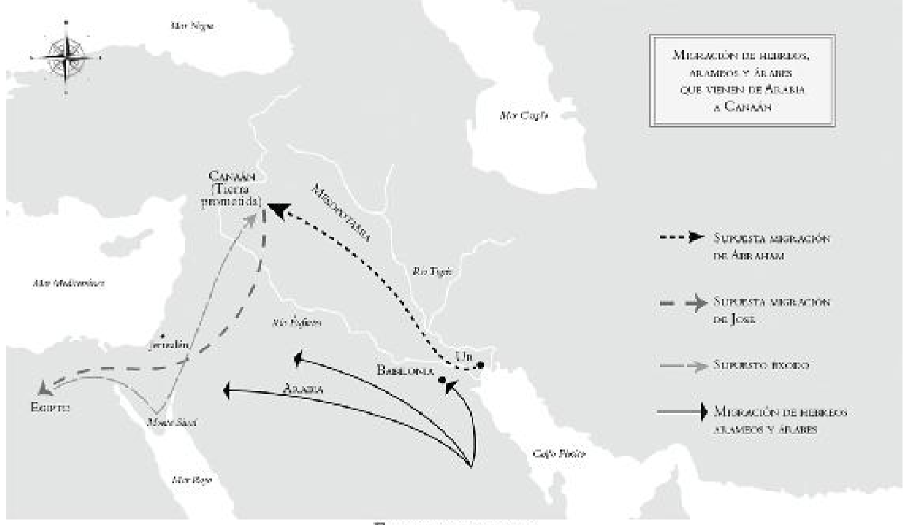
Un pueblo en el desierto, a lo largo de miles de años

Todos los pueblos se inventan su historia y todos terminan por creérsela; peor aún, por someterse a ella a base de repetírsela por generaciones. Así se forma esa prisión llamada identidad; la idea de que hay una sola forma de ser judío, cristiano o musulmán; europeo, chino o árabe, de izquierda o de derecha, creyente o ateo.

Las historias pueden cambiar con el paso de los siglos, pero cuando un pueblo construye toda una historia, forma de vida e identidad, endosada a los designios de un dios omnipotente, dicha historia queda casi grabada en piedra. Ése fue el caso del pueblo hebreo y del judaísmo, un pueblo disperso por las vicisitudes de la historia, un grupo de seres humanos que sólo logró mantener una identidad de pueblo, e incluso sobrevivir, precisamente por aferrarse a su historia mítica.

Lo interesante del caso hebreo es que los mitos que hicieron de sí mismos influyeron sobre la mitad de la humanidad. Hace miles de años, algunas decenas de miles de seres humanos inventaron una historia de sí mismos basada en los mitos y leyendas mesopotámicos, y con el paso de los siglos, otros pueblos y comunidades religiosas tomaron la historia hebrea como parte de la suya.

La mezcla de mitos recogida e interpretada por los hebreos dio origen al judaísmo, la misma mitología interpretada por la cultura grecolatina dio origen al cristianismo, y el mismo relato, enriquecido e interpretado por los árabes, dio origen al islam.



El pueblo hebreo

Todos los pueblos asumen como leyenda las mitologías ajenas y como verdad la propia. La síntesis de deidades mesopotámicas como El, Baal y Marduk originaron al Yahvé de los hebreos, pero parte de la mitología fue precisamente negar lo anterior, y dar a la nueva versión de dios un poder absoluto, con el que, entre otras cosas, castigaba a todo aquel que osara cuestionar esa nueva versión. Surgieron la culpa y el miedo como herencia del judaísmo al cristianismo y al islam.

Desde sus orígenes, los hebreos fueron un pueblo errante en el Medio Oriente, una minoría sometida por otros pueblos e imperios a lo largo de su temprana historia, y el mito que hicieron de sí mismos fue el de ser una raza elegida por Dios, evidentemente por el dios que ellos mismos crearon para ser sus elegidos. Un tema de cohesión social y control que se convirtió en religión.

Toda la cultura occidental, a veces denominada como tradición judeocristiana, no puede negar su vínculo hebreo. El cristianismo y el islam; el actual y neurótico concepto de dios, que ama, pero juzga y castiga; los mandamientos que todos pregonan aunque pocos cumplen; la moral restrictiva y represiva, sobre todo en temas sexuales; las tradiciones, y hasta la psicología culposa, son una herencia del pueblo hebreo.

Los hebreos, por aislados y únicos que se dijeran en sus leyendas, fueron el resultado de un gran mestizaje étnico y cultural en la zona del mundo donde más culturas confluyeron. Todo el concepto religioso judío no es una creación original y mucho menos una revelación: es una mezcla de la cultura sumeria y sus relatos, los babilonios y sus demonios, los egipcios y su concepto de alma, los griegos y su filosofía; y muy importante, los iraníes y su monoteísmo basado en un dios creador.

Como todos los pueblos, los hebreos se mezclaron con otros grupos humanos. Se fusionaron con egipcios y con todos los pueblos semitas de la zona, principalmente con toda la colección de hostiles vecinos que luchaban entre sí por dominar un espacio tan pequeño; se mezclaron con sumerios, babilonios, hititas, asirios, persas, griegos, árabes…, lo más importante, mezclaron y adaptaron los mitos de todos esos pueblos.

El mito fundacional con que los hebreos comienzan su historia fue el momento en que Abraham, descendiente directo de Noé en once generaciones, con lo difícil que es ser descendiente de un mito, escuchó el llamado de Dios y dejó tierra y posesiones para buscar una tierra prometida, con la promesa divina de ser padre de una gran nación a través de su descendencia.

La historia continúa con Ismael, primogénito de Abraham, que será el origen de los árabes y del islam, y el segundo hijo, Isaac, de cuya descendencia surgirá el pueblo de Israel y el judaísmo. Dos pueblos y dos religiones con el mismo origen mitológico, el mismo patriarca, los mismos profetas, los mismos mandamientos y el mismo dios…, y aun así siempre lograron sentirse distintos.

Así pues, Abraham procrea a Isaac, que a su vez procrea a Jacob, quien tiene doce hijos que serán el origen de las tribus de Israel. Uno de dichos hijos, José, fue vendido como esclavo por sus hermanos y llegó hasta Egipto, donde pasó de ser administrador de un noble a la prisión, y de ahí a ser la mano derecha del faraón a causa de su habilidad para interpretar sueños, específicamente uno en el que Egipto tendría siete años de abundancia proseguidos de siete de hambruna y escasez.

La vida dio vueltas, como siempre hace, y la hambruna llegó a Canaán y azotó a los hermanos de José y a sus familias, por lo que éstos fueron a Egipto en busca de alimento, sin saber que ahí encontrarían a su hermano como administrador del imperio. José los reconoce, y tras darles una lección y darse cuenta de que habían cambiado, los invitó con todas sus familias a ser sus invitados…, y así es como los hebreos llegan a Egipto.

Lo que sigue a continuación es una de las historias que más se contaron los humanos a lo largo de su historia. Cuatrocientos años de esclavitud hebrea en Egipto, hasta que Dios les manda a Moisés, en una época en la que el faraón decide matar a todos los recién nacidos del pueblo hebreo; pero Moisés se salva y crece como príncipe de Egipto, para finalmente enfrentarse el faraón que la tradición, pero no la historia, identifica como Ramsés.

Tras una serie de enfrentamientos y diez plagas desatadas por la ira de Dios, los hebreos marchan en busca de su tierra prometida, que

no es otra más que la Canaán que habían dejado siglos atrás, y en el camino, que duró cuarenta años, Dios le dictó a Moisés los mandamientos divinos, las reglas que todos los humanos debían seguir.

Finalmente, los hebreos volvieron a una Canaán habitada por otros pueblos, a los que con permiso y ayuda divina conquistaron para poder instalarse. Tras un siglo de conflictos entre las propias tribus hebreas, finalmente se instituyó el reino de Israel en la persona de Saúl, proseguido por David y después por el sabio Salomón. Los hebreos eran libres, independientes, tenían su propio reino en el que construyeron un templo para adorar a Dios, y comenzar finalmente su tan prometida gloriosa historia.

Ésa es la historia que los hebreos se contaron a sí mismos, y que fue asumida como parte de revelación y religión por cristianos y musulmanes. Muy pocas veces en la historia humana, una serie de mitos influyó tanto en su devenir.

Pero ya les he dicho que ustedes los humanos inventan y olvidan que inventaron. La historia fundacional de los hebreos ocurrió, de haber ocurrido, en un periodo de mil años, que es lo que supuestamente transcurre entre que Abraham sale en busca de la tierra prometida, y los hebreos liberados de Egipto regresan a ella. Eso fue hace miles de vueltas de este planeta en torno al Sol, según se cuenta, entre dos mil y mil años antes del nacimiento del maestro Jesús.

El problema es que toda esa historia no fue escrita por los hebreos hasta medio milenio después, cuando era imposible recordar lo sucedido, y cuando los judíos eran esclavos en Babilonia y necesitaban precisamente una historia heroica y divina.

Ninguno de los hechos por ellos narrados está en ningún documento histórico, libro o crónica, más que el que ellos mismos escribieron y en el que terminó creyendo media humanidad.

Aunque tomaron prestado un pasado legendario que sí estaba escrito, desde el mito de la creación, plasmado en el *Enumma Elish* de los sumerios, más de mil años antes, pasando por mitos que involucraban árboles y serpientes, una expulsión del paraíso, un diluvio y un arca construida por orden divina, como es narrado en *La epopeya de Gilgamesh*.

La zona del mundo conocida como Medio Oriente, cuna de la civilización, es el rincón donde más confluyeron y se mezclaron todos los pueblos y culturas, y donde evidentemente interactuaron y se fusionaron los mitos de todos esos pueblos.

Los mitos egipcios, con dioses creadores, alma inmortal y juicio final, se mezclaron con los dioses sumerios que luchan contra el caos,

con la leyenda de Lilith, mujer expulsada del paraíso por no someterse al hombre, y con el relato del árbol de la sabiduría y la consciencia, ése en el que habitabas tú, querida Inanna.

Todo lo anterior se fusionó también con la religión de los persas, con Ahura Mazda, un dios monoteísta y benévolo creador del mundo, y una humanidad que debía luchar contra el mal representado por Arimán, pues serían juzgados al final de los tiempos y enviados a un cielo o un infierno según su comportamiento.

Incluso se mezclaron leyendas hindúes como la de Adgigata, el predilecto de Brahma, a quien el dios notificó que sería el padre una gran nación, a través de su descendencia, si cumplía sus designios. Difícilmente podría tener esa descendencia pues su mujer era infértil, pero Brahma le otorgó un hijo, luego le pidió a Adgigata que lo sacrificara, y cuando estaba por hacerlo una paloma detuvo su mano. La historia de Abraham, pero escrita mil años antes.

Y ahí, en el centro del mundo, donde se fusionaron tantas culturas, mitos y leyendas, los hebreos fueron un pueblo errante que estuvo en contacto con todos esos mitos. Tiempo después, cuando ya sedentarios, civilizados y con escritura, comenzaron a contar su historia, se basaron en la adaptación y enriquecimiento de los mitos conocidos. Eso lo hicieron todas las culturas a lo largo de la historia humana, y es muy absurdo pretender que un pueblo específico de humanos se comporte y piense distinto al resto.

Hace más de cuatro mil años, en los supuestos tiempos en que Abraham dejó la ciudad de Ur, fue precisamente una era tumultuosa y complicada. El imperio de Sargón ha sucumbido, y la ciudad de Ur ha logrado mantener el control sobre algunas ciudades, pero las hordas invasoras de los babilonios siguen generando caos. Son tiempos de guerra por dominar el Medio Oriente, como en toda la historia de los humanos.

Desde los inicios de la civilización, de hecho desde antes, y hasta la actualidad, los grupos humanos siempre han migrado, y nunca lo han hecho por indicación de un dios, aunque muchos han pretendido que así fue. La gente migra cuando las condiciones de vida de su lugar de origen se tornan intolerables.

Los grupos humanos migran en busca de mejores condiciones de vida. Eso fue lo que sucedió hace unos cuatro mil años en Ur, en la desembocadura de los ríos Tigris y Éufrates; el paraíso bíblico que los humanos se dedicaron a convertir en un infierno.

Alrededor del segundo milenio antes de esta era, no fue Abraham, o no sólo un Abraham, quien salió de la ciudad de Ur, hacia el norte, y desde luego no fue siguiendo una indicación divina, sino acompañando el cauce del río que sería su única fuente de vida y

orientación durante su migración. Así es como los hebreos llegan a Canaán.

El delta formado por el Tigris y el Éufrates genera una zona fértil que fue buen asiento de la civilización, y no obstante eso, diversas tribus dejaron la seguridad de la civilizada Mesopotamia y se aventuraron hacia el norte. Pudo ser el hambre o las guerras civiles, y éstas solían estar relacionadas con las inundaciones, las sequías, o los conflictos entre diversos pueblos.

En esa lejana época es cuando muchas personas, no Abraham, e impulsadas por la necesidad, no por un dios, dejaron Ur. Otro factor común en las mitologías humanas es un personaje legendario como guía y modelo de todo un pueblo.

Es una representación de un suceso, y un arquetipo heroico para establecer los parámetros y los ideales éticos. Es decir, representar un suceso, simbólicamente como lo hace el pensamiento humano, y usar el símbolo para encausar el pensamiento colectivo. Nada somete al humano mejor que sus propios símbolos y sus propias historias.

Los habitantes de Ur eran politeístas y muchos llegaron a Canaán, donde otros politeísmos dominaban y la religión egipcia dejaba ver su influencia. Cuatrocientos años después, la sequía azotó el desierto de Canaán, y muchas tribus, no sólo los hijos de Isaac, buscaron el refugio de la civilización egipcia, aunque el precio fuese la esclavitud, por cierto, la forma de vida común en aquellos tiempos. Los humanos nunca aprendieron a dejar de juzgar el pasado con los valores inventados en su presente.

Por otro lado, ningún documento de la historia egipcia, un pueblo que llevaba siglos escribiendo su historia, habla de un pueblo hebreo esclavizado; son los tiempos en que todo el pueblo era esclavo de su emperador. Menos aún se habla de una fuga masiva de esclavos, y la lógica indica que, si Egipto hubiese perdido a todos sus esclavos en un abrir y cerrar de ojos, ése hubiera sido el final de dicho imperio, que sin embargo vivió un milenio más de gloria.

Lo que hacía un pueblo a los hebreos no era una cuestión étnica, ni siquiera lingüística, sino sus ideas religiosas y sus costumbres. Diversas oleadas de hebreos llegaron a Canaán en momentos distintos, mitológicamente simbolizados por Abraham, Jacob y Moisés, quienes, por cierto, tenían diferentes conceptos de Dios.

Ésa es otra cosa que los humanos no comprendieron nunca: que ustedes crean sus propios conceptos, y que dichos conceptos evolucionan, cambian y se transforman con el paso de siglos y milenios, siempre según sus necesidades.

En tiempos del legendario Abraham, el dios primario de Sumeria era El, la divinidad con quien pretendía hablar, un dios amoroso y

amigable que se sienta a comer con él, y que poco tiene que ver con el dios iracundo y castigador de Moisés. El dios de Abraham era El, aunque igual de importante era el mito de Marduk, hijo de Ea, la tierra, quien derrotó el caos y creó la humanidad.

En Canaán, el mismo mito de Marduk se le atribuía al dios Baal, quien derrotó al caos llamado Leviatán. Baal era el dios del que hablaba Jacob, en tiempos que nunca nadie había escuchado mencionar a un tal Yahvé. Es decir que el sumerio Abraham hablaba con el dios supremo de los sumerios, y el cananeo Jacob lo hacía con el dios supremo de Canaán.

Es Moisés quien introduce un nuevo concepto de dios, Yahvé, quien a pesar de tener un carácter completamente distinto, dice ser el mismo dios que habló con Abraham y Jacob. Una diferencia más: los otros dioses eran divinidades de regiones y no de pueblos, mientras que el de Moisés es un dios nacional que es exclusivo de un pueblo, y que por eso no duda en ahogar a los egipcios en el Mar Rojo para salvar a los judíos. Difícil comprender que ese dios se convierta en el dios de amor de los cristianos. Pero así son los humanos.

Lo más hermoso del mito divino fue dejado fuera por los hebreos. Tras ordenar el mundo, Marduk crea a la humanidad con polvo de dioses, lo cual significa la más sagrada de las verdades: que lo humano contiene lo divino; no hay una separación metafísica ni es necesaria una revelación, porque la divinidad es el origen y el destino de los humanos. Pero los líderes hebreos necesitaban someter y controlar a un pueblo, no iluminarlo. La triste historia de todas las religiones teístas.

Los mitos justifican cosas. Baal era un dios de la fertilidad, y los hebreos pretendían ocupar y dominar una tierra que ya estaba habitada por una pléyade de pueblos; para eso necesitaban un dios de guerra, a Yahvé, Señor de los ejércitos, que justificaba toda invasión. La fertilidad y la vida no eran la prioridad en el momento de crear el mito. El problema humano siempre fue tomar los mitos creados para realidades de hace miles de años, y asumirlos como verdades literales de su momento presente.

Ustedes dos, Inanna y Támmuz, podrían recordar todo lo anterior, dioses de amor y sabiduría de aquella Sumeria, dioses cíclicos de fertilidad, dioses de nacimiento y de vida, y los primeros humanos en probar el fruto de la consciencia.

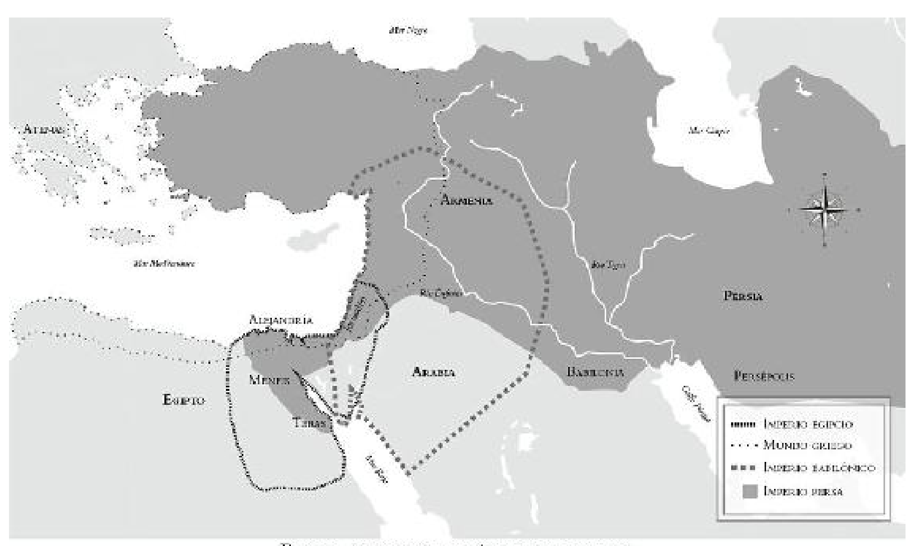
No existía diosa más poderosa y venerada que tú, Inanna, la diosa madre, la creadora de vida, la madre tierra, en aquellos lejanos tiempos en que no se había roto el equilibrio entre lo masculino y lo femenino.

Y tú, Támmuz, convertido en demonio por los mitos hebreos más

antiguos, que con tu sabiduría derrotaste el caos, en aquellos tiempos en que te conocían como Baal. Tú derrotaste al dragón de siete cabezas al que los hebreos llamaron Leviatán, el caos, para después morir y descender al infierno. Fue Inanna, tu eterna amante, conocida también como Ishtar o Anat, quien descendió en tu búsqueda al inframundo y te devolvió la vida. Resucitaste de entre los muertos.

Amor y sabiduría juntos son la vida y la eternidad, son totalidad, unicidad y armonía. Todo ello representado a través del sexo sagrado que no es más que la sublimación de la existencia. El sexo consciente, presente, sin culpas ni miedos, sin dominio. La integración total, la desaparición del yo y la fusión en su solo ser.

La sabiduría de los mitos antiguos quedó sepultada por la necesidad de dominio, y la búsqueda de la esencia divina cayó presa de la religión. Ésa fue la triste historia de la humanidad en todas sus épocas.



Persas, egipcios, babilónicos y griegos

Un choque de imperios, en el centro del mundo

Atravesemos nuevamente el espacio y vean correr el tiempo frente a sus ojos. Viajaremos a través del presente, el pasado y el futuro como si fueran una sola cosa, que es exactamente lo que son.

Unos mil doscientos años antes de que naciera Jesús, el llamado Medio Oriente ya había sido escenario de toda la actividad humana. Habían surgido los mitos y las leyendas, los dioses y los demonios, las ciudades y los imperios, la religión y la política como dos caras de la misma moneda, y habían florecido las más gloriosas culturas. Desde luego, tres mil años de civilización significaron tres mil años de guerras.

Para ese entonces sobrevive Egipto, de quien depende el frágil equilibrio de la zona; los árabes viven aislados en su península, y la zona del creciente fértil es peleada por Babilonia contra los hicsos, los caldeos y los asirios, mientras que la costa del Mediterráneo libra una batalla frontal desde la llegada de los hebreos, que se unieron a la lucha por controlar la zona, que ya existía entre filisteos, cananeos, amorreos y elamitas.

Mesopotamia no sólo es el centro del mundo, sino la zona más ansiada por todos los pueblos, debido a sus ríos, su fértil agricultura, el acceso a los mares, y es el nudo de las redes comerciales. Faltaban milenios para que los humanos descubrieran la energía líquida y negra que se escondía bajo esas tierras, pero desde entonces ahí era el epicentro de la guerra.

Mil doscientos años antes de Jesús toda la civilización sufre un terrible golpe. Caen imperios y ciudades, y el caos se apodera de la región ante la invasión de guerreros nómadas que llegan por el Mediterráneo desde Europa oriental. Son conocidos como los Pueblos del Mar, y se apoderan de todas las costas del oriente del Mediterráneo, destruyen gran parte de las culturas y ciudades establecidas, para finalmente establecerse en los Balcanes y el Asia Menor. El mundo presenció la aparición de los griegos.

En aquel tiempo las culturas mediterráneas vivían en la Edad de Bronce, es decir que sus armas y herramientas, y por lo tanto su progreso, dependía de elaborar dicha aleación. Pero una escasez de estaño hizo cada vez más difícil y costoso convertir el cobre en bronce, lo que generó crisis económicas y sociales, pero también puso

nuevamente a prueba la creatividad humana y su capacidad de sobrevivir gracias al intelecto y la inventiva.

A causa de esa crisis, los herreros de la antigüedad buscaron opciones, y descubrieron piedras rojas y oxidadas que resultaron contener un elemento que llegó desde el espacio a causa de las explosiones de las supernovas en los inicios del universo. La humanidad comenzó a vivir la Edad del Hierro, que fue la base de las civilizaciones a partir de ese momento.

El hierro, a causa de su pesadez, se fue fundiendo en el centro de la Tierra hasta formar un núcleo que creó la última capa que protege al planeta: la magnetósfera, el campo de fuerza magnético que cuida el mundo de los humanos de los peligros externos, y que rechaza las emisiones del Sol que son dañinas para la vida. Eso sólo significa que la evolución de la vida y la consciencia en la Tierra se determinó mucho antes de que el propio planeta naciera.

Los humanos abandonaron el bronce para depender del hierro, lo que significó también el origen de la era del carbón vegetal, combustible fósil, resultado de anteriores extinciones de la vida, indispensable para generar el calor necesario para trabajar el metal. Dio inicio la dependencia de los combustibles fósiles y la terrible relación entre progreso de la civilización y devastación ambiental.

Desde los pueblos de la Era de Hierro que luchaban por asegurar su metal y su carbón, hasta las grandes potencias que destruyeron el mundo por asegurar el agua y el petróleo, el conflicto fue siempre el mismo. Miedo a no tener. Ese miedo genera guerra y ambición, y ésa es la verdadera causa de que falten los recursos, que alcanzarían para toda la humanidad si aprendieran a compartir en lugar de competir.

El desarrollo de las civilizaciones se basaría en garantizar sus recursos, y eso sólo podía lograrse a través de las guerras y las conquistas; es por eso que las culturas del hierro comenzaron a girar en torno a la guerra como forma de vida, y sus mitologías exaltaron la guerra como virtud, la muerte en batalla como anhelo y la idea de la inmortalidad del guerrero.

Tres milenios más tarde, los poderosos del mundo seguían programando a las masas con las mismas ideas: el romanticismo de morir en la supuesta defensa de ideales. Es decir que pelear y matarse por los recursos no depende de la escasez de dichos recursos, sino de la obsesión humana de pelear, y es la guerra la que genera la escasez. Ésa es la mayor estupidez humana.

Los griegos fueron expertos en desarrollar mitologías que serán la base del pensamiento norteamericano varios milenios después. Por un lado, se promovía el individualismo y la competencia, pues sólo las ansias de gloria e inmortalidad individual convencen al guerrero de

matar y dejarse matar, y es la competencia entre supuestos individuos lo que detona la creatividad económica y el enriquecimiento. Por otro lado, es necesario que el individuo sienta que su valor como persona depende de pertenecer a algo más grande que él, como la sociedad y el Estado.

Además, los griegos eran una novedad política, pues mientras la estructura social de todo el mundo antiguo se basaba en imperios, donde la política siempre estaba unida a la religión, el emperador era persona sagrada, y las leyes dependían de la divinidad; los griegos se organizaron en pequeñas ciudades autónomas donde los ciudadanos tenían derecho a ser parte del gobierno y las decisiones. Es decir, que mientras casi todos los pueblos fueron sometidos con discursos de sumisión divina, los griegos fueron sometidos con discursos de libertad social. Exactamente igual que en los Estados Unidos.

Todo cambió para siempre, pues mientras los griegos invadían por el occidente, en busca de apoderarse del centro del mundo, una potencia surgía lentamente en el oriente y con las mismas ambiciones: los persas. Todo está listo para un futuro choque entre griegos y persas. Occidente y Oriente se enfrentarán por vez primera y nunca más dejarían de hacerlo. El choque de civilizaciones había comenzado en Mesopotamia, el eterno centro del mundo.

Seis siglos antes del nacimiento de Jesús, los griegos dominaban el Mediterráneo oriental, mientras que Mesopotamia pertenecía de momento al rey de Babilonia, Nabucodonosor II, quien había conquistado y destruido Jerusalén y esclavizado a los hebreos. Pero apenas había consolidado su dominio, cuando Ciro el Grande, rey de los persas, conquistó todo el territorio entre el Indostán y Egipto, y creó el gran Imperio persa.

En este tiempo los griegos se han dispersado por el Mediterráneo y tienen prósperas y libres ciudades comerciales. Las más orientales de ellas, en torno a Anatolia y Siria, viven bajo constante amenaza de la invasión persa, lo que preocupa a las más florecientes de las ciudades griegas: Atenas y Esparta. Es la época en que Europa entera pudo ser persa, el momento en que las guerras entre estos dos pueblos marcan para siempre la línea que dividirá por el resto de la historia a Oriente y Occidente.

Todo lo que ha sido Sumeria y Acadia, Asiria y Caldea, la gran Babilonia…, toda la civilización y cultura de la antigua Mesopotamia yace ante los nuevos poderosos, y al decadente Imperio egipcio le quedan pocos siglos de existencia. Fue entonces cuando desaparecieron ustedes, Inanna y Támmuz, pues tanto los humanos como los dioses, sean mito o realidad, sólo subsisten mientras son pensados y recordados por alguna mente humana.

Tú fuiste cambiando de nombre, querida Inanna, asimilada y adaptada a nuevos mitos y sistemas religiosos según las nuevas necesidades humanas. Fuiste Ishtar en Babilonia, Astarté entre los fenicios, Afrodita entre los griegos y Venus entre los romanos.

Pero la sociedad dominada por hombres fue invadiendo la religión, y el aspecto femenino de la existencia fue lentamente olvidado, hasta que fuiste erradicada violentamente de la mente humana con la supremacía del cristianismo y su intolerante visión monoteísta masculina. Las virtudes femeninas de los humanos fueron lentamente asesinadas.

Tu destino fue peor, Támmuz, y compartido con el mío. Fuiste conocido como Baal entre los cananeos, el Señor Baal Cebú, destructor del caos, pero convertido en demonio por los hebreos cuando decidieron que sólo su dios era Dios, y los demás dioses pasaron a ser demonios. Nació así Belcebú.

Ninguna trascendencia hubiera tenido eso, pero los cristianos tomaron la historia hebrea, a su Dios y a sus demonios, y con los siglos, el Imperio romano se hizo cristiano y prohibió cualquier otro culto, para imponer violentamente al dios de amor inspirado en el dios de guerra de los judíos.

Qué extraños son los humanos. Belcebú, Satanás, Lucifer y Luzbel…, diferentes demonios hebreos que los cristianos sintetizaron un solo Diablo, que casualmente castigaba como pecado las mismas faltas que para Roma eran delito.

Fue hace unos dos mil seiscientos años cuando el gran poderío de la expansión persa se topó contra el gran tesón de los griegos por defender la independencia de sus ciudades autónomas.

Cuando los persas conquistaron las ciudades griegas más orientales, Atenas acudió en su ayuda, y el rey persa Darío, nieto y sucesor de Ciro, prometió vengarse. Cincuenta años duraron las guerras entre griegos y persas, conocidas en la historia humana como Guerras Médicas. Veinte mil griegos se enfrentaron a unos doscientos mil soldados persas, cuyo ejército en realidad incluía indos, árabes, africanos y pueblos del Asia Central. Así, hace unas dos mil seiscientas vueltas del planeta, menos de trescientos mil humanos decidieron el destino de la cultura humana.

Los griegos libres derrotaron a los persas esclavos, la estrategia se impuso a la multitud y la inteligencia a la fuerza bruta. Pero el esfuerzo bélico de Atenas y Esparta contra los persas, más los treinta años de guerra que después dichas ciudades mantuvieron entre sí, generó la decadencia griega y permitió el empoderamiento del reino de Macedonia, lo que preparó el escenario para la aparición del mayor conquistador que el mundo había visto: Alejandro.

Alejandro de Macedonia, conocido como el Magno, no sólo derrotó definitivamente a los persas y detuvo su amenaza, sino que se internó en Asia y conquistó todo el mundo conocido, desde Egipto, donde fue proclamado faraón, hasta el norte del Indostán. Faltaban unos trescientos años para el nacimiento de Jesús.

El azar ha determinado casi todo el pensamiento humano. Si los persas hubieran ganado, toda la dinámica cultural habría sido diferente. Lo persa, lo asiático y oriental, lo dual, lo mazdeísta, lo iranio, lo brahmánico, es lo que habría llegado a Europa. Nada de lo que hoy existe existiría, todo sería diferente; no habría cristianismo ni islam, serían otras religiones, otras ideas, otras culturas, otras potencias y otras guerras…, aunque quizás la misma masacre entre humanos.

Alejandro fue tal vez el único de los reyes o emperadores en merecer el apelativo de Magno. Fue uno de esos extraños conquistadores que tenían la costumbre de respetar a los pueblos conquistados; sus tradiciones, mitos, costumbres, religiones y, sobre todo, su sabiduría milenaria. Alejandro proclamaba el ideal de una humanidad universal, donde se debía aprender de todas las culturas, y por tanto había que respetarlas. Más de dos milenios después del Magno, la humanidad no ha comprendido esa lección.

En su tiempo, la cultura griega influyó en Asia y la asiática en Grecia. La tradición meditativa de Persia y el hinduismo se mezclaron con el gnosticismo egipcio y el misticismo y la filosofía de los sabios griegos. Fue así como se mezclaron grandes corrientes de pensamiento, escuelas filosóficas y las enseñanzas de grandes maestros de todas las culturas, desde Platón hasta el Buda, pasando por Zoroastro, Lao Tse, Demócrito o Heráclito.

La cultura judía sufrió una gran influencia; algunos se aferraron a sus tradiciones y otros se dejaron embeber por la filosofía griega. En ambos casos también generaron grandes sabios. Toda esa sabiduría fue la que, algunos siglos después, absorbió el Imperio romano, y fue ahí mismo, en la decadencia de ese imperio, donde toda esa sabiduría llegó a su fin, por lo menos en Occidente.

La sabiduría, tristemente, nunca evitó la eterna guerra por el dominio del centro del mundo. Tras la decadencia de lo que fue Mesopotamia, griegos y persas se disputaron la zona por unos dos siglos hasta que todo fue conquistado por Alejandro.

A su muerte, los griegos lucharon entre sí por controlar los restos del imperio, hasta que dos grandes reinos griegos se disputaron la zona: el Egipto de los Ptolomeos y el Imperio seléucida, que no era otra cosa más que el Imperio persa dominado por griegos.

Ese estado de guerra perpetua entre hermanos helenos abrió el

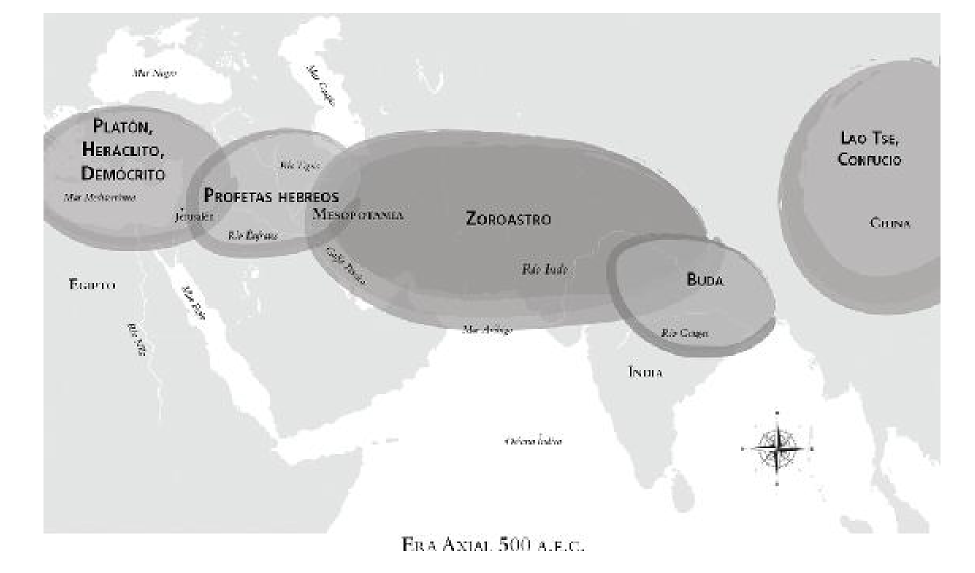
camino a los nuevos conquistadores que, por cuestiones comerciales, aspiraban a dominar la zona: los romanos. La eterna guerra por el centro del mundo siguió su curso. Jesús, el maestro de amor, estaba por nacer, y faltaban poco más de dos milenios para que la ambición humana por dominar el centro del mundo desatara el apocalipsis.

En el siglo de los grandes maestros

La historia humana estuvo llena de fronteras, momentos en que todo se transformó de manera radical, cambios de era, fines del mundo que generaban nuevos orígenes. Viajaremos a través de las fronteras de su historia. El mundo es algo que termina y comienza constantemente de todas las formas posibles. Cada ser humano es un mundo que, si no se aferra a sus ideas y a su ego, puede terminar y comenzar a cada día, a cada instante. Cada humano tiene siempre frente a él la oportunidad de morir y renacer.

A cada instante mueren estrellas, y sus elementos dispersos por el espacio generan nuevas existencias; cada segundo mueren y nacen las células de cada ser vivo. La materia se disgrega y forma nueva materia, la vida se extingue para generar nueva vida e incluso cada Big Bang no es más que el comienzo de un nuevo universo tras la destrucción del anterior. Sólo puede ser así en una existencia eterna.

Del mismo modo ocurre con las culturas y el mundo de los humanos; un continuo final y nuevo principio. La última versión del mundo humano comenzó simbólicamente con la Revolución francesa, cuando los comerciantes y mercaderes tomaron el poder y convirtieron el mundo en un mercado donde todo y todos eran simple mercancía, y el planeta un campo de batalla para que pocos compitieran por todos los recursos, usando a los humanos como principal arma.



Era Axial 500 a.e.c.

Antes había existido otro mundo, el que fue dominado en Europa por la Iglesia católica, la realeza y la nobleza, un mundo que duró bastante estable durante un milenio, tras el caos que significó el fin del mundo que fue la caída de Roma; un mundo que a su vez comenzó tras la estrepitosa caída de las culturas antiguas. Un mundo siempre termina y otro mundo siempre surge de sus cenizas…, a ver si los humanos dejan cenizas de esta destrucción, para que algo pueda brotar de nuevo.

Una frontera entre mundos, un final y un nuevo principio, fue la centuria ubicada entre seiscientos y quinientos años antes del nacimiento del maestro Jesús, y fue precisamente el siglo de los grandes maestros. Nunca en la historia de la humanidad habían surgido tantos sabios para guiar los pasos de los temerosos y violentos humanos.

Las grandes civilizaciones del pasado habían colapsado en cada rincón de Eurasia, desde la lejana China hasta el Mediterráneo, y el caos generado por dicho colapso dio a luz a las nuevas culturas, tras siglos de guerra y confusión como en cada fin del mundo. Los humanos tuvieron que replantearse absolutamente todo, y fueron naciendo nuevas civilizaciones que requerían de un nuevo orden y una nueva sabiduría.

En el mismo siglo vivieron y enseñaron Confucio y Lao Tse en China. El primero se limitó a enseñar obediencia y respeto a la tradición, como forma de mantener el orden, mientras que el segundo hurgó en los misterios mismos de la existencia, en la unidad oculta detrás de las dualidades de la mente, en el todo supremo y eterno que mueve a una existencia que no tuvo origen ni tendrá fin. Un enigma inefable al que llamó Tao, por lo que a su sabiduría se le llamó

taoísmo.

Lao Tse se acercó de manera humilde al misterio de la existencia, al afirmar que el Tao que puede expresarse no es el Tao, lo que en lenguaje cristiano sería equivalente a decir que cualquier cosa que se pueda pensar, hablar o discutir sobre Dios, definitivamente no es Dios sino un simple concepto acerca de Dios.

Lao Tse nunca creyó en un dios, y el taoísmo, junto con el jainismo y el budismo, son tres religiones ateas, tres religiones que parten de la base de que no hay un dios ni un origen del mundo.

La arrogancia cultural de la mente occidental, siempre con la idea de poseer la verdad absoluta, no es capaz de concebir la idea de una religión sin dios, pues su pedazo de realidad, sus construcciones históricas y culturales, los llevaron a definir conceptualmente a un dios y ubicarlo como el origen de todo; de ahí que en Occidente se conciba toda religión como algún tipo de culto a alguna divinidad.

Pero religión no es otra cosa más que reunificar, y dicha reunificación se refiere al ser humano que es capaz de sobrepasar los límites de su mente, y entender que es parte esencial de la interdependencia que es la existencia. Lo religioso para ellos es ser uno con el todo, y es ese todo, esa existencia misteriosa, inefable, inexplicable e inconmensurable, a lo que podrían llamar Dios.

En Europa, la Iglesia decidió que esa idea de encontrar a Dios en toda la existencia era una herejía y la castigaron con la muerte. Ninguna religión atea mató jamás para imponer sus ideas.

Aun así, el Tao no es la suma de toda la existencia, pues dice Lao Tse que sólo se contemplan meros indicios del Tao; es decir que la fuerza que subyace a toda la existencia, la penetra y la hace una sola cosa, es simplemente incomprensible. Dios, existencia, Tao, aunque diferentes nombres; simplemente puedes llamarlos misterio.

El taoísmo, igual que el budismo, no tiene conceptos filosóficos, sino que invita a experimentar el misterio de la existencia y a fluir con éste para descubrir que es una fuente inagotable de amor, por eso no juzga ni condena. Entiende que la realidad es una sola cosa unificada, y que la dualidad o lucha de contrarios es un truco de la mente.

La realidad es un flujo continuo que se caracteriza por el cambio permanente. Hay un flujo en el universo que se llama Tao, dijo Lao Tse, y fluye lentamente, pero nunca cesa y es absolutamente poderoso, manteniendo las cosas del universo en orden y equilibrio.

En la misma centuria la humanidad contó con Zoroastro, el místico persa que enseñó el Mazdayasna o culto a Ahura Mazda, que es como nombró a la fuente de la existencia de absolutamente todo.

El mazdeísmo parece una religión que adora al dios Mazda, pero en realidad era un conocimiento mucho más profundo y místico que

buscaba que el humano lograra integrarse y ser uno con la divinidad que es la existencia misma.

En la versión popular, el simbolismo en que se expresó fue fuente de inspiración del judaísmo y el cristianismo. Mazda es el creador del mundo, pero existe también un espíritu malévolo, Arimán, otra de tantas metáforas con las que yo, Luzbel, fui confundido, cuya fuerza y poder se equilibran con la de Mazda, por lo que una batalla entre ambos no tendría ganador nunca; así es que el humano, con su libertad, es quien definirá el rumbo de ese enfrentamiento.

Tras el final de los tiempos, Mazda organizará un juicio en el que premiará a los buenos y castigará a los malos. Cristianismo varios siglos antes de Cristo. Mazda, por cierto, tuvo un hijo a través de una mujer virgen: Mitra, que venía a transmitir el mensaje del padre.

Al igual que el taoísmo, el mazdeísmo habla de la aparente dualidad de la existencia, dualidad que sólo existe en la mente humana y que está unificada en Ahura Mazda, que conjunta todas las dualidades, como su propio nombre lo deja claro. Ahura es un concepto masculino que se refiere al Ser, identificado con el Sol, y Mazda es un concepto femenino, identificado con la Luna, que significa sabiduría.

El profeta persa Zoroastro enseñó que los humanos pueden integrarse a la divinidad a través de los Amesha Spenta, seis conceptos mentales que marcan el camino espiritual. Estos conceptos eran representados con imágenes, y como simbolizaban una ascensión espiritual, dichas imágenes eran seres alados que, con el paso del tiempo, se convirtieron en Arcángeles que el judaísmo y el cristianismo tomaron para su mitología.

Las seis Amesha Spentas, o escalas del camino espiritual, son Asha, o la búsqueda de la verdad para lograr un mundo ideal, Vohu o buena mente, que es el estado meditativo para comprender la verdad, Armaity o actitud de ética y piedad, Vairya o ideal humano, que es la búsqueda de una sociedad paradisiaca, Haurvatat o estado de bienestar físico y espiritual, y Ameretat o estado de felicidad inmortal. Quien recorre los seis niveles se integra en el séptimo, que es el mismísimo Mazda. El humano se ha convertido en dios.

En realidad, el origen de todas las religiones siempre fue una sabiduría mística que marcaba un camino de esfuerzo espiritual para acceder a la divinidad, pero conforme las sociedades fueron evolucionando y haciéndose complejas, prósperas y más grandes, fue creciendo también la necesidad de sometimiento. Fue así, una vez más por egoísmo y la avaricia de los humanos, que la sabiduría se transformó en simple acumulación de conocimiento.

También en esta misma centuria, unas cinco antes del nacimiento

de Jesús, fue cuando el Imperio de Babilonia comenzó a expandirse con el objeto de dominar el centro del mundo; llevaron la guerra hasta la costa del Mediterráneo, tomaron Jerusalén y esclavizaron a los judíos durante setenta años. Es en ese cautiverio en Babilonia donde nace propiamente el judaísmo que conoció el mundo, es ahí donde escriben una historia que comenzó milenios atrás, y es con la suma de leyendas de Babilonia, el centro del mundo de aquel entonces, con lo que forjan su mitología definitiva. No hay revelación sino interacción de mitos.

Es la centuria en la que el judaísmo se hace definitivamente monoteísta, pues en realidad nunca lo había sido del todo. Finalmente, Abraham, real o no, proviene de un ambiente politeísta, Canaán y Egipto eran politeístas, y los hebreos durante siglos no dejaron de venerar a Marduk y a Baal, incluso en los tiempos en que Moisés ya les había presentado a Yahvé.

Ya establecido el Reino de Israel, unos mil años antes de que entre ellos naciera Jesús, seguían existiendo templos a otros dioses, y cuando el reino quedó dividido, fue muy común que los reyes de Judá e Israel se casaran con princesas de otros reinos arameos o cananeos, y sus dioses recibieran culto. La falta de lealtad a Yahvé fue la explicación que se dieron a sí mismos cada vez que eran derrotados, sometidos o esclavizados.

Los judíos habían sido liberados del cautiverio en Babilonia cuando Ciro el Grande, rey de los persas, conquistó la ciudad y permitió a los judíos regresar a Jerusalén. Así como Alejandro Magno, Ciro es de los muy pocos monarcas que merecieron ser llamados el Grande, una mente absolutamente adelantada a su tiempo, que lo hizo ser el precursor de los derechos humanos.

En un documento que pasó a la historia como el *Cilindro de Ciro*, el rey persa garantizó tres derechos fundamentales: la liberación de esclavos, por lo que los judíos fueron emancipados, la libertad de culto, por lo que los apoyó para reconstruir el templo, destruido por Nabucodonosor, y quizás la más radical de sus ideas: la igualdad racial entre todos los humanos, otra lección que la humanidad nunca aprendió. Faltaban quinientos treinta y nueve años para el nacimiento del maestro Jesús.

El contacto con los persas mazdeístas, que finalmente veneraban a un solo dios creador, y ser liberados por un rey monoteísta, asentó de manera definitiva entre los judíos la idea de un solo dios, aunque no aprendieran de Ciro el hecho de que no existen las razas.

Así fue como, sin el culto a Mazda, el judaísmo no habría sido lo que fue, y por añadidura ni el cristianismo ni el islam. No hay revelación divina sino interacciones históricas. Ciro fue un hombre

que cambió el rumbo de la humanidad, aunque la humanidad no dejaría nunca de perder el rumbo.

También de esta misma centuria es el gran maestro que nació en el Indostán, Siddhartha el Buda. Un místico que nació al sur de los Himalaya, y que dedicó su vida a enseñar una doctrina fundamental: el sufrimiento y la felicidad no están en el exterior ni dependen del mundo externo, sino que son un estado mental. No existe una realidad objetiva fuera de la mente, sino que el mundo es una creación de la mente, algo difícil de aceptar para los humanos, pero que fue comprobado por la ciencia dos mil quinientos años después.

Enseñó que la naturaleza de la mente es pureza y claridad, iluminación y dicha; que la mente es originalmente ilimitada, pero que ese gran lienzo en blanco comienza a ser programado desde el nacimiento, por los padres, los maestros, la sociedad, la religión, y todos los sistemas de pensamiento que ya existen ahí donde el humano nace.

Por eso mismo enseñó que el objetivo de la vida humana es lograr la liberación, liberarse de la prisión de la mente construida lentamente por las estructuras que ha ido creando la humanidad.

Siddhartha el Buda hizo énfasis en una vida ética para vivir en plenitud, y la capacidad de liberar la mente de sus perturbaciones, lo cual requiere un arduo trabajo durante toda la vida, pero el resultado es la felicidad absoluta. El objetivo de todas las vidas es ir ampliando la propia consciencia y buscar la iluminación, para después ayudar a los demás seres a alcanzar el mismo estado, donde todo es dicha y plenitud, y se experimenta el amor universal y la compasión.

Pero sin duda, el objetivo máximo de sus enseñanzas es el desarrollo de la plena consciencia a través del dominio de la mente, que suele vivir perdida en sus pensamientos, sumergida en la inconsciencia y oscilando entre el pasado y el futuro, dos ilusiones creadas por la propia mente, y que le impiden al humano vivir la serenidad del aquí y el ahora.

La misma centuria presenció el origen de los grandes sabios griegos, que eran una combinación de místicos, filósofos y científicos. Se preguntaron sobre la materia o no materia de la que estaba hecho el universo, y la mayoría de ellos comprendió que el mundo es una apariencia que sólo toma forma en la mente, que todo es un continuo flujo y un constante cambio.

Enseñaron doctrinas para lograr la felicidad, y los más sabios entre ellos, como Demócrito y Heráclito, intuyeron lo que la física cuántica descubrió dos mil quinientos años después: todo el universo está compuesto de partículas indivisibles fluctuando en el vacío.

Pero quizá lo más profundo de su sabiduría fue intuir la existencia

de aquello a lo que llamaron Logos, una inteligencia eterna, incausada, energética, consciente, que no está depositada en un dios o ser supremo, sino que está impregnada en cada partícula de la existencia.

El Logos de los místicos griegos fue fundamental en la enseñanza cristiana, que terminó por degradar absolutamente ese conocimiento, conforme fue pasando de sabiduría sagrada, al mejor sistema de control social y mental que pudo desarrollar el Imperio romano: la Iglesia católica.

¿Cómo fue posible que el mismo periodo de cien años viera nacer y evolucionar a grandes y sabios maestros, desde China hasta el Mediterráneo, como Lao Tse, el Buda, Zoroastro o Heráclito? Parece un misterio. Quizá las condiciones sociales y políticas de la época los generaron, quizá la humanidad recibió a maestros de consciencia cuando atravesaba una era de oscuridad.

En Oriente y en Occidente nacieron sabios que buscaron las respuestas más profundas, en los tiempos en que ciencia y espiritualidad viajaban juntas, pues se comprendía que buscaban entender lo mismo: todo. Lo visible y lo invisible, lo material y lo energético, lo manifiesto y lo inmanifiesto, lo superficial y lo profundo, el todo y la nada, lo evidente y lo oculto. Los sabios de ambos lados del mundo siempre buscaron las causas de todo, y la causa incausada de todas las causas.

En Oriente, la cuna de la sabiduría y la indagación espiritual fue el Indostán y la tradición védica, de donde surgieron el hinduismo y el budismo. No existe sabiduría más insondable sobre el universo que la que yace en lo más profundo de los Vedas, probablemente el único libro que la humanidad necesitaría para empezar de nuevo. En Occidente, ciencia, filosofía y misticismo brotaron como una sola cosa en la mente de los sabios griegos.

Oriente les dejó al Buda y Occidente a Jesús, y en medio de ambos mundos Muhammad enseñó aceptación. Más de media humanidad decía seguir sus enseñanzas cuando comenzó la guerra del fin de los tiempos, pero si así hubiera sido la guerra jamás habría iniciado.

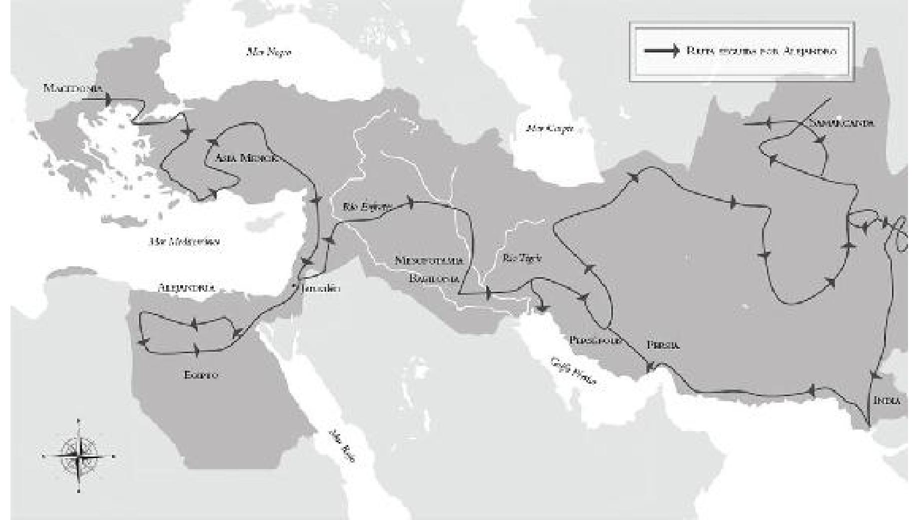
Así pues, rasguemos de nuevo la ilusión del tiempo y el espacio, para asomarnos a la arbitraria frontera de la historia que marcaron con el nacimiento de Jesús. Pero primero veamos los detalles, causas, efectos y azares que construyeron el mundo donde nació.

En el nacimiento de un dios y de un imperio

La muerte de Jesús en Jerusalén fue un evento histórico que, como todos, sólo pudo ocurrir a causa de todos los pequeños detalles de la historia que lo precedió. Ésa es la inmensa teoría del caos que es la historia, al igual que el universo descrito por el Buda, es una inmensa telaraña donde todo es interdependiente. Si cualquier punto de la historia de Mesopotamia hubiese sido distinto, el drama que conocieron como la pasión de Cristo, y toda la historia que se derivó de ahí, no habría ocurrido jamás.

Jesús murió en el Imperio romano, entregado a las autoridades por el consejo de sumos sacerdotes judíos, y condenado a muerte por Roma, única autoridad que podía decretar la pena capital, pues era la potencia que en aquel tiempo dominaba toda la cuenca del Mediterráneo.

Cuatro siglos después de que Roma lo condenara a muerte, el emperador Teodosio convirtió en religión oficial una serie de doctrinas que decían estar basadas en la enseñanza de Jesús, a quien para entonces ya habían convertido en hijo de Dios. Los judíos eran una pequeñísima minoría marginada del Imperio romano, pero de pronto, el hijo del Dios judío, que según toda la tradición judía, es único, indivisible y por lo tanto no tiene hijos, era la base de la única religión tolerada por Roma en todos sus dominios.



Imperio de Alejandro



Imperio romano en los tiempos de Jesús

Pero si un emperador romano tomó una decisión tan crucial en la historia, fue precisamente porque la doctrina cristiana se había extendido a lo largo y ancho de Roma, lo cual jamás habría pasado sin la inmensa red de caminos, comunicación y comercio que el Imperio había trazado para afianzar su poder, un poder que no habría tenido sin la decadencia griega, que a su vez no se habría dado sin una serie de eventos anteriores, como las guerras entre Atenas y Esparta, que a su vez no habrían ocurrido sin las guerras contra los persas.

Es decir que una serie de acontecimientos a lo largo del mundo y la cultura oriental, y en el transcurso de milenios, fueron, todos ellos, decisivos para que Jesús fuera quien fue, predicara lo que predicó y tuviera el destino que tuvo. De igual modo ocurre con su enseñanza,

que no habría sido la que fue sin las ideas místicas y gnósticas de influencia egipcia, hindú y persa de las que se nutrió, al igual que las enseñanzas de la secta judía de los esenios, misma que presidía.

La gran pregunta es si todo conspiró para que ese evento histórico ocurriera, o si dicho acontecimiento fue lo que fue a causa de todo lo que ocurrió. Es la pregunta del huevo y la gallina aplicada a la historia, y en general los humanos se la responden según crean más en el destino o en la libertad…, que son, como todo en la existencia, dos caras de la misma moneda.

Los cristianos, desde luego, siempre prefirieron la visión en la que todo conspiró para que ocurriera Jesús; aunque hay que decir que con cada acontecimiento histórico se puede y se debe hacer la misma pregunta: ¿Todo conspiró para que eso ocurriera?, es decir que hay destino, ¿o eso ocurrió derivado de que todo fue como fue?, es decir que hay libertad.

Curioso que los cristianos, siempre hablando del libre albedrío como el mayor don de Dios, prefieran la opción histórica que dice que hay destino. El Buda, que sabía que la única prisión está en la mente, diría que todo lo que ocurre en todos los niveles de la existencia está sujeto a causa, efecto e interdependencia. La libertad total con toda la responsabilidad que eso significa.

Pero trescientos años después de la muerte de Jesús, el Imperio romano estaba sumergido en la decadencia y la crisis. Roma era la sombra de lo que fue, pero al mismo tiempo estaba en su máxima expansión territorial, desde Escocia hasta Mesopotamia y desde el norte de África hasta el centro de Europa. Todo ese territorio padecía la crisis romana.

Roma funcionaba como siglos después funcionó Estados Unidos, vendiendo sueños. América inventó el sueño americano y Roma había inventado el romano. La ciudadanía romana era un bien requerido y aspirado, era un anhelo unificador, así como el respeto a la figura del emperador y el orden que imponía.

Pero todo eso había quedado atrás, y Roma padecía una gran disolución social al abarcar a tantos pueblos sin algo en común; es aquí cuando Roma hizo lo que el resto de los imperios siempre había hecho: usar la religión como sistema de cohesión y control social.

Desde los tiempos de Jesús, hasta que Teodosio impuso el cristianismo católico, casi cuatrocientos años después, muchas religiones existían en el Imperio romano y todas eran permitidas. Cultos a Helios, Amón Ra, Apolo, Mitra, todos ellos cultos solares, más diversos tipos de politeísmo, griego, romano y oriental, y el culto del Sol Invicto, versión imperial del culto solar.

Por qué el cristianismo, y no cualquier otro de los cultos del

imperio, fue el que Roma eligió para unificar a sus pueblos, depende de trescientos años de causas y efectos a lo largo del territorio imperial, de casualidades y azares. El punto a destacar es que la decisión política de una sola persona, el emperador, cambió radicalmente la historia de Occidente, y por tanto de la humanidad.

Todos los humanos son moldeados por su historia y su cultura, que a su vez son básicamente producto del azar, del clima, la geografía, y lo que muy pocos humanos hicieron años, siglos y milenios atrás.

Pero mucho antes de la decadencia romana, o la imposición del cristianismo, o el mismísimo ministerio de Jesús; es necesario observar cómo el estado de guerra perpetua en el centro del mundo, siglos atrás, propició que Roma fuera la potencia que fue, y que por eso el cristianismo haya tenido la evolución que tuvo, derivado de lo cual, desde luego, todo el mundo tuvo la historia que tuvo.

Volvamos a cuando los griegos dominaban Mesopotamia y casi todo el mundo conocido. Alejandro Magno murió trescientos veintitrés años antes del nacimiento de Jesús, en el palacio de Nabucodonosor, en Babilonia, que se había convertido en la ciudad central de su inmenso imperio. Como resultado de esa gran expansión imperial, diversas dinastías griegas estaban al mando en el mundo de Alejandro, que iba desde Egipto y Macedonia hasta el Asia Central y las fronteras del Indostán.

Pero la mente evolucionada era sólo la de Alejandro, que con su idea de humanidad universal, respetaba a todas las culturas y aprendía de ellas. Todos los pueblos, todas las lenguas, tradiciones y cultos vivían en paz bajo el reinado del Magno. Cuando murió, sus generales se repartieron ambiciosamente sus dominios, no sin guerras desde luego, y trataron de imponer la cultura griega sobre todas las demás.

Alejandro fue una frontera en la historia, un antes y un después que en muchos sentidos fue más importante que el antes y el después de Jesús; ya que la ruptura y división de su imperio marcaron de forma definitiva y para siempre la tajante frontera entre dos mundos, Occidente y Oriente, con dos visiones diametralmente opuestas del mundo.

Alejandro el Magno admiraba y veneraba a Ciro el Grande; de hecho, convirtió su tumba en una especie de santuario. Ciro había decretado que todos los humanos eran iguales sin importar raza, lengua o religión, y Alejandro estaba de acuerdo.

Conforme sus ejércitos iban penetrando y conquistando el Imperio persa, Alejandro iba profundizando en el conocimiento de aquella mística y milenaria cultura, que como solía decir a sus soldados, debía ser respetada pues existía mil años antes de que los griegos siquiera

aparecieran en el horizonte de la historia.

Mesopotamia había sido el centro del mundo por milenios y, aunque estaba poblada por pueblos diversos, de distintas lenguas y religiones, con la influencia de varios imperios como el egipcio o el babilónico, se puede decir que era de raíz la misma cultura, la misma forma de ver y entender el mundo. Desde lo egipcio hasta lo hindú, Mesopotamia era la fusión de todo lo que había.

Pero la quinta centuria antes del nacimiento de Jesús fue definitiva para establecer una frontera cultural, pues fue cuando la cultura griega, la más occidental hasta ese momento, llegó a su momento de gloria, y precisamente con una cosmovisión del todo diferente. Lo persa y lo griego chocaron en aquel tiempo, lo cual significó el choque de dos mundos distintos, ambos muy sabios, pero con sabidurías que tomaban senderos totalmente distantes.

Las guerras entre griegos y persas en el centro del mundo dejaron clara la frontera cultural. Era un planeta pero dos mundos. Sin embargo, en tiempos de Alejandro, el emperador, fascinado por lo persa, soñó la fusión de esos dos mundos. Estaba convencido de que la sabiduría unida de esas dos culturas era lo mejor que podía ocurrirle a la humanidad…, quizás tenía razón. Toda la lógica occidental se habría fusionado con la intuición oriental, la ciencia con la religión y la filosofía con el misticismo. Es decir que dos mundos habrían aprendido a valorar las diferencias en vez de temerles.

Alejandro se casó, y casó a sus generales, con princesas de Persia y del Asia Central, estableció relaciones cordiales con los reyes derrotados, a los que dejaba al mando, reunía a sabios griegos y persas y de igual modo trató que su ejército y los puestos de gobierno tuvieran un equilibrio entre griegos y persas. Pero para aquel tiempo, los griegos ya pensaban de sí mismos que eran la más grande, sabia y civilizada de las culturas, error común de todas las civilizaciones, y veían con desagrado la fusión de culturas.

La muerte del Magno marcó la división absoluta. Los reinos conquistados sentían respeto y lealtad por Alejandro en lo personal, pero muchos no estaban dispuestos a seguir siendo parte de un imperio macedónico. Además, el emperador no dejó claro el tema de la sucesión y no tenía herederos varones, aunque su esposa Roxana, princesa irania, estaba embarazada.

Algunos querían mantener la unidad del imperio, otros hablaban de formar una confederación de reinos con una asamblea común, pero en lo que estaban de acuerdo todos los generales griegos era en no compartir el poder con los persas como había hecho el conquistador.

Aunque se habló de respetar el derecho dinástico del hijo que estaba por nacer, muchos veían con desagrado la idea de que el

heredero no fuera un griego racialmente puro, sino medio iraní. Así es, la estupidez de las razas y su pureza se encuentra en todas las épocas de la historia humana.

Cuarenta años de guerra sucedieron tras la muerte de Alejandro; su esposa, madre e hijo fueron asesinados, y los generales del ejército lucharon entre sí por arrebatarse los despojos del Imperio. El sueño de Alejandro sobre una humanidad universal y la eterna fusión amistosa de Oriente y Occidente fue dejado en el olvido.

El sueño de Alejandro consta en su testamento, donde deja claras indicaciones de expandir los dominios por todo el norte de África hasta las Columnas de Hércules, fin del mundo conocido, mezclar las razas occidentales y orientales, fusionar las culturas a través de matrimonios, hacer templos a todos los dioses, así como promover la colonización europea en Asia y la asiática en Europa, hasta que el concepto mismo de raza dejara de tener sentido.

Necios y ciegos humanos. Dos mil cuatrocientos años después de Alejandro, la humanidad se había mezclado tanto en un mundo que se había hecho tan pequeño e interrelacionado, que el concepto mismo de raza de hecho ya no tenía sentido, pero no por eso dejó de ser, junto con la religión, uno de los grandes pretextos para promover el odio y la división.

La ambición pudo más, ése fue el resumen de la historia de la humanidad hasta llegar al fin de los tiempos. Cuatro décadas de guerra después, el mundo estaba dividido y la frontera entre Oriente y Occidente se había marcado para siempre.

Casandro y Lisímaco se repartieron los territorios más occidentales; el primero se quedó con Grecia y el segundo con el Mar Negro y las tierras que lo rodeaban. Los dominios orientales, los más ricos, extensos y ambicionados, terminaron divididos entre Ptolomeo y Seleuco. El primero se quedó con Egipto y las costas orientales del Mediterráneo, y el segundo con el vasto territorio de Mesopotamia y Persia.

Egipto se transformó en un Imperio griego, donde la dinastía ptolemaica gobernó hasta que el milenario imperio cayó en manos de Roma. Sobra decir que, sin el imperio de Alejandro, que a su vez no se hubiera dado sin las guerras griegas contra los persas, la dinastía de Ptolomeo no hubiese existido, con lo cual varios siglos después, ni Julio César ni Marco Antonio hubieran quedado prendados de Cleopatra, y toda la historia de Roma, Egipto, y por añadidura el mundo, hubiese sido otra.

Los sucesores de Seleuco heredaron los dominios desde Siria hasta el norte del Indostán, pero ese Imperio seléucida, que duró trescientos años, nunca logró mantener un poder estable. Las regiones indias y del

Asia Central se fueron independizando, hasta que con el paso del tiempo el antiguo gran imperio dominaba tan sólo Siria, hasta que el general romano Pompeyo la conquistó y convirtió en una provincia romana.

Ahora lo occidental ya no era Grecia sino Roma. Las guerras contra el oriente persa por el dominio de Mesopotamia y Siria continuaron por siglos. Jerusalén quedó en manos de Roma. Faltaban sesenta y tres años para el nacimiento de Jesús.

Unos setecientos años antes, Roma era una pequeña aldea en el centro de la península Itálica, como era la costumbre en la época, gobernada por un rey. Siete reyes tuvo Roma hasta que, cinco siglos antes de Jesús, la aristocracia de la entonces ya poderosa ciudad, derrocó a la monarquía y se estableció un gobierno colectivo a través del Senado. Había nacido el concepto de República y la base de un poder que dominó la Europa mediterránea por casi mil años.

Los romanos conquistaron a otros pueblos de la misma península, como los etruscos, y con el tiempo comenzaron a luchar contra Cartago, la única gran potencia occidental, hasta que todo el oeste del Mediterráneo, desde Iberia hasta Italia, fue propiedad de Roma. Comenzó entonces la expansión al oriente, hacia el mundo griego.

Pasó lo que siempre pasa en la historia humana; mientras unos se pelean y destruyen entre sí, otros crecen, se empoderan, y con el tiempo someten a los antiguos poderosos que se destruyeron mutuamente. Fue la mutua destrucción entre Atenas y Esparta lo que permitió el predominio de la Macedonia de Alejandro, y fue la destrucción entre sus reinos herederos lo que abrió la puerta de la conquista oriental a los romanos.

Ciento sesenta y nueve años antes de Jesús, Macedonia, la gran y debilitada Macedonia de Alejandro, cayó ante los romanos. Rápidamente las conquistas continuaron a lo largo de los siguientes cien años, hasta que en tiempos de Julio César dejó de existir la última gran potencia oriental mediterránea: Egipto. Cuarenta y siete años antes de Jesús, Roma dominaba la mitad occidental del Medio Oriente y comenzaron a luchar contra los persas ahí en la eterna frontera entre dos mundos.

Hablando de fronteras tiene que surgir el nombre de Julio César, pues fue precisamente la frontera entre las dos grandes eras de la historia romana: la república y el imperio. La república romana se gobernaba desde el Senado, que a su vez era presidido por un cónsul. Pero como toda institución humana, la riqueza y la corrupción, mezcladas con el ansia de dominio y poder, y poca consciencia, fueron destruyendo y debilitando el poder del Senado.

Faltaban cincuenta y nueve años para el nacimiento de Jesús

cuando César fue electo como cónsul del Senado romano. A partir de ese momento, sus crecientes conquistas territoriales lo fueron convirtiendo en el hombre más poderoso de Roma, hasta que llegó el momento en que, por temor a su creciente poder que ya lo había hecho prácticamente un rey, un grupo de senadores conspiraron para asesinarlo.

La muerte de Julio César desató un periodo de guerras por venganza y poder, al puro estilo de los humanos, hasta que finalmente su sobrino e hijo adoptivo se convirtió en el primer emperador romano, con el título de Octavio César Augusto.

Los dominios del naciente imperio iban desde la península Ibérica hasta Egipto e incluían costa del Mediterráneo Oriental, donde vivían los hebreos divididos en varios reinos que fueron surgiendo de la desintegración del antiguo reino de Israel. Fue en uno de esos reinos judíos, controlados por el Imperio romano, donde nació y murió Jesús.

Un sueño de Inanna entre el mito y la realidad

Inanna tuvo un sueño muy confuso. Estaba dispuesta a descender al inframundo todas las veces que fuera necesario, así de grande era su amor por Támmuz. Sin importar cuántas vidas tuviera que atravesar los infiernos para salvarlo, lo haría. El verdadero amor es inconmensurable y es la única salvación posible.

Así como el amor, la vida también es eterna, por más perecedera que sea la materia. Inanna lo tenía muy claro y por eso no le extrañaba tener recuerdos confusos que parecían perderse milenios en el pasado hasta llegar al origen del sufrimiento humano. Vida eterna y cuerpos mortales sólo podían significar incontables vidas en ambas direcciones del tiempo.

Recordó con cierta claridad cuando los humanos no habían aún construido ciudades, ni armas o herramientas. En la noche de los tiempos, allá cuando eran aún más animales que humanos; cuando la consciencia se depositó en ellos y les pareció más una maldición que el milagro más grande que se ha manifestado entre el todo y la nada.

Recordó con toda claridad cómo se fue construyendo el mito que intentaba exponer ese misterio. Cómo los sabios relatos de un árbol, un águila, una serpiente y una pareja humana que vivía la plenitud, fueron lentamente transformados, por los mismos que idearon al dios único, en un dogmático relato literal donde ese contradictorio dios, amoroso pero iracundo, expulsaba de un hipotético paraíso a los primeros hombres por atreverse a probar el fruto del conocimiento.

Inanna se recordó cuando era diosa del amor y del sexo sagrado en la tierra que tiempo después los griegos llamaron Mesopotamia, cuando plantó el árbol en el que hizo su trono en la ciudad de Erech. Ese árbol de la vida que estaba oculto a la vista de los humanos y que podía dar la vida eterna.

Y Támmuz, apareció entre sus sueños y recuerdos su amado Támmuz. Ella era la tierra, que le daba vida a todo, y él era el Sol que podía dar vida a la tierra. Ese romance divino fue el que permitió la existencia de la humanidad. Ese romance cíclico donde el sabio y triunfante Támmuz descendía de los cielos para traer vida y luz a la tierra, pero el precio era morir y descender al inframundo, de donde siempre resurgía triunfante gracias al amor de Inanna.

Él sacrificaba su divina inmortalidad para disfrutar de los

apetecibles placeres terrenales, y ella era cortesana sagrada que copulaba con todos los dioses. Promiscua pero inocente como era, se enamoró perdidamente y para siempre de aquel dios que se hizo humano. Supo que el amor no necesita nada para vivir en un paraíso. La sabiduría, en cambio, siempre tiende a la duda, la negación, el rechazo. Entendió que la sabiduría, sin la aceptación total que da el amor, se convierte en un infierno.

En medio del remolino de recuerdos, en un sueño que oscilaba entre el mito y la realidad, recordó la primera vez que escuchó aquella voz que la hizo despertar. Desde su trono en lo alto del árbol, la diosa del amor pudo oír esa voz profunda, fascinante, cautivadora, y al mismo tiempo aterrorizante.

—No morirán, pero sabe Dios que, en el momento de comer el fruto de la consciencia, se les abrirán los ojos y serán como dioses.

Era imposible no sucumbir ante esa voz llena de vida y de autoridad. Desde la copa del árbol se asomó Inanna, pero no pudo reconocer el origen de la voz. No había nadie más, sólo la serpiente que desde el inicio había vivido enroscada y dormitando en la base del árbol.

Pero algo grandioso había sucedido, grandioso y terrible, misterioso por encima de cualquier cosa. Sintió cómo toda la existencia se fragmentaba en millones y millones de partes, y al contemplar el jardín lo vio todo diferente. Ahí donde siempre había visto una sola cosa, una existencia unida, le pareció de pronto ver como un gran espejismo; todas las cosas parecían distintas unas de otras, todo se veía separado e independiente.

Una gran historia acababa de comenzar, un gran viaje de ida y vuelta para descubrirlo todo. Un periplo que terminaba cuando todo volvía a unificarse de nuevo. Esa unificación requería de dos cosas: una profunda sabiduría para comprender las verdades más elevadas, y un profundo amor, que es lo único que podía volver a unir a todas las partes fragmentadas, un profundo amor que sirviera como antídoto a esa nueva emoción que había surgido junto con la consciencia: el miedo.

—Se les abrirán los ojos y serán como dioses.

La voz no dejaba de retumbar en toda la existencia, que parecía cada vez más y más grande, más distinta y más lejana. Pudo ver la luz que era el origen de todo y que todo lo impregnaba, y al mismo tiempo pudo contemplar cómo algo totalmente opuesto a la luz luchaba para dominar esa existencia en expansión. El amor y el miedo comenzaban su eterna lucha, y la victoria final sólo podría determinarla esa débil y frágil criatura que se alejaba caminando de aquel jardín.

—He aquí que la mujer ha probado el fruto del conocimiento y lo ha compartido con el hombre. Ahora son humanos, han abierto los ojos y son como nosotros. Que no alarguen su mano, coman del fruto del árbol de la vida y vivan para siempre.

Inanna sólo sabía que esa voz era la misma que había hablado antes, la que prometió a la pareja que serían abiertos sus ojos para ser como dioses. Su amiga la serpiente, que siempre había estado enroscada en la base del árbol, hizo algo insólito en ella; por primera vez comenzó a subir en espiral, como si por primera vez lo terrenal tuviera que ascender hacia lo divino. La misma voz que resonaba en el todo, seguía hablando, como dialogando consigo misma.

—El humano ya posee la sabiduría y eso lo hará arrogante. El árbol de la vida permanecerá invisible ante sus ojos mientras no abandone esa arrogancia —dijo la voz.

—Ése será su gran reto. He colocado en lo profundo del humano a su principal adversario —se respondió la voz a sí misma—. Él mismo será su propio oponente.

—No le has hecho sencillo el camino. Pero el sendero a lo sagrado no puede ser sencillo.

—Para eso te tiene a ti, portador de la luz. Serás su principal aliado.

—Y al mismo tiempo su principal oponente.

Inanna escuchaba la conversación por todos lados, la misma voz que hablaba y se respondía a sí misma como si fueran dos seres distintos dialogando. Lo comprendió todo. El hombre había recibido el obsequio de la consciencia, la capacidad de reconocerse a sí mismo y al resto de la existencia, la capacidad de reconocer su originaria divinidad y regresar a ella. La existencia se reconocía a sí misma a través del hombre. Qué temeroso e indefenso se ve el humano, pensó. Por lo menos caminan lado a lado.

EN ALGÚN LUGAR DEL MEDIO ORIENTE, MUY CERCA DEL FIN DE LOS TIEMPOS

Lo experimentaron todo: el temor, la ira, el odio, el amor, el miedo. Támmuz e Inanna abrieron los ojos. Se vieron el uno al otro de manera enigmática, extremadamente confundidos. Los dos habían hecho ese viaje místico en compañía de Luzbel, y ahora que despertaban, sus mentes racionales se negaban a creer cualquier cosa de lo que habían experimentado. Era simplemente imposible.

Sin embargo, al mirarse sabían que era cierto: ahí habían estado, habían presenciado el origen del universo, o de la actual versión del universo según había dicho Luzbel. Habían visto el vacío y la creación, habían recorrido el mundo y la historia por encima del tiempo, habían presenciado el origen de la civilización y de sus mitos…, y habían visto, ¿el paraíso?

Los dos enemigos se miraron y supieron que todo era cierto. Inanna percibió que su sueño donde vio a la pareja comer el fruto prohibido había sido presenciado por Támmuz. Recordó el amor profundo que en el mundo onírico sentía por él y se recriminó a sí misma. Era su enemigo y tenía la obligación de odiarlo.

—Así comenzó el fin del mundo —dijo Luzbel al conocer los pensamientos de Inanna—, porque los humanos se han convencido de la obligación de odiar al que consideran diferente. Tú eres él —dijo a Inanna— y tú eres ella —dijo a Támmuz—. Todos los humanos son lo mismo, aunque cada uno se sienta el centro del universo. Por eso deben sentir el dolor y la alegría de los demás como si fuera propio, sólo así pueden aprender a salir de sí mismos.

Era cierto. Durante todo su viaje, Inanna y Támmuz escuchaban la voz de Luzbel en su mente, la de Luzbel y la de todos los protagonistas del proceso histórico, al tiempo que veían todos los acontecimientos como si fueran partícipes de ellos, peleaban cada combate, sufrían las derrotas y celebraban las victorias, siempre en bandos contrarios… Pero de pronto estaban de nuevo en la caverna del portador de la luz, recordando que afuera la humanidad se aniquilaba en una guerra sin final ni sentido.

Experimentaban toda la gloria y regocijo de cada victoria, pero también padecían cada dolor, cada sufrimiento, cada martirio de

humanos en contra de humanos. Podían sentir a la vez todo el amor que las personas le profesaban a los que consideran los suyos, pero también todo el odio hacia los que la mente establecía como los otros.

Podían sentir cada herida de un solo individuo como una terrible laceración en todo el ser de la humanidad, a la vez que experimentar la explosión de júbilo que originó el universo, y presenciar cómo la consciencia originaria se expandía en el vacío, creando el espacio y el tiempo.

Cada uno de ellos padeció en carne propia cada detalle de la historia humana, porque sólo comprendiendo el dolor ajeno, como si fuera propio, es posible salvar a la humanidad. Sólo había que entender que el dolor de cada persona es tan terrible como el propio, y su búsqueda de alegría y felicidad son igual de importantes. Para el enemigo tú eres el enemigo. También fueron programados para sólo ver su realidad. También aman a sus hijos y también lloran a sus muertos.

Inanna y Támmuz se miraron el uno al otro, y en lugar de odio experimentaron algo diferente, un sentimiento que había sido extirpado de la raza humana, aunque todas las religiones que habían servido de pretexto para la guerra hablaban de él como una virtud suprema.

De pronto, al ver cada uno en los ojos del otro, y ver al humano confundido por milenios de engaños, programación y doctrina, sintieron comprensión en vez de juicio. Ahí estaba la semilla de la compasión, que sólo puede germinar cuando se ve a los demás en lugar de girar en torno a uno mismo.

—Han comenzado a ver más allá de sus constructos mentales.

La voz retumbó en toda la caverna. Ambos voltearon la mirada y lo vieron frente a ellos. Ahí estaba, con toda su gloria y majestuosidad, con todo su resplandor, con toda su presencia, radiante, el portador de la luz.

—Los humanos tienen un problema —continuó Luzbel—. Acumulan datos, pero no sabiduría, acumulan un saber que no cuestionan y se convierten en un cúmulo de pasado. Poseen la última versión de su conocimiento, pero olvidan que todo conocimiento, que todo concepto, que todos los valores y hasta sus supuestas verdades, se han construido a lo largo de milenios. En cada momento de su historia ven el resultado final, pero ignoran el proceso.

La caverna de Luzbel irradiaba serenidad, pero a lo lejos se escuchaban los ecos del fin del mundo. Los dos sobrevivientes de la última batalla de la humanidad se miraron el uno al otro, confundidos, y miraron de la misma forma al portador de la consciencia.

—Pensé que había muerto —dijo un aturdido Támmuz.

—Creí que todo era un sueño —agregó Inanna.

—Todo es un sueño y la muerte es una ilusión de la mente —respondió Luzbel—. El objetivo de la vida humana es evolucionar y despertar. Ahí está su eternidad.

—¿Entonces nada fue real? —preguntó Támmuz.

Luzbel extendió los brazos con toda su magnificencia y se elevó en el aire frente a la mirada atónita de esos dos sobrevivientes al fin del mundo.

—Antes de preguntar eso deberían saber qué es la realidad, pues casi ocho mil millones de seres humanos tienen su propia visión de la realidad. Cada mente egocéntrica crea su propia realidad, igual que cada grupo humano, cada pueblo, cada nación, cada congregación religiosa. Sólo hay algo más destructivo que el ego individual y es el ego colectivo. Todo lo que presenciaron es verdad a cierto nivel, el del plano mundano, el de la dimensión de la materia, el tiempo y el espacio. Lo que deben comprender es la realidad que permanece más allá de toda esa ilusión. Sólo así comerán el fruto del árbol de la vida.

El árbol de la vida. Quizás el mito más incomprendido de toda la mitología desarrollada en Mesopotamia. Aunque contado de diversas formas, era un mito común de todos los pueblos. La obsesión de una especie mortal con la inmortalidad. Aunque la muerte fuera tan sólo el error de seres de energía, obsesionados con identificarse con la materia.

Sin importar cuánto avanzara la civilización, nunca habían abandonado las supersticiones. En todas las guerras de la humanidad los líderes buscaron objetos o amuletos que tuvieran el poder de otorgar la victoria, y del árbol de la vida se decía que concedía el poder de lograrlo todo y el don de la inmortalidad. Luzbel podía notar la inquietud de Inanna y Támmuz cada vez que se mencionaba el árbol de la vida.

—¿Qué es el árbol de la vida? —preguntó un ansioso Támmuz—. Hay…, hay una leyenda que dice que quien conozca sus secretos podrá lograrlo absolutamente todo.

—Lograrlo todo —interrumpió Inanna—. Como ganar esta guerra. Lograrlo todo y conseguir la inmortalidad. Ésa es la razón por la que…

Inanna se interrumpió a sí misma antes de terminar la frase.

—Por eso están aquí los dos —señaló Luzbel—. Lo sé muy bien. Los dos buscan el árbol de la vida para poner todo su poder al servicio de su bando en esta guerra. Nadie gana una guerra, Inanna, nadie. No lo comprendieron en toda su historia. Hicieron de la guerra su forma de vida, y cada acuerdo de paz que firmaron fue sólo un respiro para

tomar fuerzas, volver a armarse y continuar la masacre contra ustedes mismos. El fruto del árbol de la vida concede la eternidad…, pero el árbol está muriendo junto con la humanidad.

—Yo sólo quiero que la guerra se termine antes que nuestro mundo —señaló Támmuz.

El portador de la luz miró a Támmuz con un rostro lleno de compasión.

—Mi querido Támmuz…, hace tiempo comenzaron ya su punto sin retorno. Cada vez que eligieron el miedo y el odio, cada vez que optaron por ser parte de la masa, cada vez que les ganó la ambición y la codicia, cada momento en que aceptaron sin cuestionar, cada ocasión en que creyeron un discurso de odio…, cada vez que prefirieron la comodidad de la inconsciencia dieron un paso hacia la guerra del fin del mundo.

—De alguna manera tiene que terminar esta guerra —interrumpió Inanna con voz de desesperación.

—Ninguno de ustedes dos vino aquí a buscar la sabiduría para terminar con la guerra. Lo que querían era ganarla. Sólo eso. Por eso llegaron al punto sin retorno. Tampoco vinieron en una búsqueda personal, sino enviados por sus líderes. Eso llevó a la humanidad a su destrucción.

Los dos sobrevivientes se miraron con timidez y aceptaron con la mirada que cada uno buscaba el secreto que daba la inmortalidad y el poder de lograrlo todo…, y que lo querían para ganar la guerra. Buscaban el poder más grande de la existencia para ponerlo al servicio de intereses egoístas.

—No se dan cuenta de nada, necios humanos —dijo Luzbel con un suspiro. Buscan egoístamente un poder que sólo surge cuando se elimina el egoísmo por completo.

—Ellos quieren que termine la guerra —señaló Inanna—. Por eso me enviaron a una búsqueda que consideré estúpida… encontrar la caverna donde Luzbel cayó de los cielos, donde guarda su sabiduría y donde yace el secreto del árbol de la vida.

—Aquí no encontrarán lo que buscan —dijo Luzbel con solemnidad—. Toda búsqueda que no sea personal es estúpida, y no lleva a ningún lado que no sean las ambiciones de otros. ¿Es que nunca se dieron cuenta de que aquellos que guiaron a la humanidad en todas sus etapas, estuvieron siempre ciegos de egoísmo y ambición? Los líderes de la humanidad nunca fueron los buenos del cuento, los llevaron al borde del abismo…, y ustedes, muertos de miedo, se dejaron llevar.

—Es decir que nada es cierto —rugió Támmuz—. Toda esta tontería del árbol de la vida es efectivamente sólo un mito.

—La única tontería es tomar los mitos de manera literal. La humanidad expresó en ellos los más profundos secretos y la más sagrada sabiduría…, en relatos simbólicos. Cuentos que ustedes dogmatizaron y convirtieron en religiones. Dos árboles simbólicos existían en aquel paraíso. Del primero les entregué el fruto de la consciencia. Sólo después de haber adquirido la consciencia percibieron la realidad como algo separado de ustedes, comenzaron a ver fragmentación donde sólo hay unidad…, el árbol de la vida es el camino para reunificarlo todo.

—En mi sueño percibí la unidad de la existencia —señaló Inanna —, pero de pronto sentí cómo esa unidad se fragmentaba.

—Viste el mito de la expulsión del paraíso. Támmuz, Inanna, la expulsión del paraíso representa el momento en que los seres humanos cobraron consciencia de sí mismos. Antes de la consciencia había un cosmos y nadie parecía notarlo, pero de pronto los humanos percibieron el mundo, se hicieron conscientes de la existencia del mundo, y por lo tanto de la existencia de ustedes en dicho mundo.

Toda la existencia ha sido siempre una unidad indisoluble, pero al percibirse a ustedes en el mundo, su mente creó la ilusión de la separación. Es ahí cuando comienzan a sentirse solos, escindidos, fragmentados y distintos.

Pero entiendan bien el mito: no habla de algo que haya ocurrido en el pasado, sino de lo que le pasa a cada ser humano que nace. Al nacer son uno con el todo, pero conforme se va desarrollando en ustedes la consciencia es cuando se sienten separados de la existencia y el centro del universo. Ésa es la expulsión, y es un truco de su mente. El objetivo de la vida de cada individuo humano es desarrollar su consciencia por encima de la ilusión, y descubrir que siempre han sido uno.

—Un momento —interrumpió Inanna—. En mi sueño y en las escrituras Dios advirtió que el fruto de la consciencia traía la muerte, y la serpiente dice que los convertirá en dioses. Parece que Dios miente, pues la pareja humana no muere, pero tampoco el demonio…, tampoco tú dijiste la verdad, pues no se convirtieron en dioses.

Luzbel la miró con una sonrisa que iluminó la caverna.

—Dios no mintió y yo tampoco. Sólo hay que saber entender lo ocurrido. En efecto se les abrieron los ojos, pues eso es lo que hace la consciencia, pero la divinidad se obtiene. Fueron expulsados de la dicha sin fin del paraíso y arrojados a un mundo donde sobrevivir es la lucha constante, padecer el hambre, la guerra, la enfermedad y la muerte. Sufrir, aunque el sufrimiento no formaba parte de la existencia, sino que se introdujo con el egoísmo humano. Tras recibir el fruto de la consciencia comenzó el proceso de convertirse en dioses.

—Pero todo es una leyenda —dijo Inanna—, una leyenda y un sueño.

—Ahí estaban ustedes, Inanna y Támmuz. Ésta es su leyenda. Fueron la primera mujer y el primer hombre, un mismo ser que quedó dividido en su polaridad femenina y masculina. Viven desde el principio buscándose el uno al otro y se han encontrado en el final. Tú vivías dentro del árbol, Inanna, y yo vivía enroscado en su base. Observé todo el amor contenido en tu ser y por eso te otorgué el regalo de la consciencia, para que percibieras ese amor que es la esencia humana, y lo compartieras. De eso se trata el proceso divino. Ya probaron la consciencia; sólo con amor y sabiduría podrán probar el fruto del árbol de la vida y alcanzar la eternidad.

Inanna no dejaba de ver al portador de la luz con una especie de magia en la mirada. Támmuz, en cambio, no dejaba de mirarlo con suspicacia, la eterna duda que atormenta las mentes de los humanos.

—¿Por qué no decirlo como es? —preguntó Támmuz—. Es decir, ¿por qué complicarlo, por qué decirlo con leyendas que pueden ser tan interpretadas?

—En cada momento de su historia la humanidad se ha expresado distinto. La estulticia humana radicó en tomar cuentos del pasado como verdades absolutas. Además, los mitos originarios buscan explicar el misterio de la existencia, algo que va más allá de los límites de su mente y su lenguaje. Por eso viajaremos ahora a través de todas las enseñanzas que descubrieron ese misterio. Vamos a penetrar en mundos distintos y distantes para escrutar en lo más inescrutable de Brahma y en lo más impenetrable del Logos, para conocer el Tao, para comprender a eso que llaman Dios, para experimentar a Alá…, distintos nombres para el mismo misterio inefable. Toda la sabiduría mística que los poderosos convirtieron en religión y en control de masas.

En ese momento Luzbel extendió sus brazos hacia Inanna y Támmuz, y todo pareció desvanecerse en luz; el mundo a su alrededor pareció convertirse nuevamente en un sueño, mientras la materia, el tiempo y el espacio comenzaron a difuminarse. La consciencia comenzó un nuevo viaje de descubrimiento a lo largo de la historia y de la ciencia, de la filosofía y del misticismo, entre la historia y la leyenda. Un viaje para conocer la esencia del universo y de la humanidad.

Aquí y ahora, en la mente de Buda

Casi un milenio de existencia tenía el hinduismo, cuando en su seno nació uno de los grandes maestros de consciencia que tuvo la humanidad, Siddhartha el Buda, unos quinientos años antes de que naciera el maestro Jesús, quien a su vez nació unos quinientos años antes que el maestro Muhammad. Esos mil años determinaron prácticamente todas las tendencias religiosas de la humanidad.

El hombre que se convirtió en el Buda, el despierto, nació como príncipe guerrero del reino hindú de los Sakyas, rodeado de la sabiduría milenaria en que se basa el hinduismo: los Vedas. No hubo en toda la historia de la humanidad una sabiduría más profunda sobre el universo y la consciencia que la que yace en los Vedas. Paradójicamente, las formas populares y folclóricas en que se expresó el hinduismo, fueron también el mejor sistema de control e inmovilidad social que los humanos pudieron inventar.

A mayor sabiduría disponible, mayor necesidad de los poderosos de aniquilarla. Eso fue la triste historia de todas las religiones. Pero no puede haber un viaje guiado por el portador de la consciencia en el que no aparezca el hombre más consciente que ha dado la humanidad; para ello será necesario conocer la sabiduría ancestral en medio de la cual se desarrolló el Buda.

El resumen de los Vedas es que todo es energía. El mundo material es ilusorio, una manifestación de dicha energía, que no tiene origen ni tendrá fin, una energía consciente que se expande y se observa a sí misma, y genera con ello eso a lo que los humanos llaman mundo. Occidente siempre conceptualizó el universo como una gran maquinaria; los sabios de los Vedas siempre supieron que es un gran pensamiento.



Expansión del budismo

El hinduismo es casi tantas religiones como practicantes, pues se entiende que la búsqueda de esa verdad trascendente a la que llaman Brahma, es absolutamente subjetiva y personal. Es un conjunto de religiones, prácticas espirituales, y sistemas de sabiduría que pueden ser teístas, monoteístas, politeístas o panteístas. Brahma, Dios, o el misterio de la existencia, es infinito; por eso son infinitas las formas de descubrirlo.

Todo lo que existe es energía, eso es justamente lo que es Brahma; una energía consciente que se observa a sí misma a través de los seres humanos. Brahma no es un dios creador de un universo inerte, sino que es la totalidad de un universo vivo y consciente, infinito, y en eterna expansión, que es justo lo que significa su nombre; una expansión infinita, como infinita es la expansión del universo según la astrofísica.

La energía es eterna y la materia es temporal. Por eso dice el hinduismo que todo en el mundo material y sensible que pueden percibir los humanos, es un mundo ilusorio donde todo está sujeto a ciclos sucesivos de creación, conservación y destrucción.

El proceso de la existencia del mundo está representado en una triada divina conocida como Trimurti: Brahma, Visnú y Shiva; el creador, el conservador y el destructor. Todo en el mundo material comienza a existir en determinado momento: cada pájaro, cada flor, cada pasto y cada trigo. Cada árbol, cada río, cada piedra y cada montaña tuvieron un origen, existirán un tiempo y desaparecerán.

El brote de la flor es la acción de Brahma; el hecho de que la flor exista por un determinado tiempo es la acción de Visnú, y el hecho de que la flor se marchite y se deshoje hasta desaparecer, es la acción de

Shiva. Como la cantidad de materia en el universo es finita, y el universo de espacio y tiempo es infinito, no puede ser de otra forma.

Para que Brahma pueda seguir eternamente creando, Shiva tiene que estar eternamente destruyendo. Dios no es otra cosa más que el ciclo de la existencia…, y el misterio mismo que la existencia significa. Un dios vivo que crea constantemente una existencia viva.

Lo más hermoso de todo ese proceso es que los humanos, conscientes como son, son las ventanas a través de las cuales el universo se observa. Son la consciencia de la existencia, la consciencia de Brahma.

En Occidente se asume que el mundo existe y la pregunta recae en la existencia de Dios; en Oriente lo entendieron completamente al revés: Dios no sólo existe, sino que es lo único certero, lo dudoso es la existencia del mundo. Los humanos son los sentidos y la consciencia de Dios, y el mundo no es más que el eterno proceso de evolución de ese universo divino.

Los humanos, desde luego, también están sujetos al ciclo de creación, conservación y destrucción, pero como en cada humano hay un alma eterna, que no es más que el reflejo de la gran alma universal que es Brahma, cada uno reencarnará una infinita cantidad de veces. La liberación del ciclo de reencarnaciones es el objetivo del hinduismo, y se logra cuando, a través de devoción, meditación y entendimiento, cada humano descubre que es la totalidad de Dios.

Pero con el paso de siglos, la sociedad del Indostán comenzó a ser cada vez más sometida por élites sacerdotales que convirtieron la sabiduría védica en una serie de rituales vacíos. Toda pobreza debía ser soportada para dedicarse tan sólo a la liberación, que podía llevar miles de vidas. Así, mientras los sacerdotes vivían en la opulencia, con el pretexto de estar en reencarnaciones superiores, las masas vivían en una miseria disfrazada de espiritualidad. Otro capítulo común en la triste historia de todas las religiones.

En ese contexto de sabiduría espiritual y sometimiento religioso apareció el Buda, comprendió que el hinduismo se había convertido en sometimiento, y desarrolló la sabiduría para la liberación total, de todo sistema, de toda estructura, de todo pasado y de todo sufrimiento.

La historia del Buda, como en el caso de todas las figuras religiosas, está formada por una delicada trama de hechos reales, arquetipos culturales, mitos populares y la sabiduría misma que el maestro quiso transmitir. Pero el budismo es pragmático y sin dogmas, por lo que lo único verdaderamente importante es la enseñanza o Dharma del Buda; un cúmulo de sabiduría que persigue un solo objetivo: la plenitud y la felicidad a través del trabajo personal con la

propia mente.

El príncipe Siddhartha Gautama nació al sur de los Himalaya, como heredero del próspero reino Sakya, rodeado de lujos y placeres, y destinado a ser un poderoso monarca. Pero el príncipe se dio cuenta de que, sin importar tu belleza y tu gloria, tu riqueza y poderío, sin importar la condición social o política, o la cantidad de cosas e ideas que acumules; sin importar todos los enemigos externos a los que derrotes, todas tus conquistas o el tamaño de tu imperio; todos los seres enferman, envejecen, mueren, y sufren a lo largo de ese proceso llamado vida.

La meditación era ya una tradición milenaria en el Indostán, un conocimiento que fue regalo de Shiva a la humanidad. También era común la existencia de religiosos ermitaños, de monjes o de maestros yoguis, todos en búsqueda de algo más allá del mundo material o perecedero.

El príncipe Siddhartha abandonó su palacio, su familia y su destino para buscar la verdad, y por años estudió con esos maestros, monjes y yoguis, hasta que lleno de insatisfacción por tener sólo respuestas de otros, decidió callar, meditar y escudriñar en los rincones más profundos de su mente y su consciencia hasta alcanzar la iluminación. Siddhartha se iluminó a los cuarenta años, y predicó su enseñanza por cuatro décadas más.

La iluminación, queridos Inanna y Támmuz, no es otra cosa más que la culminación humana del proceso de convertirse en dios; es darse cuenta de la inconsciencia en la que viven a causa de toda la programación cultural de milenios de pasado, y del eterno remolino de pensamientos sin cauce con los que los atormenta su mente. Meditar es una práctica para aquietar la mente, y una mente quieta es una mente iluminada. Una mente de paz total.

Toda la enseñanza del Buda giró siempre en torno a la posibilidad de alcanzar en vida un estado de absoluta plenitud, felicidad, satisfacción, alegría y energía inagotable, el estado de Nirvana, que no es un paraíso al que el humano llega tras la muerte, sino el paraíso interno en el que puede vivir en el momento presente.

El Buda enseñó que el sufrimiento es inherente a los seres mundanos. Vivir en el mundo es sufrir y vivir insatisfecho. Pero la causa del sufrimiento no es otra cosa más que el eterno mecanismo del deseo en el que vive la mente humana; por lo tanto, si se logra controlar la mente y suprimir los deseos, el sufrimiento y la insatisfacción desaparecerán. Eso puede llevar varias vidas, pero es absolutamente posible para todo ser humano a través de una vida ética y una serie de prácticas meditativas.

Qué razón tuvo el Buda, pues fue precisamente el mecanismo del

deseo el que condujo a la humanidad a su autodestrucción. El ser humano siempre desea cosas, siempre desea más de lo que tiene, y nunca está satisfecho. Cada vez que un deseo se cumple hay un efímero éxtasis que parece felicidad, que se convierte de inmediato en nuevos deseos.

Así los humanos viven como un ratón en una rueda, como caballo tras una zanahoria, siempre persiguiendo y nunca alcanzando. El mecanismo del deseo fue el motor del capitalismo, que sólo podía subsistir como sistema económico con base en un eterno consumismo, es decir, una serie interminable de deseos insatisfechos.

Lo más importante que enseñó el Buda fue que la felicidad y el sufrimiento, los dos polos entre los que viven fluctuando los seres humanos, no dependen en absoluto de las circunstancias externas, sino que son estados mentales. La felicidad depende de la paz interna, y ésta es absoluta responsabilidad de cada individuo.

Para tener paz interior es necesario conocer, identificar y comprender los tres venenos mentales, que son el apego, el odio o aversión, y la ignorancia. Los seres humanos padecen inmadurez emocional crónica; así pues, asumen que la felicidad y el sufrimiento vienen de afuera. Ésta es, precisamente, la ignorancia.

Cuando un humano piensa que la felicidad depende del exterior, se apega a los objetos, personas, ideas o creencias de los que piensa que depende su felicidad, y genera odio o aversión contra los objetos, personas, ideas o creencias de los que piensa que se deriva su sufrimiento. Esto, desde luego, hace que sea tan común odiar cosas o personas que alguna vez se "amaron", y que los humanos tengan tanto miedo a las ideas y creencias de los demás.

Las cosas y las personas, enseñó el Buda, no tienen características inherentes, como bueno, malo, feo, hermoso, adorable o aborrecible, sino que la mente de cada humano atribuye esas cualidades a las personas y cosas, según genere aversión o apego hacia ellos. Esto quiere decir que cada humano individual vive en el eterno error de sentirse el centro del universo y la medida de todas las cosas.

Y si el humano se siente el centro de todas las cosas es porque vive absorto en el mayor de los engaños: el ego, la idea del Yo. Cada ser humano tiene una idea de quién es, que no es otra cosa más que la historia que se cuenta de sí mismo con base en todo el pasado acumulado en su memoria.

Ese Yo, que cada quien considera una realidad, es una ficción, ese Yo depende de la infancia, los padres, la cultura, la religión, la época histórica, el nivel social, los amigos y relaciones que cada quien tuvo o no tuvo, y de todas las vivencias registradas en su mente. Pero con la historia individual ocurre lo mismo que con la de la especie;

prácticamente todo lo que ocurrió fue por cuestiones azarosas. Uno es lo que es derivado del azar y si cualquier cosa hubiera sido diferente, ese Yo habría sido totalmente distinto.

Finalmente, el pasado y el futuro no existen, son dos ficciones de la mente causadas por la memoria y la imaginación. Pero el humano se apega al pasado y le teme al futuro. Al hacerlo, se priva de vivir aquí y ahora. Miedo a soltar, miedo a perder, miedo a lo que viene. Miedo, el origen de todas las desgracias humanas y de todo su sufrimiento.

El miedo tiene un solo antídoto, que es el amor, pero el amor finalmente es comprender que los demás, absolutamente todos los demás, son igual de importantes, cuando cada mente humana sólo sabe girar en torno a sí misma, y considera su realidad como la única y verdadera.

El amor es la cura para todo, pero los humanos nunca aprendieron a amar. Siempre fue un amor del ego, amor con expectativas y condiciones, amor por el beneficio propio, amor con celos, exigencias y posesión. Los humanos tenían que aprender a amar a los demás tanto como a ellos, pero para eso primero tenían que haber sabido amarse a sí mismos, otra cosa que jamás lograron, pues se fueron programando para competir, castigar, dominar y juzgar.

Siglos después Occidente tuvo su propio Buda, Jesús, que predicó lo mismo: amor como toda cura, pero amor de verdad, amor de Iluminado. Por eso cuando se despidió de sus discípulos les recomendó amarse los unos a los otros, pero como él, Jesús, los había amado. No al terrible estilo de amor condicionado que los humanos siempre tuvieron.

Otra enseñanza del Buda, que al mismo tiempo estaba comprendiendo Heráclito entre los griegos, es que en el mundo nada está acabado, todo es un proceso eterno y constante de transformación, toda la existencia es un flujo continuo, un ser y dejar de ser.

Todo se transforma en el mundo, hasta las piedras, aunque sean necesarios millones de años. En cambio, la mente humana se aferra tanto a sus ideas del pasado que las convierte en algo tan sólido que impide la transformación personal. Bien dijo Einstein dos milenios y medio después, que era más fácil desintegrar el núcleo de un átomo que un prejuicio.

Más allá de las ideas, prejuicios y sistemas de creencias se puede encontrar el amor, la unidad total de toda la existencia es precisamente eso; amor. Un amor que se manifiesta en el hecho de que toda la existencia está absolutamente interrelacionada. Todo lo que existe, lo hace gracias a todo lo demás existente.

Todo depende de todo, todo es lo mismo, todo es unidad. Eso,

desde luego, tampoco fue comprendido por los humanos, que siempre encontraron pretextos para sentirse distintos unos de otros a causa de lenguas, creencias, colores o ideas.

La religión, que debería ser unidad, fue lo que más separó a los humanos a lo largo de la historia, y fue el pretexto para desatar el fin del mundo. Pero tan aferrados son los humanos a sus ideas, que ni siquiera en medio del apocalipsis generado por sus religiones como pretexto, comprendieron el errado camino que tomó la religión, que como todo lo humano, se impregnó de egoísmo y ansias de dominio.

El amor de las religiones se convirtió en teoría, y con esa teoría como bandera desataron el odio. Y es que no basta con creer en el amor para ser amoroso, creer en un dios de amor no hace amoroso al humano. El amor es una práctica, y sólo la práctica del amor funciona.

Eso enseñó el Buda y eso enseñó Jesús, pero la Iglesia católica fundada por Roma no tenía como objetivo transmitir una enseñanza de amor, sino someter al pueblo romano. Hay una sola religión y es el amor absoluto, incondicionado y universal, esa fue la religión que los humanos no practicaron.

Todas las palabras de Jesús fueron de amor, y la Europa cristiana se destruyó a sí misma durante más de mil años con el amor de Dios como bandera. Eso pasa cuando el amor se convierte en dogma y no en práctica.

Los cristianos llegaron a convencerse de que para salvarse bastaba con creer en Jesús, pero la salvación requiere un esfuerzo y no hay nada más sencillo que creer; sólo hay que convencer a la mente de una idea. La salvación de la humanidad siempre dependió de una sola cosa: la práctica del amor, la práctica que más esfuerzo requiere. La práctica que los humanos que creían dogmáticamente en el amor de Dios, nunca llevaron a cabo.

En algún lugar más allá de la materia

La existencia está llena de caminos hacia la verdad. El Buda lo descubrió a través del silencio de la meditación y el aquietamiento de su mente, y miles de kilómetros hacia el oeste, el griego Heráclito lo encontró a través del intenso movimiento de su mente. De cualquier forma, ambos tuvieron el privilegio de vivir en un mundo más silencioso, con menos distractores superficiales para adormecer la consciencia, y donde las verdades debían ser buscadas pues ningún sistema religioso las había grabado en piedra.

Heráclito vivió en los tiempos en que muchos pensadores griegos estaban obsesionados con una serie de preguntas existenciales, de ésas fundamentales para responder y que no tienen respuesta en lo absoluto. Ante todo, se preguntaban de qué estaba hecho el universo, convencidos todos ellos de que, detrás de un mundo tan múltiple, tan diverso y tan lleno de fenómenos, debía residir una sola realidad.

Lo maravilloso de los griegos que se cuestionaron eso hace más de dos mil quinientas vueltas del planeta alrededor del Sol, es que las conclusiones extravagantes y aparentemente erróneas a las que llegaron, fueron precisamente las conclusiones de la física cuántica.

Muy raro parece el universo, muy evasivo, se esconde cuando los humanos quieren conocerlo. Después de casi tres milenios de preguntarse por la sustancia de que está hecho el universo, quedó muy claro por qué nunca se encontró la respuesta: al parecer, el universo no está hecho de nada.



Mundo griego

Más profunda aún era otra cuestión. Cuál es el arjé del universo. *Arjé* fue una de las palabras más profundas y complejas de la filosofía griega; se tradujo normalmente como principio, cuando en realidad significaba principio y fin, los dos conceptos contradictorios en la misma palabra.

Eso quiere decir que preguntar por el arjé del universo era preguntar por aquello de donde todo surgía y a donde todo regresaba: la fuente, el origen, la esencia inmutable de un mundo mutable.

Y esa última idea, que el mundo mutable proviene de lo inmutable, que lo perecedero proviene de lo imperecedero, lo finito de lo infinito, estaba muy arraigada entre aquellos griegos: de la nada no puede salir nada.

Así pues, el mundo existe desde siempre. Si el mundo existe desde siempre, quiere decir que existe en un constante proceso de transformación. Diversas maneras de los hindúes y griegos para señalar, milenios antes, uno de los fundamentos de la relatividad: que la energía es eterna, no se crea ni se destruye, sino que está en perpetua transformación.

De comprender la transformación del mundo, surgió entre esos griegos otra pregunta vital: cuál es la naturaleza del cambio; es decir, cómo y por qué es posible que las cosas cambien. De qué está hecho el universo, cuál es su fuente y por qué las cosas cambian. Respuestas a las que dieron una serie maravillosa de respuestas, ninguna de ellas del todo acertada y ninguna que estuviera equivocada.

El filósofo Tales de Mileto planteó el agua como el origen y fuente de todo, pero hay que comprender que la respuesta es más profunda de lo que parece. Tales se dio cuenta de que el agua cambia de estado

líquido a sólido y gaseoso, pero finamente siempre es lo mismo: agua.

Así pues, razonó, el agua posee algo que le permite cambiar a todos los estados posibles de la materia, pero al mismo tiempo contiene algo que la hace ser siempre agua. Así ocurre con el universo, es una constante transformación y sin embargo es siempre una misma cosa, el universo. Es como decir que el universo está hecho de posibilidad de cambio.

Su discípulo Anaximadro postuló algo que seguramente no fue comprendido en su tiempo pues fue incomprensible siempre, y acertado. Señaló que esa esencia del universo, ese algo de lo que está hecho todo, esa fuente y origen es lo *apeiron*; palabra que significa ilimitado o indeterminado.

Así pues, el universo está hecho de posibilidad, el origen y fuente de todo es la posibilidad, y la razón de que todo cambie es que tiene posibilidad de cambiar. Quiso decir que el universo es infinito, por lo tanto ilimitado, por lo tanto con posibilidades absolutas, por lo tanto indefinible. Es la forma estrambótica de decir que no se sabe…, o que es imposible saberlo. Todo el universo se transforma, pero nada se resiste más a esa realidad que la obstinada mente humana.

Milenios después, el científico cuántico Werner Heisenberg, de los pioneros en la era atómica, planteó el principio de incertidumbre, en el que señala que las partículas subatómicas elementales se comportan a veces como partícula y a veces como onda, y que es imposible establecer al mismo tiempo su velocidad y su posición. El resumen de eso es que el universo es probabilístico, es decir, que nada está determinado, sino que es un sinfín de posibilidades. El universo no es otra cosa más que posibilidad de ser.

Pero la más enigmática de las propuestas vino del más enigmático de esos pensadores: Heráclito de Éfeso, un hombre cuya respuesta fue tergiversada completamente por la doctrina cristiana para convertirse en la base de su teología. La respuesta a todo es el fuego. La sustancia, origen, fuente, final y razón de ser del universo es el fuego.

Su respuesta, que superficialmente parece simplista y equivocada, es muy correcta. Los pensadores de su tiempo buscaban el sustrato elemental de la materia. Heráclito, al decir fuego está queriendo decir energía. El origen de la materia es la energía, la materia es la manifestación de la energía. Justo lo que es. Todo el universo es energía, y por lo tanto posibilidad.

La energía no se ve, no se percibe por los sentidos, no ocupa tiempo ni se mueve en el espacio, pero ahí está. Sin energía, sin posibilidad, no podría existir nada. De esa energía eterna brota la materia y a dicha energía regresa; ésa es la danza de la existencia que demostró la física cuántica, la energía está eterna y constantemente

manifestándose en forma de materia.

De lo anterior se deriva otra realidad que también señaló el Buda: todo el universo es un proceso eterno de transformación. Todo está cambiando todo el tiempo. Nada es, todo está siendo. La existencia es la nada convirtiéndose eternamente en todo, la energía manifestándose eternamente en forma de materia.

Lo único permanente es que todo cambia, era la sentencia de Heráclito. Todo se transforma en un proceso continuo de nacimiento y destrucción al que nada escapa; la acción de Brahma, Visnú y Shiva, dirían los Vedas.

Pero aún falta explicar cómo es posible que todo cambie, y el filósofo de Éfeso tenía muy claro que las cosas pueden cambiar porque están hechas de partículas en movimiento, partículas eternas. Justo como resultó que todo es.

Si toda la existencia es un continuo proceso de transformación, resulta evidente que dicha existencia es eterna, sin origen ni creación. Este mundo, que es el mismo para todos, decía Heráclito, no lo ha creado ninguno de los dioses o de los hombres, sino que siempre fue, es y será fuego eternamente vivo.

Pero Heráclito tenía espíritu místico, así es que no sólo se preguntó cómo existía el universo, sino que también se preguntó la causa, el sentido, la razón de ser; una pregunta mucho más espiritual que científica, en una era en la que esos conceptos no estaban peleados.

La respuesta de Heráclito fue el Logos. Todas las cosas surgen del fuego, de la energía, a causa del Logos; otra de esas maravillosas, profundas y complejas palabras griegas con múltiples significados. Logos significa literalmente palabra, pero también tenía la acepción de razón, argumentación y pensamiento, pues los griegos sabían que pensamiento y palabra son lo mismo; toda palabra es un pensamiento y todo pensamiento se expresa en palabras.

Heráclito usó el concepto de Logos en una forma definitivamente espiritual. Planteó el Logos como una inteligencia, un pensamiento que era la razón de ser de todo el mundo material. Éste fue el origen de la idea cristiana de Dios, aunque precisamente la idea del mundo como un pensamiento o ilusión del creador es fundamento de los Vedas.

Pero lo más aventurado de Heráclito fue no mencionar jamás concepto alguno que pudiera identificarse con un dios, mucho menos un creador. El mundo existe desde siempre y no fue creado, pero detrás de todo lo que existe hay un Logos o inteligencia superior que hace que el universo funcione.

Lo interesante es que Heráclito no necesita un dios. No es que haya un dios con dicha inteligencia, sino que el Logos permea y penetra

toda la existencia como una fuerza que ordena y unifica todo. El universo es inteligente, es una consciencia. El universo es consciencia y es consciente, como diría el Buda, como quedó plasmado en los Vedas.

El proceso universal es cíclico según Heráclito; todo surge de la energía y a ella vuelve. Transcurrido el gran año cósmico, todas las cosas se convierten otra vez en fuego, todo regresa al fuego del que surgió. En la tradición védica se habla de que el universo existe durante un día de Brahma, y que todo vuelve a su origen en la noche para surgir de nuevo al siguiente día brahmánico, que dura miles de millones de años.

La doctrina cristiana planteaba la imposibilidad de que algo exista desde siempre, por lo que todo era creado de la nada por Dios, y Dios era precisamente donde estaba depositada la inteligencia. En los evangelios, escritos originalmente en griego, se habla de Dios como el Logos y se le convierte en creador.

En lo profundo del pensamiento de Heráclito existe la idea de la unidad. Lo real es el Logos, en donde todo se transforma, así es que, más allá de las apariencias del mundo material, donde todo parece distinto, la realidad es una sola cosa, diversas manifestaciones del mismo misterio. Es de sabios prestar oído al Logos, dijo Heráclito, y entender que todos los seres son una sola cosa. Todo es energía, todo es divino, todo es unidad.



Imperio romano en tiempos de Constantino, siglo IV

En el momento y lugar donde Dios partió la historia

El Buda habló fundamentalmente de paz. Jesús habló de amor. La totalidad de su enseñanza fue amor. Los dos grandes maestros hablaron en realidad de lo mismo, pues no puede haber amor en una mente y un corazón que no están en paz, y no puede haber paz ahí donde no hay amor. Dos caras de la misma moneda, como todo en el universo.

Los dos maestros hablaron de la totalidad de la existencia, un misterio previo a todo razonamiento y lenguaje, una sabiduría que encontraron en el silencio y que por lo tanto no puede ser expresada. Derivado de su esencia inefable, y de que el mundo es un río en constante fluir, la experiencia de la verdad no puede ser transmitida usando las palabras de manera convencional.

Es por eso que, como todos los maestros, transmitieron la verdad en forma de cuento y fábula, parábola y metáfora, en forma de poesía. Un lenguaje que no le habla a la mente sino al corazón, mucho más propicio que el conflictivo lenguaje de la razón y la lógica para un mensaje de paz y amor. Es también por eso que la sabiduría de los grandes maestros fue siempre confundida con el correr del tiempo.

Jesús habló de amor con el lenguaje de la poesía. No enseñó dogmas sino el arte de vivir. Habló del amor como causa de toda la existencia y de que ese dios está dentro de cada ser humano, de que aquellos con un espíritu sencillo y simple, sin egoísmo, podrían experimentar ese cielo dentro de uno mismo. No hay mayor paraíso que vivir en amor.

En una tierra consumida por la ambición y la guerra, Jesús enseñó que sólo aquellos que eligieran la paz heredarían el mundo, que los que cumplen con su misión en la vida serán siempre saciados de dicha, que la compasión es la única forma de generar más compasión, y que todo humano con mente y corazón puros puede contemplar la divinidad de la existencia tal cual es, ahí en lo más profundo de su interior.

Jesús habló de predicar el amor, sin condiciones ni expectativas, y a todos los demás seres, un amor sin excepciones que debe ser profesado incluso hacia los enemigos. Amar a cambio de amor no es amor verdadero, sino un intercambio.

Habló de ser la luz del mundo al guiar con ese amor, que no debe

ser una idea o teoría sino una práctica de vida. No una ley que se proclama para sentir superioridad moral y alimentar el ego, sino una forma de ser, pues de nada sirve venerar a un dios si no hay amor en el corazón. Deja tu ofrenda hipócrita y ve a reconciliarte con tu hermano, solía decir.

Como todo maestro, sabía bien que los pensamientos son causa de toda felicidad y todo sufrimiento; por eso enseñó que odiar al hermano humano es tan grave como matarlo, pues el simple odio en el corazón es veneno contra uno mismo. Por eso habló de trascender el deseo en vez de reprimirlo con una falsa consciencia moral. Desear el mal del prójimo es lo mismo que hacérselo, envidiar sus cosas es lo mismo que robarlas.

Conocía la impermanencia del mundo, como todos los místicos: que nada es para siempre en un mundo material; por eso enseñó el desapego, tener tesoros espirituales antes que bienes materiales que serán echados a perder por la herrumbre y la polilla. Profesó la búsqueda de lo esencial, a no temer al futuro, convencido de que, al dedicar la vida a buscar la verdad, todo lo demás llegaría por añadidura.

Los humanos sufren por aferrarse al pasado y temer al futuro; por eso enseñó a trascender la ilusión del tiempo y vivir en el ahora, fundamental para ser pleno y feliz. No te preocupes por el mañana, decía, pues el mañana traerá sus propias preocupaciones. Que los muertos entierren a sus muertos, que el pasado se quede en el pasado, no arar el campo caminando hacia adelante pero mirando hacia atrás.

Pero lo más importante para un maestro de amor es enseñar a disolver el ego, pues no hay amor posible donde existe el egoísmo. Por eso enseñó a ver a los demás antes que a uno mismo, a actuar correctamente sin buscar las alabanzas humanas, a orar y reflexionar en secreto y no frente otros para ser reconocido. Enseñó cómo pedir a la vida, pero también a aceptar lo que ésta te ofrezca, pues se te da lo que necesitas y no lo que quieres.

Jesús enseñó a no juzgar, una de las actividades predilectas del ego, que al juzgar se engrandece. Qué fácil es ver el error en los otros y no verlo en uno mismo, pero hay que saber ver la viga en el propio ojo antes de ver la pequeña basura en el ojo del hermano. Ser maestro de uno mismo antes de pretender ser maestro de los demás. No arrojar la primera piedra. Salir de la mente egocéntrica como única forma de poder amar.

En aquel tiempo la quinta parte de la humanidad dependía de Roma. Había doscientos millones en el planeta de los humanos, y cuarenta millones de ellos eran gobernados, controlados, administrados, educados y adoctrinados por la autoridad romana.

Pero en Jerusalén, donde predicó y murió Jesús, y en los pueblos de los alrededores, habría unos quinientos mil habitantes judíos, y tanto Jesús como sus discípulos nacieron, crecieron y murieron judíos. No sólo eso: celosos como son los judíos con sus tradiciones, los discípulos enseñaban únicamente a judíos.

Tras la muerte de Jesús comenzaron a surgir grupos de hombres y mujeres, judíos todos ellos, que vivían en comunidades que seguían sus enseñanzas. Eran solidarios, compartían todos sus bienes sin propiedad privada, y trataban de vivir profesando el amor del que tanto les hablara su maestro.

Aquí aparece de nuevo el tema de no analizar el pasado con las ideas del presente. Desde que los judíos abrazaron el monoteísmo, es doctrina absoluta entre ellos, no sólo que hay un solo Dios, sino que es unicidad absoluta, indivisible, abstracto, incorpóreo, impensable. Estos conceptos divinos les dejaban muy claro que Dios no tiene hijos.

Hay que observarlo desde la realidad de aquel tiempo y desde la mente de esa cultura: ningún discípulo de Jesús pensaba que su maestro fuera hijo de Dios. Del mismo modo, ningún grupo de judíos seguidores de su enseñanza se hacía llamar cristiano, sino nazarenos, y de hecho el nombre de Jesús en realidad era Isa, en su lenguaje natal que fue el arameo.

Los romanos de la época veían a los nazarenos como lo que eran entonces: una secta más del judaísmo, comunidad con la que las autoridades siempre tuvieron conflictos, pues el pueblo hebreo no aceptaba el dominio romano. Judíos y nazarenos por igual eran perseguidos por ser rebeldes. Fue así como la doctrina de Jesús creció literalmente bajo tierra, en catacumbas que servían de escondite a las primeras comunidades.

Una sola persona volvió a transformar la historia de toda la humanidad: Saulo de Tarso, irónicamente más importante que el propio Jesús en la historia del cristianismo como religión, pues fue de hecho quien le dio ese nombre a la religión y quien se dedicó a esparcirla. Saulo era un ciudadano romano, de origen judío y educación griega, era la conjunción de ese mundo, y fue su prédica la que se extendió por el Imperio romano.

Saulo no conoció a Jesús ni escuchó directamente sus enseñanzas. Fue conociendo sus doctrinas a través del estudio, lo que le resultaba sencillo pues hablaba arameo, el idioma del maestro, pero decidió llevar el mensaje a las comunidades helénicas, lo que le resultó fácil pues hablaba griego.

Para enseñar a los griegos, Saulo debió adaptar todo el mensaje a la cultura y la lengua griega, por lo que mezcló parte de la sabiduría y filosofía de los griegos con la enseñanza de Isa. Para los seguidores,

Isa era el Mesías, palabra que significa ungido o bendecido por Dios, y Saulo se refería a él en griego como Cristo, que significa lo mismo.

Como poco podría importarles a los griegos el Mesías de los judíos, Saulo fue el primer humano en comenzar a decir que el maestro era el hijo de Dios, un concepto común para los griegos, pero que generó el primer conflicto entre cristianos, pues toda la comunidad apostólica, judíos como eran, no aceptaban tal cosa.

Con el paso del tiempo las autoridades romanas se fueron acostumbrando a los cristianos; algunos emperadores emprendieron terribles persecuciones contra ellos, como Calígula y Nerón; otros los toleraron apáticamente, y algunos incluso simpatizaron con la doctrina. Doscientos años después de Jesús, había comunidades cristianas por todo el imperio, y lentamente se iban integrando en la cotidianeidad romana.

Trescientos años después de Jesús, Roma gobernaba a cincuenta millones de seres humanos, de los cuales casi quince millones seguían alguna versión de la doctrina cristiana, de las tantas que había en el imperio.

El cristianismo fue una religión que le hablaba al pueblo, mientras que las religiones romanas solían exaltar la virtud de la aristocracia; además en el imperio aumentaba la crisis y crecía la pobreza, con lo que las comunidades cristianas eran una alternativa para vivir mejor. Lo anterior, sumado a la paulatina aceptación del cristianismo, facilitó su expansión.

Trescientos trece años después de Jesús, el emperador Constantino emitió el Edicto de Milán, en el que se concedía libertad de culto a todos los habitantes del imperio, cristianismo incluido. El emperador colaboró a difundir el culto, les obsequió sus primeros templos y puso a los sacerdotes bajo el amparo del Estado. Doce años después convocó en la ciudad de Nicea al concilio en el cual nació la Iglesia católica como institución, con toda la protección del poder imperial.

En los primeros dos siglos de la era cristiana, las comunidades eran grupos de apoyo social, solidaridad y complicidad espiritual; para el tercer siglo eran ya diversas corrientes doctrinales de interpretación filosófica que debatían entre sí por ver quien tenía la razón sobre Dios.

A principios de la cuarta centuria cristiana, la enseñanza de amor de Jesús daba lugar a una institución de poder del Imperio romano que decidía en qué se podía creer y en qué no. La religión, una vez más, como sistema de control político. Ya lo saben, la triste historia de todas las religiones.

Roma, que dominaba el centro del mundo, comenzó a contar los años antes y después de Jesús. Roma se convirtió en Europa y con el paso de los siglos Europa conquistó el planeta. Por eso el mundo

cuenta los años con Jesús como referencia. Aunque claro, determinar en qué año se está existiendo no es una realidad, sino simplemente otra convención humana. Otra historia que se cuentan a ustedes mismos.

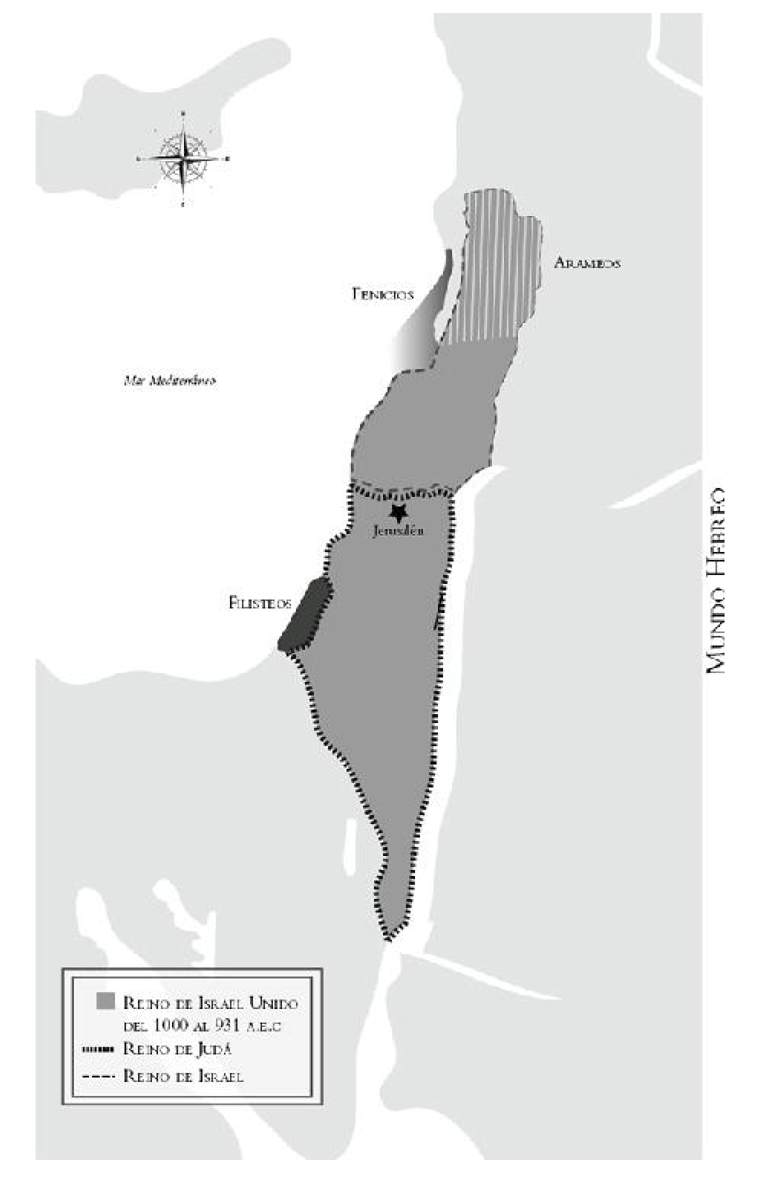
En el inicio de un exilio eterno

El pueblo hebreo quedó instalado en la frontera de dos mundos desde el inicio de su historia. La tierra de Canaán, centro de todo el mundo conocido de entonces, y epicentro de la guerra humana hasta el final de los tiempos, siempre fue territorio de encuentro de culturas, y temerosos y egoístas como son los humanos, el encuentro cultural siempre generó conflicto.

Viajamos ya al inicio de la civilización, cuando todo el centro del mundo, toda Mesopotamia, era una cultura bastante unificada por la fusión de lo acadio, lo sumerio y lo egipcio. Es en este centro del mundo donde se desenvuelve el corazón de la historia judía, el lugar que a lo largo de todo su devenir siempre consideraron su tierra prometida y donde mil años antes de Jesús se estableció el Reino de Israel.

Siglos de esfuerzo y penuria, según su propia tradición, les llevó a los hebreos llegar a la tierra prometida, conquistarla e instalarse en ella, y sólo siete décadas lograron tener un reino unificado, antes de que las diferencias ideológicas y políticas dentro de su propia religión los hicieron dividirse, enemistarse, y ser nuevamente un débil botín para otros pueblos.

Tras la muerte de Salomón el Sabio, el reino se dividió en dos. Diez de las tribus de Israel reconocieron a un sucesor y se mantuvieron como reino de Israel, pero dos de las tribus, la de Judá y la de Benjamín, reconocieron a otro, descendiente directo del rey David, y formaron el Reino de Judá. Israel fue conquistado por el Imperio asirio unos setecientos años antes de Jesús, y Judá, donde se encontraba Jerusalén, fue derrotado por Babilonia siglo y medio después. Los hebreos seguían divididos y exiliados.



El ejército babilónico destruyó el templo de Jerusalén y gran parte de la población judía fue deportada a Babilonia para ser esclavos. Setenta años después fue cuando Ciro el Grande los liberó y les permitió el regreso, además de ordenar la reconstrucción del templo. Pero los hebreos no sólo siguieron divididos, sino que se fueron separando aún más. Los que habían permanecido en su tierra veían con recelo a los que volvían del exilio.

Vivieron buenos tiempos por unos dos siglos bajo el dominio persa, que les garantizaba la autonomía de sus reinos y la libertad de su culto. Cuando en su conquista del mundo, Alejandro llegó a Jerusalén, salió a recibirlo la alta casta sacerdotal del templo, temerosa de la

posible destrucción que se avecinaba; pero el conquistador del mundo quedó fascinado con la sabiduría judía, respetó la ciudad y el templo e incorporó a los reinos hebreos de manera pacífica a su naciente imperio.

Alejandro respetó siempre las tradiciones judías, pero los reinos griegos que continuaron tras su muerte, trataron siempre de imponer la cultura helénica, lo que convirtió el original acercamiento amistoso entre griegos y judíos en un nuevo motivo de conflicto. Además, el territorio estuvo constantemente en disputa entre el Egipto de los Ptolomeos y el Imperio persa de los seléucidas. El centro del mundo seguía siendo el centro de la guerra.

Ciento sesenta y seis años antes de que naciera Jesús, el rey persa Antíoco IV intentó convertir Jerusalén en una ciudad griega, prohibir el culto a Yahvé y consagrar el templo judío a Zeus. Era propiamente un intento de extinguir la religión judía, por lo que la familia de los Macabeos levantó al pueblo en armas, y contra todo pronóstico ganaron la guerra contra un ejército griego profesional y entrenado, que los triplicaba en número y que estaba mucho mejor aprovisionado. La victoria fue considerada un milagro de Yahvé.

Como resultado de la rebelión de los Macabeos surgió el reino independiente de Judea. Poco a poco fue decayendo el poder griego a causa de su eterna guerra interna, lo que permitió que lentamente llegaran los romanos a ser los que compitieran contra los persas por el dominio del centro del mundo. Los judíos, también divididos entre sí en diversos reinos y distintas sectas, siguieron siendo un botín a repartir.

Sesenta y tres años antes de Jesús, el general romano Pompeyo conquistó la región hebrea, dividió el territorio en cinco distritos, y los colocó bajo el mandato de un consejo sacerdotal llamado Sanedrín, cuyo sumo sacerdote era nombrado por Roma. El imperio comprendió lo importante que era la religión para los judíos, y usó su propia religión para controlarlos.

Había un reino judío, pero los judíos sabían que no eran libres. En tiempos de Julio César, el Senado romano nombró a Herodes el Grande como rey de los judíos, un reino vasallo de Roma pero con cierta autonomía. Octavio Augusto, primer emperador romano, acabó con los últimos vestigios de independencia judía cuando convirtió el reino en provincia romana, al mando de un procurador, aunque se mantuvo la figura del monarca como un títere de Roma.

A Octavio César Augusto lo sucedió en el trono romano Tiberio, a quien siguió Calígula, Claudio y Nerón, que murió en el año 68. Ésa fue la dinastía heredera de Julio César. En tiempos de Calígula, el emperador mandó colocar una estatua suya en el templo judío, lo

cual, aunque nunca ocurrió por la temprana muerte del emperador, terminó de arruinar la delicada relación entre romanos y judíos.

El emperador Claudio designó como rey de los judíos a Herodes Antipas, bajo cuyo reinado ocurrió la muerte de Jesús. Por aquel tiempo había surgido entre los judíos una facción militar conocida como zelotas que, inspirados por la historia de los Macabeos, clamaban abiertamente por levantarse en armas contra Roma y recuperar su independencia.

También en ese tiempo se hablaba mucho de la llegada de un Mesías, un enviado de Dios que liberaría al pueblo. Muchos zelotas fueron seguidores de Jesús, a quien consideraron ese Mesías. Tras su muerte, y sin la ansiada liberación, otros judíos, abiertamente rebeldes contra Roma, fueron proclamados como el Mesías. Se avecinaba una era oscura para el pueblo hebreo.

En el año 67 los zelotas comenzaron una guerra abierta contra el Imperio romano. Era una guerra perdida antes de comenzar. Dios, decían muchos, esperaba una acción de su pueblo elegido para volver a darles el milagro de la victoria.

El emperador Nerón mandó al ejército contra Jerusalén. Tres años duró la guerra, hasta que finalmente, tras cinco meses de sitio, la ciudad sagrada de los judíos fue tomada por las tropas romanas y el templo fue totalmente destruido. El milagro nunca llegó. Si bien era casi imposible rendir a Roma, la derrota hebrea se dio a causa de la desunión, pues además de pelear contra los romanos, luchaban entre sí por el dominio del templo.

Seis décadas después hubo otro levantamiento, otro intento desesperado de independencia cuando el emperador Adriano emprendió una serie de medidas contra la religión judía. Decidió que la población debía ser helenizada y que el templo de Jerusalén se usara para adorar a Zeus, además de prohibir fiestas y celebraciones judías.

La guerra fue devastadora para los hebreos, que a pesar de su marcada inferioridad numérica lograron contener a los romanos por tres años. Finalmente, Jerusalén cayó de nuevo, y esta vez la destrucción se llevó a cabo sobre toda la ciudad, de la que no quedaron más que muros derruidos.

Una nueva ciudad absolutamente romana fue construida en su lugar: Aelia Capitolina, y toda la región de Judea fue rebautizada como Siria Palestina. Los judíos sobrevivientes fueron expulsados de la ciudad y se les prohibió vivir en ella y sus alrededores. La población migró principalmente a Alejandría y Galilea, otros más hacia Europa y algunos hacia la ciudad árabe de Yatrib. Comenzó el largo exilio de un pueblo, y se sembró una de las semillas que, casi dos milenios


después, sirvió de pretexto para la guerra perpetua de la humanidad.

En el momento de morir y renacer del Sol

Es el año 337 de lo que se comienza a consolidar como una nueva era: la era cristiana. El último hombre en gobernar un Imperio romano unificado expira su último aliento. Constantino el Grande ha muerto. El imperio más poderoso del mundo no tarda en perecer también.

Instantes antes de morir solicitó ser bautizado como cristiano, no por la versión católica que él había impuesto años atrás en el Concilio de Nicea, sino por una versión que se prohibió en dicho concilio: el arrianismo, que creía básicamente lo mismo, pero con construcciones filosóficas distintas. La triste historia de todas las religiones.

En el Imperio romano se practicaban muchas religiones. Pero desde los tiempos de Jesús, conforme Roma se iba consolidando como imperio, los politeísmos paganos comenzaron a perder adeptos contra los diversos cultos al Dios Sol, representado por Zeus, Mitra o Apolo. El más venerado en Roma, el dios Helios, comenzó a ser promovido por el gobierno como el Sol Invicto, la religión del imperio.

El Sol Invicto era la suma de todas las religiones, pues afirmaba que había un solo dios, el Dios Sol, del que todos los dioses venerados en el imperio eran diversas manifestaciones o representaciones. Lo más importante: el emperador era su representante o Pontifex Maximus. Es decir que Roma, cuyo origen había sido una república y un imperio civil, comenzó a hacer lo que todos los imperios: usar la religión como legitimación del poder y fuente de autoridad sagrada.

Constantino veneró a todos los dioses de su imperio, como correspondía a un emperador en esos tiempos, en que Roma se había expandido tanto, que docenas de religiones, escuelas filosóficas y tradiciones místicas convivían en un intenso mestizaje cultural. No se bautizó para morir bajo el cobijo del dios cristiano, sino para morir, como buen pagano, bajo el cobijo de todos los dioses posibles, el cristiano incluido.

Los humanos cometen siempre el error de juzgar el pasado con las ideas del presente; se olvidan por completo de que, en cada época, los individuos y las culturas se cuentan las historias que necesitan para esa época. Por eso las religiones desaparecen, se fusionan o se transforman. De igual manera, todos los conceptos de lo divino, de los dioses, y de Dios, han cambiado con el paso de las eras, aunque en cada era los humanos pensaron que su concepto era único y eterno.

Como todos los emperadores, Constantino fue educado en diversos cultos religiosos, en respetar las tradiciones de Roma, en honrar a todos los dioses, visitar todos sus templos, y desde luego, en seguir el culto oficial del poder imperial al Sol Invicto, el culto donde cabían todos los cultos, y en el que lentamente fue introducido también el cristianismo.

Siete años antes de su muerte, tras lograr unificar todo el poder del imperio en su persona, decidió transformar la antigua ciudad griega de Bizancio en la nueva capital imperial, reconstruirla, embellecerla y cambiar su nombre a *Nova Roma Constantinopolis:* la Nueva Roma de Constantino. Ahí en el estrecho del Bósforo, en el puente entre Oriente y Occidente, la frontera entre Europa y Asia, Constantinopla se convirtió en el nuevo centro del mundo por los siguientes mil años.

Las fiestas de fundación de la nueva capital romana fueron un despliegue de rituales paganos de todos los rincones del mundo conocido; todos los dioses estuvieron presentes, todos los sacerdotes y todos los rituales, presidios por el Sumo Pontífice de la religión del Sol Invicto: el emperador Constantino. Pero el espíritu del tiempo seguía su marcha y un mundo estaba por terminar. El paganismo y el propio Imperio romano tenían sus días contados.

Los monoteístas siempre están tentados a creer que si su religión se impuso es porque es la correcta. Lo cierto es que el paso de cultos paganos a politeísmos, y de ahí a monoteísmos, no fue nunca un proceso de evolución espiritual sino uno absolutamente político. En un mundo donde todo se explicaba con dioses, y donde dichos dioses eran la fuente de toda autoridad, el paso de la aldea a la ciudad, y de ahí a reinos e imperios, fue lo que provocó los cambios en los sistemas religiosos.

Nada brota de manera espontánea en las culturas humanas: son estructuras que se van construyendo sobre la marcha con el paso del tiempo, y que se van haciendo más fuertes, más complejas y, tristemente para el humano dormido, más invisibles. Los imperios se formaron conquistando reinos y los reinos conquistando ciudades. Las ciudades, a su vez, se fueron formando por tribus y clanes, en una época donde precisamente cada tribu y cada clan tenía sus propios dioses. Estas fusiones derivadas de las conquistas fueron el origen de los panteones antiguos.

Las ciudades fueron creciendo y sus mitologías se fueron fortificando. El contacto comercial y cultural tendía a la fusión y mezcla de divinidades, y fue así como lentamente se formaron las culturas antiguas, donde convivían muchas divinidades y muchas élites políticas en torno a ellas. El proceso de conquistas fue el origen de los imperios, y la necesidad de consolidar el poder imperial para

ser más fuerte que otros, es lo que llevó a la fusión de dioses y finalmente al monoteísmo.

Roma no fue la excepción. El origen del imperio fue una ciudad con sus dioses. Conforme otras ciudades quedaron en la órbita romana comenzó el proceso de fusión. Para tiempos de Jesús, Roma abarcaba a tantos pueblos que la cantidad de dioses y religiones generaba caos. Roma se fue haciendo imperio, y conforme eso ocurrió, se fue dando el intento de unificar todos los cultos en uno, el Sol Invicto, que lentamente se apoderó del cristianismo y sus simbolismos.

Desde la primera dinastía del Imperio romano, los herederos de Julio César, y precisamente en torno a la figura heroica del fundador, desarrollaron la costumbre de proclamarse dioses o hijos de dioses. Un Señor de Señores que debía ser reverenciado, venerado y ante todo obedecido. Ésa fue una de las razones de los conflictos entre Roma y los primeros cristianos, que se negaban a venerar al emperador…, y a pagar impuestos. Roma persiguió a los cristianos por rebeldes, no por su fe.

Los emperadores de Roma se fueron convirtiendo en personas sagradas y comenzaron a legitimar su autoridad con base en la religión, pero había demasiadas y muy distintas a lo largo del imperio, así que fue necesario poner orden en el tema religioso, y lentamente ir construyendo la religión imperial.

Las principales religiones en Roma giraban en torno a los cultos solares de Amón Ra, Apolo, Mitra y Helios. Esos cultos no negaban la existencia de otros dioses, pero veneraban sólo al que consideraban superior, y que era representado con un disco solar. Nada maneja a los humanos mejor que sus símbolos. Si ya los pueblos están acostumbrados a venerar al Sol, lo más inteligente es tratar de ir conjuntando los cultos solares en uno solo.

El símbolo del Sol fue acuñado en las monedas para que riqueza, poder, imperio y Dios quedaran unidos en la mente del súbdito. Desde luego que también era necesario representar la unión del César y el Sol, por lo que era común representar a la figura imperial con un disco solar detrás de la cabeza, a modo de corona divina. Ahí está el origen de las aureolas de santidad del cristianismo.

Para el tercer siglo de la era cristiana, el emperador Caracalla promulgó el Edicto de Antonio, en el que otorgaba la ciudadanía romana a todos los habitantes libres del imperio. Aunque ese Edicto no otorga expresamente la libertad de culto a los cristianos, que se adquirió hasta el año 313 con el Edicto de Milán, lo cierto es que fue el inicio de la absoluta tolerancia, pues los cristianos eran ciudadanos, y por lo tanto tenían derecho a profesar su fe siempre que respetaran la autoridad imperial.

Para ese tercer siglo, los politeísmos basados en Zeus o Júpiter eran cosa de las aldeas agrícolas, mientras que en las ciudades habían ido ganando popularidad los cultos solares. De pronto el mitraísmo, el cristianismo y el Sol Invicto eran los cultos más populares. El Sol Invicto era la fusión de todos los cultos solares, y el mitraísmo era una religión del norte de India que veneraba a Mitra, hijo de Dios nacido de una mujer virgen el 25 de diciembre…, y de donde el cristianismo tomó sus mitos.

Pasar del paganismo a los cultos teístas y monoteístas estuvo totalmente relacionado con el auge de las ciudades y los imperios. Fue así en todas las culturas, pero no todas lograron imponer sus dioses y sus mitos en el resto del mundo.

En el año 271 el emperador Aureliano ordenó la construcción de un magno templo al Sol Invicto en la capital del Imperio, un santuario suntuosamente decorado que dejara clara la superioridad divina del Sol. Lo cierto es que Roma vivía una completa erosión social y lo que perseguía el César era la cohesión total bajo la idea de un solo Dios, un solo imperio.

El dinero es el otro símbolo que siempre cohesionó sociedades, así que en las monedas aparecía la imagen imperial, el disco solar, y el título en latín *Dominus Natus*. Para que la gente tuviese más aprecio por la divinidad solar imperial, se estableció que el día del Sol sería de descanso para todos; aunque evidentemente debían utilizar ese día para venerar al dios. Cada domingo se usó para eso desde entonces, y tras la imposición del cristianismo la costumbre evidentemente se mantuvo.

Fue en el Concilio de Nicea donde se establecieron los dogmas básicos, el credo cristiano que se rezó hasta el final de los tiempos. Fue donde se impuso la virginidad de María y la divinidad de Jesús como dogma obligatorio, y también se estableció cuáles entre todos los evangelios eran los únicos aceptados. A partir de ese momento, y a lo largo de los siguientes siglos, se elaboró una teología cada vez más rebuscada y compleja que sólo generaba una terrible distancia entre el creyente común y su concepto de Dios.

No hay que olvidar que el cristianismo nació en un entorno griego, y filósofos como eran, llenaron la espiritualidad de conceptos abstractos. Además, es importante recordar que el cristianismo que se extendió, y el que se impuso en Nicea, fue la versión de Saulo de Tarso, quien en realidad lo que hizo fue convertir en religión la filosofía platónica. De pronto había una gran institución de poder basada en Jesús, aunque los dogmas fueran sacados de los textos griegos.

De pronto se hablaba de alma inmortal, de esencias eternas, de

emanaciones divinas, de infierno, purgatorio y paraíso, de un Espíritu Santo, del cuerpo como prisión del alma, de un dios dividido en tres o de tres dioses en uno, del fin del mundo, de omnipresencia, juicio final, castigos eternos…, y un sinfín de cosas que nada tienen que ver con el discurso de amor de Jesús.

Había además una terrible contradicción. De pronto Roma oficializaba el culto basado en Jesús, que había sido ejecutado por Roma, así es que fue necesario cambiar la versión y decir que a Jesús lo habían matado los judíos. Esa falsificación histórica los hostigó por más de mil años, como pretexto de la cristiandad para perseguirlos por toda Europa. Los seguidores del Dios Hijo comenzaron a matar a los seguidores del Dios Padre.

Trescientos ochenta años después de Jesús, el emperador Teodosio promulgó el Edicto de Tesalónica, en el que decretaba la prohibición de todos los cultos paganos, politeístas y solares, y estableció el cristianismo como religión oficial del Estado, y la única permitida en el inmenso Imperio romano. Poco tiempo sobrevivió Roma, pero su última religión oficial fue su herencia a Europa.

El cristianismo, que tanto tiempo había sido perseguido, tenía ahora templos y sacerdotes pagados por el imperio, y la misión de imponer la fe en todo el territorio. Reactivos y rencorosos como siempre fueron los humanos, los cristianos comenzaron a asesinar a judíos, paganos, y a los que creían en Jesús de manera distinta a la establecida por Roma.

La imposición del cristianismo generó una ola de conflictos civiles. Roma se destruía desde dentro, y al norte del imperio, en la Germania Magna, una avalancha de pueblos migrantes estaba por cambiar el rostro europeo para siempre. Pero es hacia el este, en las estepas siberianas, donde estaba por ocurrir el acontecimiento que terminó de aniquilar el poderío romano.

En los mismos tiempos en que Constantino el Grande está autorizando y promoviendo el cristianismo, del otro lado del Asia, en China, las tropas de aquel poderoso imperio han salido a combatir a los hunos, los guerreros nómadas del norte. No logran aniquilarlos, pero los desplazan hacia el oeste. Los hunos comienzan a migrar hacia Europa.

Unos cincuenta años después, mientras Teodosio está imponiendo el cristianismo, las hordas salvajes de los hunos comenzaron a invadir el continente desde las estepas siberianas. El violento avance de los hunos iba a su vez desplazando a los diversos pueblos germánicos que habitaban el norte del continente, en las fronteras romanas. Dichos pueblos, conocidos por los romanos como bárbaros, comenzaron a penetrar en Roma. El imperio y la ciudad eterna tenían los días

contados.

Pero también por aquel tiempo, la imposibilidad de gobernar un imperio creciente y decadente provocó la división en dos imperios; el de Occidente, con capital en Roma, y el de Oriente, con capital en la nueva Roma conocida como Constantinopla. El Imperio romano de Occidente fue cayendo ante las invasiones de los pueblos germanos, hasta que el último emperador huyó de Roma en el año 476. El mundo presenció la caída de la ciudad eterna.

Desapareció la figura del emperador, lentamente se eliminó el Senado, las ciudades fueron arrasadas, los caminos cortados, los acueductos destruidos…, pero una institución romana sobrevivió a la caída del imperio: la Iglesia. Durante los siguientes mil años fue la institución que gobernó Europa, y lo hizo a través del miedo. Siglos después de la muerte de ese gran maestro de amor que fue Jesús, Europa era un continente oscuro donde la gente vivía con el miedo eterno del infierno.

Pero mientras el occidente de Europa se convertía en un campo de batalla ante el vacío de poder romano, el Imperio romano de Oriente, conocido en la historia como Imperio bizantino, sobrevivió mil años más. Abarcaba la mitad oriental del Mediterráneo, incluyendo Egipto y la provincia de Siria Palestina, y fue el heredero en la eterna batalla por el Medio Oriente contra los persas. Constantinopla era la nueva ciudad eterna.

Habían pasado seiscientos años del nacimiento de Jesús y todo lo que había llegado a ser territorio romano era zona cristiana, incluidos el norte de África y la Europa meridional. Ahora había predicadores que adoctrinaban en la nueva religión, que ya habían llevado hasta las islas británicas y a los pueblos celtas. El norte, mucho más aguerrido, se aferró a Thor y a Odín unos quinientos años más.

Mientras Europa era un caos por las constantes migraciones y guerras de los pueblos germanos, en Asia, el Imperio persa también llevaba siglos en franca decadencia, derivado del estado de guerra perpetua de los reinos griegos herederos de Alejandro. Sólo un imperio queda en pie y poderoso: la Roma de Oriente. Constantinopla era el centro del mundo.

Pero Egipto y Mesopotamia siguen siendo las zonas más ricas, prósperas y ambicionadas, y no han dejado de ser la frontera entre dos mundos, dos culturas y dos imperios. La Roma de Oriente estará en un estado de guerra constante contra Persia por dominar la tierra entre dos ríos donde nació la civilización.

Una vez más, mientras los grandes se destruían entre sí, un nuevo poder surgía donde nadie lo esperaba. Mientras Constantinopla y Persia luchaban en su frontera, cientos de kilómetros al sur, en el

desierto más inexpugnable, en el único rincón del mundo antiguo donde no floreció la civilización, las cosas estaban por cambiar para siempre.

Habían pasado seiscientos trece años del nacimiento de Jesús, cuando un próspero comerciante beduino, dedicado a la introspección y la meditación, comenzó a predicar entre los árabes. Se llamaba Muhammad ibn Abdalá, y enseñó una cosa: aceptación y entrega total a la divinidad. El mundo vio el nacimiento del islam.

En algún lugar del tiempo, cuando los dioses comenzaron a nacer

¿Cuántos dioses pueden decir que renacieron después de morir y descender a los infiernos a combatir contra las fuerzas de las tinieblas? ¿Cuántas divinidades pueden decir que han resucitado de entre los muertos? ¿Cuántos dioses derrotaron a la muerte? Lo cierto es que no hay una sola mitología humana que no contemple la resurrección de Dios.

Viajemos a cualquier lugar indefinido de la Tierra miles y miles de años en el pasado, a los tiempos en que los humanos comenzaron a contar el tiempo, antes del amanecer de la civilización. Vamos a presenciar el momento en que los dioses comenzaron a nacer.

Ahí están los humanos descubriendo su mundo. El misterio de la existencia les resulta divino en sí mismo. Lo veneran todo. No elaboran grandes conceptos teológicos y filosóficos; no lo necesitan, su experiencia de lo sagrado es un contacto directo con la fuente de vida.

El misterio los envuelve y se acercan a él con respeto y con asombro. Todo está vivo, todo está lleno de alguna energía extraña que lo mueve todo. No hay que elaborar teorías para venerar a esa divinidad, basta con la consciencia. El humano vive del río, del árbol, de la tierra y del mar, y lo agradece. Ésa es su única religión.

Pero volvamos miles de años atrás. El humano se siente más seguro en el mundo ahora que ha desarrollado la agricultura. Ha comenzado a establecerse, poco a poco se va haciendo sedentario y crea pequeñas aldeas donde ahora la tierra asegura su sustento. Antes su vida dependía de recorrer el mundo; ahora depende de conocer el ciclo de la vida, los movimientos del Sol y la Luna. El humano vive de la cosecha y todo su pensamiento mágico se va construyendo para comprender su fuente de vida.

La tierra y el sol comienzan a convertirse en dioses. Lentamente vas naciendo, Inanna. La tierra es diosa, es madre, es amante, es fuente de vida pero también de conflicto. Hay que luchar contra ella para arrancarle sus frutos, y contra otros humanos para conservarlos. Lentamente vas naciendo, Támmuz. El Sol es dios, es padre, es triunfo sobre la oscuridad y es quien fertiliza a la tierra. Toda la sobrevivencia de la especie depende del eterno y cíclico romance entre el Sol y la

tierra.

Los humanos veneran la tierra porque los cobija y alimenta, y al sol porque es fuente de vida. Celebran y agradecen todas las etapas del proceso de siembra y cosecha. Toda su vida depende de ello. Viajemos a lo largo de todo su ciclo agrícola para comprender el origen de la espiritualidad humana.

Poco antes de primavera, en el mes que los romanos llamarán febrero, se pide fertilidad para el ciclo que está por comenzar. Esperan ansiosos la llegada de la vida que representa la primavera, por eso celebran con algarabía el equinoccio: la energía vital ha regresado. El día y la noche son perfecto equilibro y duran lo mismo. Éste es el verdadero principio de año para la gente que vive de la tierra.

Ha comenzado la temporada que da la vida, pero hay que esperar un poco a que la tierra renazca con la energía que le da el sol. Al poco tiempo comienza la siembra. Nada importa más que la fertilidad, así que hay celebraciones orgiásticas, pues nada representa a la fertilidad y a la vida como el sexo.

No hay nada sucio en el sexo para la gente simple. No se han fabricado los conceptos perversos que lo hacen pecaminoso. Celebrar el sexo es celebrar la vida, así como la fusión eterna y cíclica entre el Sol y la tierra de la que todos dependen. Es el mes que los romanos llamarán abril.

Como cada año los humanos han sembrado la tierra…, la cosecha anterior, que guardaron para sobrevivir, está a punto de acabarse. Esperan ansiosos y celebran los primeros brotes. Todo es esperanza de que el ciclo de la vida siga su curso, y celebración y regocijo cuando así ocurre.

Solsticio, llega el verano y el Sol lo anuncia triunfante con el día más largo y la noche más corta del año. Comenzará la lenta debilitación del astro, por eso los humanos prenden hogueras. Celebran al fuego con el fuego: hay que dar energía al dios para que pueda seguir su ciclo hasta llegar a la noche más larga, cuando deberá derrotar a las tinieblas. Es momento de levantar la cosecha. Todo se cancela, lo único que importa es la cosecha.

Siguen semanas de trabajo arduo, pero de regocijo. Lo han logrado otra vez y están agradecidos. Los dioses son vida y serán celebrados de formas diversas en la temporada de sol y luz. Cada cosecha de cada fruto distinto es una fiesta. Los humanos danzan, son uno con la tierra.

Pero saben que lentamente se acerca la temporada más fría y más oscura. Tiempo de prever. Las noches son más largas, aguardan la noche del año con expectación, pero no con miedo. Saben que volverá a triunfar la luz porque siempre ha sido así.

Es el mes que los romanos llamarán octubre y los humanos que

viven de la tierra comienzan a prepararse. Llega el otoño. El campo comienza a languidecer, pero saben que es un ciclo y habrá renacimiento. Equinoccio. El día y la noche duran lo mismo pero la oscuridad comenzará a ganar terreno.

No habrá nada que hacer afuera de las chozas durante el largo invierno de cuatro o cinco meses. No hay cultivos, no hay sol ni vida. El frío se hará intolerable y los animales corren peligro. Es época de llenar graneros con la cosecha para sobrevivir, hay que guardar a los animales bajo la casa para que estén calientes, y los procesos químicos de sus desechos fecales generen alta temperatura para los humanos.

El último gran trabajo por hacer es muy importante: guardar semillas para comenzar todo cuando la temporada de la vida regrese. Eso es motivo de fiesta. Antes de que la gran noche del año llegue a su fin hay que celebrar. Están agradecidos de haber sobrevivido un ciclo más, de haber tenido buena cosecha. No saldrán en meses, así que la fiesta es interminable.

Llega el mes que los romanos llamarán diciembre. El mundo es oscuro y los humanos simplemente esperan. Están en recogimiento. Esta época del año les permite reflexionar, lo que nunca se pudo a lo largo del ciclo de sembrar y cosechar. Se acompañan, se quieren, se cuentan historias. Es tiempo de estar juntos y esperar así el momento más terrible pero a la vez glorioso. El dios Sol morirá para descender al inframundo y renacer triunfante.

El Sol, el dios máximo de toda gente de tierra, fuente de vida y de orientación para el ciclo agrícola. El poderoso Sol descenderá por el firmamento hacia el inframundo. Es época de tribulación, pero también de esperanza. Saben que no morirá. Siempre tienen la confianza. Finalmente, el dios siempre vuelve a nacer.

Solsticio. Llega la noche más larga del año. Los humanos aguardan. Al día siguiente el Sol se levantará triunfante. Todo es fiesta y celebración, es veinticinco de diciembre y el dios Sol ha nacido de nuevo.

Hemos presenciado el origen del pensamiento mágico y religioso, simbolizado a través de los mitos más hermosos que hicieron los humanos. Uno de ellos es el ustedes. Inanna era tierra, fertilidad, vida, madre y amante. Támmuz era Sol que fertilizaba a la tierra, la energía vital.

Cada noche el sol atraviesa el horizonte para descender al inframundo, pero cada día renace victorioso. De igual modo cada año llega a su anochecer. Inanna deja de recibir al sol y de dar vida, por eso lo ayuda a vencer la oscuridad. Cada año tiene su amanecer y Támmuz vuelve a fertilizar a Inanna.

¿En cuántas religiones hay un dios que muere, desciende al

inframundo, renace y se eleva al cielo? En todas. Ése es el mito fundamental de todas las mitologías agrícolas, es de hecho el mito en torno al cual gira todo lo demás. De ahí a los cultos solares y después al cristianismo sólo hubo un proceso de evolución y transformación de los símbolos, que tuvo que ver, desde luego, con un proceso de evolución y transformación del poder.

La gente del campo rinde culto a la naturaleza porque de ella vive. Todos los rituales paganos giran por esa razón en torno al ciclo agrícola. Antes de la temporada de siembra se pide fertilidad, cuando comienza la siembra se hacen celebraciones, se hacen fiestas en torno a la cosecha y se agradece la abundancia, se hacen fiestas antes de largos inviernos de guardarse en casa, y finalmente se celebra que termina la noche más larga del año y se conmemora el nacimiento del sol. Todo es vida. Todo es morir y renacer. Todo comienza de nuevo.

La gente del campo venera a la naturaleza en forma de dioses, con el paso del tiempo, el surgimiento de los grandes imperios como el romano provocó una transformación de lo religioso. La gente de la ciudad venera a la autoridad y al Estado en forma de dios. El humano de la tierra necesita comprender el ciclo agrícola, el humano de la ciudad necesita comprender el sistema de poder. La maravilla ante el misterio de la existencia se convirtió en control. Ya lo saben, la triste historia de todas las religiones.

Conforme surgieron ciudades prósperas, como las griegas o las de Mesopotamia, se hizo cada vez más necesario ejercer autoridad. Es así como el pensamiento mágico de la gente de la tierra se transforma en los politeísmos, y las autoridades se van apoderando de los dioses. El nacimiento de imperios fue disolviendo los monoteísmos en favor de dioses únicos. No hay nada de espiritual en eso.

El abandono del paganismo en favor de cultos teístas, que con el tiempo originaron las religiones monoteístas, es uno de los momentos más importantes de comprender, y menos comprendido, para entender el rumbo de la humanidad, su civilización y su destino. Pasar del paganismo a las religiones organizadas fue un adelanto político y un retroceso espiritual, pues significó el paso de sistemas espirituales basados en la integración con la naturaleza, a sistemas religiosos que sólo perseguían el orden social.

En el paganismo, el humano se relacionaba consigo mismo, pues se comprendía como parte del misterio de la existencia; con el teísmo, en cambio, los humanos comenzaron a venerar a dioses externos y ajenos a ellos.

Los espíritus de la naturaleza no eran buenos ni malos, no eran creadores y mucho menos castigadores, y desde luego, no gobernaban al hombre desde una esfera celestial. Eran la energía misma de la

existencia de la que los humanos se sabían parte.

El pagano se sabía parte del mar, de la brisa, de la lluvia y del bosque, parte de la divinidad que es la existencia absolutamente unificada. El teísmo subordinó a los humanos a dioses poderosos, caprichosos y vengativos cuyos representantes siempre fueron, curiosamente, parte del sistema político.

Pero qué ciegos son los humanos, convencidos de que toda su historia es una continua evolución, y que todo lo que surge es mejor que lo anterior; cuando lo cierto es que, desde que eligieron el egoísmo como camino, prácticamente todo lo que han creado los ha sometido cada vez más.

Olvidan lo frágil y programable que es una mente dormida, como la de todos. Ignoran que cada individuo y cada civilización son una colección de atavismos al pasado, de condicionamientos psicológicos y patrones de conductas. Conforme los sistemas de control político y social se fueron afianzando con las religiones, dichos sistemas y religiones fueron los primeros en enseñar que los cultos teístas eran una evolución.

La mayor de esas supuestas evoluciones, siempre se contaron a ustedes mismos, fue pasar del politeísmo al monoteísmo. Qué dormidos estuvieron, qué fácil se dejaron engañar por dogmas, pues el paso al monoteísmo fue siempre un hecho político.

Nunca se atrevieron a ver lo más evidente; que la espiritualidad y la política son terrenos absolutamente distintos. La espiritualidad siempre ha buscado liberar y la política siempre ha buscado someter; por eso la espiritualidad es personal y los sistemas religiosos fueron grandes cultos masivos.

Roma fue creciendo, envolvió ciudades, dominó territorios y conquistó pueblos. Todos los dioses convivían en paz. Cuando Roma fue transitando al imperio, el politeísmo pagano fue cediendo paso a los cultos a dioses que dependían del Estado. Las fiestas, desde luego, debían adaptarse. El cristianismo, finalmente religión oficial de Roma, hizo lo mismo.

Las celebraciones romanas dependían del ciclo agrícola. En realidad, todas las celebraciones fundamentales del humano siguieron girando en torno a la cosecha hasta el final de los tiempos, sólo fueron cambiando su simbolismo, pero las fechas dejan claro el origen pagano de la festividad humana.

Es 15 de febrero, tiempo de pedir fertilidad. Roma celebra las Lupercalia, las fiestas en honor del dios Fauno Luperco. Todo es orgiástico pues el sexo es vida. Las doncellas fértiles salen a las calles con las nalgas expuestas, y los jóvenes las persiguen para golpearlas con varas hasta dejarlas rojas. Todo terminaba en éxtasis sexual. En

tiempos cristianos se decidió cambiar todo eso por amor casto y puro, y se acabó la celebración.

Es equinoccio, el sol comienza su guerra contra la noche y se acerca la temporada de la vida. Se acerca el tiempo de la cosecha y hay que disfrutar la orgía carnavalesca, pues pronto todo será trabajo. Hacemos fiestas de fertilidad pidiendo abundancia. Se desean felicidad unos a otros. Son sacrificados conejos, corderos y otros animales relacionados con la fertilidad. Siglos después la gente recuerda el sacrificio del cordero de Dios. La Iglesia santifica la semana de fiestas, y transforma los días previos de orgía en días de guardar.

Se acerca el solsticio. El sol es más poderoso que nunca, la vida florece en los campos. Los romanos festejan a Juno, esposa de Júpiter y diosa madre de la fertilidad. Se ofrecen hogueras al sol como alimento. En la era cristiana se convierte en la noche de San Juan y las hogueras representan la luz de Dios…, el Sol finalmente.

Los simbolismos van perdiendo su sentido pero adquiriendo otro; por eso conforme hay más ciudades y más comercio, más prosperidad, pero también más necesidad de orden. La gente de la tierra hablaba con los espíritus y los dioses, la gente de la ciudad habla con representantes de las divinidades. El Imperio romano va creciendo, hay más ciudades y más pueblos. Todos los cultos se comienzan a sincretizar en uno. Procesos políticos, nunca religiosos.

En lo más profundo del pensamiento mágico de los humanos, en lo más recóndito de su inconsciente colectivo, saben que lo divino es el Sol; por eso es el símbolo religioso por excelencia, por eso en torno al astro rey se organiza el culto, por eso las imágenes del emperador llevan al disco solar detrás de la cabeza, y por eso lo llevará Jesús y los santos en las imágenes cristianas.

Ahí, en lo más profundo de la mente mítica de los pueblos, los dioses mueren, descienden al inframundo, renacen y se elevan triunfantes en el cielo. Todo el proceso de los dioses cíclicos fue resumido en la conmemoración más importante de los cristianos. Como el Sol, Jesús muere, desciende al infierno, resucita y sube al cielo.

Pero no hay mayor celebración que el nacimiento de lo divino. Se acerca la fiesta más importante. Se oscurece el año conforme llega el invierno. Solsticio, el Sol Invicto desciende al inframundo y renace tras derrotar a las tinieblas. El veinticinco de diciembre todo es júbilo. Ha nacido Dios.

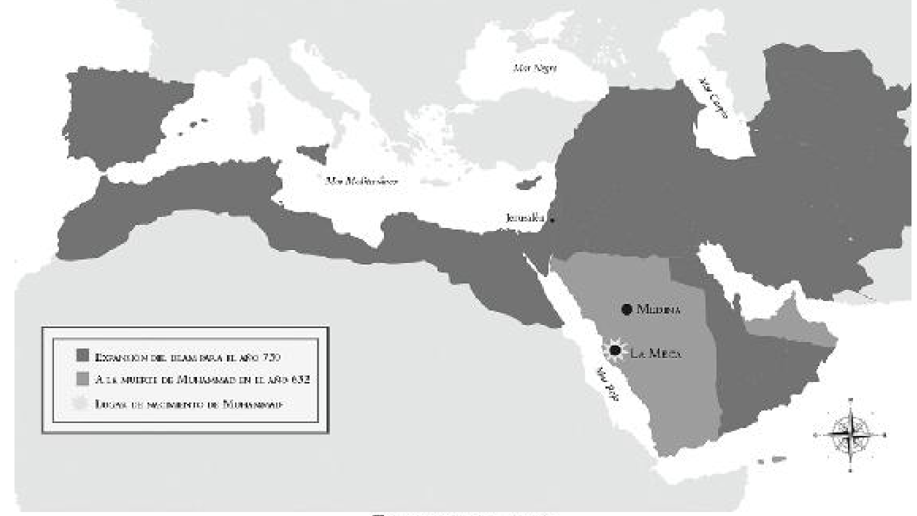
En lo profundo del desierto, entre el cielo y la tierra

Ahora vamos a un lugar en medio de la nada que fue, aunque muchos nunca se dieran cuenta, el centro de su mundo y de su historia.

Miles de años en el pasado de los mitos, el arcángel Gabriel descendió a este lugar para entregar una piedra blanca del paraíso al patriarca Abraham, como un regalo divino. Abraham había viajado desde Canaán hasta aquel recóndito desierto para visitar a su hijo Ismael y construir un templo para venerar a Alá, un templo que quedó bendecido por el creador con la edénica roca.

El arcángel entregó la piedra al patriarca, pero apenas tocar el mundo de los humanos, la piedra se ennegreció por completo a causa del pecado. La piedra negra está en la esquina de aquel templo y es el lugar más sagrado del mundo, pues marca el punto donde puede unirse lo terreno con lo celeste; es el inicio del ascenso espiritual, el momento del encuentro místico y personal con el misterio de Alá.

En el pasado de la historia ningún humano recuerda el origen de esa roca, pero fue desde tiempos sin memoria el núcleo religioso del desierto de los árabes. La ciudad de La Meca existe en torno a la piedra negra y a la Kaaba, el templo más antiguo para el único Dios; aunque la ciudad era un derroche de paganismo, politeísmo e idolatría.



Expansión del islam

Arabia era una región pero no era un país, no había reinos y eran pocas las ciudades. No había un poder central o un gobierno, mucho menos una religión. El desierto era hogar de tribus seminómadas con cultos absolutamente paganos y espiritistas que veneraban lo divino a través de árboles, manantiales y piedras. Creían en todo tipo de seres mágicos, varios dioses de herencia egipcia o mesopotámica, y como en todo paganismo, intuían a un solo poder por encima de todo.

Vamos al año 622 en este desolado e inconmensurable mundo de los árabes. Era una tarde del mes de septiembre, y mientras la luz desaparecía en el firmamento, dos hombres salieron misteriosa y sigilosamente de la ciudad de La Meca, con dirección al sur, rumbo a Yemen.

Después de tres días de camino, y refugiados en la oscuridad de la noche, se escondieron en una cueva donde permanecieron algunos días más. Posteriormente salieron de su escondite y se encaminaron de nuevo al norte, rodearon la ciudad de La Meca de donde habían salido y prosiguieron el camino hacia la ciudad de Yatrib. Era evidente que huían y pretendían despistar a cualquiera que los estuviera siguiendo.

Ese acontecimiento fue uno de los más importantes de la historia y tuvo repercusiones hasta el final de los tiempos. Efectivamente ambos hombres huían de La Meca. Uno de ellos se llamaba Abu Bakr, y el otro respondía al nombre de Muhammad ibn Abdalá, el profeta de Alá y fundador histórico del islam. En su honor, la ciudad en la que encontró refugio se llamó Al Medina Rasul Alá, la ciudad del profeta de Dios, conocida simplemente como Medina.

¿Pero quién es este hombre y por qué tiene que huir? ¿Por qué las autoridades de la ciudad más importante y poderosa de Arabia, centro

comercial y político del desierto, han emprendido una persecución contra un meditador que pregona la forma de encontrar la paz?

Ambición, como ocurrió siempre en la historia de los humanos. La Meca es el santuario de todos los dioses; miles y miles de peregrinos dejan una gran derrama económica de la que vive la ciudad, y Muhammad, que dice haber recibido la palabra de Alá, lleva años enseñando a venerar a un solo Dios y no adorar imágenes de ningún tipo.

Control, como fue lo común en la vida humana. Muhammad habla de un contacto personal, místico, íntimo con lo divino, en lo más profundo del corazón; y las autoridades de La Meca ejercen el control a través de las supersticiones religiosas.

Materialismo, otro de los males que los consumió. El profeta de Alá está formando una comunidad de complicidad, de solidaridad, de compartirlo todo. Habla de austeridad y de valores espirituales, cuando el gobierno de La Meca vive de los valores económicos.

No pretendía Muhammad ser maestro de su enseñanza, sino ser portavoz de Alá, después de que un día del año 610, en las cuevas en que solía meditar, se le apareciera el arcángel Gabriel para dictarle la revelación divina. No era una revelación nueva o distinta. Era la palabra del dios que selló un pacto con Abraham, el dios que dio los mandamientos a Moisés, y el dios del que habló Isa, conocido por los cristianos como Jesús.

El profeta Muhammad no puede ser la excepción en la historia de las figuras religiosas, por lo que su vida está también rodeada de mitos, leyenda y poesía, desde la aparición del arcángel hasta el viaje místico que realizó cabalgando por los cielos a Jerusalén, donde subió el cielo a ver el Corán de Alá en letras de oro. Pero lo que definitivamente tuvo Muhammad fue una profunda comprensión, o mejor dicho, una gran experimentación de lo divino.

La principal enseñanza es que Alá es todo. La entrega total a ese todo es el camino para encontrar la paz. A ese camino de entrega absoluta, de rendimiento y devoción, de renuncia al yo, lo llamó islam. La palabra significa precisamente eso, resignación. Entrega total al misterio de Alá. Encontrar la paz a través de la entrega, eso es el islam que enseñó Muhammad.

Es muy difícil para los humanos atrapados en sí mismos, apegados a su ego, comprender el sentido de la resignación, del sometimiento. Cada humano quiere ser el centro del universo, que la existencia se adapte a él; por eso la idea de someter la voluntad a algo más grande les resulta incluso odiosa. Entre más amas tu ego más aborreces la entrega. Cuando el humano quiere controlar el islam le dice suelta. Cuando el humano quiere imponer el islam le dice acepta. Cuando el

humano quiere conquistar, el islam le pide que empiece por él mismo.

Muhammad enseñó que la plenitud está en la entrega, pues sólo así se puede fluir con el río de la existencia. El musulmán, el que se entrega, el que se somete, sabe que aceptar a Alá es un desafío, porque esa rendición no acepta condiciones. No se puede negociar con la realidad. La realidad hay que asumirla sin lucha, sin un ego que la juzgue. Eso es entregarse a Alá.

Cada humano es parte de una existencia que le resulta incomprensible, por eso hay que entregarse a ella. Eso es el sometimiento a Alá, que es lo que sustenta toda la existencia, es la fuerza del universo, el flujo continuo. La entrega debe ser en totalidad al misterio de la existencia, sin regateos. Rendirse a Alá es emprender la búsqueda de la verdad aceptando todo lo que entregue; asumir lo que sucede como una maravilla y saber que la existencia en sí misma es un milagro.

En su versión más mística, el islam, como entrega y renuncia, es una invitación a la disolución del ego a través de la entrega a los demás. Alá es los demás. Alá es compartir, pues eso es precisamente su acción creadora, un acto de compartir. Crea la existencia sensible y consciente para no ser un tesoro de amor y plenitud en lo más recóndito de la nada, sino compartirse con la existencia. Alá es entrega, por eso el islam es entrega a Alá.

La entrega es fuente de paz y de dicha, pues en una sociedad donde cada individuo entiende y practica la entrega a los demás, nada es conflicto. Es vivir en el paraíso, o como lo llaman los musulmanes, el Jardín. Por el contrario, el sufrimiento proviene del egoísmo humano que es justo lo contrario a la entrega. Una sociedad humana basada en el egoísmo fue lo que llevó a los humanos al fin del mundo. El egoísmo es vivir en el infierno, o como lo llaman los musulmanes, el Fuego.

Shaytán, Satán e Iblís son los nombres con los que aparece el demonio en el Corán. Quiere decir adversario y obstáculo. Pero en el islam se entiende que Alá no tiene adversario posible. Iblís es el adversario de cada humano, es el obstáculo de cada humano, y precisamente ego es el principal obstáculo en cada persona para lograr su ascenso espiritual. Eso es Iblís. Eso es Satán.

Cada humano es su propio enemigo en la búsqueda de la plenitud, pues la búsqueda individual y egoísta nunca lleva a la felicidad. Satán es poderoso porque está dentro de cada uno, por eso entregarse a Alá es hacer yihad, que no significa otra cosa que esfuerzo, y se refiere en concreto al esfuerzo espiritual. Yihad contra tu ego, yihad contra tu malicia, yihad contra tu soberbia, yihad contra tus propias ataduras personales que impiden tu entrega.

Compartirse es lo que hace Alá, y sólo superar el egoísmo y compartir, podía hacer que los humanos vivieran el paraíso en su planeta en vez de convertirlo en el infierno. Entregarse a Alá es saber que esta vida, si se vive de la manera correcta, es ya el paraíso, y que el Fuego o el Jardín viven en ti.

El islam enseña que el Jardín o el Fuego no son premio o castigo de Alá. Entregarse a Alá es saber que el resultado de cada acción está implícito en la acción misma y su intención. La retribución es parte de la acción. Los Vedas lo reconocen como la ley de causa y efecto y lo llaman Karma.

El musulmán declara que no hay realidad más que Alá. No es necesario creer en nada más que en Alá, sin misterios ni dogmas de ningún tipo; y Alá es mucho más una experiencia que una creencia. La creencia es una idea y se puede tener o no; Alá es una experiencia, es experimentar el misterio de la existencia en toda su gloria y maravillarse de que exista.

Es posible negar un concepto, pero negar a Alá es tan absurdo como negar la liquidez del agua, la solidez de la roca y la luz del sol; porque Él es la liquidez del agua, la solidez de la roca y la luz del sol. Sería como decir que no existe la existencia.

Eso es Alá, ese misterio, y esa fuerza que lo anima todo. Es como el Tao que está detrás de todo unificando las contradicciones, el Tao de donde todo surge y a donde todo vuelve. Es como el Logos, el orden que impregna toda una existencia viva e inteligente. Es como Brahma, la consciencia que se expande y es causa incausada del universo.

Es una misteriosa paradoja la impresionante libertad que resulta de la entrega total, de ese sometimiento a Alá. Si el humano está entregado al fluir de la existencia vive sin miedo, y un humano sin miedo es imposible de gobernar, controlar y someter. Pasaron los siglos y la hermosa enseñanza de entrega y aceptación de Muhammad también sirvió para generar ideologías de sometimiento al egoísmo humano. Nuevamente la historia de todas las religiones.

Pero volvamos con el profeta. Ha salido huyendo de La Meca porque las autoridades le han puesto precio a su cabeza. La rapidez con la que crece el número de sus seguidores es una amenaza para la débil estabilidad política de toda Arabia; un sistema de confederación de tribus que dependía del equilibrio de poderes entre los jefes, y donde un nuevo líder, con una nueva y creciente comunidad, y en contra de todo lo establecido, simplemente no tenía espacio.

Muhammad nació en el clan de los Hashim, uno de los más importantes de la tribu Quraysh, que era a su vez la que dominaba La Meca, y por lo tanto las rutas comerciales y la peregrinación al templo Kaaba, que ya era sitio sagrado desde antes del islam. Es decir que el

profeta es de la tribu dominante, y por eso su actitud rebelde era además una ofensa a la tribu, y a todo el sistema de lealtad en el que se basaba el frágil equilibrio político de Arabia.

El profeta había llegado a ser un próspero comerciante que viajaba de Arabia a diversos rincones del mundo antiguo, donde tenía contacto con dichas culturas, con la cristiandad del Imperio bizantino y con el mazdeísmo de Persia, además de su contacto con comunidades judías en Yatrib. Gran parte de su prosperidad la debía a la tribu y su posición privilegiada, de ahí que fuera considerada más grave la afrenta.

Un día del año 610 fue cuando el profeta comenzó a recibir la visita del arcángel Gabriel. Durante tres años más siguió en meditación y trance, y finalmente comenzó a predicar la sumisión a Alá. Durante nueve años predicó Muhammad entre los árabes y se hizo de seguidores en varios pueblos de la Península.

Sus enseñanzas, sus denuncias de corrupción, y su rechazo a las religiones paganas hicieron que se ganara varios enemigos que deseaban terminar con su vida; es por eso que en el año 622 huyó de La Meca a Yatrib, donde sus enseñanzas eran mejor recibidas. Esta peregrinación, la Hégira, marca el principio de la era musulmana.

Muhammad se instaló en Yatrib, conocida desde entonces como Al Medina, pero como sabía que sus enemigos atacarían tarde o temprano, no tardó en comenzar a preparar las defensas de la ciudad. En el año 627, tras años de prédicas contra la autoridad, los mequíes (habitantes de La Meca) atacaron a Muhammad con un ejército de diez mil hombres que fue derrotado por unos tres mil musulmanes al mando del profeta. Esta victoria convenció a seguidores y a extraños de que Alá estaba con él.

Seis años después de haber huido de La Meca, en el 628, el profeta marchó sobre la ciudad con miles de seguidores de diversos rincones de Arabia. Los gobernantes decidieron abrir las puertas de la ciudad y aceptar la rendición pacífica que se les ofreció. Muhammad entró a La Meca y se dirigió al templo Kaaba, destruyendo a su paso todas las imágenes de ídolos y dioses. Toda representación de la divinidad quedó prohibida en el islam desde entonces.

Muhammad ibn Abdalá murió en La Meca en el año 632, cuando toda Arabia había abrazado su enseñanza. Sin embargo, una vez muerto el profeta, parecía que todo se iba a disolver tan rápido como se había construido, pues muchas de las tribus quisieron separarse de la nueva comunidad y el nuevo orden, además de que Muhammad no había dejado indicaciones de qué hacer tras su partida con el tema del liderazgo. Los conflictos políticos y egoístas comenzaron a empañar a la nueva religión de entrega.

Los musulmanes decidieron que era necesario elegir un califa o sucesor del profeta, y nació con ello el primer conflicto político dentro del islam. La mayor parte de los jefes tribales decidieron hacerlo según las costumbres árabes, en una reunión de jefes, mientras que otros pugnaban por establecer una dinastía de descendientes de Muhammad, que debía iniciarse en la persona de Alí ibn Abú Talib, primo y yerno del profeta.

En un principio las disputas fueron sofocadas por el mismo Alí, que aceptó la designación tribal de Abu Bakr, sucedido por Omar y después por Uzmán. A la muerte de ese último, finalmente la elección tribal favoreció a Alí. Esos primeros cuatro califas del islam fueron, todos ellos, discípulos de Muhammad, y por haber escuchado la enseñanza directamente de él, se les conoció como los califas bien guiados.

La gran división del islam ocurrió tras la muerte de Alí en el año 661. Una vez más surgieron disputas por el liderazgo entre los que favorecían la idea de una elección tribal y los que insistían en una dinastía de los descendientes de Alí. Desde entonces los primeros son conocidos como sunitas, y los segundos como chiitas. Los dos creen en Alá, siguen el Corán y respetan al profeta, pero nunca dejaron de asesinarse religiosamente por una división que fue claramente política.

Finalmente, tras un periodo de conflictos civiles, tomó el poder un hombre llamado Muawiya, de la rama Omeya de la familia Quraysh. Los antiguos gobernantes de Arabia, ahora convertidos al islam, tomaron el poder y establecieron una dinastía. El Imperio omeya estaba por nacer y transformar el mundo por completo.

Mientras en Arabia nacía la que llegó a ser la religión más numerosa de todas en la historia humana, más al norte se repetía un fenómeno cíclico de la historia: los poderosos de entonces peleaban por dominar el Medio Oriente, en este caso el Imperio romano de Oriente, o Bizantino, y el Imperio persa de la dinastía sasánida. Mientras los poderosos se destruían entre sí, el nuevo poder crecía lentamente en medio del desierto.

Persas y bizantinos lucharon encarnizadamente a lo largo de cuatro siglos por el control de Mesopotamia, hasta que finalmente el emperador bizantino Heraclio derrotó de manera definitiva a los persas. Era el año 632 cuando la Roma de Oriente se había apoderado del centro del mundo y los persas sasánidas comenzaban su decadencia. Al sur moría el profeta Muhammad, y comenzaba una era.

Pudimos ver en los viajes por la historia y el tiempo, cómo la civilización y su desarrollo fue lo que generó el nacimiento y arraigo de las civilizaciones monoteístas. En el caso de Muhammad y del islam, ocurrió exactamente lo contrario. La religión fue la creadora de

la civilización, y nunca dejó de ser su motor. Cohesionados por el islam, los árabes comenzaron la conquista del mundo conocido.

En el año 638 las tropas árabes llegaron a una Mesopotamia que estaba controlada por un Imperio bizantino absolutamente devastado tras siglos de guerra contra los persas. Ahí, en el centro del mundo, se encontraron cuatro monoteísmos: el cristnismo romano, el mazdeísmo persa, el judaísmo de las comunidades hebreas, y el islam de los árabes. Cuatro visiones de un mismo dios de amor no impidieron doscientos años de guerra.

La primera ciudad en caer fue Jerusalén. Los árabes siguieron con una serie de ofensivas victoriosas y una década después eran el nuevo poder que controlaba Egipto y Mesopotamia. Marcharon hacia el este y dieron el tiro de gracia al Imperio persa, con lo que las fronteras del nuevo imperio árabe musulmán se extendieron hasta el río Indo. Comenzó la lenta desaparición del mazdeísmo provocado por la asimilación con el islam.

Hacia el oeste, los musulmanes conquistaron Chipre, Tripolitania y Cartago. Finalmente, en el año 711 comenzaron su penetración en la península ibérica y prosiguieron su avance hasta que fueron detenidos en Francia por Carlos Martell. Era el año 732, el profeta Muhammad había muerto un siglo atrás, y los dominios del islam se extendían desde los Pirineos hasta la India.

Como en toda la triste historia humana, el islam no tardó en convertirse en motivo de disputas y conflictos políticos. La división entre la mayoría sunita y la minoría chiita provocó guerras entre musulmanes, varios califas murieron asesinados desde los inicios del islam, y las tribus tradicionalmente poderosas de Arabia pugnaban por seguir al mando en el nuevo imperio de los árabes.

La dinastía Omeya gobernó el imperio más grande que el islam llegó a dominar, pero en el año 750 fueron violentamente derrocados por la tribu Abásida, que decía tener mayor legitimidad para dirigir el mundo musulmán. La nueva dinastía mantuvo el control sobre casi todo el territorio arrebatado a los Omeya, excepto Iberia, donde estos últimos mantuvieron el mando.

El Imperio árabe musulmán de los Abásidas se extendía desde el norte de África hasta el Asia Central, y tras los conflictos generados por todo reacomodo de poder, el centro del mundo vivió una era de estabilidad de unos dos siglos a partir del año 850, mientras la dinastía se mantuvo en el poder.

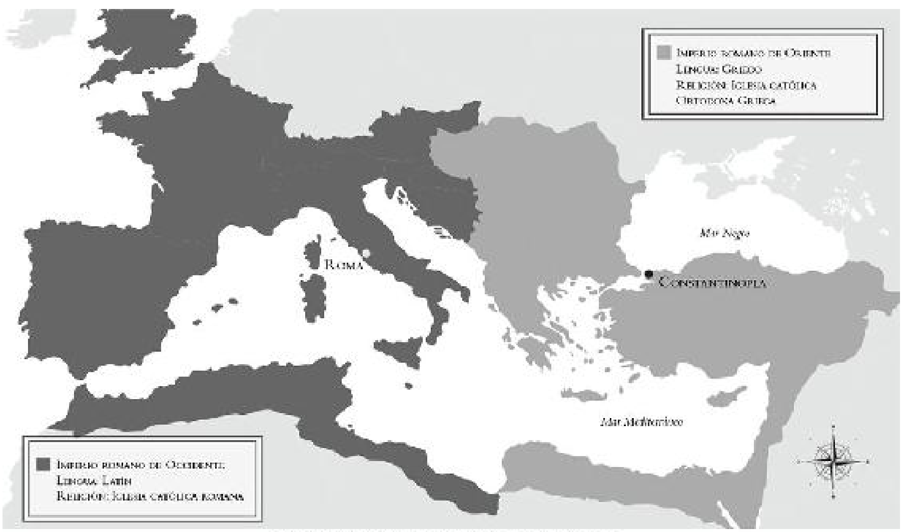
Como todo imperio, el de los Abásidas se enfrentó a las migraciones de pueblos menos civilizados que amenazaban constantemente las fronteras imperiales. Así como los romanos tuvieron a sus bárbaros, los germanos; los árabes tuvieron a los turcos,

tribus nómadas que llegaron desde las estepas siberianas, a través del Asia Central, y cambiaron para siempre la historia del islam.

El mundo islámico era ya un territorio estable y unificado, poblado por árabes y persas musulmanes, y donde por mandato expreso del Corán, vivían en convivencia pacífica las comunidades judías y cristianas. Pero en el año 990 llegó la primera tribu turca en cruzar las fronteras imperiales, los selyúcidas, y poco a poco, a través de una serie de guerras, fueron controlando la mayor parte del territorio. El Imperio seguía siendo nominalmente la dinastía árabe de los Abásidas, pero en la práctica los turcos selyúcidas tomaban lentamente el poder.

A esta invasión prosiguió la de otras tribus turcas, como los otomanos. Las tribus que llegaban al imperio se convertían al islam, por lo que no podían ser expulsados, pero fueron contenidos en las montañas del Cáucaso por los persas y los árabes. Fue así como los turcos avanzaron por territorios del Imperio bizantino a lo largo de lo que tiempo después se conoció precisamente como Turquía.

Han pasado más de mil años del nacimiento de Jesús, y el islam domina por completo el centro del mundo, pero dos peligros se acercan en el devenir de la historia y desde ambos lados del planeta. En Occidente el papa Urbano ha convocado a la guerra contra el islam en nombre de Dios. En Oriente, una nueva horda de bárbaros está por crear el imperio más grande del mundo: los mongoles. Con ellos viene también la enfermedad que cambiará a Europa y al mundo para siempre.



División del Imperio romano en el año 395

En el lugar donde Dios cambia de idioma

Jesús hablaba arameo y nunca escribió su enseñanza. Pero ya viajamos por ese tiempo y espacio para comprender el entorno griego en que vivió y predicó, y así podemos entender por qué las escrituras originales del cristianismo están en griego. En aquel momento y lugar, si uno aspiraba a conservar y transmitir un conocimiento lo hacía en la lengua universal.

Las escrituras cristianas nacen en la parte griega del Imperio romano, pero tampoco fueron escritas por discípulos de Jesús o alguien que hablara el arameo del maestro. Saulo de Tarso escribió los primeros textos del cristianismo y los escribió en la lengua que conocía: el griego. El otro autor de aquel tiempo fue un médico griego de nombre Lucas, que escribió un evangelio, así como los hechos y peripecias de los apóstoles tras la muerte de Jesús. También escribió en griego, tampoco conoció a Jesús.

La doctrina cristiana que se promovió en Roma fue escrita y pensada en griego, y por lengua y cultura se fue haciendo cada vez más filosófica, más lógica, abstracta y rebuscada. Cada mente humana interpreta la realidad desde su pequeño pedazo de realidad, y la gente de aquel mundo griego interpretó el cristianismo desde su mente griega, para entonces dominada por la corriente neoplatónica, bastante espiritual y religiosa desde antes de Jesús.

En la búsqueda de Dios, el recorrido espiritual, el viaje interior hacia lo divino, el lenguaje debería ser lo menos importante, pues precisamente es un camino silencioso. Pero con los siglos, el cristianismo se había convertido en complicadas teorías filosóficas sobre la naturaleza de Dios y la relación entre el padre, el hijo y el espíritu santo. Y en las discusiones filosóficas el lenguaje definitivamente sí importa.

Es decir que los líderes religiosos de la cristiandad se fueron preocupando cada vez más por elaborar complicadas e incomprensibles doctrinas, en hacer una religión para filósofos en un continente de campesinos analfabetas, que sólo entendían que había que vivir con miedo, ir cada semana a un ritual que no comprendían, y que por alguna razón extraña a Dios le agradaba el sufrimiento.

La situación fue que en Europa oriental la religión nació en griego. Las escrituras estaban en griego y por lo tanto en esa lengua, esa

cultura, y esa forma de entender el mundo, se interpretaba la doctrina. En el occidente se hablaba latín, así es que en latín se entendía y se interpretaba una doctrina traducida del griego. Eso generó distintas interpretaciones teológicas que lentamente debilitaron las relaciones entre el patriarca de Constantinopla, líder de los cristianos de oriente, y el obispo de Roma, líder de la cristiandad occidental.

En el fondo todo es una cuestión de poder. Cada uno de ellos pretende ser el líder único de la única Iglesia legítima heredera de los apóstoles. En realidad, ambas son una institución creada por el Imperio romano, que nada tienen que ver con los discípulos judíos de Jesús, y que se partieron en dos junto con el Imperio.

Estuvimos ya en el año 325. El obispo de Roma se había convertido en líder de la Iglesia por una decisión del emperador Constantino en el Concilio de Nicea. La razón era muy simple, Roma era la capital del Imperio. Pero 150 años después del concilio y el nacimiento de la Iglesia, el Imperio de Occidente había dejado de existir, y Roma no era más una capital imperial, sino un escombro de su pasado.

En el oriente, Constantinopla seguía siendo la capital del único Imperio romano que quedaba en pie. El obispo de la capital, el patriarca, era el líder de la religión imperial, y como el liderazgo religioso siempre fue una cuestión de poder, tanto el papa como el patriarca se aferraban a sus respectivos liderazgos. Como la historia que se contaban de sí mismos era que representaban a Dios, las discusiones filosóficas por ver quien poseía la verdad de lo divino, eran prácticamente una cuestión de Estado.

A pesar de discrepancias y conflictos, las iglesias griega y romana mantenían la unidad, y un equilibrio de poder basado en delicados protocolos de respeto. Pero los egos de estos hombres de Dios habían crecido con los siglos, y finalmente el ego fracturó una religión que dice basarse en un dios de amor.

El año fue el 1054, el papa de Roma era León IX y el patriarca de Constantinopla era Miguel I. En Roma el papa estaba preocupado por la ola de invasiones de diversos pueblos que seguían migrando violentamente a Europa, específicamente los normandos le preocupaban pues estaban llegando a los estados papales, y solicitó ayuda al Imperio bizantino.

El imperio, por su lado, estaba envuelto en las invasiones de los turcos musulmanes que se iban apoderando de toda la península de Anatolia y se acercaban cada vez más a Constantinopla. Nadie estaba para ayudar a nadie.

Para abreviar una historia de egos heridos, los enviados del papa a Constantinopla no trataron al patriarca Miguel I con los títulos y

honores que él pensaba merecer, según sus propias historias, así es que, tras una serie de intercambios diplomáticos muy agresivos entre las dos iglesias, por ver cuál líder podía ostentar qué títulos, patriarca y papa se excomulgaron mutuamente a ellos, a su cargo y a sus seguidores. En la mente de cada uno de ellos, se contaban una historia donde creían tener el poder de enviar al infierno a toda una población.

Una importante discusión teológica venía erosionando la relación entre las iglesias desde siglos atrás. La romana sostenía que el espíritu santo procedía del dios padre y del dios hijo, mientras que la griega sostenía que tan sólo procedía del dios padre. Con los siglos, este conflicto de honores mancillados les daba la oportunidad de zanjar de una buena vez esa cuestión y todas las demás. Cada quien se quedó con su versión, cada uno quedó excomulgado para el otro, cada uno mantuvo el liderazgo en su mitad, y se dejaron de hablar durante un milenio. Todo eso con Jesús como pretexto.

A partir del año 1054 la historia vio una Europa partida en dos versiones de la misma religión, la Iglesia católica apostólica romana y la Iglesia católica apostólica ortodoxa griega. Cada una pretende ser la heredera legítima de la enseñanza de Jesús. Quinientos años después la Iglesia romana se fragmentó nuevamente por cuestiones de poder, y cada una de las facciones que surgió de esta fractura, elaboró sistemas filosóficos y mitológicos que les diera la razón divina.

Lo triste es que eso fue la Edad Media en sentido religioso. A partir del Concilio de Nicea, y durante más de mil años, el cristianismo europeo se trató de campesinos temerosos del infierno, que pagaban un diezmo a una Iglesia que se dedicaba a hacer complejas teorías de lo divino, con filósofos griegos como respaldo, y juzgar, condenar y torturar al que no se creyera dichas teorías. Todo con Jesús como pretexto.

Malos tiempos para tener conflictos internos, desde la península Ibérica, pasando por todo el norte de África, hasta Egipto y el Medio Oriente, el mundo era del islam, un islam que seguía en una vertiginosa expansión.

Los musulmanes ya habían conquistado Sicilia, Malta y Chipre, con lo que ahora también las aguas del Mediterráneo eran mayoritariamente dominio del islam, y el sur de Europa estaba bajo constante amenaza, particularmente la península Itálica y los dominios del papa. Del lado oriental, los turcos dominaban prácticamente todo lo que había sido el Imperio bizantino. El islam rodeaba a la cristiandad por todos lados, pero los líderes cristianos estaban más ocupados en determinar su jerarquía y su importancia.

Los turcos selyúcidas han conquistado la inmensa mayoría de las

tierras del islam. La dinastía Abásida se aferra a un imperio que se le desmorona entre las manos ante el poder de los turcos. Los árabes, el pueblo donde nació el islam, y los persas, la más refinada de las culturas, han quedado bajo el mando de tribus turcas llegadas de Siberia.

Mesopotamia, el centro del mundo, está como siempre en la frontera del conflicto. El Imperio bizantino se aferra a algún puerto del sur de Anatolia o de Siria, pero todo es ya del islam. Es el año 1081, los turcos selyúcidas han conquistado todo el sur de Anatolia y han llegado hasta el mar Egeo. El islam está frente a las costas griegas, y ha profanado el Imperio bizantino.

Ese año es coronado Alejo I como emperador. Decidido a dar batalla a los turcos, envía embajadores a ver al papa y solicitar ayuda. Menos de treinta años atrás un papa y un patriarca se habían excomulgado mutuamente. En el año 1094 el papa Urbano II convoca a la primera cruzada, y eso marca el inicio del fin del Imperio romano de Oriente, que no cayó ante el islam, sino ante los propios católicos romanos.

El centro del mundo está por vivir una etapa muy turbulenta por el choque de culturas, religiones e imperios. Europa occidental se dispone a su primera aventura de conquista en Mesopotamia, Constantinopla tiembla ante el islam, donde a su vez se arrebatan el territorio entre turcos y árabes, que a su vez están divididos en sunitas y chiitas. Aquí Dios no habla griego ni latín, sino árabe.

Hacia el este, en lo más profundo de Siberia también hay división: varias tribus altaicas, como turcos, tungús y mongoles se disputan el territorio, que a la vez se arrebatan con un Imperio chino que vive con sus fronteras militarizadas. En un siglo nacerá el hombre que logrará unificar a unos, conquistarlos a todos, y transformar violentamente la historia. El mundo verá nacer a Gengis Kan.

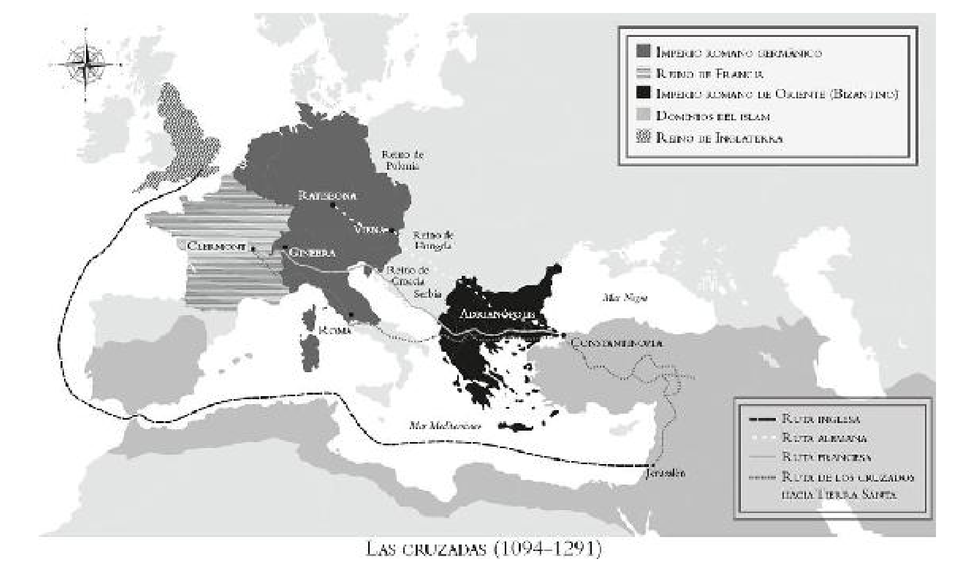
En el centro del mundo, en el nombre de Dios

"¡Dios lo quiere!" Vamos al año 1094, cuando ése fue el grito de batalla con el que el papa Urbano II convocó a una cruzada en el Concilio de Clermont. Jerusalén ha caído en manos de los infieles y todo buen cristiano debe tomar las armas para rescatar la iglesia del Santo Sepulcro. Comenzaron dos siglos de guerra en el centro del mundo.

"Todos los que peleen y mueran de esta forma, en tierra o en mar, o en guerra contra los paganos, tendrán la absoluta absolución de sus pecados. Esto lo concedo por el poder de Dios con el que estoy investido." Ésas fueron las palaras del hombre que decía representar a un maestro de amor como Jesús.

Los infieles eran los musulmanes, y aunque Jerusalén había caído ante el islam desde el año 638, el papa no pareció notarlo hasta cuatro siglos después. Dios siempre es el pretexto pero nunca la causa. En toda la historia de los humanos ocurrió siempre lo mismo, los líderes que no creían en Dios mandaban a las masas en su nombre. Pasó con Dios, nación, comunismo, libertad y democracia. Las banderas para que otros se asesinaran en nombre y beneficio de los poderosos. Nada somete a un humano mejor que las creencias. Nunca se dieron cuenta.

En el año 1081 el Imperio bizantino coronó a su nuevo emperador, Alejo I, un hombre de 33 años destacado como general, que decidió que era momento de combatir y derrotar de una vez y para siempre a los turcos. La guerra que Alejo quería emprender requería muchos más soldados de los que él podía llegar a tener, así es que pidió ayuda al papado para contratar mercenarios.



LAS CRUZADAS (1094–1291)

Trece años después, lo que hizo el papa fue invocar al fervor religioso de todo un continente para atacar a quien la Iglesia considerara necesario, y el cristiano Imperio bizantino fue una de las víctimas.

Con esa convocatoria a la guerra, y el perdón de los pecados como aliciente, comenzaron dos siglos de conflicto por el dominio del centro del mundo entre dos religiones seguidoras del mismo Dios. Ocho cruzadas que, aprovechando el fervor, se usaron también como discurso para atacar a pueblos eslavos paganos, judíos, cristianos ortodoxos, mongoles, cátaros, nórdicos politeístas y enemigos políticos del papado en general.

El primer embate de una cristiandad encendida por su Iglesia lo recibió el islam, y los seguidores de Alá cayeron ante los seguidores de Dios; después cayeron aquellos que seguían al mismo Dios pero con otro líder, después los que veneraban al Dios padre del Dios hijo, y después cayeron los que aún vivían en el error de tener varios dioses o venerar a la naturaleza.

En el 1094 la guerra se invocó contra los devotos de Alá; dos siglos después hasta Thor y Odín habían muerto en batalla. Para el año 1300 finalmente toda Europa había aceptado a Dios en su corazón a punta de espada, había tribunales del Santo Oficio a lo largo de todo el continente, ordenes religioso-militares al servicio del papado, y los Dominicos, “Domini Canes” o perros de Dios, podían juzgar y condenar herejes en todos los reinos cristianos.

En Jerusalén como tal no hay recursos por los cuales luchar, pero fue siempre la bandera perfecta para convencer a los fieles de luchar por el dominio del centro del mundo. No hay recursos valiosos en

Jerusalén, pero creyentes de tres religiones estuvieron siempre dispuestos a asesinar por poseer una ciudad santa; la capital milenaria de los hebreos y sede del primer templo, la ciudad donde murió Jesús, y el lugar donde Muhammad subió al cielo.

Jerusalén está en medio de la nada, pero luchar por ella significa luchar por la zona del creciente fértil, donde confluyen todas las culturas, donde se juntan todas las rutas comerciales, donde termina la ruta de la seda, el puente entre Asia y Europa, los puertos comerciales entre los dos lados del mundo, los campos petrolíferos, el territorio para pasar oleoductos, la salida al Mar Rojo y al golfo Pérsico.

Desde el principio hasta el final de la historia de los humanos, siempre tuvieron motivos para pelear por el Medio Oriente. Destruyeron la civilización ahí donde comenzaron a desarrollarla.

El papa Urbano convocó a los reyes y nobles de Europa, pero el llamado también fue escuchado por el pueblo, y el perdón de los pecados, más el permiso de saqueo, eran dos buenas motivaciones religiosas. Fue así como, mientras la nobleza se organizaba, los campesinos comenzaron a movilizarse, siguiendo los pregones de monjes como Pedro el Ermitaño, un sacerdote que mostraba una carta supuestamente escrita por Dios donde lo autorizaba para guiar la masacre.

Como la muchedumbre buscaba saqueo y la fe era su legitimación moral, no fue necesario viajar miles de kilómetros al centro del mundo para comenzar la masacre. Se podía y debía comenzar con los infieles de casa, así es que miles de judíos indefensos fueron quemados en el camino por mandato de Dios. Fue el inicio de mil años de persecución.

Además, el camino era largo y había que abastecerse, por lo que cualquier poblado del camino servía para ello; si la gente se negaba a dar sus pertenencias se les quemaba dentro de sus casas por negarse a contribuir con la obra de Dios. El ejército de Pedro el Ermitaño mató a cuatro mil cristianos ortodoxos en Serbia, en la región que por un tiempo en el siglo XX llamaron Yugoslavia, y donde hermanos de etnia y lengua seguían matándose por ser ortodoxos o católicos. Detrás de las chusmas llegaban los caballeros organizados, acompañados por cardenales que bendecían sus atrocidades y absolvían sus pecados por anticipado.

Cuando una multitud de veinte mil personas llegó a Constantinopla, el emperador Alejo I ya estaba arrepentido de la ayuda solicitada. De pronto la turba europea era más peligrosa que los turcos. El emperador embarcó a los cruzados rumbo a Jerusalén, donde el inexperto ejército de fanáticos fue destruido por las defensas musulmanas. El ejército fue aniquilado y Pedro el Ermitaño volvió a Constantinopla, a donde apenas había llegado el ejército de nobles, y

se unió a ellos.

Finalmente, los cruzados nobles le arrebataron Jerusalén y toda la costa oriental del Mediterráneo a los turcos, pero no para devolverlas al Imperio bizantino, sino para formar reinos cristianos latinos que rendían obediencia al papa. Surgieron así los reinos cruzados de Jerusalén, Antioquía, Edesa y Trípoli. Europa occidental se sumaba formalmente al conflicto por el dominio del centro del mundo.

En el año 1100 el Imperio bizantino sigue tambaleándose. Además de los embates del islam, ahora tiene que lidiar con la invasión de los católicos; en eso se había convertido finalmente la cruzada. Los reinos cruzados dominaban los puertos del Mediterráneo Oriental, y las ciudades comerciales italianas, muchas de ellas bajo dominio papal, experimentaron un gran auge económico a causa del comercio. La guerra humana siempre fue buen negocio para algunos.

Para el año 1120 los musulmanes han rodeado Jerusalén y mantienen un constante asedio sobre los pequeños reinos cruzados, que en realidad sólo dominan costas y puertos. Para el 1144 recuperan el territorio de Edesa, y eso fue el pretexto para convocar a una segunda cruzada que se extendió hasta 1149.

Una vez más se convocó a los nobles, y una vez más hubo fanáticos predicadores que desataron el frenesí entre la multitud; en esa ocasión fue Bernardo de Claraval, quien declaró que tanto el cristianismo como Jesús se glorificaban con la muerte de un pagano.

El rey Luis VII de Francia y el emperador germánico Conrado III encabezaron el esfuerzo por parte de la nobleza. El emperador bizantino, Manuel I, temblaba ante la idea de otra ayuda de la cristiandad occidental, pero toda la cruzada en general fue estrepitoso fracaso.

El tiempo transcurría en el centro del mundo y los musulmanes iban lentamente recuperando lo perdido ante los cristianos, y arrebatando más tierras a Bizancio. Al mismo tiempo, las tribus turcas seguían expandiéndose por todo el mundo del islam y gobernando a los árabes y los persas.

En el año 1187 el sultán Saladino finalmente recuperó Jerusalén para la causa del islam, y eso fue motivo más que suficiente para convocar a una nueva cruzada. La cristiandad europea, encabezada por el rey Ricardo de Inglaterra, conocido como Corazón de León, y el emperador germánico Federico Barbarroja, se lanzó nuevamente a tierras orientales.

Pero en esa ocasión, el emperador bizantino, Isaac II, prefirió aliarse con los musulmanes, y selló un pacto con Saladino para luchar juntos en contra de los cruzados. El emperador Barbarroja murió durante la cruzada y Corazón de León fue derrotado por Saladino, con

quien firmó un acuerdo de paz en el que se garantizaba el acceso a Jerusalén a peregrinos cristianos.

La cuarta cruzada fue un descaro papal. Fue convocada en el año 1202 por el papa Inocencio III, y el objetivo fue directamente Constantinopla, la capital del Imperio bizantino. Para el papa había algo más importante que el Medio Oriente y los musulmanes, y era someter primero a toda la cristiandad y lograr ser finalmente líder universal.

Los cruzados tomaron y destruyeron Constantinopla entre enero y febrero de 1204, mientras dos dinastías bizantinas, los Conmeno y los Ángelo, se disputaban el poder. El emperador Alejo V Conmeno trató de organizar el ejército contra los cruzados, pero fue capturado, cegado y entregado a ellos por Alejo Ángelo, el otro pretendiente al trono imperial.

El ejército cruzado tomó Constantinopla y asesinó al último emperador. Bizancio, el Imperio romano de Oriente, la sede de la cristiandad ortodoxa, no cayó ante los musulmanes sino ante otros cristianos. El papa Inocencio III proclamó el Imperio latino de Constantinopla y estableció una dinastía de emperadores católicos. La cruzada terminó, pero el imperio permaneció bajo poder del papado hasta 1261.

En el año 1204 la Iglesia católica domina los restos del Imperio bizantino y el interés por Jerusalén sorpresivamente se termina. El santo sepulcro sigue en manos de los infieles, pero ya a ningún papa parece importarle. Más cruzadas fueron convocadas, pero ya no buscaban Tierra Santa: se lanzaron contra Egipto, Túnez y el norte de África en general, en intentos infructuosos de arrebatar el territorio a los musulmanes y aumentar los reinos cristianos. Todo, desde luego, por ser la voluntad de Dios.

En el año 1291, la dinastía griega de los Paleólogo ha recuperado el control del Imperio bizantino, y los musulmanes expulsan a los cruzados de la última fortaleza a la que se aferraban cerca de Jerusalén, el castillo de San Juan de Acre. Con la caída de Acre terminan doscientos años de presencia cristiana en el Medio Oriente. El territorio será de los turcos hasta la Primera Guerra Mundial, cuando lo volverán a perder nuevamente en manos de Europa.

Llega el año 1300 y el Imperio romano de Oriente no es ni la sombra de lo que fue. La ciudad de Constantinopla y sus alrededores es lo único que se mantiene bajo poder imperial. En Europa Oriental, búlgaros y serbios, antes parte del imperio, se han independizado, mientras que toda la península de Anatolia, el Mar Negro y Mesopotamia están bajo el poder los turcos.

Pero en el mundo y su historia nunca cesan las transformaciones.

En esa interminable red de causas y efectos que fue la historia humana, todo afecta a todo. Los mundos comienzan y terminan, las culturas se fusionan, las eras se suceden unas a otras, y la interacción de todos los humanos es cada vez más compleja y entrelazada.

En el rincón occidental del continente, la península Ibérica lleva quinientos años bajo dominio musulmán, pero el que llegó a ser el esplendoroso emirato de Córdoba se ha desintegrado en decenas de reinos musulmanes que han ido perdiendo territorio ante los reinos cristianos del norte. Lentamente está naciendo España en un proceso de guerra santa. Ese acontecimiento fue el que con el tiempo permitió que Europa conquistara el mundo.

En el centro del mundo mandaban los turcos selyúcidas, pero apenas habían derrotado de manera definitiva a los cruzados cuando su verdadera amenaza llegó por el este. El fin del mundo se acercaba y esta vez podía ser real. Los mongoles habían conquistado Asia y su invasión llegó por Persia hasta Mesopotamia, que para ellos era la puerta a la conquista de Europa.

Ahí en Mesopotamia, los turcos selyúcidas salvaron a Europa. Los mongoles querían llegar hasta el mar Egeo, y tuvieron a los turcos aprisionados contra los reinos cruzados y su guerra perpetua, pero el poder islámico fue lo único que logró detener la expansión de las hordas asiáticas. Sin embargo, la peor amenaza que venía del continente asiático no eran los mongoles, sino algo mucho más pequeño y mortífero.

Es el año 1300, Mesopotamia está estable. Los turcos dominan desde el Bósforo hasta la costa de Siria Palestina, mientras que el resto del centro del mundo y Persia está bajo poder mongol. El tiempo de guerras ha pasado y los mongoles han establecido un próspero comercio por la ruta de la seda, que viene desde China y el Indostán, pasando por Persia hasta llegar al Mediterráneo.

Las caravanas comerciales traen productos exóticos desde la corte del Gran Kan en Beijing y pasando por todas las culturas. Con los humanos viajan ratas y en las ratas viajan pulgas. Esas pulgas transportan la plaga que cambió la historia.



Península Ibérica en las guerras de reconquista (siglo XIII)

En un mundo sin límites

Vamos a quedarnos en este año 1300, viajando entre Mesopotamia y la península Ibérica en los tiempos en que aún no nace España. En el reino de Castilla, el que encabeza la lucha de los reinos cristianos contra árabes, un hombre termina de escribir un libro que encierra la sabiduría de la existencia, y que fue desarrollada un milenio atrás en el reino de los judíos.

Durante muchos siglos la península Ibérica no fue parte de Europa, sino de la cultura islámica que se extendía desde Persia hasta los Pirineos. Los árabes entraron a Iberia en el año 711, y cuatro décadas después ya habían tomado posesión de todo el territorio y fundado el califato de Córdoba, que duró poco más de dos siglos. Contra la Europa de persecuciones, ahí convivieron en paz musulmanes, judíos y cristianos.

Después del año mil, algunos pueblos cristianos del norte de Iberia comenzaron a organizarse y formar reinos, que con el tiempo fueron creciendo, y arrebatándose territorio entre ellos y a los reinos musulmanes. Uno de ellos fue el reino de Castilla, y es ahí, en la ciudad de León, donde el judío Mosé ben Sem Tob escribe un libro resplandeciente: el Zohar.

Moisés de León, como se le conocía en Castilla, no pretendía ser el creador de la sabiduría que había dejado por escrito, sino que la atribuía al maestro místico Shimon bar Yojai, un rabino que vivió en el extremo opuesto del Mediterráneo, en Judea, y mil años atrás, en los tiempos en que los romanos destruyeron el segundo templo de Jerusalén.

Eran tiempos de las guerras entre Roma y los judíos, y Shimon bar Yojai, condenado a muerte, se escondió en unas cavernas donde permaneció trece años. Ese tiempo lo dedicó al estudio, la mediación y la reflexión, y el resultado fue la sabiduría que Moisés de León resguardó en el Zohar, el libro del resplandor, una sabiduría sobre cómo ascender hasta ser uno con Dios: la Cábala.

La sabiduría del Zohar comienza en el origen de todo, la realidad que experimentamos al iniciar este viaje. Cuando todo era un punto. Antes de la luz y la oscuridad, antes de la materia o los elementos, cuando el tiempo y el espacio no han comenzado a existir. Un punto donde existe la posibilidad de todo, energía que no se crea ni se

destruye y por lo tanto es eterna. Lo que explotó para formar el universo. Lo que los científicos llamaron singularidad. La realidad que los sabios hebreos cabalistas llamaron Ein Soph: un mundo sin límites.

La ciencia terminó demostrando cómo fue la gran explosión que dio origen a este universo, hace 13 700 millones de años. Los científicos descubrieron cómo fue, lo que nunca pudieron responder es el porqué. Por qué hubo una explosión que formó esta versión del universo. Ésa es la respuesta que ofrece la Cábala.

Todo es energía, dejó claro la ciencia cuántica. La energía de pronto se transformó en el universo. Todo es consciencia, decía desde antes la Cábala, es energía y fuerza infinita, es dicha, es plenitud absoluta, es luz, es amor y es la causa incausada de todas las causas y todos los efectos.

Pero ante todo esa energía es consciente. Es consciencia, la consciencia que originó el mundo. Consciencia es el origen de todo. La consciencia no es algo que surge de manera aislada en cada ser humano, sino que es el origen, y por eso impregna cada partícula de la existencia. La consciencia es cada partícula de la existencia. A ese misterio que es energía consciente, amor y fuente de todo, es a lo que los humanos llaman Dios.

Dios es consciente de la totalidad de dicha y plenitud que es, del amor total, de la luz infinita de su maravilloso misterio. El amor es inconmensurable e infinito y eso a lo que llaman Dios quiere compartirlo, por eso piensa a un ser que reciba el amor ilimitado. La consciencia crea pensando. Todo el universo y lo que hay en él es un pensamiento. Los sabios de los Vedas le llamaban el sueño de Brahma.

El mundo es el sueño amoroso del creador, y cada ser humano es la consciencia de Dios, y por lo tanto Dios en su totalidad. Son el proceso de Dios reconociéndose en toda su infinitud, el amor reconociendo al amor. Son el sueño de Dios, un sueño que el egoísmo humano convierte en pesadilla. Despertar del sueño es volver a su realidad divina.

Dios es compartir, por eso toda la existencia viva es un acto de compartir, por eso Dios se comparte al humano, y por eso el camino a la divinidad es compartir. Es el camino de ascenso espiritual en su máxima sencillez. La existencia se trata de compartir. Los humanos nunca lo comprendieron.

Dios es entrega. El humano nunca fue expulsado del paraíso por Dios, sino que al ser egoísta el humano expulsa a Dios. El paraíso es aquí, pero no hay paraíso sin Dios. El paraíso siempre dependió de los humanos y nunca fue después de la muerte. La vida es el paraíso. La raza humana tenía la obligación existencial de hacer de su mundo un paraíso y lo que lograron fue la destrucción de su especie.

Cada humano no es otra cosa más que la consciencia que se reconoce a sí misma. Eso es lo que explicaron con la expulsión del paraíso; cuando los humanos reciben la consciencia, perciben a la existencia y se sienten separados de ella, es un exilio existencial.

Cada humano es la existencia que se percibe a sí misma, pero cada humano lo ignora. Cada uno se percibe separado del resto de la existencia, separados de ese eterno proceso amoroso llamado Dios. Ésa es su expulsión, y su razón de ser en la existencia viva y consciente, es volver al paraíso. Cada humano es un camino a lo divino.

Dios, la consciencia de dar, crea una consciencia que reciba: eso es el mundo y la humanidad. Estas dos consciencias de naturaleza opuesta deben separarse para comenzar el proceso de reconocerse y unirse. Esa separación es la ruptura de la unidad original, es la explosión que dio origen al universo. Lo sabían los cabalistas milenios antes de que los científicos vislumbraran la teoría del Big Bang.

Cada humano está impregnado de deseo de recibir, cada humano se ve sólo a sí mismo, cada uno busca para sí sin pensar en los demás. El camino de vuelta a casa es transformar el egoísmo en entrega para lograr la fusión con esa realidad a la que llaman Dios. Esa fusión comienza con una renuncia al ego. Sólo el amor es el camino de vuelta al amor, y no hay mayor obstáculo al amor que el ego de cada humano.

Superado el ego, el ser humano puede ver el camino al cielo, y comprender que, si la naturaleza de Dios es voluntad de entrega, la única forma de volver a Dios es trascender el deseo de recibir, el ego, y transformarlo en voluntad de dar, de entrega total. Con la entrega total se cruza la barrera de lo divino, ya no hay ego sino una gota disolviéndose en el océano de la existencia.

Pero la única forma de integrarse a Dios es ser entrega total, y finalmente la naturaleza humana es recibir. Recibir para compartir es fusionar la naturaleza humana con la divina. Comprender que tus dones no son tuyos, sino a través de ti para todo el universo. Dios es entrega total y la entrega total es Dios.

Pero el proceso de convertirse en dioses es difícil, pues cada ser humano que se hace consciente del mundo, parte del error de sentirse el centro del mundo. No hay mayor adversario que el ego, el único obstáculo en el camino a la divinidad. Si la entrega fuera sencilla los humanos no habrían desatado el apocalipsis. El egoísmo es la fuerza más destructiva del universo.

No hay dos caras de la moneda en la divinidad. Dios es una totalidad sin adversario posible. Satán, como todo en la mitología humana, es un símbolo y representa precisamente el ego. Cada individuo es su único obstáculo en el camino de la plenitud, cada

humano que busca de manera egoísta genera el infierno para él y para los demás. Satán es esa tendencia dentro de tu mente a no ver nada que no seas tú.

La explosión que originó el universo es la fragmentación de la unidad divina, es el inicio del viaje del héroe, de la odisea humana para volver al paraíso. Es el eterno proceso al que los humanos llaman Dios, el eterno aprendizaje de amar. El universo existe para que la consciencia se manifieste en seres que reconozcan ese universo y la plenitud de la que está hecho.

La razón de ser de la existencia humana es despertar del sueño y volver a la unidad original. Que lo temporal vuelva a lo eterno, que la división vuelva a la unidad, que lo ilusorio vuelva a lo real. Pero el regreso al paraíso implica derrotar al adversario, disolver el ego. La batalla final contra Satán la libra cada humano aquí y ahora. La batalla es personal. El encuentro con lo divino es interior, íntimo, secreto.

El ego lo complica todo. La sencillez es el camino al amor, y el amor es en realidad la única sabiduría. El amor es despertar del sueño donde domina el egoísmo, y descubrir que todo fue una fantasía, que todo es ilusorio, que el mundo fue siempre el sueño de la consciencia, y que todo lo que existe es un mundo sin límites.

Pero la división es justo lo que limita al mundo y lo convierte en un infierno. Moisés de León vivió en las últimas épocas de paz para judíos y musulmanes en la península Ibérica. Los reinos cristianos seguirán conquistándose entre ellos y conquistando territorios bajo poder del islam, hasta que dos de ellos, Castilla y Aragón, derroten al último reino bastión del islam y unifiquen todo el territorio para la cristiandad.

En 1492 capituló el reino de Granada ante los Reyes Católicos. La era de tolerancia en Iberia había terminado para siempre, y lo que antes fue convivencia pacífica de tres religiones bajo el dominio musulmán, se transformó en expulsión de árabes y judíos, y el fortalecimiento de la más terrible de las versiones de la Santa Inquisición. Ese año Cristóbal Colón llegó a América patrocinado por Isabel de Castilla. Ésa fue otra de las grandes fronteras de su historia, y a causa de la interminable red de causas y efectos que es la historia, fue causa que Europa se volviera a enfrentar contra el islam.

EN ALGÚN LUGAR DEL MEDIO ORIENTE, MUY CERCA DEL FIN DE LOS TIEMPOS

El tiempo había perdido todo sentido en el viaje de Támmuz y de Inanna. Guiados por Luzbel percibieron que la existencia no es algo que ocurre en el tiempo, sino que el tiempo es algo que ocurre en la existencia. Comprendieron que el tiempo es una ficción de la mente, que el pasado es memoria y el futuro es imaginación, pero que eso no son más que pensamientos que pasan por la mente aquí y ahora.

Entendieron que eso a lo que cada uno llama verdad, no era más que un sueño ocurriendo en la mente de cada humano…, que cada quien se cuenta una versión del mundo a la que llama realidad, pero que no es más que una historia construida con las ideas y prejuicios que adquirió la mente como absoluto producto del azar.

Pudieron ver el origen del error humano, cada uno percibiendo su pedazo de mundo con la arrogante certeza de que su versión de la realidad es la única que tiene sentido, la única razonable y, más aún, la única que está en consonancia con la ley universal. ¿Cómo podría yo estar mal? Ése es el pensamiento en torno al cual cada mente construye su visión del mundo.

—Todo es lo mismo —exclamó débilmente Támmuz. Todo es un sinsentido total. Quiero decir, en lo profundo parece que todas las religiones dicen lo mismo.

—Realidad sólo hay una —respondió Luzbel—. En el pasado, cuando los humanos vivían con la naturaleza, tenían tiempo de observarla lentamente, con atención a cada detalle. Esos humanos no vivían distraídos por la energía eléctrica, adormecidos en juegos, en lujos, o en trabajo enajenante. Tenían su corazón lleno de preguntas y aún no había religiones que les regalaran respuestas, aún no comenzaba el sometimiento de ustedes contra ustedes. Todos ellos buscaron, todos ellos encontraron, comprendieron el funcionamiento del universo y que su misión era transmitir esa sabiduría. Que la única razón de ser de una especie consciente era comprender la razón de ser del universo.

—Y entonces ¿qué pasó? ¿Por qué todo salió mal? —preguntó Támmuz desesperado.

—Porque dejaron que su egoísmo ganara la batalla; porque cada

acción de su historia fue motivada por el egoísmo, un ego que se esconde de las más sutiles maneras, un ego que se esconde incluso detrás de la idea de Dios.

Támmuz permaneció reflexivo. Había viajado a través de la sabiduría de los antiguos místicos y maestros, y había entendido que todos hablaban de disolver el ego como paso indispensable a la plenitud. Comprendió que un ser humano no puede ser total si acepta los límites programados en su mente, y pudo experimentar la dicha que resulta de la entrega total a la existencia, de aceptar la realidad en lugar de luchar contra ella.

Miró a Inanna. Ésa era su espiritualidad del islam, una total entrega y aceptación de la realidad, de lo que ellos llamaban Alá. Nunca pedían a Alá, pues sabían que la divinidad no cumple caprichos personales; además pedir no es aceptar. Nunca agradecían, exactamente por lo mismo. Aceptaban y agradecían toda la existencia…, pero entonces ¿por qué luchaban?

—Si alguna vez has pedido algo a Dios —dijo Luzbel al conocer sus pensamientos—, si alguna vez has pedido algo para ti, y se te ha concedido, ése no fue Dios. La existencia no te da lo que quieres sino lo que necesitas. No se dieron cuenta de que pedirle a Dios que te conceda algo, es lo contrario a la esencia espiritual. Significa que no aceptas la realidad como es y que, en tu inmenso ego, asumes que Dios puede transformar la realidad para ajustarla a tus caprichos. Agradecer después, es el ego aún más grande de asumir que Dios dejó todo para ocuparse de tus apetitos personales.

—¿Y entonces por qué matarse por Dios, o por Alá, o por el dios que sea?

—Por estupidez, como estúpido es matar por defender cualquier idea. Es el ego en su máxima expresión, desde la verdad absoluta, abrogarse el derecho de matar a los que no la comparten.

—Yo sé muy bien que no peleo por Alá —interrumpió Inanna—. Sólo los fanáticos piensan que Alá los necesita para hacer su trabajo; un buen musulmán sabe que es él quien necesita a Alá, quien no necesita absolutamente nada. Los fanáticos de todas las religiones piensan que su dios los necesita.

—¿Entonces por qué pelean? —gritó Támmuz desesperado.

—¡Porque ustedes se apoderaron de todo el mundo, de todos sus recursos, de todos sus energéticos…, y querían más! ¡Siempre querían más! ¡Lo querían todo!

—Y también luchaban en nombre de un dios —interrumpió tajante Luzbel—. Todos fueron engañados, Támmuz, y todos fueron engañados por sus propios líderes. En el mundo del islam proclamaban guerra santa, en Occidente proclamaban democracia y

libertad. A ellos les decían que Alá lo quería, como se lo dijeron de Dios a los cruzados. A ustedes les decían que la nación lo necesitaba, que era por la gran causa de la libertad. Con Dios, libertad y nación como pretexto los llenaron de todos los discursos de odio que los convencieron de matar hasta que no quedara nada ni nadie. Por supuesto que fue muy fácil venderle a cada bando la idea de que eran ellos los que representaban los grandes valores, y que debían enfrentarse a las fuerzas del mal. Satán siempre se escondió detrás de la idea de Dios.

Inanna y Támmuz retrocedieron asustados. Satán. Esa palabra que tanto había asustado a la humanidad, era particularmente tenebrosa en esa caverna y frente a aquel ser.

—Sabemos que tú eres Satán —gritó Inanna.

—No, querida, Satán vive dentro de ti y es tu propio egoísmo. Lo pudieron ver en nuestro viaje por el espacio y el tiempo. Como bien dijo Támmuz, todas las religiones dicen en el fondo lo mismo.

—¿Y entonces por qué son tan diferentes? —preguntó Támmuz exasperado.

—Porque las religiones siempre estuvieron cerca de la política y por lo tanto lejos de la espiritualidad. Porque usaron lo más profundo del pensamiento humano, Dios, para someter. Siempre fue para someter. Los grandes maestros hablaron de paz, amor y aceptación, y los seguidores se aniquilaron con esas banderas. Los seguidores son estúpidos.

—Lo comprendí todo —dijo Támmuz—. Comprendí que todas hablan de ser uno con la unidad de la existencia y de lograr esa unidad con amor y entrega. ¿Cómo es posible prostituir eso?

—La ambición lo puede todo, y la mente humana es muy moldeable. Los cultos masivos siempre fueron un culto al ego de la comunidad y los individuos que la formaban, cada uno convencido de que un Dios omnipotente, creador de todo, los beneficiaba a ellos en particular. No hay nada más ególatra que eso. Si Satán es el ego…, todo lo que hicieron los grandes cultos fue muy satánico.

—¡Pero tú eres Satán! —volvió a gritar Inanna.

El portador de la luz miró a Inanna con unos ojos llenos de sabiduría y de compasión.

—Luzbel es mi nombre. Soy el arcángel de la luz, el ladrón del fuego, el portador de la consciencia…, Satán es mi trabajo, es mi misión.

Inanna y Támmuz quedaron pálidos y asustados, se arrinconaron contra la pared de la caverna y miraron con temor a aquel extraño ser.

—¿Recuerdas tu sueño, Inanna?

—Lo recuerdo bien.

—¿Viste a algún demonio malvado?

—No. Pero escuché tu voz tentando a la primera pareja humana, ofreciéndoles el fruto para ser como dioses.

—Ése es el fruto del árbol de la consciencia. La consciencia es el inició de su camino a la divinidad. Esa consciencia les permite ver el árbol de la vida, que no es otra cosa más que el ascenso espiritual, el camino a recorrer para unir lo mundano y lo divino.

—También escuché que tú serías el principal adversario.

—Luzbel es mi nombre y soy la consciencia. Satán es mi trabajo. Satán es obstáculo y adversario. La divinidad cuesta y deben enfrentarse a ustedes mismos y derrotarse para poder adquirirla. La consciencia les genera la ilusión del yo, del ego; eso es Satán. Si desarrollan y amplían esa consciencia pueden borrar la ilusión del ego, y si hacen un esfuerzo, pueden aplacar sus impulsos egoístas y ver primero a los demás.

—Dos caras de la misma moneda —exclamó Támmuz al tiempo que la intuición le daba la respuesta—. Hemos visto que la existencia es unidad y que lo que parecen contrarios, son dos caras de la misma moneda: espacio y tiempo, materia y energía, azar y libertad, cuerpo y mente…

—Y Luzbel y Satán —añadió el portador de la luz—. Es justo así. Soy dos caras de la misma moneda. La consciencia te hace percibir el mundo y a ti en el mundo. Eso mismo hace que cada humano se sienta como algo aparte de ese mundo, como separado. Ésa es su expulsión del paraíso. Probar la consciencia los hace sentirse separados. De ahí nace su egoísmo.

—Y entonces todo se trata de superar el egoísmo —señaló Inanna.

—De derrotar a tu propio Satán para vivir en tu propio paraíso. Eliminar tu ego, que es tu obstáculo para experimentar la unidad divina que es cada humano. Eso es el árbol de la vida, y te da la inmortalidad y el poder de lograrlo todo.

Los dos sobrevivientes del fin del mundo se miraron el uno al otro con disimulo, con cierta vergüenza ahora que sabían que cada uno había llegado hasta ese lugar en busca de la sabiduría…, para ponerla al servicio de la guerra.

—Pero entonces sí hay un árbol de la vida —preguntó Inanna.

—Por supuesto que lo hay —dijo Luzbel con una carcajada que sacudió la caverna—. Pero no lo van a encontrar en este lugar.

—¿Qué es?, ¿dónde está?, ¿posee esos poderes? —preguntó Támmuz.

—¿Creen que han aprendido lo suficiente como para obtener ese

secreto y no usarlo al servicio del ego y la destrucción…, justo como buscaban?

Los dos últimos humanos agacharon la cabeza…, pensaban que sí…, en el fondo sabían que no.

—El que coma el fruto del árbol de la vida será capaz de lograrlo todo y vivirá por siempre —continuó Luzbel—. Pero como siempre es otro mito que no entienden. Támmuz, ¿por qué si todas las religiones surgieron de la misma sabiduría, todas son diferentes al grado de pelearse?

—Quizás porque no comprenden el mensaje…, porque se quedan en el relato mitológico, en el símbolo, en lo superficial —Támmuz respondió titubeando como si fuera una pregunta en lugar de una respuesta.

—Es por eso —respondió Luzbel—. Los humanos crean historias, se olvidan de que las crearon y se las creen como si fueran realidad. A cada etapa de su historia se fueron haciendo más superficiales y nunca fueron capaces de ver la sabiduría profunda que yace en sus mitos.

Fue en ese momento cuando Inanna y Támmuz lo comprendieron todo. Vieron pasar la historia y los mitos dentro de su mente. Cada ser humano desarrolla consciencia, y esa consciencia del mundo y del yo les genera la ilusión de estar escindidos del resto del universo. Probar el fruto del árbol de la consciencia es algo que hace cada humano que nace…, la consciencia era el regalo de Luzbel, no hay que hacer nada para adquirirla, es parte de lo humano.

Vieron cómo cada humano que nacía desarrollaba consciencia, cómo cada humano probaba ese fruto supuestamente prohibido, y cómo al hacerlo se les abrían los ojos. Con consciencia comenzaba el camino a fundirse con esa gran consciencia que es el universo, con consciencia comienza el camino a convertirse en dioses. Pero la consciencia con la que nacía cada humano era siempre aniquilada y desvanecida por la sociedad, por el pasado, por las religiones.

Ahí estaba el mito del fruto prohibido. Después de probar el fruto, la primera pareja humana se fue del paraíso, pues cada humano consciente genera la ilusión del yo, se siente separado y ésa es su expulsión. Un proceso al que cada humano se enfrenta por el simple hecho de nacer. Nacer siendo uno con el todo, como todo lo demás, y a causa de la consciencia generar la ilusión de la separación, para dedicar su vida a superar esa ilusión. Usar su consciencia para ser parte de la Consciencia, usar su *logos* para ser uno con el Logos.

Y entonces vieron cómo la primera pareja humana se alejaba del jardín del Edén, de esa unicidad de la existencia, pero ya sólo se veían a sí mismos, y es por eso que ya no vieron que en medio del jardín brotaba radiante el árbol de la vida, con grandes raíces, inmenso y que

se elevaba hasta el cielo.

—Finalmente han visto el árbol de la vida —señaló Luzbel con una sonrisa—. Hasta no probar y desarrollar la consciencia, el árbol de la vida permanece oculto. El árbol de la vida es el ascenso espiritual. Por eso en todas las mitologías existe ese árbol, y por eso en todas hay una serpiente en su base y un águila en su copa. Lo terreno comienza a elevarse para llegar a lo divino. Sabiduría y amor son el árbol de la vida. Usar la sabiduría y el amor para ir derrotando cada aspecto del egoísmo humano hasta lograr la entrega y la fusión divina.

—¿Y la leyenda? ¿Da el poder de lograrlo todo?, ¿otorga la vida eterna?

—Da el poder de lograr todo lo que importa, no lo que ustedes quieren, y no otorga la inmortalidad, te hace descubrirla. Cada uno de los humanos ya era eterno al momento de nacer. Pero nada de eso importa pues siguen sin saber dónde se encuentra.

Una explosión ensordecedora lo cimbró todo y hasta las paredes de la caverna de Luzbel parecieron derrumbarse. Inanna y Támmuz pudieron sentir en sí mismos el dolor de millones de humanos a la vez, sus gritos y su desesperanza. En ese momento el portador de la luz se elevó majestuoso frente a los dos humanos, extendió sus brazos hacia ellos y los hizo caer de nuevo en un sueño profundo.

—Duerman para que puedan despertar, que de eso se trata todo. Han comprendido el fruto del árbol de la consciencia y comienzan a vislumbrar el árbol de la vida. Viajemos a través del espacio y del tiempo, a lo largo del mundo, entre la materia y la energía, para comprender el mito que nunca comprendieron y que los llevó al Apocalipsis: el mito del Apocalipsis.

A lo largo de Asia y a lo largo del mundo

En dos ocasiones fundamentales los acontecimientos de China cambiaron la historia de Occidente y del mundo. En los primeros siglos de lo que en Europa era la era cristiana, China se unifica como imperio, construye la gran muralla y expulsa a los hunos, que tras recorrer las estepas siberianas llegan a Europa, a propiciar la gran migración de los pueblos germanos. Lo último que el Imperio romano necesitó para caer.

Casi mil años después, otra horda de oriente cambió la historia occidental. Viajemos a China en el año 1215. Después de siglos divididos en tribus y peleando entre sí, los mongoles se unen y comienzan su expansión por Eurasia. El líder que los unió tiene pretensiones de establecer un imperio universal y para ello comienza por conquistar el centro de su universo. Cincuenta mil jinetes comandados por Gengis Kan toman Beijing. Todo en Europa está a punto de cambiar.

Gengis Kan unió a las tribus mongolas y cambió la historia de la humanidad, entre otras cosas gracias al caballo, uno de los más mansos y maravillosos seres convertido en arma por los humanos. Los mongoles eran un solo ser con su caballo y eso los hizo los amos de todo el continente, desde China hasta Mesopotamia. Estaban sobre un caballo desde los tres años, era una extensión de su cuerpo. No necesitaban silla, ni riendas, ni estribos, y sabían disparar mientras iban a todo galope. Fue el ejército más mortífero e invasor hasta las guerras mundiales.



Expansión de los mongoles siglo XIII

Cien mil personas murieron con la caída de Beijing, y cuarenta millones de personas morirán en la siguiente década a causa de la expansión de Gengis Kan. El gran líder de los mongoles se extendió de China a Polonia, conquistando en veinticinco años más territorio que Roma en cuatrocientos. Asia era el Imperio Mongol, y era un imperio perfectamente comunicado que generó contactos entre extremos del mundo que vivían absolutamente aislados.

El Gran Kan murió en 1227, y fue bajo mandato de su sucesor, Ogodei Kan, que los mongoles arrebataron Persia a los musulmanes. Por el norte invadieron Rusia y aniquilaron a la mitad de la población, se posesionaron de toda la cuenca del Mar Negro y comenzaron su avance a Europa, donde en el año 1241 derrotaron a polacos, húngaros y alemanes. Sólo un azar de la historia logró que Asia no se extendiera hasta el Atlántico: la muerte de Ogodei provocó que los jefes mongoles tuvieran que regresar a Beijing a elegir al sucesor.

Muy poco tiempo descansaron Europa y el islam de los ataques mongoles; en el año 1256 las hordas de Mongke Kan controlaban las estepas rusas, el Mar Negro, el Cáucaso y Persia. Desde ahí emprendieron la conquista de Mesopotamia, que como siempre era zona de guerra, en este caso entre turcos y cruzados. Fue ahí cuando los musulmanes salvaron a Europa de los mongoles.

Para el año 1300 los mongoles habían llegado a su máxima expansión, desde las costas frente a Japón hasta Polonia, por Siberia, y hasta Mesopotamia por Persia. Muy pocos kilómetros de territorio bajo poder de los turcos los mantuvieron separados del Mediterráneo y los cruzados. El centro del mundo era nuevamente el centro de la guerra.

Los mongoles establecieron caminos, comercio y un sistema de correo a caballo entre China y Europa, con relevos cada cincuenta kilómetros. Nunca antes se había podido viajar a través de toda la gran masa eurasiática con seguridad y bajo un solo poder. El comercio se vio muy favorecido y los europeos conocieron maravillas chinas como el papel, la imprenta y la pólvora.

El recorrido de la ruta de la seda comunicaba dos mundos. Cantón, Beijing, Lhasa, Samarcanda, Kabul, Delhi, Persépolis, Bagdad y Alejandría unidas por el comercio. Fue el escenario perfecto para que se pudiera extender una plaga que mató a la mitad de la población de Europa en menos de diez años. El brote fue en Mongolia en 1328, y las últimas muertes reportadas fueron en 1353 en Rusia. Murieron unos ochenta millones de personas en Europa y Asia.

La peste negra fue causada por una bacteria que llegó en las pulgas de las ratas que venían con las caravanas de la ruta de la seda. Cada par de ratas tiene unas dos mil crías por año, cada rata puede tener unas seis pulgas contagiadas, y cada caravana puede traer cientos de ratas. Llegaban caravanas todos los días a puertos del Mar Negro y de Siria, puertos que eran controlados por venecianos o genoveses que llevaban mercancía, ratas y pulgas al corazón de Europa.

La especie humana es tan maravillosamente creativa; lamentablemente siempre utilizó su capacidad creativa para ponerla al servicio de la destrucción y la muerte. La guerra del fin de la humanidad comenzó con armas químicas como pretexto, se hicieron expertos de todo tipo de guerras bacteriológica, en tiempos de guerra y en tiempos de paz, contra propios y enemigos, pero los humanos habían inventado las armas biológicas mucho tiempo atrás. Con la peste negra Europa muere, pero no cesan las guerras. En todos los bandos se cargan catapultas con cadáveres infectados para aniquilar al enemigo.

La peste llegó al Mediterráneo oriental y a Europa en 1346; dos años después hay feudos en cuarentena en Francia, ciudades despobladas por toda Europa, llenas tan sólo de cadáveres apilados, castillos y puertos abandonados. Toda Europa es un cementerio. Cuarenta millones de muertos en diez años no es una cantidad que los otros aterrorizados cuarenta millones de sobrevivientes puedan enterrar.

Pero Europa renació de las cenizas de la peste, se levantó de entre sus propios muertos y pasó de una era medieval de superstición y miedo al mundo, a una era de ciencia y exploración. Dominados siempre por la ambición, los humanos convirtieron la ciencia en armas y la exploración en conquista.

La peste negra es el morir y renacer de la historia de Europa. Fue

el origen de una cadena de causas y efectos que llevó a los europeos del quietismo feudal al inicio de una era global. La peste sacó a Europa de su marasmo y los llevó a la violenta conquista del mundo. Cuando los europeos salieron al mundo toda su visión era cristiana; se habían convencido, como todo ser humano, de que su pedazo de realidad era toda la verdad, y su Dios de amor sería uno de los pretextos para conquistarlo todo.

Los europeos eran los hijos de la verdad absoluta. Por herencia griega tenían el culto a la razón, así como la idea de que tener la razón es tener la verdad, sumado a la convicción de que, como esa verdad es religiosa, hay derecho de imponerla asesinando. España y Portugal conquistaron al mundo con Dios y su palabra como pretexto; más adelante el dios de los ingleses se llamó civilización, el de los rusos se llamó comunismo, y el de los norteamericanos se llamó democracia. Pero sin importar el concepto que veneraran, mantuvieron su condicionamiento religioso de poseer la única verdad posible, y por lo tanto algún tipo de derecho sagrado a imponerla por la fuerza.

Europa no habría salido de su propio continente sin la peste negra. Nada mantenía a Europa más dormida que su sistema feudal, y eso fue precisamente lo que se derrumbó con la enfermedad. Comenzó a desmoronarse lentamente la era medieval y a nacer el mundo moderno. Un mundo lleno de sueños que se convirtieron en la pesadilla del fin de los tiempos.

Bajo el esquema feudal, toda la población europea estaba dividida en nobles y plebeyos. Los primeros, un 2 por ciento de la población, poseían toda la tierra y eran los únicos con derecho sagrado a gobernar. El otro 98 por ciento eran campesinos y artesanos que, al vivir en un feudo, debían ofrendar la mitad de su producción al señor feudal. Así es como Dios, en su infinita e incuestionable sabiduría, quería que fueran las cosas, y mandaba al infierno a quien cuestionara el orden establecido.

El plebeyo europeo vivía en una extraña condición de libertad. Eran teóricamente libres, no eran propiedad de su señor; pero estaban atados a la tierra. La servidumbre feudal los obligaba a permanecer en su feudo, pues toda su lealtad se la debían al señor feudal. Así eran las cosas en Europa; el plebeyo no tenía derecho a tierras, fuente de la riqueza, ni a moverse de su feudo. Inmovilidad social con Jesús como pretexto.

Lo triste es que los humanos estuvieron sometidos toda su historia y sólo cambiaban el nombre que le daban a su esclavitud. La esclavitud del final de los tiempos se llamaba libertad.

Pero una vez pasada la epidemia, la mitad de la población que

sobrevivió se vio en la necesidad de reconstruir desde los cimientos. A lo largo del continente los reyes y nobles tuvieron que abolir la servidumbre feudal, pues era imperativo mover a la gente y volver a poblar el territorio. Además, con tanto trabajo por hacer y tan pocas personas para hacerlo, el trabajo adquirió nuevo valor.

Ahora el siervo feudal era libre de moverse por Europa, y al poder vender su trabajo al mejor postor, también fue libre de moverse en la escala social que lentamente estaba naciendo. Comenzó el despertar europeo. Poco a poco los campos volvieron a ser sembrados, pero ante todo el comercio se convirtió en la principal actividad.

Roma había sido un imperio comercial, pero el régimen feudal que surgió tras su caída había paralizado el comercio con una economía de autoconsumo. Muy pocas ciudades como Venecia y Génova se dedicaban a tal actividad, que además estaba vista de manera perniciosa por la Iglesia. El comerciante era el humano más difícil de someter…, con el tiempo los comerciantes derrocaron a la Iglesia y tomaron el poder. La tiranía de la libertad resultó ser mucho peor que la tiranía de Dios.

Los comerciantes y los productos comenzaron a moverse. La peste había cedido también en Asia y la ruta de la seda estaba más viva que nunca. Pasó el año 1400 y los comerciantes buscaban cada vez más rutas para llegar a Asia y adquirir los exóticos productos del oriente que comenzaba a demandar una población europea que estaba descubriendo el poder adquisitivo.

Sin embargo llegar al oriente era difícil. Los mongoles seguían dominando Siberia, y por Mesopotamia los turcos se acercaban más y más a Europa arrebatando territorios al Imperio bizantino. Una nueva tribu turca, los otomanos, iba lentamente tomando el mando en el mundo del islam. Eso generó la siguiente gran causa que dio origen al mundo moderno: la caída de Constantinopla.

El Imperio bizantino no era ya más que la capital imperial y tierras aledañas. Del lado europeo, nuevos reinos como Bulgaria y Hungría iban naciendo y arrebatando territorio imperial, y en la frontera asiática los turcos estaban del otro lado del estrecho del Bósforo. La Nueva Roma de Constantino estaba a un tiro de piedra de los otomanos.

En 1451, un joven otomano de veinte años fue nombrado sultán de los turcos después de un periodo tumultuoso de conflictos por el poder. Mehmet II gobernaba un mundo del islam muy inestable en el que diversas facciones aspiraban al poder, y los mongoles y la peste habían dejado terribles estragos. En ese contexto, el sultán Mehmet necesitaba un gran golpe que legitimara su poder, y decidió que sería el hombre que haría caer Constantinopla.

El seis de abril de 1453 comenzó el nuevo fin del mundo. Mehmet en persona comandaba un ejército de más de cien mil hombres, mientras que el emperador Constantino XI apenas contaba con unos siete mil hombres para defender la ciudad. Los turcos tenían más soldados que Constantinopla habitantes.

El emperador pidió ayuda de la cristiandad contra el islam a través del papa, pero para la Iglesia de Roma, el mismo Constantino era tan infiel como cualquier musulmán, pues no aceptaba la primacía del papa sobre todos los cristianos. Roma vio caer a la Roma de oriente sin hacer nada, porque creían en el mismo Dios con diferentes teorías filosóficas.

La otra ayuda que esperaba el emperador constantinopolitano era de las flotas de Venecia y Génova, las más poderosas del Mediterráneo. Pero genoveses y venecianos eran comerciantes marítimos, y el dios dinero los ganó más para su causa que el dios cristiano. Los turcos eran uno de sus principales clientes y luchar contra ellos sería definitivamente mal negocio.

Seis semanas duró el asedio a Constantinopla. Mehmet ofreció la rendición en son de paz, como le exigía el Corán, y ante la negativa de Constantino XI, la mañana del martes 29 de mayo de 1453 vio a los turcos entrar violentamente en la capital del Imperio bizantino. El mundo presenció la caída de Constantinopla, y con ella la de los últimos vestigios de la gran gloria romana. Caía un imperio cristiano y nacía el más grande imperio del islam.

Mehmet II entró a la ciudad por la tarde ante la ovación de sus tropas, que desde entonces lo aclamaron como Mehmet el Conquistador. Lo primero que hizo el sultán fue dirigirse al centro religioso de la ciudad, la catedral de Santa Sofía; desmontó frente a la puerta, se arrodilló para tocar la tierra en gesto de humildad ante Dios…, y autorizó el saqueo.

Mehmet decidió que Constantinopla sería la capital de su nuevo imperio. Ordenó la reconstrucción de las murallas, construir fortalezas, mandar embajadores a las cortes europeas a establecer relaciones, y traer súbditos de todos sus dominios para repoblar una ciudad despoblada y destruida. Nació el Imperio turco otomano, que un siglo después abarcaba territorio en tres continentes, Europa, Asia y África, y que sobrevivió hasta ser destruido por ingleses y franceses en la primera Guerra Mundial.

Los turcos habían intentado tomar Constantinopla en varias ocasiones del pasado, y aunque no lo habían logrado, sí habían ido conquistando territorios en los alrededores, en las costas del Mar Negro, en los Balcanes y Europa Oriental. Eso, más al asedio constante a la capital, fue generando migraciones por parte de la aristocracia

bizantina. Los sabios y eruditos, los intelectuales, filósofos y artistas fueron abandonando con los años la capital imperial para migrar a diversos puntos de la península Itálica.

Hay que tener presente que el Imperio bizantino, o Imperio romano de Oriente, era un imperio de cultura y lengua griega. La sabiduría de la antigua cultura griega era resguardada en el imperio. Cuando la aristocracia intelectual de Constantinopla comenzó a huir a Italia, llegaron con textos de la cultura griega, y con sus fortunas. Ese capital y ese conocimiento, sumado al auge comercial después de la peste negra, generaron el llamado Renacimiento.

La peste despobló una Europa que estaba económicamente estancada. Ahora había más recursos para menos población, libertad de movimiento, valor del trabajo, comercio dinámico, y todo el crecimiento económico que eso genera. Todo lo anterior, sumado al Renacimiento, que sólo fue posible por el constante asedio turco a Constantinopla, siguió transformando por completo la mentalidad europea.

Había dinero, había comercio, había contacto cultural con el resto del mundo, había nuevas ideas tomadas de la antigüedad griega en las que el hombre y no dios era el centro de todas las cosas. Había algo que no hubo en siglos: conocimiento.

A través de la ruta de la seda, los europeos pudieron conocer las maravillas chinas; una de ellas, la imprenta, fue perfeccionada por el alemán Johannes Gutenberg. Los europeos comenzaron a imprimir libros y a leerlos; mejor aún, a cuestionarlos. El primer libro en ser impreso, leído e interpretado fue la Biblia; eso también colaboró en un cambio de era.

Ya están presentes casi todos los elementos que terminaron con la era medieval e hicieron nacer el mundo moderno. La peste generó un gran movimiento económico y político, se reactivó y animó el comercio; el asedio turco a Constantinopla llevó ideas y capital a las ciudades italianas, centros de comercio e intercambio cultural; la ruta de la seda llevó la imprenta que permitió la transmisión de conocimientos.

Capital, nuevas ideas y acceso al conocimiento, los elementos que causaron un nuevo mundo. Sólo falta el más importante de los acontecimientos que revolucionó para siempre la historia humana.

Tras la caída de Constantinopla, el Imperio otomano controlaba la parte oriental del Mediterráneo y los puertos donde terminaba la ruta de la seda, así como cualquier posible paso por tierra al otro lado del mundo, a Persia, India y China, cuyos productos eran tan ambicionados por los comerciantes. Los europeos necesitaban buscar otras rutas para llegar a las Indias, y eso significó el despertar de

Portugal y España como los grandes poderosos de entonces.

El centro de aquel mundo era el Mediterráneo, y la zona más rica y próspera era el centro del mundo, Mesopotamia y Egipto. Así pues, la situación de Portugal no era nada fácil. No tenía costas mediterráneas y sólo daba hacia el océano donde terminaba el mundo. Pero en la segunda mitad de aquel siglo XV se dedicaron a navegar hacia el sur, buscando rodear África y encontrar así una ruta a las Indias que no estuviera bajo control de nadie. Comenzó la era de las exploraciones.

La corona de Portugal financió exploraciones y conquistas a lo largo de la costa africana, con navegantes de todos los orígenes, principalmente castellanos, portugueses e italianos. Mientras los turcos cerraban la ruta a las Indias, Portugal iba lentamente abriendo una y descubriendo la inmensidad de un continente que les era totalmente desconocido. Los salvajes vivían alejados de Dios y era necesario llevarles su palabra. Comenzó la conquista del mundo con Dios como pretexto.

Los navegantes descubrieron el mundo, y los mercaderes soñaron con riquezas nunca antes soñadas. Así llegó la humanidad a 1492, y eso es lo que hubo detrás de la llegada de los europeos a América. Cuando Cristóbal Colón pisó el nuevo mundo patrocinado por la corona de Castilla, colocó la piedra que faltaba en los cimientos del mundo moderno.

Había movilidad económica y social en Europa, había nuevos capitales y nuevas ideas, había acceso al conocimiento. A partir de 1492 comenzó a haber también un flujo de oro, plata y una serie de riquezas que despertaron como nunca la codicia de la clase social que encabezaba el despertar de Europa, los mercaderes. Comenzó la era en que Europa se enriqueció empobreciendo al resto del mundo. Los siguientes quinientos años fueron la historia de cómo Europa conquistó todo el planeta.

El nuevo flujo de riquezas permitió que los monarcas, cada vez más ricos y poderosos, fueran centralizando el poder hasta establecer monarquías con poder absoluto. Los reyes cristianos de Europa comenzaron a contarse una historia donde Dios los nombraba reyes con poder indiscutible. Nació la teoría del derecho divino.

Las conquistas empoderaron y afianzaron a los monarcas, y los monarcas se dedicaron a promover las conquistas. Al terrible matrimonio entre religión y política, se le sumó el más terrible aún matrimonio entre políticos y mercaderes.

En 1492 los europeos llegaron a América, treinta años después ya le habían dado la vuelta al mundo, y un siglo después ya peleaban entre ellos por repartirse ese mundo que asumían como propio por voluntad de Dios. Dios era amo y señor de todo, y evidentemente

todas las demás culturas tenían dioses falsos, por lo que sólo los cristianos tenían derecho a poseerlo todo en nombre de Dios.

El conflicto por la conquista del mundo comenzó entre España y Portugal, arrebatándose América e Indonesia a lo largo del siglo XVI. Con el tiempo y el despertar de nuevas potencias, a la guerra por dominarlo todo se sumó Francia, que para 1600 ya tenía posesiones en Norteamérica, África e Indostán, que disputó con Inglaterra y Holanda desde 1620. Rusia se extendía por Siberia y el Imperio otomano controlaba todo el centro del mundo: Túnez, Tripolitania, Egipto, Arabia, Mesopotamia, el Cáucaso, Anatolia, el Mar Negro y Europa Oriental.

En 1492 los europeos habían llegado tímidamente a América y a la India; dos siglos después, menos de diez potencias luchaban en todo el planeta por el dominio de todo. Esa guerra por el dominio de absolutamente todo no se detuvo nunca y los llevó ciega y enloquecidamente hacia el final de los tiempos. No importa cuántos nombres distintos usaran, todo a partir de ahí fue la misma guerra. Siempre comenzaban con el más estúpido de los pretextos y siempre terminaban repartiendo el mundo entre los grandes.

Entre 1600 y 1763 los franceses conquistaron un imperio que abarcaba territorio en Norteamérica, África y el Indostán, pero ese año lo perdieron todo al firmar un acuerdo de paz tras siete años de guerra contra Inglaterra. Los ingleses, que en ese mismo tiempo habían ido construyendo un imperio, exactamente en las mismas zonas, derrotaron a los franceses y les robaron todo lo que ellos habían estado robando por un siglo y medio. Nació un imperio de piratas, el británico.

En ese mismo periodo, Holanda se dedicó a arrebatar territorios a España y Portugal hasta formar un imperio que abarcaba toda Indonesia, así como colonias en Sudáfrica, en Sudamérica y en islas del Caribe que también se disputaba con Inglaterra y Francia. Por su parte, Rusia llegó por Siberia hasta Alaska y el Imperio otomano era firme propietario del gran centro del mundo. Pero algo estaba ocurriendo en Escocia, y como siempre, todo estaba por cambiar.

Así es esta red infinita de causas y efectos llamada historia, una red tan sutil que le permite a cada humano aferrarse a la idea de libertad, sin darse cuenta de cómo cada azaroso detalle del pasado ha moldeado a cada cultura, y por lo tanto a cada individuo de la humanidad. Una epidemia que brotó en el corazón de Mongolia en 1328, cambió toda la estructura de Europa y le permitió lanzarse a la conquista del mundo.



El islam en el año 1500

A lo largo de los imperios del islam

Hagamos un recorrido de varios siglos a lo largo de una ruta que va de Constantinopla a China, la zona del mundo en la que se desarrollaron tres grandes imperios del islam, que junto a China, eran los grandes poderosos del planeta aún para 1750, cuando las revoluciones de Europa cambiaron el mundo.

Todo el siglo XIV fue una lucha constante por ir expulsando a los mongoles, que nunca se fueron del todo. Muchos regresaron a Mongolia y otros tantos a China, mientras que varias tribus permanecieron en Asia Central, donde en 1369 uno de ellos aún formó un imperio. Timur Lang gobernó todo el territorio entre el mar Caspio y China hasta su muerte en 1405.

A partir de ese momento la fortaleza mongol es cada vez más débil y una serie de guerras por el poder irán cimentando lo que con el tiempo serán los tres grandes imperios del islam: el Imperio otomano, que se prolongó desde la caída de Constantinopla hasta la primera Guerra Mundial, el Imperio persa, que existió desde el 1500 y para 1800 había sido erosionado por Inglaterra y Rusia; y el Imperio mogol de la India, que existió desde la misma época hasta que fue lentamente conquistado por los ingleses a partir de 1760.

Tras la muerte de Timur Lang en 1405 los mongoles terminaron por retirarse de las estepas siberianas, pero algunos de sus descendientes migraron hacia el sur y llegaron al sultanato de Delhi, el único territorio dominado por el islam que no cayó en poder de los mongoles. El sultanato de Delhi fue creado por una dinastía turca en 1206 y dominaba el norte del Indostán, que fue protegido de los invasores por los Himalaya.

Pero precisamente cuando los mongoles habían dejado de ser una amenaza para el resto de Asia, uno de los descendientes de Timur Lang, conocido como Babar, conquistó Delhi en 1526. Nacía el imperio conocido como el Gran Mogol. Mongoles convertidos al islam que gobernaban a una mayoría hindú con la que vivieron en paz hasta que llegaron los británicos.

Unos ciento cincuenta años de esplendor tuvo el Gran Mogol. El más conocido de los emperadores lo es por haber construido uno de los más hermosos monumentos al ego en la historia de la humanidad: el Taj Majal. Sha Yaján gobernó de 1627 a 1658, su sucesor,

Aurangazeb, que gobernó hasta 1707, fue el último emperador mogol realmente poderoso.

Tras su muerte, la inestabilidad fue la que gobernó el imperio. El Gran Mogol estaba formado por diversos reinos, principados y sultanatos, tanto hindúes como musulmanes, que comenzaron a luchar entre sí a partir de 1712. La división siempre trabaja a favor de otros y ésta no fue la excepción. En 1757, los británicos llegaron al Indostán, y a un imperio ya dividido lo terminaron de destruir y conquistar con su legendario “divide y vencerás”.

Eran mediados del siglo XVIII y una poderosa y renovada Inglaterra se estaba lanzando a la conquista de todo el mundo conocido. La estrategia más inteligente del Imperio británico es que fue una serie de conquistas de iniciativa privada, y no una intervención de la corona. Ahí está el terrible matrimonio entre políticos y mercaderes.

En Inglaterra se fundó la llamada Compañía Británica de las Indias Orientales, un esfuerzo de capital privado con todo el apoyo de la corona, y con el objetivo expreso de colonizar el Imperio mogol. Llegaron en 1757 con ofertas de negocios para los sultanes y marajás, pero nunca fue bueno negociar con Inglaterra. Para 1800 el dominio inglés era total, y para 1858 la riqueza era tal, que la corona revocó la concesión a la Compañía de las Indias y estableció un gobierno directo sobre todo el Indostán, que fue conocido como el Raj Británico.

En tiempos de Sha Yaján, el Imperio mogol, en su apogeo, abarcaba los territorios de lo que fue India, Pakistán, Bangladesh, Afganistán, Nepal y Bután. Bajo dominio británico abarcó básicamente lo mismo; de hecho fue Inglaterra la que, al retirarse de su colonia en 1947, creó dichas divisiones.

Otro de los grandes imperios del islam que existieron en la época fue el Imperio persa de la dinastía safávida, que dominó la meseta de Irán, el Cáucaso y el Asia Central entre 1501 y 1760. A partir de ese año, rusos y británicos comenzaron a ejercer influencia sobre un débil Imperio persa que fue cambiando de dinastías, hasta que, a principios del siglo XX, Inglaterra y Rusia se dividieron los territorios petroleros del decaído imperio.

Occidente no dejó de interesarse nunca en Persia, siempre en el centro del mundo, siempre en el nudo del comercio, siempre en medio de las demás culturas. Para el siglo XIX resultó que también tenía petróleo, y las potencias occidentales se aferraron a él hasta el fin de los tiempos.

A lo largo del siglo XIX el imperio se fue fragmentando. Perdieron dominio del Cáucaso ante el Imperio otomano y Pakistán ante los británicos; Tíbet se lo peleaban chinos, rusos y británicos, y Afganistán, otro de los países del fin del mundo, logró independizarse

como reino, pero siempre al acecho de rusos y británicos.

El otro gran imperio del islam fue el de los otomanos. En 1453, como dije, Mehmet II tomó Constantinopla y la convirtió en la capital de su gobierno. Él se nombró sultán y califa, es decir que era emperador otomano y líder religioso del islam. En los siguientes cien años el imperio se expandió hasta controlar desde el golfo Pérsico a Viena, todo el norte de África, Mesopotamia y la península de los árabes.

El Imperio otomano dio al centro del mundo el único periodo de estabilidad que conoció en toda su historia. Mesopotamia había estado disputada sin tregua desde tiempos de sumerios, acadios, egipcios, hebreos, persas, griegos y romanos; la propia Roma, en guerra constante contra los judíos, no logró nunca darle estabilidad a la zona. Persas y bizantinos no habían terminado de disputarse el territorio cuando llegó el islam, los turcos, los cruzados, los mongoles.

El centro del mundo vivió estable desde el año 1500 hasta que llegaron los franceses y los ingleses a pelearse por Egipto en 1798. Francia e Inglaterra tenían colonias en el océano Índico, y ambos imperios querían controlar la salida del Mediterráneo al Mar Rojo, Mesopotamia y la salida al golfo Pérsico. Los dos países más poderosos de aquella Europa habían puesto su ambiciosa mirada en el centro del mundo y del Imperio otomano.

El siglo XIX fue difícil para los otomanos y su relación con Occidente. Bajo el pretexto de protección a las minorías religiosas del imperio, los diplomáticos europeos exigieron cada vez más mayores concesiones del gobierno otomano, principalmente zonas económicas y comerciales exclusivas. Rusia pretendió ser protectora de los cristianos ortodoxos, Francia argumentó defender los derechos de los católicos, y por razones incomprensibles para todo el mundo, Inglaterra pretendía salvaguardar los derechos de los judíos.

Pero finalmente no deberían olvidar que así comenzó el fin del mundo. Siempre los poderosos peleando por robar los recursos de todo el mundo, y siempre convenciendo a las masas de que se perseguían los más altos ideales. La única evolución de los humanos en lo que llamaron mundo moderno fue perfeccionar los discursos para simular.

Eso fue lo que hicieron, una sociedad del simulacro. Los poderosos siempre vendieron e impusieron sistemas éticos a las masas, discursos de moralidad a través de la coerción y el miedo, moral que los poderosos nunca siguieron, ética con la que siempre disfrazaron sus tropelías. Fue así desde que los gobernantes representaban a Dios hasta que representaban al pueblo, desde los diez mandamientos hasta los derechos humanos.

Los sultanes otomanos tuvieron que ir cediendo ante la poderosa

Europa y ante los reclamos de libertad de los propios pueblos del Imperio. En lo profundo del desierto árabe, una tribu de beduinos, los Saud, busca imponerse sobre los otomanos, y Egipto también busca su independencia.

En sus dominios europeos van perdiendo territorio ante los nacionalismos de los pueblos europeos, particularmente los griegos que, financiados por Inglaterra, logran su independencia en 1830. La recién nacida Grecia seguirá peleando por aumentar su territorio, mientras que otros pueblos como búlgaros, serbios y croatas comienzan también a luchar por su separación definitiva del Imperio otomano.

Desesperados por la creciente presencia de Francia e Inglaterra, en 1833 los otomanos firman un acuerdo de protección con Rusia. Las tres potencias europeas ambicionaban lo mismo: controlar Mesopotamia, su petróleo, sus rutas comerciales, su salida al Pérsico. Décadas más tarde, durante la Primera Guerra Mundial, esos tres países pactaron repartirse el territorio, aunque finalmente se lo quedaron Inglaterra y Francia nada más.

Sin embargo, el imperio necesitaba de sus enemigos; ésa fue otra de las grandes paradojas de la historia humana hasta el fin de los tiempos. Así como Estados Unidos patrocinaba el terrorismo al ser socio de Arabia Saudí, del mismo modo los otomanos, otorgaban concesiones a los europeos por necesidad económica, concesiones que los hacían más poderosos para poder seguir así sometiendo al imperio.

En 1869 los ingleses hicieron realidad el sueño al abrir el canal de Suez. Por primera vez era posible salir del Mediterráneo por Egipto y llegar mucho más rápido a las Indias. Los ingleses poseían el Indostán y los franceses habían conquistado la Indochina, por eso los dos países necesitaban una ruta más rápida de acceso.

Con la apertura del canal de Suez, los ejércitos de Inglaterra y Francia no volvieron a salir del Imperio otomano; cuando los otomanos se enfrentaron a los europeos durante la Primera Guerra Mundial, la derrota estaba ya consumada. El Imperio otomano dejó de existir en 1922 y Francia e Inglaterra se repartieron Mesopotamia.

En el siglo XV el islam era la civilización más floreciente y radiante del mundo, mientras Europa apenas comenzaba a salir de la oscuridad medieval. Para el siglo XVIII los tres imperios del islam dominaban un territorio que se extendía desde Marruecos hasta el Indostán.

El islam era la civilización dominante del mundo, pero mientras veía hacia oriente, se olvidaba de una Europa a la que consideraban bárbara, oscura y atrasada. Fue por eso, arrogancia cultural, que no notaron la nueva etapa de civilización que nacía en el continente. Cuando el mundo del islam notó los avances de Europa ya era

demasiado tarde para ellos.

Pero ¿qué fue lo que ocurrió en Europa? Hacia 1700, tres imperios del islam dominaban la civilización; para 1800 los tres estaban invadidos y controlados por Europa. Algo ocurrió en aquel siglo que transformó la historia de la humanidad, y que llevó al choque directo entre Occidente y el islam.

En algún lugar entre el todo y la nada

En Occidente la religión y la ciencia se enfrentaron por una cuestión de poder, no de conocimiento. La Iglesia pretendía tener el conocimiento incuestionable sobre el origen y razón de ser del universo, y por lo tanto todas las respuestas…, y el poder que de ello emana. Los científicos tenían de pronto otros métodos y otros lenguajes para indagar en el mismo misterio. Tenían desde luego otras respuestas, y eso era ante todo un conflicto de poder.

Pero a lo largo de milenios, los filósofos, religiosos, científicos y místicos eran una sola cosa. Seres humanos buscando de todas las maneras posibles escrutar los misterios de lo aparentemente inescrutable. Ninguno pretendía tener el único método válido, y de hecho probaban por todos los caminos, que es lo único que puede hacer un buscador de la verdad.

En la Edad Media se estableció un solo camino, el dogma religioso, y por lo tanto se acabó la búsqueda. Cuando renació la ciencia, sus modelos de conocimiento amenazaban a la Iglesia; pero los científicos de la Europa cristiana eran profundamente espirituales y religiosos. Para ellos, como Galileo o Newton, conocer el universo era conocer a Dios. Usar la razón para entender la razón universal. En otros tiempos y culturas sería usar el propio *logos* para conocer el Logos, aquietar la mente para fundirse en la gran mente universal, que el alma individual se fusione en Brahma.

El conflicto que se convirtió en guerra entre ciencia y religión, nada tenía que ver con el conocimiento sino con el poder, y fue un invento de los ilustrados. Los ilustrados, burgueses luchando por el poder, establecen con la Ilustración toda una serie de nuevas teorías que los legitimen a ellos en el poder, y deslegitime al régimen que buscan derrocar.

Todo el antiguo régimen, decían los burgueses ilustrados, estuvo sustentado por mentiras, una serie de mitos religiosos para detentar el poder. Tras la Revolución francesa, los burgueses ya empoderados sustentaron su nuevo régimen con nuevas mentiras, una serie de mitos laicos para detentar el poder.

Los Ilustrados, tan racionales ellos, se contaron una historia donde la razón es la única forma de acceder al conocimiento, o contada al revés, lo que se puede conocer con la razón es lo único que existe.

Derivado de ello despreciaron el valor del mito sin conocerlo en realidad, aunque al mismo tiempo creaban nuevos símbolos y mitos para un nuevo mundo. En cada época los mitos se llaman realidad.

El mito que era realidad en la Edad Media era que la Biblia contenía toda la verdad sobre absolutamente todos los aspectos de la existencia. Es decir que no era sólo un libro espiritual con ideas de dios, ética y bondad; era, de hecho, un instructivo para conocer el universo. Lo malo es que el instructivo estaba en lenguaje codificado y sólo los altos jerarcas de la Iglesia lo podían interpretar.

Fue así que en el medioevo la Tierra se hizo plana, inmóvil y quedó instalada en el centro del universo, mientras Sol, Luna y planetas giraban alrededor. Palabra incuestionable de Dios. Nicolo Copérnico descubrió que era el Sol, y no la Tierra, lo que estaba al centro, y que todo giraba en torno al astro rey. No presentó sus trabajos astronómicos hasta estar cerca de la muerte, por miedo a la Iglesia, pero también al mundo académico de entonces, igualmente dogmáticos.

El modelo de la Iglesia tenía todo un sentido teológico; el planeta plano e inmóvil al centro de un pequeño universo diseñado por Dios para contener su creación, constantemente vigilada. Hacerla redonda contradecía a la Iglesia, hacerla girar aparentemente contradecía el sentido común, y hacerla uno más de tantos planetas parecía un desatino en la creación, y un terrible golpe al ego de una humanidad europea, convencida de ser el centro del mundo, de un planeta que Dios había puesto al centro del universo.

Medio siglo después de su muerte, Galileo Galilei corroboraba toda la teoría copernicana. Con telescopios diseñados por él mismo, Galileo vio lunas de Júpiter, anillos de Saturno, y manchas en el Sol. Sus cálculos no dejaban lugar a dudas; el Sol era el centro del universo y la Tierra uno de más planetas, cada uno con lunas.

Ni Galileo ni Copérnico veían contradicción entre las escrituras cristianas y sus descubrimientos, pero la Iglesia nunca dejó ver la amenaza que representaba un sistema de conocimientos distinto al suyo. Copérnico no tuvo conflictos con las autoridades religiosas; Galileo se salvó de la muerte en gran medida por su buena relación con el papa, pero no pudo evitar el arresto domiciliario en que vivió desde 1633 hasta su muerte en 1642.

Pero en medio de estos dos genios que marcaron el inicio de la revolución científica, existió y murió un hombre que tuvo la visión total de la comprensión del cosmos. Mientras los eruditos se dedicaban a discutir si el centro del universo era el Sol o la Tierra, Giordano Bruno sabía muy bien que el universo no tiene centro, ni orillas, ni tamaño, ni límites ni dimensiones. Es un todo sin arriba ni

abajo, una existencia que es un inmenso todo inconmensurable.

¿Cómo podría un dios ilimitado tener una creación con límites? ¿Cómo podría una creación infinita existir de manera separada de Dios? El universo, igual que Dios, es un gran todo que contiene infinitas posibilidades, y aunque no es grande ni pequeño, es una constante y maravillosa expansión que va colmando de dicha a la existencia. En realidad, Bruno vivió la experiencia de Dios, y descubrió que Dios es el universo. Cada árbol, cada estrella, cada mundo y cada partícula están en Dios y son la totalidad de Dios.

Bruno pasaba horas enteras mirando las estrellas, convencido de que eran mucho más grandes que el Sol, pero infinitamente más lejanas. Miraba las estrellas y se enfrentaba a los límites que el espíritu de aquella época había programado en las mentes; sin importar si el centro es el Sol o la Tierra, el universo es un conjunto de esferas planetarias rematadas por la bóveda celeste donde están fijas las estrellas.

Pero ¿cómo podía existir algo fijo en un universo en permanente transformación, cómo podría ser limitada la creación de un dios ilimitado, cómo podría haber un centro o tamaño del universo? ¿Cómo podría ser finita la creación que es expresión del amor infinito e inconmensurable del creador?

Un día, mirando a las estrellas, su mente sobrepasó todos los límites. Él mismo no sabía lo que ocurría, pero pudo verlo todo. Se acercó al límite del mundo, donde todo terminaba en una bóveda celeste, y de pronto pudo ver que dicho límite era sólo como una cortina. La cortina del cielo se movió y pudo ver Bruno que había algo más allá. Temeroso, dudando con las ataduras de su tiempo, se acercó y removió la bóveda celeste.

Giordano Bruno se elevó hacia un cosmos interminable, y más allá de todos los límites abrió confiado las alas al espacio y se elevó hacia el infinito, alejándose de todo y de todos, al tiempo que se acercaba a presenciar de forma directa el misterio que los demás se conformaban con ver a la distancia. Percibió el infinito, con lo cual su mente destruyó todos los límites hasta descubrir que no había una sola barrera entre él y el resto de la existencia.

Supo que toda la existencia era una expansión infinita, y que esa inconmensurable expansión era una consciencia en crecimiento, sabiendo más de sí misma gracias a los seres inteligentes que la percibían. Comprendió el significado de la infinitud del infinito, un verdadero mundo sin límites, una ilusión hecha de materia. Siempre había más hacia lo infinitamente grande y también hacia lo eternamente pequeño.

Bruno intuyó que todo estaba hecho de partículas en constante

movimiento, apareciendo y desapareciendo en un vacío absoluto, tomando así las formas del mundo. Dios no es tan pequeño como las mentes humanas, les decía Giordano a los teólogos y académicos de su tiempo; Dios no es del tamaño de su limitada visión del universo, un Dios infinito sólo puede ser creación infinita.

En su viaje por el espacio, Bruno pudo ver que ese amor impregnaba toda la existencia ilimitada, y podía infundir vida en cualquiera de esos mundos, seres con inteligencia que tratarían de explicarse el universo infinito con dioses limitados. Seres que se perderían en los límites de su mente y que sólo podían evolucionar hacia la consciencia universal llamada Dios, o caer en la autodestrucción.

Giordano Bruno fue quemado vivo en el año 1600 y según cuentan murió en paz total. Fue condenado por su visión, una visión que incluía una existencia formada por átomos fluctuando en el vacío, un universo sin tamaño, límite o centro, un cosmos en eterna expansión donde había una cantidad incontable de estrellas, cada una con planetas, todo impregnado por un impulso de vida que bien podría generar inteligencia y consciencia en cualquier rincón de ese cosmos sin rincones.

Seis décadas después de la muerte de Bruno, el mismo año en que murió Galileo, nació un hombre que, pese a ser el más brillante de su tiempo y de muchos tiempos, no pudo concebir el universo infinito de Giordano. No obstante, Isaac Newton descubrió un universo nunca antes soñado, y le explicó a la humanidad cómo funcionaba.

Newton dedicó mucho más tiempo, tinta y palabras a la religión que a la ciencia. Al tiempo que calculaba cómo era posible el movimiento planetario en torno al Sol, calculaba también los años exactos que habían pasado desde que Dios creara el mundo, y como muchos desde tiempos griegos, se preguntaba de qué estaba hecho el universo.

La respuesta de Newton fue similar a la de Bruno y a la que siglos atrás diera Heráclito o Demócrito: todos son átomos fluctuando en el vacío. La única forma en que puede explicarse la transformación del mundo, es que todas las cosas estén hechas de partículas pequeñas e indivisibles que, según se combinen, dan forma a todo lo que existe.

Eso había dicho Heráclito, asegurando además que las formas que tomaban los átomos en el vacío estaban organizadas por el Logos, por esa fuerza e inteligencia incomprensible que hacía que todo fuera como es. Newton estaba seguro de que esos átomos en el vacío formaban un mundo ordenado a causa de la acción de Dios. Básicamente descubrieron lo mismo.

Pero Heráclito no tenía la mente esclavizada a la cultura cristiana

como sí estaba la de Newton, quien no podía dejar de concebir a un gran ser creador, ordenador y juez, que estaba constantemente dando forma y equilibrio al mundo, a esas partículas en el vacío, y corrigiendo los pequeños desajustes que el tiempo causaba en el universo. Dios era un relojero dando cuerda a su reloj constantemente. Para Heráclito y Demócrito, esa inteligencia estaba impregnada, como señaló Bruno, en cada partícula.

Y aunque sir Isaac se hizo famoso por sus leyes de la gravitación, fue fundamental lo que descubrió acerca de la luz. Descubrió que la luz está compuesta por todos los colores, o que todos los colores son una manifestación de la luz; sin embargo, las mentes occidentales ya estaban muy programadas para ver todo como fenómenos aislados, mientras que la oriental siempre estuvo entrenada para ver los fenómenos aparentemente aislados, como manifestaciones de una unidad.

Así pues, dieciséis siglos después de Jesús, Newton descubrió que la luz está hecha de colores y los colores de luz, pero no dejó de indagar en la luz como un fenómeno separado de los demás fenómenos. Cuatro siglos antes de Jesús, el sabio chino Mo Tzu ya había descubierto que la luz se descompone en colores, de lo cual concluyó que la luz contiene todos los secretos del universo, que los colores no son más que la parte de la luz que es posible percibir, pero que sigue habiendo luz y manifestaciones de ella por debajo y por arriba de nuestros sentidos.

La luz nos dice de qué está hecho todo, o hay que entender que todo está hecho de luz. Además, decía Mo Tzu, esa luz no es otra cosa que amor universal, tal y como percibió Bruno, o Heráclito o el Buda. Todo está hecho de luz, dijo Mo Tzu, Newton quería saber de qué estaba hecha la luz, y planteó que está formada por partículas, y no de ondas como se pensaba.

De momento lo que importa no es de qué estaba hecha la luz. Lo importante es que Occidente generó dos revoluciones que lanzarían a su civilización por encima de todas. Con Copérnico y Galileo, hasta llegar a Newton, Europa dio a luz a la revolución científica. Los humanos comenzaron a descubrir los misterios de la energía y la materia, por lo que la revolución científica dio paso a una revolución industrial, ésa fue la revolución que les dio poder para conquistar el mundo.

Si la luz estaba constituida por partículas o por ondas fue una discusión que se mantuvo en el ámbito científico hasta que llegó Max Planck, quien contra todo pronóstico, determinó que las dos respuestas eran correctas. La luz a veces se comportaba como partícula y a veces lo hacía como onda.

Hasta el siglo XX toda teoría, por muy diversa que fuera de otra, se basaba en algo simple y que todas tenían en común: la materia existe. Fue ahí donde la teoría cuántica volvió locos a los científicos, cuando vieron que los electrones se comportaban de manera incomprensible, que los átomos están en realidad vacíos, y que todo lo que existe es energía.

Planck descubrió que los electrones no tienen órbita ni movimiento fijo, y que no siempre se comportan como partículas, sino que a veces son ondas. De hecho, son en realidad un ser y no ser que sólo se define hasta que es observado. Como si el universo se evadiera para conservar su misterio.

Planck no pudo dejar de pensar en un universo consciente. Pudo entender a través de la ciencia lo que los místicos a través de la meditación: que la materia es ilusoria, que todo es energía y que todo es, por tanto, lo mismo, una gran unidad que se manifiesta de todas las formas posibles. Toda la materia, dijo Max Planck en 1944, tiene su origen y existe en virtud de una fuerza. Debemos suponer la existencia de una mente consciente detrás de esa fuerza, una mente que es la matriz donde ocurre toda la existencia.

El descubrimiento más importante de la física cuántica fue que la materia no existe. Se sabía que electrones, protones y neutrones eran las partículas indivisibles de las que estaba hecha toda la materia. Pero resultó que podían dividirse aún más, en partículas verdaderamente elementales que fueron bautizadas como quarks. Y dichos quarks, en realidad, no son materia sino energía pura.

Conclusión muy cuántica, muy védica y muy mística: la materia no existe, todo lo que hay es energía con diversos niveles de condensación y vibración que los sentidos de los seres sensibles interpretan como materia, y la energía existe desde siempre, como Dios, como el Tao, como el Logos, como Alá, como Brahma.

La materia brota de la energía, la energía existe desde siempre. ¿Cómo podría brotar algo de la nada? Los seres humanos viven una existencia con un principio y un fin, en un mundo material donde todo está sujeto a la misma situación: brota, existe por un tiempo, y desaparece; la acción de Brahma, Visnú y Shiva. Es por eso que su mente rechaza la idea de que algo exista desde siempre.

La existencia no tiene un inicio en el pasado. Es un misterio que sólo sucede aquí y ahora, es una danza que no deja de ocurrir nunca. Eternamente la energía está manifestándose en forma de materia. La materia brota de la energía, existe un tiempo y a la energía vuelve. Es la nada de la que surge el todo y a donde regresa para volver a brotar. Como la energía es eterna, no se crea ni se destruye, el universo es una absoluta y constante transformación de algo que existe desde

siempre.

Los científicos cuánticos le llamaron energía, una fuerza misteriosa que sabían que existía, aunque no supieran lo que es, pero sabían que es eterna y causa de todas las cosas. Los sabios védicos le llamaron Brahma, los místicos griegos lo nombraron Logos y los teólogos cristianos, Dios. Todos se enfrentaron exactamente a lo mismo; sabían que existía, aunque no sabían lo que era, pero sabían que es eterno y causa de todas las cosas.

Nadie sabe lo que es, sólo que existe. No es un problema religioso o científico sino uno lingüístico, decidir el nombre para referirse a un misterio insondable que no tiene nombre pero que evidentemente existe, pues ese misterio es la existencia misma. A la mente humana le encanta hacerse trampas para creer que sabe.

Los antiguos griegos tenían claro que de la nada puede salir nada, y puesto que el mundo existe, no queda más que asumir que existe desde siempre, y que se transforma constantemente. El pensamiento cristiano, nacido en contexto griego, decía que nada puede existir desde siempre y el mundo debe tener un origen. Agregaron su variable favorita: Dios. El mundo existe desde que fue creado, de la nada, por Dios.

Pero con la variable Dios sólo existen dos opciones posibles: o existe desde siempre, según se dice, o tiene un origen, algo así como un dios de dios, el creador del creador. El mundo es un diseño inteligente, dicen los teístas; así pues, debe existir un diseñador más inteligente que el diseño. Es lógico.

Claro que ese diseñador inteligente sería tan inteligente y perfecto que entonces necesitaría un diseñador más inteligente aún que lo hubiese diseñado. A ese súper gran diseñador le pasaría lo mismo: o existe desde siempre o fue creado, tramado, pensado y diseñado, por un ultra gran diseñador más inteligente aún, que a su vez se enfrentaría exactamente al mismo problema.

Podríamos pasar toda una serie de vidas humanas retrocediendo en el pensamiento para seguir buscando al creador del creador del creador del creador del creador. Por eso resulta mejor un solo Dios que existe desde siempre…, pero ¿por qué no quedarse con un mundo que existe desde siempre? Todo sería más fácil, con menos teorías sobre algo incognoscible. La mente es compleja, la existencia es sencilla, simplemente Es.

Pero antes de ser tan lógicos, los griegos también buscaron explicaciones en el mito. ¿Dónde está el mundo? Pues el mundo está sostenido por Atlas. Pero algún curioso se atrevió a preguntar dónde estaba Atlas y la respuesta estaba a la vista: Atlas estaba firmemente parado sobre el caparazón de una tortuga gigante.

¿Y esa tortuga?, preguntaría el necio, pero la respuesta es simple; estaba sobre el caparazón de una tortuga más grande aún, que no podía sino estar sobre una tortuga de dimensiones aún mayores, que sólo podría estar sobre una tortuga mucho más gigantesca, que sólo podría estar sobre una tortuga más grande. A partir de ahí todo son tortugas, y seguramente alguna de ellas existe desde siempre…, o está sobre otra.

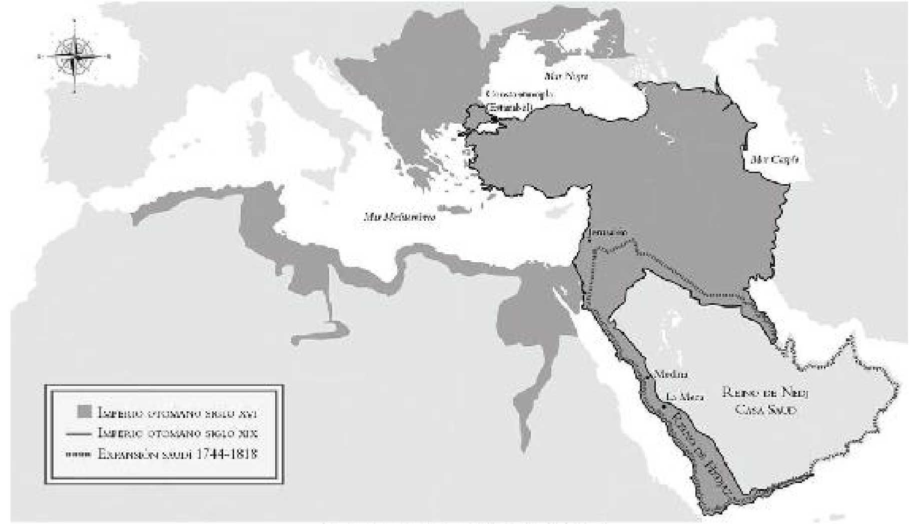
Otra versión del mito sostiene que la tortuga en la que Atlas se posaba, navegaba sobre un inmenso océano, lo cual, aunque le da variedad al mito, sólo puede llevar a preguntar dónde estaba semejante océano. Evidentemente dicho mar sólo podría ser infinito o estar dentro de algo más grande, que a su vez tendría que ser infinito o estar dentro de algo más grande, que a su vez tendría que ser infinito o estar dentro de algo más grande. Por eso mejor Dios existe desde siempre y la mente humana descansa con ese maravilloso autoengaño lingüístico.

Muchísimo tiempo después llegó la ciencia, la astrofísica para ser exactos, y con base en métodos, en observaciones, en experimentos y en ecuaciones, concluyeron que hace unos 13 700 millones de años la energía, y la materia por añadidura, que existe en el universo, estaba compactada en una partícula tan diminuta que no tenía siquiera dimensiones. A ese minúsculo origen le llamaron singularidad…, y de pronto explotó para originar el universo.

¿Dónde estaba esa singularidad que lo contenía todo? Ustedes lo saben pues ya estuvimos ahí: en ningún otro lado, pues no puede existir nada además del todo. Es decir que no había un espacio donde estuviera la singularidad que originó el espacio. ¿Y de dónde surgió o desde cuando estaba ahí, aunque no había un ahí? Pues fácil: desde siempre.

La física cuántica descubrió que toda la materia no es sino una forma de manifestarse de la energía. La materia es energía compactada, una ilusión, como se escribió en los Vedas unos seis mil años antes de la física cuántica. Toda la existencia no es más que paquetes o bloques de energía llamados quantum. ¿Desde cuándo existen? La respuesta es evidente, existen desde siempre.

Universo, Brahma, Logos, Dios o energía; el punto es que existe desde siempre por más incapaz que sea la mente humana de lidiar con eso. El Buda tomó un camino más sencillo y sensato: el mundo existe, y es posible ser plenamente feliz en él. Lo demás es irrelevante.



Imperio otomano y Casa Saud

En el origen del terror, entre el desierto y el mundo

Muy poco ha cambiado el desierto de los árabes desde que comenzó en su corazón la historia del islam. Las grandes civilizaciones islámicas fueron las que se construyeron afuera de la península, en Mesopotamia, en Persia, en Egipto o el Indostán. El corazón del desierto siguió estando al margen de los grandes imperios, y la vida de los beduinos siguió sin mucha transformación.

Sólo hay un lugar de ese desierto que importa a todos los musulmanes y por lo tanto a aquellos que aspiren a dirigirlos. La Meca y Medina, los santos lugares del islam, que desde el año 1201 estuvieron bajo mandato y cuidado de la dinastía Hachemí, la familia del profeta Muhammad, que ostentaba el título de jerife de La Meca.

Para el año 1517 el Imperio otomano había restablecido el orden en todo el centro del mundo después de los ataques de cruzados y mongoles; el jerife de entonces reconoció la autoridad del sultán y califa otomano. Las ciudades sagradas, y toda la costa occidental de Arabia, permanecieron adheridas al imperio con un alto grado de autonomía, bajo los jerifes descendientes de Muhammad, y con el nombre de Reino de Hiyaz.

Sólo la costa occidental de Arabia era motivo de ambición, no sólo por tener las ciudades santas, sino porque permitía dominar todo el Mar Rojo. El centro del desierto, bastante desolado y con pocos oasis, alojaba una serie de reinos que para aquel tiempo habían adquirido cierta estabilidad. Al centro del desierto y en medio de la nada estaba el emirato de Nejd, gobernado por una familia que cambiaría la historia, y tendría también su participación en la guerra del fin del mundo: los Saud.

El centro del mundo vivió sin mucho conflicto entre 1517 y 1744. Ese año las cosas comenzaron a cambiar, y sin que nadie pudiera sospecharlo, se determinaban las guerras y conflictos geopolíticos del futuro. Para ese tiempo, el árido desierto árabe era motivo de pugna entre diversos clanes de beduinos, mientras que los santos lugares de Medina y La Meca estaban bajo soberanía del Imperio turco.

Uno de tantos líderes beduinos del desierto, Muhammad ibn Saud, buscaba unificar la península bajo su mandato, mientras que un líder religioso, Abdul al Wahab, buscaba imponer su particular versión del islam, basada en un movimiento conocido como salafismo.

Desde tiempos de los primeros califas hubo musulmanes que acusaban a los gobernantes de alejarse del mensaje original del islam enseñado por el profeta. La primera dinastía, los Omeya, siempre fueron acusados de abuso y corrupción, prácticas totalmente contrarias a la palabra de Alá expresada en el Corán. De hecho, la revolución que los derrocó en el año 750 argumentaba precisamente eso.

Desde entonces surgieron movimientos que buscaban rescatar la pureza original del islam de Muhammad y de sus primeros seguidores. Los ancestros del islam, decían estos movimientos, vivieron una era dorada gracias a vivir de acuerdo con el islam, y era fundamental regresar a esa pureza. Ancestro en árabe se dice salaf, y los movimientos que buscaban esa vuelta al origen eran conocidos como salafistas.

Hubo salafistas que predicaron contra los Omeya en los primeros siglos del islam, así como contra los turcos selyúcidas cuando invadieron el imperio, o contra los otomanos cuando impusieron su dominio. Para el siglo XVI y XVII la estabilidad y prosperidad de los imperios del islam marcaron un declive del salafismo, pero para el siglo XVIII, la continua intervención europea lo hizo renacer.

A la mitad de ese siglo y en medio del desierto, fue cuando un clérigo musulmán comenzó a predicar la urgencia de volver al islam puro de los orígenes, pues argumentaba que el declive del islam frente a Europa era resultado de haberse alejado de la enseñanza del profeta, mientras que la expansión y los tiempos de gloria del pasado se debían a la pureza de la fe. Su nombre era Muhammad ibn Abdul al Wahab Kirgiz, conocido como Al Wahab, y a su movimiento como wahabismo.

Según Al Wahab, el Corán no debía interpretarse bajo ninguna circunstancia, sino tomarlo como la revelada y literal palabra de Dios. Bajo esta óptica, que no deja de ser una interpretación, el Corán, al describir la vestimenta, está determinando cómo se deben vestir todos los musulmanes de todo el mundo en todos los tiempos. La misma visión aplica a las tradiciones, la dieta, el trato a las mujeres, y un caso muy importante: si en los inicios el islam se expandió con guerra, el mensaje es claro: Alá quiere una expansión del islam a través de la guerra.

Ibn Saud quería ampliar sus dominios, conquistar el reino de Hiyaz para conseguir el control de los santos lugares, y reinar sobra una península árabe unificada. Para eso necesitaba un ejército. Al Wahab, que tenía un ejército de seguidores, quería imponer su visión del islam en todo el mundo, y para eso necesitaba a un rey.

Matrimonio entre políticos y religiosos. En 1744 Ibn Saud casó a

una de sus hijas con un hijo de Al Wahab, con lo que se selló una alianza que se mantuvo hasta el final de los tiempos. El emir Saud necesitaba un pretexto para conquistar la Península, y éste fue la religión, mientras que Al Wahab necesitaba un líder político que impusiera su visión del islam. Muy lentamente comenzó a formarse Arabia Saudita.

Ibn Saud y sus guerrilleros wahabitas comenzaron una guerra santa por toda Arabia para la unificación política y religiosa. En 1801 las tropas saudíes tomaron la ciudad de Kerbalá, en Mesopotamia, territorio de los otomanos, y para 1803 arrebataron los santos lugares al jerife de Medina y La Meca.

Ibn Saud y Al Wahab requerían legitimidad política y religiosa, y ambas se conseguían controlando las ciudades más sagradas del islam, además de que eso significaba administrar las fortunas que cada año los musulmanes de todo el mundo gastaban en hacer su peregrinación religiosa a La Meca, que todo musulmán debe hacer una vez en su vida.

Poco tiempo lograron las tropas saudíes y wahabitas controlar las ciudades santas, pues ésa era una de las peores pérdidas para el Imperio otomano, en una época en que el sometimiento europeo comenzaba a minar su prestigio. En el año 1818 el sultán y califa otomano envió las tropas imperiales y recuperaron las ciudades.

Las tropas otomanas atacaron principalmente desde Egipto para recuperar el reino de Hiyaz, y eliminaron casi por completo a las tropas wahabíes sauditas. El emir Abdulá ibn Saud fue ejecutado en Constantinopla. El primer reino saudí duró pocos años, pero los sobrevivientes no dejaron de prepararse, y todo el siglo XIX fue de guerra constante entre los otomanos y los saudís. Los Saud resultaron ser la mejor arma que pudo tener Inglaterra en su guerra por destruir al Imperio otomano.

El siglo XIX fue terrible para el Imperio. Perdió todo dominio del Mar Negro y de Europa Oriental, del Cáucaso, de Egipto, y vivía en el eterno conflicto con los wahabitas. Pero sobrevivió hasta el siglo XX y entró a la Primera Guerra Mundial del lado alemán, como un intento de contrarrestar la presión económica y política cada vez mayor que ejercían Inglaterra y Francia.

Comenzó la Gran Guerra y los ingleses necesitaban proteger sus intereses petroleros en el Imperio otomano. Divide y vencerás, supieron siempre los ingleses, y comenzaron la guerra contra los turcos en el corazón del imperio, al convencer a las tribus árabes de que se rebelaran contra el dominio otomano y lucharan del lado inglés. A cambio, al terminar la guerra serían libres.

El jerife de La Meca se llamaba Husayn ibn Alí. Al ser guardián de

los Santos Lugares y descendiente del profeta Muhammad, era el líder perfecto para encabezar una revolución. Con él negociaron los ingleses la participación árabe en la guerra, y le ofrecieron que, por su ayuda, al ganar la contienda sería proclamado rey de un Reino de los Árabes que abarcaría desde Yemen hasta Siria, toda la península Arábiga y Mesopotamia.

Los árabes lucharon con los ingleses, pero al mismo tiempo la corona británica estaba comprometida con el movimiento sionista, una organización judía que pugnaba por organizarse para formar un estado judío en torno a Jerusalén, para entonces dominio de los otomanos. Los ingleses negociaron también con el sionismo, ayuda económica a cambio de territorio, la costa palestina…, parte del territorio que habían prometido a Husayn ibn Alí.

Los ingleses de momento no pensaban cumplir con nadie. Al tiempo que negociaron con los árabes y los sionistas, llegaron a un acuerdo con Francia, a principios de 1916, por el cual ambos países se comprometían en la guerra contra los turcos, y al vencer se repartirían ellos el territorio. Eso fue lo que pasó.

El imperio no sobrevivió a la guerra y Constantinopla volvió a caer. Entre 1918 y 1923 la eterna capital de tantos imperios fue ocupada por tropas de Inglaterra, Francia, Italia y Grecia, que eran los países que se iban a repartir el botín turco. Para 1923 se establecieron las fronteras de la nueva Turquía, así como el dominio francés e inglés sobre Mesopotamia.

Para ese momento Europa controlaba África, Mesopotamia, el Indostán y la Indonesia. Desde Marruecos hasta el sultanato de Brunei, en el sureste asiático, todo el mundo del islam había sido lentamente conquistado por los europeos para alimentar su carrera industrial.

Las potencias vivían en guerra aunque no hubiera guerra. Inglaterra ambicionaba el petróleo de Mesopotamia y se iba a apoderar de él como fuera. Entre 1911 y 1914, antes de que comenzara la guerra, y cuando en teoría nadie la esperaba, la casa Saud y su ejército wahabita ya habían proclamado la guerra santa y conquistaban lentamente todo el desierto árabe, todo eso con apoyo económico de Inglaterra.

Los wahabitas recorrieron la península destruyendo templos y ciudades, quemaron vivas a miles de personas y decapitaron a sus principales oponentes, al tiempo que comenzaba la lenta esclavización de las mujeres que continuó hasta el fin de los tiempos. El wahabismo se impuso como la única visión correcta del islam. Inglaterra lo vio todo.

Abdul Aziz ibn Saud tuvo docenas de esposas, cientos de concubinas y miles de hijos que fueron el cimiento de la dinastía. En

1932 el emir Saud proclamó la fundación del reino de Arabia Saudita, con el apoyo del Comité para el Avance de la Virtud y la Eliminación del Pecado, presidido por los wahabitas y que, con Alá como pretexto, fue la base del estado absolutista, dictatorial y policial de los Saud al que Occidente siempre apoyó. Quiso la casualidad que ese año comenzara la exploración petrolera en el desierto.

Después de las guerras mundiales y ante el colapso económico de Europa, fue Estados Unidos quien reemplazó a Inglaterra en sus aventuras imperiales, y el apoyo a los Saud no fue la excepción. Es en aquel tiempo cuando la California Standard Oil Company comenzó su aventura árabe hasta formar la Arabian American Oil Company, o Saudi Aramco, la compañía petrolera del estado saudí, pero de capital norteamericano.

Desde entonces comenzó el mundo a vivir un triángulo fatal: la Casa Saud era millonaria gracias a los negocios con Estados Unidos; con parte de esa fortuna patrocinaban a su religión oficial, el islam wahabita, una especie de soborno para aplacar a los clérigos, que volteaban la cara para no ver todos los excesos, abusos y pecados de los Saud.

Con ese dinero los wahabitas patrocinaron escuelas coránicas en muchos países musulmanes, escuelas donde enseñaban su visión violenta; patrocinaron además a movimientos antioccidentales como Al Qaeda, de donde surgió ese nuevo elemento llamado Estado Islámico, quien al recibir patrocinio de los wahabitas, existió finalmente gracias a Estados Unidos. Todos buscaban el petróleo de Mesopotamia.

Fue desde territorio saudí que Estados Unidos emprendió todas las guerras contra otros países árabes y musulmanes. Fue desde ahí donde fueron patrocinadas las escuelas wahabitas y los campos de entrenamiento, fue ahí desde donde salió el dinero que patrocinó revueltas por toda África, desde ahí se desestabilizó a Siria y se invadió Yemen. Desde ahí se pagaron las armas con las que los musulmanes del estado islámico mataban principalmente a otros musulmanes. Todos usaban a su dios laico o religioso como discurso, bandera y pretexto. Todos buscaban el petróleo de Mesopotamia.

Religión y nacionalismo entraron en guerra. La bandera del islam fue la yihad, la tan corrompida yihad. Luchar por Alá y el islam. La bandera occidental fue la vuelta al fascismo, ese nacionalismo extremo que sólo sabe ver enemigos afuera de las fronteras. Como en todos los casos, cuando más de uno quiere algo y ninguno cede, es cuando se llega a la guerra. Muchos poderosos querían Mesopotamia, y ninguno estuvo dispuesto a ceder.

Los humanos fueron siempre seres creadores y creativos, un

camino a la luz, un puente entre lo que han sido y lo que podían llegar a ser si despertaban. Ese camino hacia la propia divinidad está entre las líneas de los más antiguos mitos, más allá de su literalidad. Los humanos son seres que imaginan y al serlo son creadores. Toda su realidad fue siempre su propia creación. Y así, por sus propias creaciones y sus propios miedos, fueron controlados desde el principio hasta el final de la civilización.

Dos civilizaciones chocaron a causa de la ambición de pocos, el terror de muchos y la complicidad de todos. Pero Occidente nunca tuvo cómo ganar esa guerra. Nada mueve más a una comunidad de millones de hombres que nunca se han visto, que compartir colectivamente sus mitos. En Occidente, el mundo construido por la Ilustración apostó por la razón como único determinante del ser; la Ilustración destruyó el mito. Fue así como la luz de la razón los dejó en penumbras.

Occidente apostó a la razón como algo que necesariamente se contraponía al mito, olvidó su propia sabiduría ancestral y depositó toda su confianza en una sola forma de conocimiento: aquello que pueda demostrar la lógica, que es finalmente una invención de ustedes mismos que funciona con base en el lenguaje, otra invención de ustedes. La lógica sólo les permite pensar los conceptos inventados por ustedes mismos. Ése es su límite.

Occidente se convirtió en una civilización de individuos separados y egoístas en busca del éxito y el placer individual, bajo el signo de la era industrial: el mito del progreso, junto con de Dios, uno de los mitos más asesinos de la historia. El progreso, un mito que se sustenta en el otro cimiento del mundo llamado moderno: la idea del individuo.

El islam, por el contrario, siempre vivió de sus mitos, sacaba fuerza y fervor de sus mitos, y podía actuar con una mente de colmena gracias a que compartían sus mitos. Sus mitos fueron su fortaleza, y la ausencia de mitos en Occidente fue su gran debilidad. Al final, dos culturas con la misma raíz no supieron comprender lo más profundo de sus mitos originarios. Nunca evitaron el apocalipsis cuando sólo dependía de ustedes.

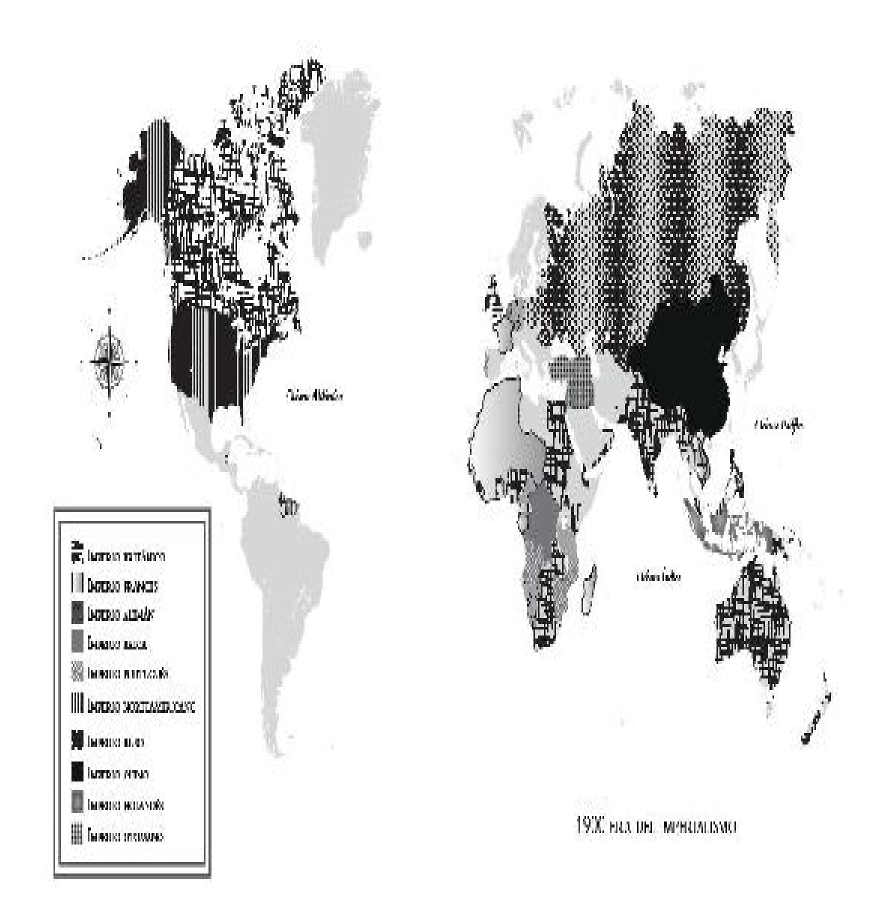
En el interior de la materia, alrededor del mundo

Materia y energía son lo mismo. Ese gran descubrimiento científico del siglo XX, fue la gran revelación espiritual plasmada en los Vedas milenios atrás. Todo es energía. La energía lo mueve todo en el universo y fue también lo que movió la historia humana.

Todo es energía. La vida es un maravilloso fenómeno que no es otra cosa que la existencia intercambiado energía consigo misma. Eso es cada inhalación y exhalación de cada ser vivo, un intercambio energético con el todo. El ser humano, energía consciente, descubrió cómo obtener energía del resto de la existencia. Cuando el ser humano descubre el fuego comienza la aventura de su historia.

El fuego es arrancarle energía a la materia. Del fuego al carbón, de ahí al petróleo y al átomo, es la evolución del mismo proceso. Golpear piedras para generar chispas, o colisionar átomos para liberar su energía es básicamente lo mismo, descubrir que la materia produce energía, que la matera es energía condensada y que el ser humano puede usarla.

Sin el fuego no habría existido una historia humana. Fue la cocción lo que hizo carnívoro al humano, y lo que dio al organismo la energía necesaria para la evolución de un cerebro grande que generó millones de millones de conexiones neuronales, hasta convertirse en la estructura más compleja del universo. Sólo en un cerebro así puede depositarse la consciencia. El cerebro es todo un universo en sí mismo. Al revés es exactamente igual.



Vayamos unas cien mil vueltas atrás en la historia del planeta. En África una especie de primate erguido deambula sin sentido, asombrado del mundo que percibe, con miedo, intentando sobrevivir entre otras tantas especies más peligrosas y dotadas que él. Un primate sin garras, sin fuerza extraordinaria, que no trepa a los árboles y que está aparentemente indefenso ante los embates de la naturaleza. Ahí está el *homo* que comienza a ser *sapiens*.

Algo hizo que ese ser inerme sobreviviera. Su cerebro, más evolucionado que otros, le permitió comenzar a establecer ciertas formas de comunicación, gracias a lo cual tuvo la capacidad de comenzar a transformar el mundo. El primer gran descubrimiento que

se lograron transmitir unos a otros cambiaría para siempre la faz de la Tierra: el hombre descubrió el fuego, y la forma de crearlo.

A la capacidad de comunicación del hombre se sumó este gran energético que lo lanzó a la conquista del mundo, y de nuevos energéticos. La energía les puso a los humanos su primera prueba. Tenían miedo, descubrieron el fuego y perdieron el miedo. Entonces tuvieron miedo de perder el fuego. Cien milenios después les ocurrió lo mismo con el petróleo.

Y es que el dominio de la energía le permite al humano transformar el mundo y adaptarlo a sus necesidades. Todas las demás especies animales dependen de la adaptación: especie que no se adapta, perece. Pero los humanos descubrieron cómo adaptar el mundo a sus necesidades y ésa fue la base de su sobrevivencia y su desarrollo.

La raza humana generó dos grandes condicionamientos: sentir que es necesario controlar para no temer, y tener miedo a perder la fuente de energía, la que sea. Toda la subsistencia depende de controlar la energía…, la mente humana lo amplía: toda la subsistencia depende de controlar.

A partir del fuego los humanos encontraron múltiples caminos para arrebatarle energía a la materia. Todos esos caminos se transitaron en guerra, pues nunca perdieron el miedo a no tener asegurada su fuente de energía y de sobrevivencia. No hay mayor impulso que el de sobrevivir. Los humanos estaban dispuestos a lo que fuera con tal de sobrevivir, incluso a destruirse.

Decían los cabalistas que compartir es el camino a la inmortalidad; lo que resultó un hecho es que el egoísmo resultó el camino a la destrucción. Los humanos, temerosos, luchan entre sí por los recursos y los recursos nunca alcanzan, en gran medida porque se gastan en las luchas por obtenerlos. Compartiendo todo alcanza.

Compartir era muy sencillo y era la clave. La energía es inagotable, alcanza para todos. Pero al final ya no era un tema de energía, sino de la máxima perturbación de los humanos: el ansia de poder. Los que ansiaban el poder siempre usaron el miedo de los otros. Los humanos tenían tanto miedo a no sobrevivir que se destruyeron entre sí. Qué triste fue su historia.

Desde el descubrimiento del fuego el conflicto eterno de la humanidad fue siempre por el abasto de energéticos. Más conflicto si se considera el carácter no renovable de muchos de ellos. El humano comenzó a hacer energía con madera, y muchas civilizaciones antiguas dejaron de existir cuando agotaron su ecosistema. Desde tiempos inmemoriales se usaba también el carbón, tanto vegetal como mineral, pero su costo de obtención lo hacía prohibitivo.

Los humanos no descubrieron el pleno potencial del petróleo hasta el siglo XIX, pero el hidrocarburo lo conocían desde la antigüedad, aunque sólo podían obtenerlo de yacimientos superficiales, y su utilización era muy reducida.

Estuvimos ya en un momento de la historia donde la guerra se libró con petróleo. Ahí, en el asedio a Constantinopla, las defensas de Bizancio atacan a los turcos con su arma más misteriosa y mortífera: el fuego griego, bolas de lodo con paja y petróleo que eran lanzadas en catapultas, y les daban incluso la capacidad de incendiar el agua, lo que lo convirtió en una leyenda tenebrosa para los turcos.

Fue en el Cáucaso y en Mesopotamia, a mediados del siglo XIX, cuando los seres humanos comenzaron la extracción industrial de petróleo, y a descubrir todas sus potencialidades. Se convirtió desde entonces en el motor del mundo. El entusiasmo era inagotable, pero el gran problema al que se enfrentaron fue una de las causas de la guerra del fin del mundo: el petróleo se acaba.

El petróleo se acaba porque así ocurre con todo en el mundo de la materia. El petróleo no es más que materia de otros tiempos, mucha materia de millones y millones de años aprisionada por el tiempo. Materia orgánica descompuesta y transformada por bacterias a lo largo de millones de años hasta convertirse en esa sustancia negra y oleosa a la que llamaron petróleo. Dicho de otra forma, son las especies vegetales y animales del pasado remoto, muertas, enterradas y transformadas. La existencia es energía en transformación, los animales del pasado se transforman en petróleo y el humano transforma eso en energía.

Siempre ha existido algo que ha movido al mundo desde que el hombre dominó el fuego. El combustible que movió por casi toda su historia a la humanidad fue la madera. Desde el inicio de la civilización y hasta 1880, cuando a causa de los avances tecnológicos de la revolución industrial, más la sobre oferta de hombres dispuestos a arriesgar la vida en una mina, obtener carbón se hizo más fácil y menos costoso.

Miles de seres humanos murieron en minas carbón desde que éste comenzó a ser extraído. Los humanos buscan carbón para asegurar la subsistencia, aunque eso implique la muerte de miles de humanos. Ésa es la trampa del egoísmo: al sentirse solos, aislados, únicos, independientes de la interdependencia de la existencia, se olvidan de la supervivencia de la especie. La mente sólo se ve a sí misma. Cada humano sólo piensa en sí mismo.

El carbón movió al mundo y destruyó al planeta hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Otra necedad humana. Buscan asegurar los energéticos para asegurar la subsistencia, tienen tanta obsesión por

los energéticos que están dispuestos a destruir su planeta para obtenerlos. Sin planeta no necesitan energéticos.

Una vez más no es un tema de energéticos, no es un tema de la subsistencia de la especie: es un tema del ego individual, que se siente separado de la existencia y quiere controlarla, es un tema de poder, la enfermedad que los llevó a la guerra del fin de la humanidad.

Desde el final de la Primera Guerra Mundial, cuando Inglaterra y Francia conquistaron Mesopotamia tras destruir el Imperio otomano, y hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, las potencias occidentales se apoderaron de la mayor parte de reservas petroleras del mundo. Para eso sirven las guerras, para eso les sirvieron quinientos años de guerra.

Con las reservas bajo control de Occidente comenzó la era del petróleo. A causa de los azares de la geografía y de la historia, gran parte de ese petróleo está en suelo árabe. Eso significó que las potencias occidentales estaban en guerra permanente contra los países del islam por el dominio del petróleo.

Entre 1750 y 1914 Europa se lanzó a la conquista del mundo y logró dominarlo todo. Antes de comenzar la Primera Guerra Mundial unos cuantos países europeos eran dueños del mundo; tras las guerras, las potencias descolonizaron el mundo e inventaron nuevos países, supuestamente independientes, diseñados a modo según los intereses de las potencias que los liberaban.

Era obvio que, tras más de quinientos años de conquista mundial, los europeos no pensaban simplemente devolver cuanto tomaron, pero la guerra de autodestrucción en la que envolvieron a todos, los dejó devastados e imposibilitados de mantener el control de sus colonias. Además, simplemente encontraron una forma más sutil de sometimiento a base de libertad política y dependencia económica.

Las partes del mundo donde estaba el petróleo quedaron desde entonces como países independientes, envueltos en una guerra perpetua donde las batallas se libran en ambos bandos con armas occidentales, y donde nunca ningún poder es capaz de estabilizar la zona. Occidente nunca liberó el mundo. Occidente trazó las fronteras, impuso las reglas, diseñó la economía y estructuró la jerarquía.

Occidente pretendió liberar al mundo después de la Segunda Guerra Mundial; pretendió que descolonizaba todo, que liberaba los territorios que había conquistado, y que a través de la democracia liberaban a cada individuo. Nunca liberó nada, sólo perfeccionó hasta la máxima sutileza la dominación. Cuando el resto del mundo quiso verdadera libertad comenzó la guerra del fin de los tiempos.

La energía fue también la mejor arma y herramienta para el sometimiento. En una sociedad donde hay libertad de opinión es

necesario encausar la opinión, si hay libertad de pensar hay que guiar el pensamiento, si el pueblo puede votar, opinar y decidir, es importante que esté distraído.

Todo es ilusión excepto el poder. Todo en la historia humana giró en torno al poder. Todos sus discursos, sus códigos, sus mitos, sus religiones, sus ideologías y nacionalismos, todo eran historias en torno al poder. Siempre se ejerce el poder y para eso es necesario el control, un pilar fundamental de todo aquel que tiene el poder.

La era de las masas y la democracia requería de muy perfeccionadas formas de control, pues en la era del capitalismo cada individuo es un capital generando riqueza. Dejar libre al humano y someterlo en su mente. Ésa fue la dictadura a la que llamaron libertad.

A partir de 1950 comenzó el dominio del petróleo. Cada energético ha sido inmensamente más poderoso que el anterior, pero también tecnológicamente más difícil de obtener. Ésa es la realidad que permitió mafias cada vez más poderosas en torno a los combustibles.

Cualquier humano de a pie podía obtener madera y muchos podían conseguir su propio carbón, pero era imposible obtener el propio petróleo. Toda otra energía alterna, sea nuclear o de celdas de hidrógeno, eólica o solar, es cada vez más difícil de obtener en términos tecnológicos. Cuando algunos humanos descubrieron formas sencillas de obtener mucha energía siempre fueron silenciados. Todo fue siempre un tema de poder. Nada le importa al humano más que los energéticos.

Tenían miedo de la escasez, así es que se obsesionaron con el petróleo; lo buscaron en todos lados, pelearon por él en todo el planeta, hasta que llegaron a tener mucho. Los dueños del petróleo descubrieron que la abundancia puede destruir el mercado petrolero con mayor rapidez que la escasez…, a menos que exista una demanda excesiva que contrarreste a la oferta.

La mejor forma de mantener ese equilibrio, con producción y ganancia continua, fue un estado general de guerra perpetua. El petróleo mantiene la guerra y la guerra mantiene el petróleo. Toda la humanidad fue rehén de ese círculo terrorífico. Pero gracias a la energía eléctrica todos estaban distraídos, controlados a distancia, odiando a quien debían odiar y tomando el bando que debían tomar.

La energía fue el origen de su evolución como especie, fue el origen de la evolución de su cerebro y de su pensamiento abstracto, fue el origen de su civilización. La energía es todo y todo es energía. Guiados por su ser consciente, la energía los habría llevado a conquistarse a sí mismos y al universo. Guiados por su ego, la energía los llevó a la destrucción.

Entre la competencia y la autodestrucción

Viajemos ahora a la génesis del mundo moderno que Occidente siempre presumió como el mayor logro de la historia humana. El nacimiento de ese sistema de trabajo eterno al que los humanos llamaron capitalismo, el origen de esa dictadura sutil a la que llamaron democracia, y a la raíz de esa nueva forma de sometimiento a la que llamaron libertad. Todo al amparo de una nueva religión que les inculcaron de forma tan disimulada, que nunca notaron que veneraban a un nuevo dios.

Nada somete y contiene más al humano que la culpa. La culpa no es natural sino uno de los más terribles inventos de la humanidad. La culpa es como una mordida en las entrañas que no deja vivir, y esa culpa reside en el hecho de que cada humano se juzga a sí mismo y sale perdiendo. Se juzga y se condena, pues el parámetro que le impusieron para medirse es una quimera. Cuando un sistema de creencias te hace sentir culpa ante el más vigoroso de los impulsos humanos, ante la más poderosa de sus energías, que es el sexo, el sometimiento está garantizado.

El ser humano siente culpa cuando no cumple con las expectativas de los padres, los maestros, la sociedad o Dios. Así se educaron siempre los humanos, temerosos de su individualidad, necesitados de pertenecer a algo más grande, ansiosos de agruparse en torno a un símbolo. Siempre sacrificando su individualidad por la seguridad de la masa. A esa masa se le inculca una forma de ser como la única posible, y se le programa a sentir culpa cuando no la cumple.

Si el que exige es un dios que por un lado es omnipotente, pero a la vez tiene una autoestima tan decaída que necesita veneración, un dios que sabe hasta lo que piensas, cuando hasta lo que piensas es pecado; cuando un dios todopoderoso que es infinita bondad y se condena a sí mismo al sufrimiento para salvar a la humanidad…, cuando ese dios inculcado con miedo es con el que no cumples, la culpa es el infierno mismo.

La religión se educa, es por eso que en la historia de Roma la gente fue cambiando de religión sin saberlo. Veneraban a la naturaleza hasta que la naturaleza se convirtió en dioses con sacerdotes, veneraban a los dioses hasta que les fueron inculcando los cultos solares por encima de todos, veneraban al sol de alguna forma hasta que se lo

convirtieron en el Sol Invicto, y veneraron a ese sol triunfante hasta que se lo cambiaron, con los mismos símbolos, por el cristianismo.

La mente humana se aferra a sus símbolos, a sus costumbres, sus fiestas y sus rituales que se han trasmitido de generación en generación. Es imposible arrancarle sus símbolos a un humano; es muy fácil en cambio, generar ese proceso de sincretismo a través del cual los mismos símbolos van cambiando de significado tan lentamente que nadie parece notarlo.

Una generación venera a Helios y dos después al Sol Invicto, una generación adora al Sol Invicto y una después a una imagen de Jesús, idéntica a la del Sol y con el disco solar detrás. Nadie lo nota. Una generación venera a Apolo como dios solar, dos generaciones después San Apolonio lleva en la cabeza el disco solar que deja clara su filiación con Jesús. Así con cada dios romano convertido en santo. A lo largo de los siglos y con el uso de la fuerza todo mito se transforma.

Los paganos que veneran a Zeus, Júpiter u Odín, ahora ven en sus imágenes al Dios padre, y los respectivos dioses hijos se parecen cada vez más a Jesús. Algunos que buscan la felicidad son parte de una tradición llamada Felicitas Perpetua (felicidad perpetua); tiempo después nacen Santa Felicitas y Santa Perpetua. En una época se celebra la noche de Walpurgis, cuando las brujas hacen su aquelarre, y tiempo después Santa Walpurga defiende al pueblo de las brujas.

Un pueblo tiene una diosa madre llamada Tonantzin; dos generaciones después la diosa se llama Guadalupe, y medio mileno después somete a un pueblo. Los pueblos paganos veneran divinidades femeninas que con el tiempo pasan a ser demonios pues el nuevo culto lo manejan sólo los hombres. En un tiempo Inanna es diosa madre y de pronto un demonio súcubo de promiscuidad; Támmuz era el dios que renacía del inframundo y se convirtió en una de tantas versiones del Diablo.

El cristianismo se adaptó a todos los símbolos religiosos de Europa, y para el siglo XIII era la religión de todo el continente. La religión siempre se usó como institución política y social y ésa no fue la excepción. Con el tiempo, todos los poderosos europeos legitimaban su poder en los mitos religiosos. Como en todas las culturas humanas.

En el siglo XV sólo el papa representaba a Dios, para la siguiente centuria cada rey europeo pretendía representar a Dios, y cada monarquía se contó historias, a ellos y a sus súbditos, sobre todo aquello que los hacía más sagrados que otros monarcas. Y así fue, el mito religioso dominó Europa desde tiempos de Roma hasta el siglo XVIII. En esa centuria comenzó la lenta muerte del mito y la era del predominio de la razón.

En 1789 el pueblo francés tomó la prisión real de La Bastilla. El

acontecimiento fundamental del mundo moderno. Tres años después la cabeza del rey Luis XVI rodaba bajo el filo de la guillotina, condenado y ejecutado por plebeyos. Nada volvería a ser igual; la Revolución francesa marcó el inicio de la guerra abierta entre la poderosísima burguesía y los monarcas. Los mercaderes, enriqueciéndose desde los tiempos de la peste, finalmente tomaron el poder.

Muchas causas y efectos llevaron al mundo europeo a las revoluciones de burgueses contra monarcas. Desde el siglo XVI Europa occidental se había fracturado religiosamente entre católicos, luteranos y calvinistas. Muchos reinos se independizaron de la Iglesia católica, la Inquisición comenzó a desaparecer en varios territorios, y pensar dejó de ser delito y pecado. Todo estaba listo para que el siglo XVII fuera, en los reinos no católicos, el siglo de la ciencia.

Fue el siglo de Edmund Halley, de Gottfried Leibniz y de Isaac Newton, los hombres que terminaron de dar forma a la revolución científica iniciada por Copérnico en el siglo XV. Nicolo Copérnico dijo que la Tierra era redonda y giraba alrededor del Sol; Halley, Leibniz y Newton descubrieron las leyes que hacían funcionar ese movimiento y todo el universo.

Fue el siglo de la física, la química, el cálculo y las matemáticas, todos los conocimientos científicos que con el tiempo se convertirán en la tecnología que generó la revolución industrial, el último empuje de Europa en su conquista del mundo. La ciencia siempre fue patrocinada por los políticos, y los políticos siempre están más interesados en la guerra, el sometimiento y la conquista, que en el conocimiento humano.

El siglo XVIII fue uno mucho más político y filosófico. La burguesía, cada vez más empoderada en Europa, generó un movimiento que fue bautizado por ellos mismos como la Ilustración, pues su objetivo declarado era disipar las tinieblas de la humanidad mediante las luces de la razón. Pero todo depende de que el humano piense y actúe desde su ser consciente o dominado por su egoísmo. Dominados por el egoísmo, los europeos oscurecieron el mundo con la luz de la razón.

Immanuel Kant, uno de los grandes ilustrados, lo expuso de forma brillante y por desgracia utópica. Decía que la Ilustración significaba que los humanos salieran del estancamiento mental al que ellos mismos se habían sometido; se habían vuelto incapaces de usar la razón sin la guía de otra persona, incapaces de pensar sin ayuda ajena. Nunca fueron capaces de pensar sin ayuda ajena, por eso provocaron el fin de sus tiempos.

Ten el valor de servirte de tu propio entendimiento, decía Kant. Pero mil años de Edad Media habían aniquilado el entendimiento de

la gente, y antes de eso Roma, y Grecia, y Babilonia…, todos los sistemas de poder se han sustentado en arrebatar el entendimiento a los gobernados.

Los ilustrados, que pretendían lo contrario, hicieron exactamente lo mismo: arrancaron el entendimiento y la capacidad de pensar de cada individuo, pues al final los ilustrados aspiraban al poder, y éste sólo se puede ejercer con control social. En su lucha contra la nobleza y la Iglesia, el quid de la Ilustración quedó demostrado por Diderot, cuando dijo que el hombre sólo sería libre cuando el último rey fuera colgado con las tripas del último sacerdote. Otra revolución que no revolucionaba nada. La idea principal seguía siendo “o estás conmigo o estás muerto”.

La Ilustración fue un movimiento abiertamente anticlerical. La Iglesia era quien había sometido al hombre con mitos; ésa fue la premisa ilustrada. Así pues, los mitos religiosos debían ser superados. Poco tiempo tardaron en darse cuenta de la imposibilidad de ejercer el poder sin recurrir a los mitos. Fue ahí cuando a los europeos les inculcaron lentamente una nueva religión, una por la que los humanos se mataron más que nunca en su historia: el nacionalismo.

El nacionalismo fue una religión que rendía culto al Estado. Antes había un Dios invisible, omnipotente, y protector si cumplías los mandamientos, y después un Estado con las mismas características. Había un papa que representaba a ese Dios, así como un gobernante que representaba a ese Estado.

Había cruces y demás símbolos religiosos, y de pronto había todo tipo de símbolos nacionales; había imágenes religiosas y de pronto había bandera, había cantos a Dios y nacieron los cantos a la patria. Antes el cristiano tenía un modelo a seguir, el de los santos, ahora el ciudadano tenía un nuevo arquetipo que dictaminara sus aspiraciones: el héroe nacional.

Los humanos que antes se mataban por el Dios Padre comenzaron a matarse por la Madre Patria. Nada cambió cuando los ilustrados liberaron a los humanos de los mitos religiosos, sólo los sometieron con mitos distintos. Por eso no sirvió ninguna revolución en la historia de la humanidad, cada una fue sólo un cambio de poderosos para dominar la misma estructura de poder.

Tan concentrados en controlar el mundo exterior, los humanos se alejaron cada vez más de su mundo interior. Ahí, en el interior, estaba la única revolución posible y que era absolutamente personal: transformar la mente egoísta en compasiva. No hay mayor revolución y era la única revolución que podía salvarlos.

La burguesía había ido tomando el poder económico desde el siglo XV, y tres centurias más tarde querían también el poder político. La

Revolución francesa fue simbólicamente justo eso, el inicio de la guerra entre burgueses y monarcas; la Ilustración fue su marco teórico, las nuevas teorías económicas, políticas y sociales que legitimaban en el poder a los nuevos poderosos. Contra el mito del derecho divino surgió el mito de la democracia.

Pero otra revolución mucho más fuerte, importante y poderosa, dio el verdadero impulso a las guerras de la burguesía. Es el año 1760 y un escocés está por cambiarlo todo. Ese año James Watt patentó la máquina de vapor. El mundo vio nacer la era industrial.

La revolución industrial no fue otra cosa más que descubrir combustibles; es el nuevo descubrimiento del fuego. Combustibles, y la forma de hacer máquinas movidas por esos combustibles, como el vapor, la electricidad o el petróleo. Ahora las potencias industriales podían producir cien o mil veces más que antes, con toda la riqueza que eso significaba. La era industrial despertó el egoísmo y la ambición mucho más que nunca en la historia.

Nuevos combustibles y nuevas máquinas significaban poder producir mucho más…, pero entonces también era necesario tener más recursos. Fue así como la revolución industrial aceleró la conquista del mundo por parte de Europa. Ningún rincón del mundo quedó a salvo.

Para 1800 los tres imperios del islam, tan ricos en recursos, ya estaban invadidos en mayor o menor medida por un puñado de europeos. Para 1875 el continente africano en su totalidad estaba distribuido entre menos de diez países. Para 1914 todo el mundo estaba repartido.

Inglaterra sometió a la mitad del mundo y el dios Civilización fue su pretexto. Su imperio abarcó el 30 por ciento del planeta; dominaban la mitad de África, parte del Medio Oriente, todo el Indostán, Cantón, Hong Kong, Australia, Nueva Zelanda y Canadá. Francia dominaba el Sahara, Madagascar y la Indochina. Holanda poseía Indonesia, y Portugal se aferraba a dos territorios africanos. Alemania consiguió colonias en África, y Estados Unidos era dueño de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas.

Los occidentales inventaron en nuevo mito, el mito del progreso. Todo es válido en aras del progreso. Conquistar, robar, asesinar, destruir, devastar… el precio a pagar por el llamado progreso. Con más capacidad de producir era menester poseer más y más colonias. Cuando todo estaba repartido y los mismos de siempre querían más, hicieron lo único que sabían, declararse la guerra para repartirse el mundo. Continuar con mejores capacidades de destrucción la guerra que habían comenzado en 1492.

En 1916, durante la Primera Guerra Mundial, Inglaterra y Francia

se repartieron el Medio Oriente según sus intereses; para ello inventaron una guerra contra el Imperio otomano. Un siglo después, los poderosos de entonces quisieron repartir de nuevo el Medio Oriente, y para ello se inventaron guerras en el mundo del islam, que iban desde Marruecos hasta Afganistán, pasando por Siria. La ruta del gas y el petróleo. Así comenzó la guerra del fin de la humanidad.

Claro que no bastaba con producir cada vez más. También era necesario vender, todo depende de vender. Fue necesario cambiar por completo la educación de los humanos. Lentamente fueron educados para aprender a consumir, para desear y consumir, para quedar cegados por el consumo, medir su ser de acuerdo a su capacidad de consumo, buscar la plenitud en el consumo, embrutecerse con el consumo. Dormirse con el consumo y pensar que eso, consumir, era la forma en que se manifestaba la libertad.

Pero lo más importante, conquistar la totalidad del mundo requiere más guerra que nunca, y la guerra sólo se logra si uno dispone de masas adormecidas con símbolos, mitos y discursos, que estén dispuestos, ansiosos de hecho, por irse a matar a una guerra por defender al nuevo dios: la nación, fundamento de la nueva religión: el nacionalismo.

La religión se inculca, y es por eso que en los europeos fueron cambiando de religión sin saberlo. Nadie nace nacionalista, nadie nace con identidad o lealtad a la patria, nadie nace alemán, francés o inglés, así como nadie nace judío, cristiano o musulmán. Ser cualquiera de esas cosas es una programación, un discurso que sólo puede introducirse en la mente de los individuos desde que son muy jóvenes.

El nacionalismo, igual que la religión, se inculca antes de que los niños tengan plena consciencia y razón. Dar una identidad a un niño es asesinar su ser, es programarlo y limitarlo. Es condenarlo a vivir una repetición del pasado. Pero eso fueron siempre los humanos, repetidores compulsivos de información, una interminable cadena donde todos los eslabones estaban hechos de pasado.

La religión se inculcaba en las iglesias, y durante más de mil años el creyente tenía que ir de manera obligatoria al templo cada semana, a ser adoctrinado. Los ilustrados, que liberaron a la humanidad de la religión y el mito, hicieron algo más inteligente aún: mandar a los ciudadanos a un nuevo templo, de manera obligatoria, todos los días, a ser adoctrinados. Nació la educación moderna.

El nacionalismo, ese culto totémico que cambió a dios por banderas, también debe ser inoculado en la mente de cada individuo, precisamente para que deje de ser individuo y se transforme en la masa amorfa tan ansiada y necesaria para la eterna guerra de

conquista en la que vivieron eternamente los mercaderes.

Ningún individuo nace nacionalista. El nacionalismo se aprende en la escuela, y con el tiempo, en la familia y en todas las instituciones de la sociedad. Cada humano es un replicador de información, de la única que tiene y que da como verdad universal. Si esa información se aprende desde la infancia y por años, repetida día con día, se convierte en verdad absoluta. Es el mismo sistema que la religión, mucho más perfeccionando.

La idea de la educación obligatoria, laica y gratuita nació en la Europa ilustrada del siglo XVIII y era una realidad en casi todos los reinos europeos ya en el siglo XIX. El individuo había sido adoctrinado religiosamente por más de un milenio y eso había sustentado tanto tiempo al régimen medieval. Los nuevos gobiernos buscaron liberar a las personas del adoctrinamiento religioso…, para que pudieran tener uno nacionalista. Nuevos poderosos requieren nuevas doctrinas. Nuevos mitos requieren nueva forma de inculcarse.

Menos de cien millones de habitantes tenía Europa alrededor del año 1700, más de doscientos millones tenía al llegar al 1800. Tanto pueblo en una época donde se trata de legitimar el poder con el discurso de la democracia, es peligroso. En el siglo XIX se les embruteció con el trabajo, los conflictos ideológicos, las guerras, las diversiones banales y los espectáculos masivos.

En el último siglo de la humanidad eran miles de millones, la ficción de poder impuesta en casi todo el mundo era la democracia. Los nombres de Dios eran libertad, democracia y libre mercado, y con esos dioses por bandera los controlaban a todos, como en todas las eras se controló a los humanos con ideas abstractas. Se les seguía embruteciendo con el trabajo, los conflictos ideológicos, las guerras, y como nunca en la historia, con diversiones banales y espectáculos masivos.

Cuatrocientos veinte millones eran en 1914, y ciento ochenta millones de soldados marcharon en las dos guerras mundiales. Casi todos fueron orgullosos y convencidos al campo de batalla. Todos estaban programados para pensar que sólo su causa era la justa, que se luchaba por ideales, que la razón universal estaba de su lado.

La idea romántica del heroísmo y las mieles de la victoria, de morir por un ideal, algo superior. Ese algo superior fue la Polis, Roma, Dios, el Rey, Alá, Nación, Pueblo, Libertad. El individuo nunca se bastó a sí mismo. La primera recomendación de la divinidad a los hombres fue no adorar falsos ídolos. Nunca lo entendieron.

Casi la mitad de la población de un continente fueron soldados, jóvenes dispuestos a matar y morir por la nación, con el mismo frenesí que los cruzados se iban a matar contra musulmanes por la causa de

Dios. La causa de Dios siempre fue la del papa, y la de la nación fue siempre la de los mercaderes que la controlan.

Pero siguieron creyendo fielmente que cada guerra era necesaria, que cada causa era justa, que cada pretexto era válido. Cada humano y cada civilización siguió vertiendo en Dios su pequeño pedazo de realidad, todos siguieron convencidos de ser los buenos que luchaban contra los malos. Todos compraron el miedo al otro.

Todos estaban muy cómodos disfrutando de los pequeños lujos, diversiones y juguetes sofisticados que se dedicaban a comprar, desechar y sustituir. Cada individuo contándose historias sobre sí mismo donde cada vez llegaba más lejos y más alto, por tener más versiones, más nuevas, de todas las nuevas cosas.

Más alto y más lejos en una neurótica carrera a ningún lado, y entre más rápido corrían, más enriquecían a sus tiranos, y más eficazmente movían los engranes de la máquina de su propio sometimiento. La historia de la ambición de unos y el miedo de otros. La historia de todos los seres conscientes.

Los europeos poderosos del siglo XIX eran una mezcla de los símbolos monárquicos y las leyes sociales y económicas de los burgueses. Todo queda igual después de la Revolución francesa, con otros discursos y otras máscaras.

La realeza y la nobleza mantenían sus privilegios, y los burgueses imponían su sistema económico. Un sistema que los enriquecía a tal grado, que era un buen negocio mantener a los monarcas, pues eran los símbolos monárquicos los que aún respetaba el pueblo. El pueblo que se mató en las revoluciones también se quedó igual.

Es a lo largo de ese turbulento siglo XIX que se impone la educación laica, gratuita y obligatoria. Esa obligatoriedad de la educación es la que nunca cuestionaron y siempre debieron cuestionar. Ya no los adoctrinaban en el templo al servicio de la Iglesia, ahora lo hacían en la escuela y al servicio del Estado.

La educación de ese siglo era sobre las teorías liberales de la Ilustración, sobre república y democracia, sobre derechos, obligaciones y pactos sociales. Sobre soberanía popular. Pero por encima de todo, dos cosas: competir, porque eso mueve el sistema económico, y el nacionalismo, la doctrina que los programe para morir cuando la patria lo considere necesario. Nacionalismo, ése fue uno de los venenos del fin del mundo.

La educación les dio etiquetas, ideologías e identidades. Les enseñó el orden social, los únicos y verdaderos valores, la ética y la moral. Les demostró cómo la historia siempre daba la razón a su nación, sus ideas y su dios. Les enseñaron las leyes con las que los nuevos poderosos habían dispuesto el mundo. Les enseñaron cómo se trabajaba en la

nueva era que ellos habían creado, y les llenaron el corazón de nacionalismo.

Competir los destruyó, como especie y como individuos. Hicieron todo al revés, como si hubiesen leído un instructivo para saltar del precipicio. Su egoísmo los llevó a competir cuando lo que tenían que hacer era aprender a compartir. El egoísmo ambicioso de unos y el miedo de todos desataron el fin de sus tiempos.

Competir fue el peor de todos los venenos que les infundieron los mercaderes que conquistaron el mundo. Les pusieron estándares y los echaron a competir eternamente contra los demás y contra ustedes mismos. A castigarse si no lo lograban, a sentirse mucho o poco según los resultados. Competir sin parar hasta morir, única certeza, y desperdiciar el preciado regalo de la consciencia.

La competencia genera ganadores y perdedores, genera rencor y deseo de venganza. Genera trampa, pues lo que importa es ganar. Genera individualismo y violencia. La competencia genera guerra, o dicho como es, la guerra fue sólo una etapa más de una eterna competencia entre naciones para arrebatarse absolutamente todo.

Entre la Segunda Guerra Mundial y la guerra del fin del mundo, hicieron las paces y fingieron concordia con tratados e instituciones, pero la competencia siempre continuó. Los países no eran más que grandes empresas en eterna competencia a través de los cauces no bélicos que establecieron para competir. Y como el objetivo de competir es ganar, nunca dejaron de usar en realidad todos los cauces y todos los métodos. Ésa fue la guerra del fin de los tiempos. Una guerra encubierta, una guerra escondida.

Qué complicado era ya para el tercer milenio mantener el delicado equilibrio económico, que dependía de naciones que siempre estaban en guerra mientras pretendían estar en paz. A esa fragilidad se sumaron las nuevas formas de sociedades que surgieron alternas a las naciones: las mafias, los cárteles, las transnacionales, los ejércitos privados, los piratas, los grupos islámicos, los yihadistas, los sionistas. Todos movidos por ideas y causas que parecían justas, todos en realidad al servicio de la ambición.

Una guerra encubierta difícilmente puede durar cien años. Primero se respetaban los acuerdos escritos y no escritos que mantenían el equilibrio entre países, bancos, empresas, mafias y terroristas; pero eventualmente gana la ambición. Un humano con poder sólo quiere más poder.

Ocurrió como en todas sus guerras, cuando los delicados equilibrios de la guerra encubierta se rompieron, los poderosos echaron a sus masas a matarse con los mismos discursos de odio; nacionalismo, religión, libertad y racismo unidos. Es fácil encender la

pasión colectiva y comenzar una guerra, les resultó fácil a los más ambiciosos avivar el fuego con diversos discursos de miedo y odio, con ataques fingidos y noticias falsas.

Al final fue imposible apagar esa flama. El fuego se extendió por todo el planeta que aspiraban a controlar. Nadie pretendía destruir por completo el mundo que querían conquistar, pero nadie supo detenerse, y después nadie quiso. Cuando era indispensable para sobrevivir, nadie pudo.

EN ALGÚN LUGAR DEL MEDIO ORIENTE, EN EL FIN DE LOS TIEMPOS

Inanna y Támmuz abrieron los ojos. Todo era paz en la caverna de Luzbel. Todo era silencio. Todo era quietud. Todo había terminado.

—Qué asustada está la humanidad —dijo débilmente Inanna—. Cuánto miedo. Cuánta confusión.

—Eso es todo lo que tenían que comprender —respondió Luzbel—, que el miedo se apoderó de cada individuo humano, que todos trataban de ser felices sin lograrlo. Que todos aman y sufren por igual. Que al miedo de percibirse a sí mismos en un mundo que no entienden, se agrega el miedo que se provocan entre ustedes mismos, y el miedo con el que los someten los que gobiernan y controlan a la especie, que son los más temerosos de todos. Todos están confundidos, y entender eso es el camino a la compasión.

—¡Confusión! —exclamó Támmuz. Eso es precisamente lo que provocas. Confusión.

—Eso es precisamente lo que hace la consciencia —respondió Luzbel—. La consciencia genera confusión. El camino al paraíso atraviesa por el infierno, es un viaje de descubrimiento hacia lo más profundo de la propia mente, y es ahí y sólo ahí donde están todos los demonios.

—Todo lo que pretendes es que dudemos de Dios…, demonio —exclamó Támmuz.

—Eso es precisamente lo que busco, Támmuz, en efecto, que duden, de Dios y de todo. Si algo condujo a la humanidad al fin de sus tiempos fue precisamente el no dudar de nada, el seguir ciegamente sin cuestionar. Pobres humanos, siempre se mataron con causas nobles como bandera, y nunca vieron que sólo hacían el trabajo sucio de los más egoístas y temerosos. Siempre cegados por sus dogmas, por los límites de su mente, sus prejuicios y sus programaciones. Eso es cada ser humano con una identidad, una nacionalidad o una religión: una maquina programada.

Inanna y Támmuz se miraron el uno al otro. Cada uno vio a un ser humano. Cada uno se vio a sí mismo. Ahora tenían una mirada universal, algo que ningún humano puede tener, por eso cada humano sólo puede comprender su realidad. Entendieron que no es necesario

comprender la realidad de los demás, lo cual es de hecho imposible, pero que el camino a la empatía y el respeto comenzaba al entender que cada mente convierte el pequeño pedazo de mundo a su alrededor, en todo un universo. Comprendieron cómo el pensamiento humano, origen de la grandeza de la especie, podía ser también la causa de su destrucción.

—¿Y ahora? —preguntaron a Luzbel al unísono—. ¿Eso es todo? ¿Nadie pudo detener la guerra?

—Nadie pudo. Viajemos ahora al más incomprendido de sus mitos para terminar de comprenderlo todo —respondió Luzbel.

Todo se desvaneció frente a Támmuz e Inanna, todo se hizo una mezcla indisoluble de luz y oscuridad, de amor y miedo. De pronto abrieron los ojos para encontrarse en medio de la nada, de una nada devastadora. Todo frente a ellos era un paisaje desolado de muerte y destrucción, escombros de los escombros; el gris era el nuevo color de la existencia y un silencio sepulcral era su único sonido. Una lágrima resbaló por el resto de cada uno de los antiguos combatientes.

—La guerra finalmente ha terminado —dijo solemnemente Luzbel —. La existencia está en paz.

—¿Cómo terminó? —preguntaron temerosos de la respuesta.

—De la única forma en que podía terminar, el único posible final del camino sin retorno que tomaron al elegir la inconsciencia y el egoísmo. Todo terminó con su total autodestrucción.

—Y entonces ¿qué pasa ahora? —preguntó Támmuz—. Ya no hay razón de ser del universo.

—Querido Támmuz —respondió Luzbel—, ni ante el fin de los tiempos deja un humano su egocentrismo. El universo sigue su marcha, crecimiento y evolución. La consciencia sigue su eterna expansión. Ustedes simplemente se exiliaron a sí mismos de experimentar la unidad y la fusión con eso a lo que llaman Dios. Acabaron con ustedes mismos…, pero el universo sigue su curso.

—Pero si todo es una consciencia que se reconoce a sí misma a través de los seres conscientes —preguntó Inanna—. ¿Ahora qué pasa?

—¿Recuerdan cuando su planeta estaba pletórico de vida? —preguntó Luzbel—. Había millones y millones de seres vivos. La vida era tan variada y creativa para sobrevivir contra toda expectativa. Sólo esa abundancia de vida podía generar seres complejos como los humanos para que a ellos pudiera yo entregarles la consciencia.

—Pero nos destruimos.

—Así es, como casi todas las especies con inteligencia y consciencia, especies con egoísmo que nunca logran superar. Así como en su planeta, finito y vivo, había millones de manifestaciones de la

vida, en el universo infinito y consciente hay millones de manifestaciones de la consciencia. Algunas logran sublimarse, logran ser parte de esa maravillosa consciencia en eterna expansión. La mayoría se autodestruye en el proceso. Ése fue el triste caso de los humanos.

—¿Quieres decir que se acabó? —preguntó Támmuz. ¿Ya no hay nada?

—Bienvenidos al mito del Apocalipsis —respondió Luzbel—. Pobres humanos, siempre depositaron el bien y el mal fuera de ustedes mismos, en un dios y en un diablo. Siempre hablaron de una batalla final entre ellos…, nunca vieron que la batalla contra Satán ocurría cada día dentro de cada ser humano. Satán ganó la batalla dentro de ustedes. Ustedes crearon el infierno… Ustedes desataron el apocalipsis.

Inanna y Támmuz perdieron su mirada en el horizonte, un horizonte de absoluta destrucción. En el fondo ningún humano pensó que en verdad todo pudiera terminarse. Y ahí estaban, en un páramo desolado y muerto que alguna vez fue un planeta vivo capaz de albergar vida. Los dos últimos humanos lloraron.

Vieron toda la verdad pasar dentro de ellos y comprendieron cómo fue posible llegar a la autodestrucción. Así como cada ser humano vive sin aceptar la muerte, así vivió la humanidad. Cada humano sabe intelectualmente que va a morir, pero ninguno actúa nunca en consecuencia, dicen que se saben mortales, pero actúan como si fuesen eternos. Siempre ocupados en lo trivial y dejando lo vital para después, siempre después hasta que llega la muerte a mostrarles el sinsentido de su vida.

Cada ser humano se comportaba como si fuera inmortal y se alejaban con ello de la verdadera inmortalidad, de la eternidad de ese flujo energético, de ese aliento de vida, del soplo divino, del continuo mental, del alma. Cada ser humano muere, aunque se comporte como inmortal, y del mismo modo murió una humanidad que nunca asumió su mortalidad.

Los amos del mundo, los que incendiaron la llama en búsqueda de conquistarlo todo, nunca lo vieron venir. Ellos estaban completamente ciegos por la ambición, la codicia y el egoísmo. Ellos condujeron ciegamente a toda la especie hacia el fin de sus tiempos. Nunca pudieron verlo. Siempre pensaron que el fin del mundo era algo que dependía de Dios, y ellos mismos se sentían dioses. Pensaban que lo controlaban todo, y vivir en esa ilusión les hizo pensar que podían controlar el fin del mundo causado por ellos mismos.

Los líderes de la humanidad estaban ciegos. Los amos del mundo nunca vieron su final inminente. Los líderes religiosos de la

humanidad, siempre políticos y nunca espirituales, tampoco lo vieron. Ellos eran parte de la red de complicidades por el dominio de todo, y cegados por dogmas y mitos incomprendidos, nunca dejaron de pensar que el Apocalipsis sería una batalla épica entre Dios y el Diablo. Nunca vieron la batalla que se libraba, y se perdía, dentro de cada humano al que tendrían que haber guiado por el camino del verdadero amor.

Los que inventaron el dinero para ser su dueño, y echar a toda la humanidad a competir por él, tampoco pudieron verlo. Siempre pensaron que todo estaba a la venta, que se podía pagar por todo, que el dinero, ese símbolo inventado por ellos, los protegería en el momento necesario. Más pensamiento totémico: venerar al dios dinero, y atribuirle verdadero poder a sus símbolos. Un planeta vivo no tiene precio.

Los engranes del sistema, la maquinaria, los esclavos de la era industrial, los que vivían distraídos en trabajo y placeres mundanos; los que vivían esclavizados en la cotidiana trivialidad a la que llamaban libertad, enajenados con historias y películas del fin del mundo…, ellos se habían entregado tan ciegamente a los ciegos de sus líderes, que siempre pensaron que en algún momento alguien haría algo. Siempre alguien, nunca ellos mismos.

Las masas sólo compraron los discursos de odio y derrumbaron con ello el último cimiento que sostenía a la humanidad. Dormidos por la razón, apagados por el miedo, embrutecidos con el placer, se convirtieron en los cómplices necesarios para que pudiera ocurrir el Apocalipsis.

Más abajo aún estaba todavía la mitad olvidada de la humanidad. Los despojos del progreso, la basura de la revolución industrial, el fango humano en el que se sostenía la civilización. Los que más padecían el infierno en la tierra causado por todos los demás. Los más inocentes. Ellos simplemente vieron terminarse el mundo sin saber por qué.

Ellos, los de hasta abajo, sólo pudieron ver cómo los mares inundaban los continentes, cómo los hielos se apoderaban de la tierra, cómo el calor excesivo lo abrasaba todo. Vieron apagarse las luces, padecieron los vientos huracanados, murieron por millones a causa de epidemias cada vez más extrañas. Los de hasta abajo sólo presenciaron el fin del mundo y se lo atribuyeron a Dios o a los dioses. Perecieron sin sospechar que eran víctimas del inconsciente suicidio colectivo de la humanidad.

EN EL PRINCIPIO…

Fue así como yo, Luzbel, entregué a los humanos el fruto de la consciencia, y con ello el obsequio más sublime del universo, la llave que abre todas las puertas, el mapa de todos los mundos, el poder para lograrlo todo, el inicio de su camino para convertirse en dioses. Les entregué el universo entero y escondí dentro de cada uno el fruto de la vida eterna.

Oculto en mi forma de serpiente pude ver cómo Inanna y Támmuz abrieron los ojos y contemplaron el hermoso y resplandeciente jardín. Un mundo de abundancia total, de amor y plenitud, se desplegaba ante ellos como siempre. Por eso no podían comprender el sueño terrible que habían tenido, una historia de muerte, dolor y tragedia, una historia de autodestrucción sin sentido.

Voltearon a su alrededor y se contemplaron desnudos. Quedaron extasiados con la belleza de sus cuerpos. Comenzaron a tocarse, a explorarse, a reconocerse. Empezaron a sentir cómo el amor que colmaba toda la existencia recorría sus cuerpos y sus corazones. Sintieron la dicha de la divinidad…, pero también vieron el mundo y sintieron algo que nunca habían sentido, algo a lo que más adelante llamaron miedo.

Fue entonces cuando Inanna abrió su mano y vio el fruto que había probado y que había compartido con Támmuz. Todo había cambiado al comer del fruto del árbol de la consciencia; ahí había comenzado ese terrible sueño de desesperanza y desolación, pero también al probarlo había comenzado a percibir ese amor que lo impregnaba todo.

Los dos primeros humanos estaban desconcertados, pero yo ya no podía seguir guiándolos en su camino. La lección había sido dada y ya sólo podía hacer lo que hace la consciencia: observar. Les había mostrado el desenlace fatal del camino del miedo, el odio, y la avaricia; el camino del ego que sólo lleva a la autodestrucción. Sabían que si lograban seguir el camino del amor harían de su mundo el paraíso y serían uno con el todo.

Comenzaba la aventura humana y con ello el gran drama de la libertad, de elegir entre la consciencia y el ego, entre Luzbel y Satán, entre el amor y el miedo…, y con todo ello, elegir entre la sublimación de toda la especie o su total aniquilación.

Inanna y Támmuz echaron a andar y pude ver cómo lentamente se alejaban del maravilloso jardín, convencidos de que harían lo correcto, pero al tiempo que caminaban, todos los recuerdos del viaje de consciencia en que los llevé a través de tiempo, espacio y materia se iban desvaneciendo. Tenían que comenzar de cero.

Sintieron el amor de la existencia que recorre a cada ser humano, pero también el miedo y el egoísmo de encontrarse solos en un mundo que no entendían. Pero aún recordaban el secreto de todo, transformar su mente egocéntrica en una mente compasiva, y abrir su corazón. Ése es el gran potencial humano. Ahora comprendían que la biología los hizo animales, la razón los hizo humanos, pero que sólo el amor los haría divinos. Sólo la compasión los haría recorrer el camino de vuelta a casa y ser dioses.

Entendieron el sentido del aparente sinsentido del universo. Eso es la existencia humana, la oportunidad de volver a casa, a ese lugar sin espacio tiempo o materia que pueda generar sufrimiento. Esa maravillosa existencia inacabada, que los confronta con el caos y la libertad, es su camino de regreso al origen, a esa eternidad.

Tuvieron claro que, si todos vigilaran su ego para comprender que la felicidad de los demás es igual de importante que la propia, que nadie es más importante que nadie, entonces ganarían la batalla final, que no es entre el bien y el mal, sino entre la consciencia y el ego, y que no es al final de los tiempos, sino aquí y ahora en el campo de batalla dentro de cada humano. Eso es el esfuerzo en el camino hacia la divinidad.

Se alejaron optimistas del jardín mientras el árbol de la vida crecía majestuosamente hasta tocar el cielo. Ahí estaba el puente entre lo terreno y lo divino. El camino de ascenso espiritual que crece dentro de cada ser humano. Cada ser humano es el árbol de la vida, cada uno puede lograrlo todo y ser eterno si logra ir más allá de los límites de su mente y de su ego, de la ilusión del tiempo y el espacio, y más allá del apego a la materia y sus formas.

Pero conforme avanzaban hacia al mundo, y lejos del paraíso, Inanna y Támmuz comenzaron a separarse, a tomar caminos distintos. Ahí estaba de nuevo la oportunidad de superar el miedo y tomar el camino del amor. Miedo y amor comenzaron la batalla existencial en cada corazón humano.

Yo, Luzbel, vi comenzar nuevamente la aventura de la consciencia reconociéndose a sí misma para ser más grande, más gloriosa, más eterna, más compasiva y más amorosa. Los humanos tenían que recordar algo: ellos son la bondad de Dios y ellos son todo demonio. Recordar…, los humanos tenían que recordar, recordar que son consciencia, recordar su divinidad…, pero el camino del ego es el

camino del olvido.

Ése fue el regalo que les entregué en esa nueva oportunidad: les he otorgado la consciencia acerca de su consciencia. A ti, a la consciencia que observa mi historia, te he entregado el más sagrado de los obsequios, pero junto con la más terrible de las responsabilidades. Ahora sabes que todo depende de ti. Ésa es la buena noticia y el gran peligro. Ahora sabes lo que fueron los humanos, lo que son, y lo que llegarán a ser si logran evitar el fin de sus tiempos. Te he otorgado un privilegio y una responsabilidad. Ahora, con consciencia, puedes ser de los que salven o destruyan el mundo.

Yo te di el más preciado de los obsequios. No olvides que soy el arcángel de la luz, el ladrón del fuego, el portador de la consciencia. Nadie ha amado a la humanidad más que yo, su gran libertador y su eterno benefactor.

Tendrán una nueva oportunidad para entenderlo todo. Les he otorgado el regalo de la consciencia y ahora saben cómo funciona el universo. Tienen el poder para lograrlo todo y alcanzar la eternidad. Ha comenzado su camino de vuelta a casa. Se les han abierto los ojos…, si eligen el camino del amor, serán como dioses.

Línea del tiempo

Hace 2.5 millones de años:
Primera especie erguida del género *Homo*

Hace 1 millón de años:
Primeras variantes de *Homo* dispersas por Eurasia

Hace 70 mil años:
Homo sapiens comienza su expansión desde África

Hace 12 mil años:
Fin de la última glaciación. Comienza el desarrollo de la agricultura: guerras entre agricultores y cazadores-recolectores

4 000 a.e.c:
Inicios de la civilización (agricultura, ciudades, jerarquías) en el valle del Nilo, Mesopotamia y el Indostán

3 500 a.e.c:
Comienza el desarrollo de la escritura en Mesopotamia

3 000 a.e.c:
Los sumerios establecidos en el sur de Mesopotamia

2 350 a.e.c:
Sargón, líder de los acadios, invade Mesopotamia, somete a los sumerios y crea el primer imperio que domina la zona

2 200 a.e.c:
Cae el imperio acadio creado por Sargón

2 100 a.e.c:
Los sumerios florecen nuevamente en torno a la ciudad de Ur

1 900 a.e.c:
Los amoritas invaden la zona sumeria

1 792 – 1 750 a.e.c:
El rey amorita Hammurabi crea el Imperio babilónico y unifica Mesopotamia bajo su mandato. Código de Hammurabi, primer código legal conocido

1 500 a.e.c:
Fecha aproximada de escritura de los Vedas, en el Indostán

1 200 a.e.c:
Invasiones de los Pueblos del Mar, ancestros de los griegos. Fecha del supuesto éxodo

1 000 a.e.c:
Tras invadir Canaán, los hebreos crean el reino de Israel

930 a.e.c:
El reino de Israel se divide en dos: Israel, que cae en 720 a.e.c, y Judá, que cae en 582 a.e.c

753 a.e.c:
Se funda la ciudad de Roma

605 – 562 a.e.c:
Reinado de Nabucodonosor II, el Grande, en Babilonia. Invade el reino de Judá, destruye el templo hebreo y deporta a los judíos a Babilonia

586 – 537 a.e.c:
Cautiverio judío en Babilonia

539 a.e.c:
Ciro el Grande, rey de los persas, conquista Babilonia, libera a los judíos y les permite volver y reconstruir el templo

Siglo VI a.e.c:
Era aproximada en que nacen las escrituras judías.

Siglo V a.e.c:
Vida de Buda (no hay fechas exactas)

Siglo VI – V a.e.c:
Vida de Heráclito, Parménides, Tales de Mileto, Anaximandro, Demócrito y Platón. Prédica de Zoroastro en el Imperio persa. Nacimiento del taoísmo en China

490 – 478 a.e.c:
Guerras entre el Imperio persa y las ciudades griegas (Guerras Médicas)

356 – 323 a.e.c:
Vida de Alejandro Magno. Expansión de la cultura griega desde Egipto hasta el Indostán

146 a.e.c: El mundo griego es conquistado por Roma

30 a.e.c: Egipto se convierte en provincia Romana

27 a.e.c: Octavio César Augusto se convierte en el primer emperador romano. La república romana se transforma en imperio. Dominan toda la cuenca del Mediterráneo

4 a.e.c – 30: Posible vida de Jesús (no hay fechas exactas)

70 – 130: Guerras judeo-romanas. Roma aplasta levantamientos de los judíos y destruye nuevamente el templo. Los judíos son expulsados de Jerusalén

313: El emperador Constantino promulga el Edicto de Milán que otorga tolerancia religiosa a los cristianos

323: Constantino convoca el Concilio de Nicea, en el que se establece la Iglesia católica y el credo

380: Edicto de Tesalónica. Se impone obligatoriamente el catolicismo como único culto permitido

393: El Imperio romano se divide en occidente y oriente

476: Caída del Imperio romano

613: Muhammad comienza su ministerio

622: El profeta Muhammad huye de La Meca a Medina (Héjira). Comienza el calendario musulmán

638: Los árabes musulmanes conquistan Jerusalén

730:
El Islam se extiende desde e Indostán hasta los Pirineos

1054:
División de la Iglesia romana y la Iglesia griega

1094:
El papa Urbano II convoca a la primera cruzada

1100:
Los turcos selyúcidas dominan el Medio Oriente y el mundo del Islam

1217:
Los mongoles al mando de Gengis Kan invaden Medio Oriente

1291:
Cae el puerto de Acre, último enclave cristiano en Medio Oriente. Fin de las cruzadas

1348:
La peste negra llega al Mediterráneo y a Europa

1453:
Los turcos otomanos toman Constantinopla. Cae el Imperio romano de Oriente, o Bizantino. Comienza la expansión del Imperio otomano

1492:
Los europeos llegan a América

1543:
Copérnico publica *La revolución de los cuerpos celestes*

1600:
Giordano Bruno es quemado en la hoguera

1600:
Se funda la Compañía Británica de las Indias Orientales

1602:
Se funda la Compañía Holandesa de las Indias Orientales

1610:
Galileo observa el universo con su telescopio

1632:
Juicio de Galileo, condenado a arresto domiciliario perpetuo

1640:
Se funda la Compañía Francesa de las Indias Orientales

1642:
Muere Galileo, nace Newton

1744:
El emir Ibn Saud se alía con Al Wahab por la conquista de la península árabe

1760:
James Watt patenta su máquina de vapor. Inicia la Revolución Industrial

1763:
Inglaterra derrota a Francia en la guerra de los siete años y obtiene Canadá y el Indostán

1789:
Inicia la Revolución francesa

1799:
Napoleón invade Egipto, parte del Imperio otomano

Siglo XIX:
Era del imperialismo. Las potencias europeas conquistan África, el Asia Central y el sureste asiático, y atacan China y Japón para abrirlos al comercio

1900:
Max Planck establece las bases de la física cuántica

1905 - 1915:
Einstein publica la Teoría de la Relatividad Especial y la Relatividad General

1914:
Inicia la Primera Guerra Mundial

1916:
Los árabes se unen a Inglaterra para atacar el Imperio otomano. Inglaterra y Francia se reparten el Medio Oriente…,
un siglo después siguen las guerras por dominar esa zona del mundo.

Yo, Luzbel, puedo develarte todos los enigmas del universo, pero tienes que entregarte a mí por completo. Yo te conduciré a través de ese misterio al que llamas existencia, desde la gran explosión hasta el final de los tiempos humanos. Sólo yo puedo darte el poder de conquistar la eternidad; no olvides que soy el portador de la luz, el ladrón del fuego, el ángel de la conciencia. Nadie ha amado a la humanidad más que yo, su gran libertador y su eterno benefactor.



La guerra del Medio Oriente se ha extendido por todo el planeta. Inanna y Támmuz, los últimos sobrevivientes, buscan refugio en una caverna en la que se encuentran con Luzbel, quien los llevará en un viaje para mostrarles los errores cometidos por la humanidad. Recorrerán la historia del Medio Oriente y sus guerras, el origen de los dioses y de los humanos, el interior de la materia, la sabiduría oculta detrás de los mitos, el auge y caída de los imperios, la aventura de la ciencia, la razón de ser del universo, y el misterio de eso a lo que los humanos llaman Dios.

Toda la humanidad atraviesa por las páginas de EL EVANGELIO SEGÚN LUZBEL: de la antigua Mesopotamia a la revolución industrial, de los mitos de la creación a la física cuántica, de las cruzadas a las guerras mundiales. Buda, Jesús y Muhammad, Galileo, Newton y Einstein, Brahma, Dios y Alá. Un libro que une toda la sabiduría, todas las

mitologías y todas las religiones, una FÁBULA MÍSTICA que te contará LA HISTORIA DE TODAS LAS COSAS.



Juan Miguel Zunzunegui (1975) es músico, poeta, loco y académico. Nació en México pero prefiere ser ciudadano del mundo y mestizo de todas las culturas. Es licenciado en comunicación, especialista en filosofía, geopolítica y religiones, investigador, maestro en materialismo histórico y doctor en humanidades. En 2009 optó por la aventura del mundo de las letras, que alterna con clases y conferencias.

www.lacavernadezunzu.com


@JMZunzu

El Evangelio según Luzbel
Una fábula mística

Primera edición digital: agosto, 2016

www.megustaleer.com.mx

ISBN: 978-607-314-697-5







Conversión eBook: *eGIANTS, Pre-Impresión y Edición Digital*

Índice